

LO MEJOR DE HENRY KUTTNER II



Henry Kuttner



Henry Kuttner

Título original: The best of Henry Kuttner

Traducción: Arturo Casais

© 1975 by Catherine Moore Kuttner

© 1979 E.D.H.A.S.A.

Av. Infanta Carlota 129 - Barcelona

ISBN: 84-350-0271-3

ÍNDICE

Hubo una vez un gnomo

La gran noche

Solo pan de jengibre

El patrón hierro

Guerra fría

De lo contrario

Cesión de beneficios

Problema de alquiler

Lo que necesita

Absalon

HUBO UNA VEZ UN GNOMO

Tim Crockett nunca debió escabullirse dentro de la mina de la montaña Dornsef. Lo que se planea en California puede acarrear consecuencias desastrosas en las minas de carbón de Pensilvania, Especialmente cuando los gnomos están involucrados.

Claro que Tim Crockett no sabía nada de los gnomos. El simplemente estaba estudiando las condiciones de vida de las clases bajas, por usar sus propias e impertinentes palabras. Perteneecía a un grupo de californianos del sur que habían resuelto que los trabajadores les necesitaban. No era precisamente así. Eran ellos quienes necesitaban trabajar, ocho horas al día, por lo menos.

Crockett, como sus colegas, consideraba al trabajador una combinación de gorila y Hombre de la Azada que tal vez incluía a algún Kallikak* entre sus ancestros. Hablaba enérgicamente de las minorías explotadas, escribía artículos virulentos para Tierra, el órgano del grupo, y se las compuso hábilmente para no ingresar como actuario en el bufete del padre. Tenía, según sus palabras, una misión. Lamentablemente, ni obreros ni opresores simpatizaban mucho con él.

Cualquier psicólogo habría analizado fácilmente a Crockett. Era un jovencuelo alto, delgado, vivaz, con ojillos acuosos y buen gusto para las corbatas. Todo lo que necesitaba era una buena patada en el trasero.

¡Pero ciertamente que no, propinada por un gnomo!

Viajaba cómodamente por el país con el dinero de su padre, investigando las condiciones de trabajo, para gran fastidio de los trabajadores que encontraba. Fue con ese propósito que entró subrepticamente en la mina de carbón Ajax —o al menos en una de sus fosas— después de disfrazarse de minero y tiznarse la cara con polvo negro. Al bajar en —el montacargas, lucía especialmente desaliñado en medio de un grupo de caras impecables. Los mineros eran sucios sólo después de un día de trabajo.

La montaña Dornsef es una especie de colmena, pero no por los túneles de la Compañía Ajax. Los gnomos conocen modos de bloquear los túneles cuando los humanos cavan demasiado cerca. El lugar desorientó completamente a Crockett. Se limitó a seguir a los otros, hasta que se pusieron a trabajar. Una vagoneta llena pasó traqueteando por los rieles. Crockett titubeó, y luego abordó a un espécimen hurraño que parecía llevar las señales de una gran aflicción estampadas en la cara.

—Oye —le dijo—. Quiero hablar contigo.

—¿Inglés? —preguntó el otro—. Viski. Yinebra. Vinu. Demonios.

Tras demostrar así su imperfecto dominio del idioma, soltó una risotada ronca y regresó al trabajo ignorando al desconcertado Crockett, que se lanzó a la búsqueda de otra víctima. Pero este sector de la mina parecía desierto. Otra vagoneta cargada le pasó al lado, y Crockett decidió averiguar de dónde venía. Lo consiguió después de golpearse dolorosamente la cabeza y caer de bruces por lo menos cinco veces.

Venía de un agujero en la pared. Crockett entró, y simultáneamente oyó un grito ronco a sus espaldas. El desconocido ordenó a Crockett que regresara.

—¡Vuelve o te quiebro ese pescuezo cuadrado! —prometió, añadiendo un rosario de maldiciones siseantes—, ¡Fuera de allí!

Crockett miró hacia atrás, vio un amenazante perfil de gorila, y de inmediato comprendió que su estratagema había sido descubierta. Los propietarios de la mina Ajax tenían un matón para asesinarlo, o al menos para reducirle a una pulpa insensible. El terror prestó alas a los pies de Crockett. Frenético, echó a correr en busca de un túnel lateral donde perderse. Los bramidos del otro retumbaban contra las paredes. Y de pronto, Crockett oyó claramente una frase significativa:

—¡...antes que estalle esa dinamita!

En ese preciso instante la dinamita estalló.

Crockett, sin embargo, no se enteró. Descubrió, muy fugazmente, que estaba volando. De golpe, el techo le detuvo dolorosamente. Después perdió el conocimiento, y cuando se recobró, vio una cabeza que le observaba fijamente.

No era una cabeza alentadora, y por cierto no inspiraba un sentimiento instintivo de camaradería. En realidad era bastante extraña, cuando no repulsiva. Como Crockett ya tenía demasiado con mirarla, no advirtió que estaba viendo en la oscuridad.

¿Cuánto tiempo había permanecido inconsciente? Tenía el vago presentimiento de que había sido bastante. La explosión... ¿Qué?

¿Lo había sepultado detrás de un techo de roca desmoronado? Crockett no se habría sentido mucho mejor de haber sabido que estaba en un túnel agotado, ya sin valor, abandonado hacía mucho tiempo. Los mineros sabían que al dinamitar para abrir un nuevo conducto el viejo se derrumbaría, pero eso no importaba.

Salvo para Tim Crockett.

Parpadeó, y cuando volvió a abrir los ojos la cabeza había desaparecido. Era un alivio. Crockett se convenció de que esa cosa desagradable había sido un espejismo. De hecho, costaba recordar el aspecto. Sólo le quedaba la vaga impresión de un perfil de nabo, grande, con ojos centelleantes, y una fisura increíblemente ancha en el lugar de la boca.

Crockett se levantó, gruñendo. ¿De dónde venía ese resplandor plateado? Era como la luz del día en una tarde brumosa, que no procede de un foco específico ni arroja sombras. 'Radio', pensó Crockett, que sabía un poco de mineralogía.

Estaba en un túnel que se iba angostando en la penumbra hasta un recodo abrupto a quince metros de distancia.

Detrás de él... Detrás de él, el techo se había derrumbado. Instantáneamente Crockett tuvo dificultades para respirar. Se lanzó de inmediato sobre el montículo ripioso, arrojando rocas aquí y allá, jadeando y emitiendo ruidos roncos e inarticulados.

De pronto reparó en sus manos. Cejó poco a poco en sus esfuerzos hasta quedarse absolutamente inmóvil, acuclillado, mirándose los objetos grandes, nudosos y sorprendentes que le crecían de las muñecas. ¿Era posible que durante su período de inconsciencia se haya puesto mitones? En el mismo momento en que le asaltó esa idea Crockett comprendió que jamás se tejieron mitones ni remotamente parecidos a lo que él, muy lógicamente, suponía eran sus manos. Se le estremecieron ligeramente.

Quizás estaban embadurnadas de barro. No. No era barro. Las manos se le habían...alterado. Eran objetos enormes, rugosos, pardos, como nudosas raíces de roble. Una pelambre negra y rala les crecía en el dorso. Las uñas necesitaban manicura, por cierto. Preferiblemente con cincel.

Crockett se miró a sí mismo. Emitió unos chillidos frágiles —testimonios de su incredulidad—. Tenía piernas rechonchas y arqueadas, gruesas y fuertes, de no más de medio metro de largo. Menos, en todo caso. Temblando de incertidumbre, Crockett exploraba su cuerpo. Había cambiado, y no ciertamente para mejor.

Tenía poco más de un metro veinte de estatura, y un metro de ancho, con un torso redondeado, pies enormes y chatos, piernas gruesas y cortas, y le faltaba el cuello. Llevaba sandalias rojas, pantalones cortos y azules, y una túnica roja que dejaba descubiertos los brazos flacos y musculosos. La cabeza...

Tenía forma de nabo. La boca... ¡Ay! Sin darse cuenta Crockett se había metido el puño dentro. Retiró de inmediato la mano ofensora, miró perplejo alrededor y se desplomó en el suelo. No podía ser cierto. Era totalmente imposible. Alucinaciones. Estaba muriendo de asfixia y en su agonía tenía visiones.

Crockett cerró los ojos, de nuevo convencido de que sus pulmones buscaban aire.

—Me muero —dijo—. No puedo respirar.

—¡No creerás que estás respirando aire... —dijo una voz desdeñosa.

—Yo n-no...

Crockett no terminó la frase. Abrió de nuevo los ojos. Oía cosas. Las oyó de nuevo.

—Eres un gnomo bastante inservible —dijo la voz—. Pero bajo la ley de Nid no podemos elegir a gusto. No obstante, no servirás para extraer metales duros, por lo que veo. Tu velocidad será adecuada para la antracita. ¿Qué estás mirando? Eres mucho más feo que yo.

Crockett trató de relamerse los labios resecos y se horrorizó al descubrir que la punta de la lengua húmeda se le arrastraba con indolencia sobre los ojos. La retrajo con un fuerte chasquido y logró ponerse de pie. Después se quedó absolutamente quieto, mirando.

La cabeza había desaparecido. Esta vez tenía un cuerpo debajo.

—Soy Gru Magru —dijo cordialmente—. Recibirás un nombre gnómico, desde luego, a menos que el tuyo sea suficientemente gutural. ¿Cuál es?

—Crockett —respondió el hombre, con voz aturdida y mecánica.

—¿En?

—Crockett.

—Deja de croar como una rana y... Oh, ya veo. Bien... Crockett. Ahora levántate y sígueme o recibirás una buena patada.

Pero Crockett no se levantó enseguida. Estaba observando a Gru Magru: un gnomo, obviamente. Baja, rechoncha y corpulenta, la figura de la criatura parecía un barrilito abultado coronado por un nabo invertido. El pelo formaba una mata puntiaguda; la raíz, por expresarlo así. En la cara de nabo había una boca inmensa con forma de ranura, una nariz con forma de botón, y dos ojazos enormes.

—¡Arriba! —dijo Gru Magru.

Esta vez Crockett obedeció, pero el esfuerzo le agotó por completo. Si volvía a moverse, enloquecería, pensó. Tal vez era lo mejor. Gnomos...

Gru Magru le estampó el ancho pie en el lugar apropiado, y Crockett describió un arco que terminó en un pedrejón mellado desprendido del techo.

—Levántate —dijo el gnomo con gratuito mal humor— o te pateo otra vez. Ya es bastante molesta la posibilidad de que venga una patrulla de rescate. En cualquier momento podría toparme con un hombre, con..., ¡Arriba!

Crockett se levantó. Gru Magru le aferró el brazo y lo empujó hacia las profundidades del túnel.

—Bien, ahora eres un gnomo —le dijo—. Es la ley de Nid. A veces me pregunto si vale la pena. Pero supongo que sí... Los gnomos no pueden propagarse, y de alguna manera hay que conservar la población media.

—Quiero morir —rezongó Crockett.

—Los gnomos no pueden morir —rió Ma Gru—. Son inmortales, hasta el Día. Me refiero al Día del Juicio.

—No eres lógico —señaló Crockett, como si al rechazar tan sólo un factor rechazara automáticamente todo ese asunto increíble—. O bien eres de carne y hueso y eventualmente morirás, o bien no lo eres, y entonces no eres real.

—Oh, claro que somos de carne y hueso —dijo Gru Magru—. Pero no somos mortales. Esa es la diferencia. Y atención, que no tengo nada contra ciertos mortales —se apresuró a explicar—. Los murciélagos, por ejemplo. Y las lechuzas..., de acuerdo. ¡Pero los hombres...! —se estremeció—. Ningún gnomo puede tolerar la visión de un hombre.

Crockett encontró la tabla de su salvación.

—Yo soy hombre.

—Lo eras, querrás decir —dijo Gru—. Tampoco eres un espécimen muy bueno, por cierto. Pero ahora eres gnomo. Es la ley de Nid.

—No hablas más que de la ley de Nid —se quejó el flamante gnomo.

—Claro, tú no comprendes —dijo Gru Magru con tono algo paternal—. Es así. En los tiempos antiguos se decretó que la décima parte de los humanos que se perdieran en la tierra inferior serían transformados en gnomos. El primer emperador gnomo lo dispuso así,..., Podrang III. Al ver que las hadas podían raptar niños humanos y conservarlos, fue a hablar con las autoridades al respecto; dijo que era injusto, así que cuando los mineros y otros se pierden bajo tierra, una décima parte se transforma en gnomos y se nos une. Es lo que a ti te ha ocurrido, ¿entiendes?

—No —masculló Crockett—. Mira. Me has dicho que el primer emperador gnomo fue Podrang. ¿Por qué se llamaba Podrang III?

—No hay tiempo para preguntas. ¡De prisa!

Gru Magru ahora iba casi corriendo. Arrastraba al desdichado Crockett. El nuevo gnomo todavía no dominaba sus extrañas extremidades, y como las sandalias eran demasiado anchas, se apoyaba pesadamente en la mano derecha. Después aprendió a mantener los brazos arqueados y pegados a los flancos. Las paredes, iluminadas por el extraño resplandor plateado, pasaban rápidamente.

—¿Qué es esa luz? —atinó a jadear Crockett—. ¿De dónde viene?

—¿Luz? —preguntó Gru Magru—. No es luz.

—Pero...no es oscuridad.

—Por supuesto que es oscuridad —repuso el gnomo—. ¿Cómo podríanlos ver si no fuera oscuridad?

Para esto no había réplica comprensible, excepto un alarido frenético, pensó Crockett. Y necesitaba todo el aliento para correr. Ahora estaba en un laberinto, y doblaban sucesivos recodos por túneles innumerables y sinuosos. Crockett sabía que nunca podría volver sobre sus pasos. Lamentó haber dejado la escena del derrumbe. ¿Pero cómo haberlo evitado?

—¡De prisa! —insistía Gru Magru—, ¡De prisa!

—¿Por qué? —jadeó Crockett.

—¡Hay una pelea! —dijo el gnomo.

En ese preciso instante doblaron un recodo y casi tropezaron con la pelea. Una masa hormigueante de gnomos colmaba el túnel batallando con frenesí. Pantalones y túnicas rojos y azules formaban un tapiz inquieto y bullente; cabezas de nabo subían y bajaban con ferocidad. Parecía ser que todos peleaban contra todos.

—¡Mira! —comentó Gru—. ¡Una pelea! Pude olería a seis túneles de aquí. ¡Qué belleza! —se agachó cuando un gnomo pequeño y de cara maligna salió del montón para tomar una piedra y arrojársela con perversa precisión. El proyectil erró el blanco y Gru, olvidando a su cautivo, se arrojó de inmediato sobre el gnomo, lo tumbó en el suelo y empezó a golpearle la cabeza contra la roca. Ambos bandos gritaban a todo pulmón, y las voces se perdían en el clamor ensordecedor que reverberaba a través del túnel.

—Cielo santo —musitó Crockett.

Se quedó mirando, lo cual fue un error. Un gnomo enorme dejó la refriega, tomó a Crockett de los pies y lo arrojó por el aire. El aterrado y desprevenido proyectil cruzó el túnel para estrellarse pesadamente contra algo que dijo " ¡uuuff!" Había una maraña de brazos y piernas deformes.

Al levantarse, Crockett descubrió que había volteado a Un gnomo ceñudo y de pelo rojo flamígeo, con cuatro botones de diamante en la túnica. Esta criatura repulsiva yacía inmóvil, fuera de combate. Crockett se pasó revista a las heridas: no tenía ninguna. Al menos su nuevo cuerpo era resistente.

—¡Me has salvado! —dijo una nueva voz, que pertenecía a...una dama gnomo.

Crockett pensó que si había algo más feo que un gnomo, eso era 'la gnoma'. La criatura estaba agazapada a sus espaldas, blandiendo una roca con la manaza. Crockett se agachó.

—No te atacaré a ti —aulló la otra por encima de la barahúnda que atronaba el pasadizo—. ¡Tú irte salvaste...! Mugza estaba tratando de arrancarme las orejas. ¡Oh, está despertando!

El gnomo pelirrojo recobraba el conocimiento. Lo primero que hizo fue levantar los pies y sin ponerse de pie, darle a Crockett una patada que lo mandó al extremo opuesto del túnel. El gnomo femenino se sentó inmediatamente sobre el pecho de Mugza y le golpeó la cabeza con la roca hasta inmovilizarlo.

Luego se levantó.

—¿No estás herido? —le preguntó a Crockett—. ¡Bien! Soy Brockle Buhn... ¡Oh, mira! ¡Perderá la cabeza en un minuto!

Crockett se volvió para comprobar que su ex guía, Gru Magru, tironeaba gnómicamente de la cabeza de un rival no identificado con el aparente propósito de arrancársela.

—¿Por qué todo este lío? —aulló Crockett—. Eh... Brockle Buhn. ¡Brockle Buhn! Ella se volvió de mala gana.

—¿Qué...

—¡La pelea! ¿Corno empezó?

—Yo la empecé —explicó ella—. Dije: "hagamos una pelea", y luego empezamos.

—Oh. ¿Eso fue todo?

—Por supuesto —Brockle Buhn cabeceó—. ¿Cómo te llamas?

—Crockett.

—Eres nuevo aquí, ¿verdad? Oh, ya sé... ¡Eras humano! —de pronto una luz nueva le destelló en los ojos protuberantes—. Crockett, quizá tu puedas explicarme algo... ¿Qué es un beso?

—¿Un...beso? —repitió Crockett, aledado.

—Sí. Una vez. estaba escuchando dentro de una loma, y oí a dos seres humanos hablando... Hombre y mujer, por sus voces. No me atreví a mirarles, desde luego. Pero el hombre le pidió un beso a la mujer.

—Oh —dijo Crockett con voz neutra—. ¿Le pidió un beso, eh?

—Y se oyó como un chasquido húmedo y la mujer dijo que era maravilloso. Me ha intrigado desde entonces. Porque si un gnomo me pidiera un beso, yo no sabría a qué se refiere.

—¿Los gnomos no se besan? —preguntó Crockett con tono de distraído.

—Los gnomos cavan —dijo Brockle Buhn—. Y comemos. Me gusta comer. ¿Un beso es como la sopa de lodo?

—Bien..., no exactamente —Crockett se las compuso para explicarle la mecánica osculatoria.

La muchacha gnomo guardó un reflexivo silencio.

—Te daré un beso —dijo al fin, con aire de ofrecerle sopa de lodo a un hambriento.

Crockett tuvo una visión pesadillesca donde su cabeza entera era engullida por esa mandíbula descomunal. Y retrocedió.

—No, no —balbuceó—. Mejor que no.

—Entonces peleemos—. Dijo Brockle Buhn sin rencor, y le tiró un puñetazo que rebotó dolorosamente contra la oreja de Crockett—. Oh, no —dijo apesadumbrada, apartándose—. La pelea ha terminado. ¿No fue muy larga, verdad?

Crockett se frotaba la oreja lastimada. Veía que en todas partes los gnomos se recobraban y volvían presurosos a sus tareas. Parecían haber olvidado totalmente el reciente conflicto. El túnel estaba de nuevo en silencio, salvo por el palmoteo de los pies de los gnomos sobre la roca.

Gru Magru se les acercó con una sonrisa jovial, para saludarles.

—Hola, Brockle Buhn. Una buena pelea, ¿eh? ¿Quién es éste? —señaló el cuerpo postrado de Mugza, el gnomo pelirrojo.

—Mugza —dijo Brockle Buhn—. Todavía sigue desmayado. Pateémosle —y procedieron a patearlo con gran entusiasmo mientras Crockett, observador, decidía no permitir que le golpearan cuando él estuviera inconsciente. Pero..., ¿cómo?

Finalmente, sin embargo, Gru Magru se cansó del juego y volvió a tomar a Crockett del brazo.

—Ven conmigo —dijo, y avanzaron a lo largo del túnel mientras Brockle Buhn se dedicaba a brincar sobre el estómago de Mugza.

—Parece que no os importa golpear a la gente desmayada, ¿eh? —aventuró Crockett.

—Es mucho más divertido —le aseguró Gru—. Así puedes darles donde se te antoja... Ven. Tendrás que ser presentado. Día nuevo, gnomo nuevo. Conserva estable la población —explicó, y se puso a tararear una cancioncilla.

—Mira —dijo Crockett—. Se me acaba de ocurrir algo. Dices que los humanos son transformados en gnomos para mantener la estabilidad de la población. Pero si los gnomos no mueren, ¿no significa que ahora hay más gnomos que nunca? La población sigue aumentando, ¿verdad?

—Cállate —ordenó Gru Magru—. Estoy cantando.

Era una canción bastante desafinada. Crockett, con la cabeza hecha un torbellino, se preguntó si los gnomos tendrían un himno nacional. Quizás "nananá con rocas" o algo por el estilo.

—Vamos a ver al emperador —dijo al fin Gru—. Siempre ve a los gnomos nuevos. Mejor que le produzcas una buena impresión, o te pondrá a hacer minería de lava.

—Eh... —Crockett se miró la túnica mugrienta—. ¿No será mejor que me limpie un poco? Esa pelea me ha dejado muy mal.

—No fue la pelea —dijo ofensivamente Gru—. ¿Pero cuál es tu problema? Yo no veo nada fuera de lugar.

—Mis ropas... Están sucias.

—No te preocupes por eso —dijo el otro—. Es una suciedad mugrienta y saludable, ¿no? ¡Espera! —se detuvo, se agachó, recogió un puñado de polvo y frotó el pelo y la cara de Crockett—. Así está mejor.

—Yo... ¡Pfff! Gracias... ¡Pff! —dijo el flamante estreno de gnomo—. Espero estar soñando. Pues de lo contrario...

No terminó. Crockett sentía náuseas.

Atravesaron un laberinto muy por debajo de la montaña de Dornsef, y finalmente salieron a una cámara espaciosa y desnuda con un trono de roca en un extremo. Un gnomo pequeño estaba sentado en el trono cortándose las uñas de los pies.

—Feliz oscuridad —saludó Gru—, ¿Dónde está el emperador?

—Tomando un baño —dijo el otro—. Ojalá se ahogue. Lodo, lodo, lodo... Mañana, tarde y noche. Primero está muy caliente, después está muy frío. Después está muy espeso. Me gasto ¡os dedos preparándole los baños de lodo, y todo lo que recibo es una patada —continuó quejosamente el gnomo—. Hasta la suciedad tiene un límite. Tres baños de lodo por día es exagerar demasiado. ¡Y sin la menor consideración por mí! Oh, no. Hoy me llamó sabandija. Dijo que no había terrones duros en el lodo. Bien, ¿por qué no? Esa maldita arcilla que estuvimos trayendo es capaz de revolverle el estómago a un gusano. Encontraréis a Su Majestad allí dentro —terminó el pequeño gnomo, señalando con el pie una arcada en la pared.

Crockett fue arrastrado al cuarto contiguo, donde un gnomo gordinflón estaba sentado en una cavidad llena de lodo pardo y humeante. A través de la viscosidad que lo cubría sólo se le veían los ojos. Se llenaba las manos de lodo y se lo dejaba gotear en la cabeza con una risita senil.

—Lodo —le comentó satisfecho a Gru Magru, con una voz que parecía un rugido de león—. No hay nada comparable. El lodo es espléndido. ¡Ah!

Gru se daba cabezazos contra el suelo, y con la enorme manaza ceñía el cuello de Crockett para obligarle a hacer lo mismo.

—Oh, levantaos —dijo el emperador—. ¿Qué es esto? ¿Qué ha hecho este gnomo? Habla.

—Es nuevo —explicó Gru—. Lo encontré en la zona superior. La ley de Nid, ya sabes.

—Sí, por supuesto. Echémosle un vistazo. ¡Ugh! Yo soy Podrang II, emperador de los gnomos. ¿Qué tienes que decir?

Todo lo que se le ocurrió a Crockett fue:

—¿Cómo... ¿Cómo puedes ser Podrang II? Creí que el primer emperador había sido Podrang III.

—Un charlatán —dijo Podrang II, y desapareció bajo la superficie del lodo, resoplando al emerger—. Encárgate de él, Gru. Al principio trabajo liviano. Que extraiga antracita. Y cuidado con comerla mientras trabajas —le advirtió al asombrado Crockett—. Cuando hayas cumplido un siglo aquí, se te permitirá un baño de lodo por día. No hay nada como un baño —agregó embadurnándose la cara con la mano pegajosa.

De golpe se quedó tieso. Soltó un rugido de león.

—¡Druck! ¡Druck!

El pequeño gnomo que Crockett había visto en la sala del trono entró a toda prisa agitando las manos.

—¡Majestad! ¿El lodo no está bien tibio?

—¡Burbuja rastrea! —bramó Podrang II—. ¡Baboso, vástago de seis mil hediondecas individuales! ¡Ojos de mica, incompetente, orejas serpeantes! ¡Eres una mancha que se retuerce sobre el buen nombre de los gnomos! ¡Error geológico! ¡Pedazo de... De...!

Druck aprovechó la momentánea trabazón del amo.

—Es lodo del mejor, Majestad. Lo he refinado personalmente. Oh, Majestad. ¿Qué ocurre?

—¡Hay un gusano dentro! —bramó Su Majestad, y barbotó una sarta de maldiciones tan injuriosas que casi hacía hervir el lodo.

Crockett, tapándose los oídos, se dejó arrastrar por Gru Magra.

—Me gustaría trenzarme con el viejo en una pelea —rezongó Gru, cuando estuvieron a una distancia prudente—. Pero, claro, recurriría a la magia... Así es él. El mejor emperador que jamás hayamos tenido. Por nada del mundo jugaría limpio.

—Oh —dijo distraídamente Crockett—. ¿Y qué haremos ahora?

—Has oído a Podrang, ¿verdad? A extraer antracita. Y si te sorprende comiéndola, te hago tragar los dientes de una patada.

Cavilando sobre el mal genio de los gnomos, Crockett se dejó conducir a una galería donde docenas de gnomos de ambos sexos blandían picas y zapas con furioso vigor.

—Es aquí —dijo Gru—. ¡Adelante! A extraer antracita. Trabajas veinte horas, luego duermes seis.

—¿Y después?

—Después a cavar de nuevo —explicó Gru—. Te corresponde un breve descanso cada diez horas. Entretanto no debes dejar de cavar, a menos que haya una pelea. Ahora te diré cómo localizar el carbón. Simplemente piensa en él.

—¿Eh?

—¿Cómo crees que te hallé a ti? —preguntó Gru con impaciencia—. Los gnomos tienen...ciertos sentidos. Según la leyenda las hadas pueden encontrar agua con una horqueta. Bien, a nosotros nos atraen los metales. Piensa en la antracita —terminó, y Crockett obedeció; instantáneamente se volvió a la pared del túnel que tenía más cerca—. ¿Ves cómo funciona? —sonrió Gru—. Evolución natural, supongo. Funcional. Tenemos que saber dónde están los depósitos subterráneos, para eso las autoridades nos dieron este sentido cuando fuimos creados. Piensa en un filón de metal o cualquier depósito mineral, y serás atraído por él. Del mismo modo la luz del día repele a todos los gnomos.

—¿Qué dices? —Crockett se sobresaltó ligeramente—. No lo entiendo.

—Negativo y positivo. Necesitamos los depósitos, así que somos atraídos por ellos. La luz del día nos hace daño, y si creemos estar muy cerca de la superficie pensamos en la luz y nos repele. ¡Inténtalo!

Crockett obedeció. Algo le presionaba la coronilla, al parecer.

—Derecho hacia arriba —confirmó Gru—. Pero está muy lejos. Una vez vi la luz del día. Y también un hombre —miró fijamente al otro—. Olvidé explicarte... Los gnomos no toleran ver a los seres humanos. Ellos...bien, hay un límite de la fealdad que pueden tolerar nuestros ojos. Ahora eres uno de nosotros y te ocurrirá lo mismo. Mantente alejado de la luz del día, y nunca mires a un hombre. Es por el bien de tu cordura.

Una idea despertó en la mente de Crockett. Entonces podría salir de este laberinto de túneles guiándose por el nuevo sentido, que lo llevaría hacia la luz. Después..., bien, al menos estaría en la superficie... Después que Gru Magra le instalara entre dos gnomos atareados y le pusiera una pica en las manos, el tutor le dijo:

—Bien. A trabajar.

—Gracias por... —empezó Crockett, cuando de pronto Gru Magru le pateó y se marchó canturreando alegremente en voz baja.

Otro gnomo se acercó, vio a Crockett inmóvil y le dijo que pusiera manos a la obra, acompañando la orden con un golpe en la oreja ya magullada. Crockett no tuvo más remedio que recoger el pico y ponerse a arrancar antracita de la pared.

—¡Crockett! —dijo una voz familiar—, ¡Eres tú! Imaginé que te mandarían aquí.

Era Brockle Buhn, el gnomo femenino que Crockett había conocido antes. Blandía un pico como los demás, pero lo soltó para sonreírle al compañero.

—No estarás mucho tiempo aquí —le consoló—. Diez años, más o menos, a menos que te busques problemas. Luego te encomendarán trabajos realmente duros.

A Crockett ya le dolían las manos.

—¿Trabajos duros? En cualquier momento se me caen los brazos —se reclinó sobre el pico—. ¿Este es tu puesto?

—Sí, pero rara vez estoy aquí. Casi siempre me castigan. Suelo causar problemas. Me como la antracita —hizo una demostración, y el audible crujido hizo estremecer a Crockett.

Entonces se acercó el capataz. Brockle Buhn se dio prisa en tragar.

—¿Qué pasa? —refunfuñó—. ¿Por qué no estáis trabajando?

—Estábamos a punto de pelear —explicó Brockle Buhn.

—Oh... ¿Vosotros dos, solamente, o puedo intervenir?

—Estáis todos invitados —ofreció ese gnomo tan poco femenino, y descargó el pico sobre la cabeza del desprevenido Crockett, que cayó redondo.

Al despertar, un rato después, investigó sobre sus costillas doloridas y se convenció de que Brockle Buhn le había pateado después de que perdiera el conocimiento. ¡Qué gnomo!

Crockett se levantó. Estaba en el mismo túnel. Docenas de gnomos cavaban sin parar.

El capataz se les acercó.

¿Despierto...eh? ¡A trabajar!

El aturdido Crockett obedeció. Brockle Buhn le saludó con una sonrisa complacida.

—Te has perdido una buena... Conseguí una oreja..., ¿ves? —la mostró; Crockett se apresuró a explorarse con la mano: no era suya.

Cavar... Cavar... Cavar... Las horas pasaban lentamente. Crockett nunca había trabajado tan duro en su vida. Pero notó que ningún gnomo se quejaba. Veinte horas de trabajo, con un breve paréntesis. Durante el descanso, él caía a dormir. Y después... Cavar... Cavar... Cavar...

Sin dejar de trabajar, Brockle Buhn le dijo:

—Creo que serás un buen gnomo, Crockett. Ya te estás endureciendo. Nadie creería que una vez fuiste hombre.

—Oh... ¿No?

—No. ¿Qué eras? ¿Minero...?

—Era... —Crockett se interrumpió de golpe; los ojos le brillaron extrañamente—. Era sindicalista —terminó.

—¿Qué es eso?

—¿No has oído hablar de los sindicatos? —preguntó Crockett, con una mirada intensa.

—¿Es un filón? —Brockle Buhn meneó la cabeza—. No, nunca. ¿Qué es un sindicato? Crockett le explicó. Ningún sindicalista genuino habría aceptado esa explicación. Lo menos que se podría decir de ella es que era tendenciosa.

Brockle Buhn parecía perpleja.

—No entiendo bien a qué te refieres, pero supongo que tienes razón.

—Prueba de este modo —dijo Crockett—: ¿no te cansas de trabajar veinte horas por día?

—Claro. ¿Quién no?

—Entonces, ¿por qué lo haces?

—Siempre lo hemos hecho —dijo indulgentemente Brockle Buhn—. No podemos parar.

—Supón que todos lo hicierais —insistió Crockett—. Todos y cada uno de los gnomos. Supón que haces una huelga...

—Me castigarían, me apalearían con estalactitas...

—Supón que todos hacéis una huelga.

—Estás loco —dijo Brockle Buhn—. Nunca sucedió algo así. Es...humano.

—Nunca sucedió nada parecido a un beso, tampoco —dijo Crockett—. ¡No, no quiero ninguno! Y pelear, mucho menos, por favor. Santo cielo, déjame entender vuestra organización. La mayoría de los gnomos trabaja para beneficio de la clase dominante.

—No. Simplemente trabajamos.

—¿Pero por qué?

—Siempre lo hacemos. Y el emperador quiere que lo hagamos.

—¿Ha trabajado el emperador alguna vez? —preguntó Crockett con aire triunfal—. ¡No! ¡El sólo se dedica a los baños de lodo! ¿Por qué los demás gnomos no gozan del mismo privilegio? ¿Por qué...?

El sindicalista siguió hablando mientras trabajaba, explayándose en los detalles. Brockle Buhn le escuchaba con creciente interés. Y al fin tragó el anzuelo con sedal y todo.

Una hora más tarde asentía con entusiasmo.

—Pasaré la voz. Esta noche. En la Cueva Rugiente. Después de trabajar.

—Espera un minuto —objetó Crockett—. ¿Cuántos gnomos podríamos conseguir?

—Bien... No muchos. ¿Treinta?

—Antes, tendremos que organizamos. Necesitamos un plan definido.

Brockle Buhn se fue por la tangente.

—Peleemos.

—¡No! ¿Quieres escucharme? Necesitamos un...consejo. ¿Quién es el más pendenciero?

—Mugza, creo —dijo ella—. El gnomo pelirrojo que desmayaste cuando él me golpeó.

Crockett frunció el ceño. ¿Mugza le guardaría rencor? Probablemente no. O mejor dicho, no sería peor que los otros gnomos. Quizá Mugza intentara acogotarlo, pero haría lo mismo con cualquier otro gnomo. Además, como le explicara Brockle Buhn, Mugza era el equivalente gnómico a un duque. Su respaldo podía ser valioso.

—Y Gru Magru —sugirió ella—. Adora las cosas nuevas, especialmente si causan revuelo.

—Sí —no eran los dos que Crockett hubiera elegido, pero a él no se le ocurrían otros candidatos—. Si pudiéramos conseguir a alguien cercano al emperador... ¿Qué te parece Druck... El que le prepara los baños de lodo a Podrang?

—¿Por qué no? Yo lo arreglaré.

Brockle Buhn perdió el interés y subrepticamente se puso a comer antracita. Como el capataz le estaba mirando, el resultado fue una riña violenta que a Crockett le dejó un ojo morado; después, él volvió al trabajo maldiciendo entre dientes.

Pero entretanto tuvo tiempo para cambiar unas palabras más con Brockle Buhn. Ella se encargaría. Esa noche los conspiradores celebrarían una reunión clandestina.

Crockett había estado anhelando un buen descanso, pero la oportunidad era demasiado buena para dejarla ir. No tenía deseos de continuar con su desagradable tarea de extraer antracita. El cuerpo le dolía terriblemente. Además, si era posible incitar a los gnomos a una huelga tal vez así podría presionar a Podrang II. Gru Magru había dicho que el emperador era mago. Quizá fuera capaz de devolverle a su condición de hombre...

—Nunca lo ha hecho —respondió Brockle Buhn, y entonces Crockett comprendió que había pensado en voz alta.

—Pero tal vez pueda hacerlo, pienso... Si lo quisiera.

Brockle Buhn simplemente se estremeció, pero él atisbo un rayo de esperanza. ¡Volver a ser humano...!

Cavar... Cavar... Cavar... Cavar... Con regularidad monótona y entumecedora Crockett se hundía en el embotamiento. A menos que llevara a los gnomos a la huelga, enfrentaba una eternidad de faenas agotadoras. Apenas se dio cuenta de que perdía el conocimiento, de que Brockle Buhn le metía la mano rugosa bajo el brazo, de que le llevaban a través de pasadizos hasta un cubículo diminuto, que era su nuevo hogar. La gnoma le dejó allí y él se encaramó a un catre de piedra y se durmió.

Poco después le despertó un puntapié. Parpadeando, Crockett se incorporó, eludiendo instintivamente el golpe que Gru Magru le dirigía a la cabeza. Tenía cuatro visitantes: Gru, Brockle Buhn, Druck y el pelirrojo Mugza.

—Lamento haber despertado tan pronto —dijo Crockett con irónica amargura—. De lo contrario podrías haber seguido pateándome a tu entero gusto...

—Oh, no faltará oportunidad —dijo Gru—, Ahora, ¿a qué viene todo esto? Quería dormir, pero Brockle Buhn me dijo que habría pelea. Una grande, ¿eh?

—Primero a comer —dijo con firmeza Brockle Buhn—. Prepararé sopa de lodo para todos —se dirigió a un rincón y se puso a preparar un refrigerio.

Los otros gnomos se acucillaron y Crockett se sentó en el borde del catre, aún medio dormido. Pero atinó a explicar su idea del sindicato. Fue recibida con interés, pero reparó que ese interés respondía a la mera posibilidad de una riña descomunal.

—¿Quieres decir que todos los gnomos de Dornsef atacan al emperador? —preguntó Gru.

—¡No, no! Arbitraje pacífico. Simplemente nos negamos a trabajar. Todos.

—Yo no puedo —dijo Druck—. Podrang tiene que tomar sus baños de lodo, maldita babosa gordinflona. Me enviaría a ¡as fumarolas hasta que me asara.

—¿Quién te llevaría? —preguntó Crockett.

—Oh... Los guardias, supongo.

—Pero ellos también estarían en huelga. Nadie obedecería a Podrang hasta que él cediera.

—Entonces me hechizaría —dijo Drucek.

—No puede hechizarnos a todos —repuso Crockett.

—Pero me hechizaría a mí —dijo Druck resueltamente—. Además, sí que podría lanzar un hechizo sobre todos los gnomos de Dornsef... Transformarnos en estalactitas, o algo por el estilo.

—¿Y qué? No tendría más gnomos. Algo es mejor que nada. Simplemente emplearemos la lógica contra él. ¿No preferiría que se trabajara menos en vez de nada?

—El no —terció Gru—. Preferiría hechizarnos, sin duda. Oh, es un dechado de maldad —terminó aprobatoriamente el gnomo.

Pero Crockett se negaba a creerlo. Era demasiado ajeno a su comprensión de la psicología... humana, desde luego. Se volvió a Mugza, que temblaba de furia. —¿Qué opinas tú?

—Quiero pelear —dijo el otro rencorosamente—. Quiero patear a alguien.

—¿No te gustaría bañarte en lodo tres veces por día?

—Claro —gruñó Mugza—. Pero el emperador no me deja.

—¿Por qué no?

—Porque me gustaría.

—No puedes darte por vencido —dijo Crockett desesperado—. La vida no es sólo...cavar.

—Claro. También están las peleas. Podrang nos deja pelear a nuestro antojo.

Crockett tuvo una inspiración súbita.

—Pero ese es el problema. ¡Va a cancelar las peleas! Decretará una prohibición general de pelear, menos para sí mismo...

Fue un golpe de mano eficaz. Todos los gnomos saltaron.

—¡Cancelar las peleas! —vociferó Gru, incrédulo—. Caramba, siempre hemos peleado...

—Bien, dejaréis de hacerlo —insistió Crockett.

—¡Jamás!

—¡Exacto! ¿Por qué razón? Todos los gnomos tienen derecho a la vida, la libertad, Sos esfuerzos...pugilísticos.

—Démosle una tunda a Podrang —sugirió Mugza, aceptándole a Brockle Buhn un cuenco de humeante sopa de lodo.

—No, ese no es el modo... A mí no me sirvas, Brockle Buhn, muchas gracias —dijo Crockett para rechazar su ración de potaje—. Como estaba diciendo, no es el modo. Lo que necesitamos es una huelga. Pacíficamente obligaremos a Podrang a darnos lo que queremos —se volvió a Durck—. ¿Qué puede hacer Podrang si todos nos quedamos sentados rehusando trabajar?

Et pequeño gnomo reflexionó.

—Maldecir. Y patearme.

—Sí... Y después, ¿qué...

—Después hechizaría a todo el mundo, túnel por túnel.

—Aja —asintió Crockett—. Eso es importante. Lo que hace falta es solidaridad. Si Podrang sorprende a unos pocos gnomos, puede darles un buen susto. Pero si todos estamos unidos... ¡Eso es! Cuando se declare la huelga, todos nos encontraremos en la cueva más grande de la montaña.

—Esa es la Cámara del Consejo —dijo Gru—. Al lado de la sala del trono de Podrang.

—Bien. Nos reuniremos allí. ¿Cuántos gnomos se nos unirán?

—Todos —gruñó Mugza, arrojando el cuenco de sopa a la cabeza de Druck—. El emperador no puede cancelar las peleas.

—¿Y cuáles serían las armas de Podrang, Druck?

—Podría utilizar los Huevos de Basilisco —dijo el otro dubitativamente.

—¿Qué es eso?

—En realidad no son huevos —intervino Gru—. Son gemas mágicas para encantamientos múltiples. Cada una obra hechizos diferentes. Los verdes son para transformar a la gente en gusanos, creo. Podrang rompe uno y el encantamiento se

propaga unos seis metros. Los rojos son..., veamos. Son para transformar a los gnomos en seres humanos. Aunque eso es demasiado cruel. No... Sí. Los azules...

—¿En seres humanos? —Crockett dilató los ojos—. ¿Y dónde se guardan esos huevos?

—Peleemos —insistió Mugza abalanzándose sobre el pequeño Druck, que chilló con frenesí y se defendió del atacante partiéndole el cuenco de sopa en la cabeza. Brockle Buhn se unió a la refriega pateando imparcialmente a los dos rivales, hasta que Gru Magru la tumbó. Poco después el cuarto se pobló con los alaridos entusiastas de una batalla gnómica. La participación de Crockett fue inevitable...

De todos los seres vivientes increíbles y perversos que hayan existido jamás, los gnomos casi eran los más insólitos. Era imposible entender su filosofía. Sus mentes seguían otros rumbos que los habitualmente tomados por las inteligencias humanas. Carecían de los instintos vitales en los humanos, como el de supervivencia individual y racial. No morían ni se propagaban. Simplemente trabajaban y peleaban. Monstruitos de malas pulgas, pensaba Crockett con irritación. Pero existían desde hacía... milenios. Tal vez desde el principio. Ese organismo social era el resultado de una evolución mucho más antigua que la del hombre. Tal vez era adecuada para los gnomos. Quizá Crockett estaba mellando los engranajes del mecanismo.

¿Y qué? El no se pasaría una eternidad extrayendo antracita, aunque retrospectivamente recordaba sentir un curioso estremecimiento de vago placer mientras trabajaba. Tal vez cavar era divertido para los gnomos. Ciertamente para ellos era una *raison d'être*. Con el tiempo, el mismo Crockett quizá iría perdiendo sus aficiones humanas hasta metamorfosearse completamente en gnomo. ¿Qué había ocurrido con los otros humanos que habían sufrido una alteración similar? Todos los gnomos, al parecer, son iguales. Pero quizá Gru Magru había sido humano una vez, o Druck, o Brockle Buhn.

Ahora eran los gnomos, en todo caso. Y pensaban y existían totalmente como gnomos. Y con el tiempo él sería exactamente igual a ellos. Ya había adquirido el extraño tropismo que lo atraía a los metales y lo alejaba de la luz diurna. ¡Pero no le gustaba cavar!

Trató de recordar lo poco que sabía sobre los gnomos: mineros y artesanos que vivían bajo tierra. Había algo sobre los pictos, hombres de talla escasa que se ocultaron bajo tierra cuando Inglaterra fue invadida hace muchos siglos. Eso parecía relacionarse vagamente con el temor de los gnomos por los seres humanos. Pero los gnomos no descendían de los pictos, por cierto. Muy probablemente las dos razas y especies se habían identificado al ocupar el mismo hábitat.

Bueno, eso era inconducente. ¿Y el emperador? Parece que no era un gnomo muy inteligente, pero era mago. Esas gemas —los Huevos de Basilisco— eran significativas. Si pudiera apoderarse de las que transformaban a los gnomos en hombres...

Pero obviamente no podía por el momento. Mejor esperar. Hasta que se declare la huelga. La huelga...

Crockett se durmió...

Le despertó Brockle Buhn, que parecía haberle adoptado. Es probable que fuera la curiosidad de ella por los besos. De vez en cuando se ofrecía besar a Crockett, pero él era terminante en la negativa. En cambio, ella le preparó el desayuno. Al menos, pensó sombríamente Crockett, su organismo asimilaría bastante hierro; después de todo las astillas oxidadas eran bastante parecidas a los copos de maíz. Brockle Buhn aderezó el menjunje con polvo de carbón, un condimento especial.

Bien, sin duda el sistema digestivo también se le había alterado. Crockett deseó poder tomarse una radiografía de las entrañas. Luego pensó que sería demasiado perturbadora y que era mejor no saber... Pero le costaba reprimir la curiosidad. ¿Engranajes en el estómago? ¿Pequeñas piedras de molino? ¿Qué pasaría si ingiriera inadvertidamente polvo de esmeril? Tal vez podría sabotear al emperador de esa manera...

Al notar que ya era demasiado divagar, Crockett engulló el resto del desayuno y siguió a Brockle Buhn al túnel de antracita.

—¿Y la huelga? ¿Qué novedades hay?

—Todo bien, Crockett —ella sonrió y Crockett torció la cara ante el espectáculo—. Esta noche todos los gnomos se reunirán en la Cueva Rugiente. Después de trabajar.

No hubo tiempo para conversar más. Llegó el capataz y los gnomos recogieron los picos. Cavar... Cavar... Cavar... Siempre al mismo ritmo. Crockett sudaba y trajinaba. No sería por mucho tiempo. La mente se le embotó de tal manera que se amodorró despierto, y los músculos le reaccionaban automáticamente.

Cavar, cavar y cavar. A cada tanto, una pelea. Una vez un período de descanso. Luego a cavar otra vez.

Cinco siglos más tarde se acabó la jornada. Era hora de dormir.

Pero había algo mucho más importante. La reunión sindical en Cueva Rugiente. Brockle Buhn le condujo hasta ahí, una vasta caverna adornada con estalactitas verdes y relucientes. Acudían gnomos. Gnomos y más gnomos. Las cabezas de nabos estaban por todas partes. Se iniciaron varias peleas. Gru Magru, Mugza y Druck se instalaron cerca de Crockett. Durante una tregua Brockle Buhn lo empujó hacia una plataforma de roca que sobresalía del suelo.

—Ahora —susurró—, Todos están al tanto. Diles lo que quieres.

Crockett escrutó las cabezas movedizas, los atuendos rojos y azules, todo iluminado por ese inquietante resplandor plateado.

—Compañeros gnomos—, empezó tímidamente. ¡Compañeros gnomos! Las palabras retumbaron amplificadas por la acústica de la caverna. Ese bramido taurino alentó a Crockett, que siguió adelante.

—¿Por qué tenéis que trabajar veinte horas por día? ¿Por qué no podéis comer la antracita que extraéis mientras Podrang goza de su baño y se ríe de vosotros? Compañeros gnomos: el emperador es sólo uno. ¡Vosotros sois muchos! ¡No puede obligaros a trabajar! ¿No os gustaría comer sopa de lodo tres veces por día? El emperador no puede resistiros. Si os negáis a trabajar, todos vosotros, tendrá que ceder. ¡Se verá obligado!

—Cuéntales del edicto que prohíbe las peleas —dijo Gru Magru.

Crockett obedeció. Eso surtió efecto. Las peleas eran algo entrañable para iodo corazón gnómico, Y Crockett siguió hablando.

—Podrang intentará desmentirse. Alegará que jamás se ha propuesto prohibir las peleas. ¡Eso demostrará que os tiene miedo! ¡La ventaja es nuestra! Declararemos la huelga y el emperador no podrá hacer nada... Cuando se quede sin lodo para sus baños, no tardará en capitular.

—Nos hechizará a todos —murmuró tristemente Druck.

—¡No se atreverá! ¿De qué podría servirle? El sabe donde le,,eh, donde le baten el lodo. ¡Podrang es injusto con los gnomos! ¡Esa es nuestra consigna!

Por supuesto, todo terminó en una trifulca. Pero Crockett estaba satisfecho. El próximo día los gnomos no trabajarían. En cambio, se reunirían en la Cámara del Consejo, contigua a la sala del trono de Podrang, y se quedarían sentados.

Esa noche durmió bien.

A la mañana siguiente Crockett se dirigió con Brockle Buhn a la Cámara del Consejo, una caverna gigantesca con capacidad para los miles de gnomos apiñados en ella. Bajo la luz plateada las vestimentas rojas y azules tenían un toque extrañamente sobrenatural. Que quizás era muy natural, pensó Crockett. En rigor, ¿los gnomos no eran duendes?

Entró Druck.

—No he preparado el baño de iodo de Podrang —anunció roncamente—. Oh, pero se pondrá furioso. Escuchadlo.

En efecto, airados juramentos se oían a lo lejos, a través de una arcada en la pared de la caverna.

Pronto llegaron Mugza y Gru Magru.

—Llegará enseguida —dijo el último—. ¡Qué pelea se armará...!

—Peleeemos ya mismo —sugirió Mugza—. Quiero patear a alguien. Fuerte.

—Hay un gnomo dormido —dijo Crockett—. Si lo sor prendes, podrás propinarle una en la cara.

Mugza se puso en marcha babeando ligeramente. En ese momento Podrang II, emperador de los gnomos de Dornsef, irrumpió en la caverna. Era la primera vez que Crockett veía al monarca sin la costra de lodo, y no pudo evitar un respingo. Podrang era muy feo. Combinaba las cualidades más repulsivas de todos los gnomos que Crockett había conocido hasta entonces. El resultado era absolutamente indescriptible.

—Ah. Tengo huéspedes —dijo Podrang, deteniéndose y contoneándose sobre las piernas curvas—. ¡Druck! ¿Dónde está mi baño, en nombre de los nueve infiernos humeantes?

Pero Druck se había esfumado. El emperador cabeceó.

—Ya veo. Bien, no perderé la calma. ¡No perderé la calma! ¡NO PERDERÉ LA...

Calló cuando una estalactita se desprendió del techo y se desmoronó. Aprovechando el paréntesis de silencio, Crockett se adelantó.

—E-estamos de huelga —anunció, titubeando ligeramente—. Es una sentada. No trabajaremos...

—¡laa! —aulló el furibundo emperador—. ¿No trabajaréis, eh? ¡Vástagos de algas soeces, ojos hundidos, lenguas chatas, vientres planos! ¡Mancha escurridiza y leprosa de setas mordisqueadas por murciélagos! ¡Parásitos encogidos en el cuerpo miserable de un gusano inmundo! ¡laa!

—¡Pelea! —gritó el incontenible Mugza, arrojándose sobre Podrang, que lo volteó con un certero golpe bajo.

A Crockett se le secó la garganta. Elevó la voz, trató de mantenerla fume.

—¡Majestad, un minuto, por favor...

—¡Narices de hongos! ¡Hijos de murciélagos negros y degenerados! —chillaba el airado emperador a voz en cuello—. ¡Os hechizaré a todos! ¡Os transformaré en náyades! ¡Huelgas a mí! ¿Conque privándome del baño de lodo? Por Kronos, Nid, Ymir y Loki que lo lamentaréis, ¡laa! —terminó, atragantándose de furia.

—¡Pronto! —susurró Crockett a Gru y Brockle Buhn—.

Interponeos entre él y la puerta para que no llegue a los Huevos de Basilisco.

—No están en la sala del trono —fue la tardía explicación de Gru Magru—. Podrang los toma del aire.

—¡Oh! —resopló Crockett.

En ese momento estratégico los peores instintos de Brockle Buhn se adueñaron de la muchacha. Con un estentóreo grito de placer tumbó a Crockett, lo pateó dos veces y brincó hacia el emperador.

Atinó a dar un buen golpe antes que Podrang le martillara la cabeza con el puño ganchudo, e instantáneamente el cráneo con forma de nabo pareció hundírsele en el torso. El emperador, púrpura de furia, tendió el brazo y un cristal amarillo le apareció en la mano.

Era uno de los Huevos de Basilisco.

Bramando como un elefante en celo, Podrang lo arrojó. Un círculo de seis metros se despejó de inmediato entre los gnomos apretujados. Pero no quedó vacío. Docenas de murciélagos se elevaron revoloteando y acrecentaron la confusión.

La confusión que se transformó en caos. Con aullidos de gozoso furor, los gnomos avanzaron hacia el monarca. "¡Pelea!", gritaban estruendosamente, y el grito reverberaba en el techo: ¡Pelea!

Podrang tomó otro cristal de la nada, esta vez uno verde. Treinta y siete gnomos fueron inmediatamente transformados en gusanos y pisoteados. El emperador cayó bajo un alud de atacantes que desaparecieron de golpe, transformados en ratones por otro Huevo de Basilisco.

Crockett vio volar un cristal hacia él y echó a correr desesperadamente. Se ocultó detrás de una estalagmita y desde allí observó la batalla. Sin duda que era un espectáculo digno de verse, aunque no recomendable para personas nerviosas.

Los Huevos de Basilisco estallaban incesantemente. Y cada vez que estallaban el hechizo se difundía unos seis metros o más, antes de perder eficacia. Los que eran sorprendidos en los bordes del círculo quedaban transformados sólo parcialmente. Crockett vio un gnomo con cabeza de topo. Otro era gusano de la cintura para abajo. Otro era... ¡Glup! Algunos de los hechizos parece que ni siquiera se inspiraban en la mitología conocida.

El bullicio que reinaba en la caverna arrancaba del techo una lluvia de estalactitas. A cada tanto reaparecía la cabeza maltrecha de Podrang, sólo para volver a hundirse bajo las nuevas oleadas de atacantes, que a su vez eran hechizados. Ratones, topos, murciélagos y otras criaturas poblaban la Cámara del Consejo. Crockett cerró los ojos y rezó.

Lo abrió a tiempo para vez corno Podrang arrancaba del aire un cristal rojo y lo depositaba cuidadosamente tras de sí. Luego vino un Huevo de Basilisco púrpura. Se estrelló contra el suelo y treinta gnomos se convirtieron en sapos.

Al parecer, sólo Podrang era inmune a su propia magia. Los miles que habían atestado la caverna eran diezmados rápidamente, pues los Huevos de Basilisco parecían provenir de una fuente inagotable. ¿Cuánto faltaría para que íe tocara uno a Crockett? No permanecería allí escondido para siempre...

Clavó los ojos en el cristal rojo que Podrang había depositado tan cuidadosamente. Estaba recordando algo. El Huevo de Basilisco que transformaría a los gnomos en seres humanos. ¡Claro! Podrang no lo utilizaría, pues la sola presencia de los hombres repugnaba a los gnomos. Si Crockett pudiera echar mano de ese cristal rojo...

Lo intentó. Se escurrió entre la confusión, pegándose a la pared de la caverna hasta acercarse a Podrang. El emperador fue barrido por otra ola de gnomos que de repente se transformaron en lirones, y Crockett se apoderó de la gema roja. Era muy fría al tacto.

Iba a partirla cuando le asaltó un pensamiento escalofriante. Estaba muy en el fondo de la montaña de Dornsef, en un laberinto de cavernas. Ningún ser humano podría hallar la salida. Pero un gnomo sí, con la ayuda del extraño tropismo que le indicaba la luz.

Un murciélago íe rozó la cara. Crockett estuvo casi seguro de oírle chillar "¡qué vuelo!" en una parodia de la voz de Brockle Buhn, pero no lo habría jurado. Echó una última ojeada a la caverna antes de disponerse a huir.

El caos era total: murciélagos, topos, gusanos, patos, anguilas y muchas otras especies se arrastraban, volaban, corrían, mordían, chillaban, bufaban, gruñían, gritaban y croaban en todo lugar. Desde todas las direcciones los gnomos restantes —ahora apenas un millar— convergían sobre un creciente montículo de gnomos que indicaba dónde estaba el emperador. De pronto, Crockett vio disolverse el montículo, ahora vuelto un tropel de lagartijas que echaban a correr.

—¡Conque huelgas...! —bramaba Podrang—. ¡Os daré huelgas!

Crockett volvió la espalda y huyó. La sala del trono estaba desierta y se metió en el primer túnel. Allí concentró su mente en la luz del día. Sintió una presión en el oído izquierdo. Corrió hasta que vio un pasaje lateral a la izquierda, una cuesta ascendente por donde trepó a toda velocidad. El ruido sofocado del combate murió detrás.

Aferró vigorosamente el huevo de Basilisco rojo. ¿Qué había ocurrido? Podrang tendría que haberse detenido a parlamentar. Pero no lo había hecho. Un gnomo singularmente

arisco y miope. Probablemente no se detendría hasta despoblar el reino entero. Ese pensamiento le incitó a correr más rápido.

El tropismo lo guiaba. A veces se equivocaba de túnel, pero siempre, cada vez que pensaba en la luz del día, sentía la presión de la luz. Sus piernas cortas eran asombrosamente resistentes.

Luego oyó pasos atrás.

No se volvió. Las maldiciones siseantes que caracolearon en el oído le anunciaban la identidad del perseguidor. Sin duda Podrang había vaciado la Cámara del Consejo hasta el último gnomo, y ahora se proponía hacer trizas a Crockett. Esa era sólo una de las cosas que había prometido.

Crockett corrió. Atravesó el túnel como una exhalación. El tropismo le guiaba, pero temía desembocar en algún conducto sin salida. A sus espaldas el clamor era cada vez más alto. Si Crockett no hubiera sabido quién era, habría imaginado que lo perseguía un ejército de gnomos.

¡Rápido! ¡Más rápido! Pero Podrang ya estaba a la vista. Sus rugidos hacían temblar las paredes. Crockett aceleró, dobló un recodo y vio una pared de luz flamígea: un círculo resplandeciente a la distancia. Era la luz diurna vista por ojos gnómicos.

No podría llegar a tiempo. Podrang estaba demasiado cerca. Unos segundos más y esas manos ganchudas y terribles se le cerrarían sobre la garganta.

Luego Crockett recordó el Huevo de Basilisco. Si ahora se transformaba en hombre, Podrang no se atrevería a tocarle. Y estaba casi en la boca del túnel.

Se detuvo, giró sobre los talones y levantó la gema. Simultáneamente el emperador, viéndole la intención, tendió ambas manos y arrancó del aire seis o siete cristales. Se los arrojó directamente a Crockett, una andanada multicolor.

Pero Crockett ya había partido a sus pies la gema roja. Hubo un estrépito ensordecedor. Parecía que estallaban gemas dentro de un amplio círculo alrededor de Crockett. Pero la roja se había partido antes.

El techo se derrumbó.

Un rato después Crockett se arrastró penosamente fuera de los escombros. Una mirada le indicó que el camino hacia el mundo exterior estaba abierto. Y —¡gracias al cielo!— la luz diurna era nuevamente normal, no ese resplandor flamígeo y blanco que irritaba los ojos.

Miró hacia las honduras del túnel y quedó petrificado. Podrang se levantaba, con cierta dificultad, de un montículo de escombros. Mascullaba maldiciones con el ardor de siempre.

Crockett se volvió para correr, tropezó con una roca y cayó de bruces. Mientras se levantaba notó que Podrang le había visto.

El gnomo quedó paralizado un instante. Luego aulló, giró sobre los talones y huyó hacia la oscuridad. Desapareció. El eco de sus pasos se fue apagando.

Crockett tragó con dificultad. Los gnomos tienen miedo de los hombres... ¡Vaya! Había faltado tan poco para... Pero ahora...

Sentía más alivio del que imaginó que sentiría. Subconscientemente debió haber dudado del efecto del hechizo pues Podrang le había arrojado seis o siete Huevos de Basilisco. Pero él había partido antes el rojo. Hasta ese extraño resplandor plateado se había extinguido. Las profundidades de la caverna eran totalmente negras y silenciosas.

Crockett caminó hacia la entrada. Salió y gozó de la tibieza del sol de la tarde. Estaba cerca del pie de la montaña Dornsef, en un zarzal. A treinta metros un granjero araba la planicie de un campo.

Crockett se le acercó tambaleando. El hombre se volvió al oírle. Quedó paralizado un instante. Luego aulló, giró sobre los talones y huyó.

Los alaridos vibraron ladera arriba mientras Crockett, recordando los Huevos de Basilisco, se examinaba aprensivamente el cuerpo.

Luego él también chilló. Pero el sonido que emitió jamás podría haber brotado de una garganta humana.

Algo muy natural, dadas esas circunstancias.

LA GRAN NOCHE

Capítulo 1. La última hipernave

Asomó torpemente del plano eclíptico de los planetas como una bestia que se revuelca en el espacio, las toberas chamuscadas y cortajeadas, una estría rugosa en el medio, donde la había raspado la atmósfera turgente de Venus, y cada vieja soldadura del obeso cuerpo a punto de rajarse.

El capitán estaba borracho en su cabina, y su voz llorosa vibraba en los compartimientos mientras se quejaba de la desconsiderada crueldad de la Comisión de Tráfico Interplanetario.

La tripulación procedía de una docena de mundos, la mitad reclutada a la fuerza. Logger Hilton, el primer oficial, se esforzaba por comprender los mapas andrajosos, y La Cucaracha, los motores convulsionados ante esa idea suicida, se zambullía en la Gran Noche a través del espacio.

En la sala de control centelleó una señal. Hilton aferró un micrófono.

—¡Reparaciones! —aulló—. ¡Salid al casco para examinar la tobera 6—A! ¡Andando!

Volvió a sus mapas, mordiéndose el labio y mirando de soslayo al piloto, un selenita diminuto e inhumano de extremidades aracnoides y múltiples y cuerpo de aspecto frágil. Ts'ss —ese era el nombre, o una aproximación— tenía puesto el incómodo conversor de audio que volvía su voz subsónica audible para los oídos humanos, pero al contrario de Hilton, no vestía armadura espacial. Ningún selenita necesitaba protección contra el espacio profundo. Un millón de años en la Luna los había habituado a la falta de aire. La atmósfera de la nave tampoco era una molestia para Ts'ss. Simplemente no la respiraba.

—¡Maldito seas... ¡Despacio! —dijo Hilton—. ¿Quieres destrozar el casco?

Los ojos facetados del selenita titilaron a través de la máscara.

—No, señor, imprimo a los reactores la menor velocidad posible. En cuanto sepa las fórmulas de distorsión espacial, todo será más fácil.

—¡Guíala sin reactores!

—Necesitamos la aceleración para salir del espacio normal, señor.

—No importa —dijo Hilton—. Ya lo tengo. Alguien ha estado criando moscas de fruta en estos mapas. Aquí tengo la información —dictó unas pocas ecuaciones que la memoria fotográfica de Ts'ss asimiló de inmediato.

A lo lejos se oyó un aullido alargado.

—Ese es el capitán, supongo —dijo Hilton—. Vuelvo en un minuto. Entra en el hiperespacio en cuanto puedas o nos plegaremos como un acordeón.

—Sí, señor. Ah... Señor Hilton...

—¿Sí?

—Si puede, échele un vistazo al extintor del cuarto del capitán.

—¿Para qué? —preguntó Hilton.

Varias de las múltiples extremidades del selenita imitaron el gesto de beber. Hilton torció la cara, se levantó y bajó la escalerilla luchando contra la aceleración. Echó una ojeada a los visores y comprobó que ya habían pasado Júpiter, lo cual era un alivio. La

atracción gravitatoria del planeta gigante no habría sido una ayuda para los huesos doloridos de La Cucaracha. Pero afortunadamente ya habían pasado, ¡afortunadamente! Sonriendo con amargura, abrió la puerta del capitán y entró.

El capitán Sam Danvers estaba de pie en la cucheta, pronunciando un discurso ante la imaginaria Comisión de Tráfico Interplanetario. Era un hombre corpulento, o mejor dicho lo había sido, pero ahora las carnes se le habían encogido y empezaba a encorvarse. La piel de la cara rugosa se le había curtido tanto en el espacio que era casi negra. Una mata de pelo gris le despuntaba furiosamente. Sin embargo, tenía un curioso parecido con Logger Hilton. Los dos eran lobos del espacio. Hilton, con treinta años menos, también tenía la cara curtida y la misma mirada en los ojos azules. Se dice que cuando uno se interna en la Gran Noche, más allá de la órbita de Plutón, ese vacío enorme se le mete dentro y asoma por los ojos. Hilton tenía eso. Y el capitán Danvers también.

Por lo demás, Hilton era robusto y macizo, mientras que Danvers tenía ahora cierto aire de fragilidad, y el ancho pecho del primer oficial abultaba la túnica blanca. Aún no había tenido tiempo para ponerse el uniforme de vuelo, aunque sabía que ni siquiera este género de celulosa podría disimular la suciedad que se pegaba en un viaje espacial. No en La Cucaracha, al menos.

—Pero éste sería el último viaje en ese vejestorio.

El capitán Danvers interrumpió el discurso para preguntarle a Hilton qué demonios quería. El oficial saludó.

—Inspección de rutina, señor —observó, y bajó el extintor de la pared. Danvers brincó de la cucheta, pero Hilton fue más rápido. Antes que el capitán pudiera hacer nada, Hilton había vaciado el extintor en el vertedero más cercano.

—El material era viejo —explicó—. Lo llenaré de nuevo.

—Escuche, señor Hilton —dijo Danvers, tambaleándose y clavando un largo índice en la nariz del primer oficial—. Si usted cree que allí guardaba whisky, está loco.

—Seguro —dijo Hilton—. Loco como una cabra, capitán. ¿Qué le parece un poco de cafeína?

Danvers se asomó por el vertedero y miró vagamente hacia abajo.

—¿Cafeína, en? Mire, si no sabe darse maña para llevar La Cucaracha al hiperespacio, tendría que renunciar.

—Claro, claro. Pero una vez en camino no tardaremos en llegar a Fria. Usted tendrá que poner la cara ante el agente.

—¿Christie? Sí... Supongo que sí —Danvers se desplomó en la cucheta, la cabeza entre las manos—. He perdido la cabeza, Logger. ¿Qué saben los de la Comisión? Diantres, nosotros hemos sido los que fundamos el puesto comercial en Sirio Treinta.

—Mire, capitán. Al subir a bordo estaba tan borracho que olvidó de contarme —dijo Hilton—. Simplemente ordenó que alteráramos el curso y pusiéramos rumbo a Fria. ¿Por qué?

—La Comisión de Tráfico Interplanetario —gruñó el capitán—. Hizo examinar La Cucaracha.

—Lo sé. Inspección de rutina.

—Bien, esas babosas gordinflonas tienen el descaro de decirme que mi nave es insegura. ¡Que la atracción gravitacional de Sirio es muy fuerte..., y que no podíamos ir a Sirio Treinta!

—Quizá tengan razón —dijo pensativamente Hilton—. En Venus nos costó aterrizar...

—Es vieja —dijo Danvers, defensivo—. ¿Y con eso, qué? He llevado La Cucaracha alrededor de Betelgeuse, y mucho más cerca de Sirio que Sirio Treinta. La vieja dama tiene lo que hace falta tener. En esos días sabían construir motores atómicos.

—Hoy ya no los construyen —dijo Hilton, y el capitán se puso púrpura.

—¡Transmisión de materia! —masculló—. ¿Qué clase de locura es esa? Uno se mete en una máquina en la Tierra, bajan una palanca y está en Venus o Canopo o...el Purgatorio, si se le antoja! A los trece años me embarqué en una hipernave, Logger. Me he criado en hipernaves. Son sólidas. Son confiables. Lo llevan a uno a cualquier parte. Olvídelo, no es seguro viajar por el espacio sin una atmósfera alrededor, aunque sea enfundado en un traje.

—De paso, ¿dónde está el suyo? —preguntó Hilton.

—Ah, tenía mucho calor. El aire acondicionado no funciona.

El oficial encontró la armadura en un armario y se puso a reparar la conexión rota.

—No hace falta que tenga el casco cerrado, pero mejor póngase el traje —dijo distraídamente—. He impartido órdenes a los tripulantes. A todos menos a Ts'ss, que no necesita protección.

Danvers levantó la vista.

—¿Cómo anda la nave? —farfulló.

—Bien, unas reparaciones no le vendrían mal —dijo Hilton—. Quiero entrar pronto en el hiperespacio. Este curso rectilíneo es un riesgo. Además le temo al aterrizaje.

—Oh. De acuerdo, habrá reparaciones al regreso...si ganamos el dinero suficiente. Recordará usted la miseria que nos dejó el último viaje... Le propongo algo: supervise el trabajo y se llevará una buena tajada.

Los dedos de Hilton se aflojaron sobre la conexión. El piloto mantuvo la cabeza gacha.

—Buscaré un nuevo empleo —dijo—. Lo siento, capitán. Pero no estaré a bordo después de este viaje.

Hubo silencio a sus espaldas. Hilton hizo una mueca y siguió reparando el traje espacial.

—Hoy día no encontrará muchas hipernaves que necesiten pilotos —dijo por fin Danvers.

—Lo sé. Pero tengo conocimientos técnicos. Quizá me contraten para los transmisores de materia. O como comerciante, en los puestos de avanzada.

—¡Por todos los santos, Logger! ¿De qué está hablando? ¿Un...comerciante? ¿Un mugriento colono? ¡Usted es piloto de hipernaves!

—En veinte años más ya no quedará ni una sola hipernave en el espacio —dijo Hilton.

—Miente. Habrá una.

—¡Se hará pedazos en un par de meses! —repuso airadamente Hilton—. No quiero discutir. ¿A qué vamos a Fría? ¿Los hongos?

Danvers respondió después de una pausa.

—¿Qué más hay en Fría? Claro, los hongos. Nos hemos adelantado un poco. Nuestro arribo está previsto para dentro de tres semanas terrestres, pero Christie siempre tiene a mano una provisión. Y esa gran cadena hotelera nos pagará la comisión de costumbre. Maldito sea lo que me importa saber por qué demonios la gente come esa bazofia, pero...pagan veinte dólares por el plato.

—Habrá una buena ganancia, entonces —dijo Hilton—. Siempre que aterricemos en Fría sanos y salvos —arrojó el traje arreglado sobre la cucheta, al lado de Danvers—. Ahí tiene, capitán. Mejor vuelvo a los controles. Muy pronto entraremos en el hiperespacio.

Danvers se inclinó hacia adelante y tocó un botón para abrir la mampara corrediza. Miró fijamente la pantalla.

—Un transmisor de materia no le dará esto —dijo lentamente—. Mírelo, Logger.

Hilton se inclinó hacia adelante y miró por encima del capitán. El vacío centelleaba. En un costado ardía fríamente una curva de la mole titánica de Júpiter. Varias de las junas atravesaban el campo visual de la pantalla, y un par de asteroides reflejaban la luz de Júpiter con sus atmósferas tenues y colgaban como mundos en miniatura, rutilantes y velados contra ese trasfondo flamígero. Y más allá del brillo de las estrellas y las lunas y

los planetas se veía la Gran Noche, el vacío negro que bate como un océano los bordes del sistema solar.

—Bonito —dijo Hilton—. Pero frío, también.

—Tal vez. Es muy posible. Pero me gusta. Bien, consígase un puesto de comerciante, imbécil. Yo me pegaré a La Cucaracha. Sé que puedo confiar en la vieja dama.

La vieja dama respondió con un brusco revolcón.

Capítulo 2. Malas noticias

Hilton salió disparado instantáneamente de la cabina. La nave se zarandeaba brutalmente. El primer oficial oyó que Danvers vociferaba algo sobre la incompetencia de los pilotos, pero sabía que probablemente no era culpa del selenita. Llegó a la cabina de control mientras La Cucaracha todavía temblaba en la caída del último salto. Ts'ss era un tornado de movimientos, y las múltiples piernas maniobraban sobre una docena de instrumentos con frenesí.

—¡Avisaré que saltamos! —exclamó Hilton, e inmediatamente Ts'ss se concentró en los controles increíblemente complejos que guiaban la nave al hiperespacio.

El primer oficial estaba ante el tablero auxiliar, bajando las palancas.

—¡Puestos de seguridad! —gritó—. ¡Cerrad los cascos! ¡Aferraos bien, saltadores de soles! ¡Allá vamos!

Una aguja giró veloz en un cuadrante, oscilando sobre una marca. Hilton se desplomó en su asiento, deslizando los brazos bajo las agarraderas curvas y enganchando los codos en ellas. Metió los tobillos en los sostenes correspondientes. Los visores se borrarono y titilaron con colores cambiantes, centelleando y apagándose mientras La Cucaracha se mecía en el columpio entre el espacio normal y el hiperespacio.

Hilton probó con otro micrófono.

—Capitán Danvers. Puestos de seguridad. ¿De acuerdo?

—Sí. Ya me he puesto el traje. ¿Me recibe? ¿Me necesita? ¿Qué le pasa a Ts'ss? —preguntó la voz de Danvers.

—El conversor vocal de mi tablero ha estallado, capitán —dijo Ts'ss—. No pude tomar el auxiliar a tiempo...

—Necesitamos de veras una reparación —dijo Danvers, y cortó.

Hilton torció la boca.

—Necesitamos una reconstrucción —farfulló, y acercó los dedos a los botones de control, por si Ts'ss fallaba.

Pero el selenita era como una máquina de precisión; nunca fallaba. La vieja Cucaracha cimbraba por los cuatro costados. Los motores atómicos soltaban cantidades fantásticas de energía en la brecha dimensional. De golpe el columpio se equilibró un instante, y en esa fracción de segundo la nave se deslizó por el puente energético y dejó de ser materia. Dejó de existir en el plano tridimensional. Para un observador se habría esfumado. Pero para un observador del hiperespacio habría surgido repentinamente de la nada.

Salvo que no había observadores hiperespaciales. En realidad, en el hiperespacio no había nada. Era, como había contado una vez un científico, una especie de sustancia pura, pero nadie sabía cuál. Se le podían descubrir algunas propiedades, pero no mucho más. Era blanco, y tal vez era una suerte de energía, pues fluía como una marea de poder incontenible que arrastraba las naves a velocidades que en el espacio normal habrían pulverizado a la tripulación. Ahora, flotando en la hipercorriente, La Cucaracha corría hacia la Gran Noche a una velocidad que en cuestión de segundos la llevaría más allá de la órbita de Plutón.

Pero Plutón no se veía. Aquí se operaba a ciegas, con instrumentos. Y si uno se equivocaba de nivel, mala suerte... ¡Para uno...!

Hilton se apresuró a leer el instrumental. Estaba en Hiper-C-758-R. Correcto. El flujo circulaba en varias direcciones en los diferentes niveles del hiperespacio. Al regresar, alterarían la estructura atómica para abordar Hiper-M-75-L, que se precipitaba de Fria a la Tierra y más allá.

—Ya está —dijo Hilton, distendiéndose y buscando un cigarrillo—. Ni meteoros, ni problemas de tensión... Simplemente bogar hasta acercarnos a Fria. Luego emergeremos del hiperespacio, y probablemente nos haremos trizas.

Sonó un chasquido.

—Señor Hilton —anunció una voz—, hay problemas.

—Era previsible... Bien, Wiggins. ¿Qué pasa ahora?

—Uno de los nuevos... Estaba afuera, haciendo reparaciones.

—Hubo tiempo de sobra para regresar y entrar —vociferó Hilton, que en realidad no estaba muy seguro de lo que decía—. Llamé a todos los puestos de seguridad...

—Sí, señor. Pero este hombre es nuevo. Parece que nunca antes había navegado en una hipernave. Sea como fuere, está en la enfermería con una pierna quebrada.

Hilton reflexionó un momento; La Cucaracha iba escasa de tripulantes, de todos modos. Pocos hombres capaces se embarcarían voluntariamente en esta antigualla.

—Bajo enseguida —dijo, y le hizo un gesto a Ts'ss, luego bajó por el pasadizo echándole de paso una ojeada al capitán, que se había dormido. Avanzó ayudándose con las agarraderas, pues en el hiperespacio no había gravedad aceleratoria. En la enfermería encontró al cirujano, que era también el cocinero de a bordo, entablillando a un jovencuelo traspirado que maldecía entre dientes.

—¿Qué le pasa? —le preguntó Hilton.

Bruno, el matasanos, le saludó con aire distraído.

—Fractura simple. Lo entablillo para que pueda moverse. Ha vomitado. Creo que no sirve para una hipernave.

—Eso parece —dijo Hilton, estudiando al paciente. El muchacho abrió los ojos y los clavó en Hilton.

—¡Me embarcaron de contrabando! —aulló—. ¡Por la fuerza! Lo demandaré, cueste lo que cueste. El primer oficial no se mosqueó.

—No soy el capitán, soy primer oficial —dijo Hilton—. Y te diré que lo que cueste no valdrá la pena gastarlo en nosotros. No valemos demasiado. ¿Sabes qué es la disciplina?

—¡Me embarcaron a la fuerza!

—Lo sé. Es el único modo de que La Cucaracha zarpe con una dotación completa. He mencionado la disciplina. Aquí no nos preocupa demasiado. De todas maneras, es mejor que me llames 'señor' delante de los demás. Ahora cállate y descansa. Dale un sedante, Bruno.

—¡No! ¡Quiero enviar un espaciograma!

—Estamos en el hiperespacio. No puedes. ¿Cómo te llamas?

—Saxon. Luther Saxon —respondió entre rezongos de impotencia—. Soy... Soy ingeniero consultor de Transmat.

—¿Los que hacen transmisión de materia? ¿Qué hacías por los muelles espaciales? Saxon tragó saliva.

—Bueno... Yo...acompañé a las dotaciones técnicas para supervisar las nuevas instalaciones. Habíamos terminado una estación transmisora en Venus. Salí a tomar unos tragos... ¡Eso fue todo! Unos tragos y...

—Y apareciste donde menos te lo esperabas —dijo Hilton, divertido—. Alguno de los muchachos te echó droga en el vaso. De todas maneras, tu nombre figura en la nómina, así que no tienes salida a menos que saltes de la nave. Puedes enviar un mensaje desde Fria, pero tardaría mil años en llegar a Venus o la Tierra. Mejor quédate con nosotros, y podremos volver juntos.

—¿En esta carretilla? No es segura. Es tan vieja que cada vez que respiro hondo se me pone la carne de gallina.

—Bien, deja de respirar —barbotó Hilton, ¿a Cucaracha ya no era una damisela, evidentemente, pero hacía muchos años que él navegaba en ella. Era lógico que el hombre de Transmat hablara así; las dotaciones de Transmat nunca corren riesgos.

—¿Habías navegado alguna vez en una hipernave? —preguntó.

—Claro —dijo Saxon—. ¡Como pasajero! Tenemos que llegar a un planeta antes de llegar a una estación, ¿no?

—Aja —Hilton estudió la cara ceñuda del paciente—. Pero ahora no eres pasajero.

—Tengo una fractura.

—¿Eres ingeniero calificado? Saxon titubeó y finalmente asintió.

—De acuerdo, serás piloto auxiliar. No tendrás que caminar mucho. El piloto te dirá lo que hay que hacer. Así te ganarás los garbanzos.

Saxon escupió protestas.

—Algo más —dijo Hilton—. Mejor no le digas al capitán que eres de Transmat. Te colgaría de una tobera. Mándamelo cuando esté bien, Bruno.

—Sí señor —dijo Bruno simulando una sonrisa, también era viejo lobo espacial, y no simpatizaba con Transmat.

Hilton regresó a la sala de control. Se sentó y observó los visores blancos.

Casi todos los brazos de Ts'ss estaban quietos, eso indicaba rutina.

—Tendrás un ayudante —dijo Hilton al rato—. Instrúyelo rápido. Así podremos descansar un poco. Si ese calistiano idiota no hubiera desertado en Venus, estaríamos de perlas.

—Será un viaje corto —dijo Ts'ss—. En este nivel la hipercorriente es más rápida.

—Sí. No le digas al capitán, pero el novato es hombre de Transmat.

Ts'ss soltó una risita.

—Eso también pasará —dijo—. Somos una raza antigua, señor Hilton. Los terráqueos son niños comparados con los selenitas. A las hipernaves pronto les tocará el turno, y después le llegará la hora a Transmat, cuando aparezca algo nuevo.

—Nosotros no pasaremos —dijo Hilton, algo asombrado de encontrarse defendiendo la filosofía del capitán—. Vosotros no habéis... Los selenitas.

—Quedamos algunos, es cierto —dijo blandamente Ts'ss—. No muchos. La época dorada del Imperio Selenita pasó hace mucho tiempo. Pero todavía quedamos algunos selenitas, como yo.

—¿Y estáis vivos, verdad? No se puede liquidar...una raza.

—No fácilmente. No enseguida. Pero a la larga sí. Y también se puede matar una tradición, aunque lleve mucho tiempo. Pero usted sabe cuál será el fin.

—Oh, cállate —dijo Hilton—. Hablas demasiado.

Ts'ss volvió a inclinarse sobre los controles. La Cucaracha siguió bogando en la hipercorriente blanca, deslizándose tan raudamente como el día en que la habían botado.

Pero cuando llegaran a Fria se las verían con el espacio normal y una gravedad intensa. Hilton frunció el ceño.

¿Y qué? —pensó—. Este es sólo otro viaje. El destino del universo no depende de él. Nada depende de él, salvo la posibilidad de ganar lo suficiente para hacer reparar a la vieja dama. Y a mí no me importará, porque es mi último viaje en la Gran Noche.

Observó las pantallas. No podía verla, pero sabía que la Gran Noche yacía más allá de esa blancura universal, en un plano invisible para sus ojos. Las pequeñas chispas de mundos y soles fulguraban en la inmensidad, pero nunca alumbraban la Gran Noche. Era demasiado vasta, demasiado implacable. Y hasta los soles gigantes se apagarían finalmente en ese océano. Como se apagaría todo lo demás, todo lo que se desplazaba en las mareas del tiempo dentro de esa enorme negrura.

Eso era el progreso. Una ola nacía y reunía fuerzas y crecía... Y se rompía. Detrás venía una nueva ola. Y la vieja se disgregaba y se perdía para siempre. Quedaban algunos espumarajos y burbujas, como Ts'ss, vestigio de la ola gigante del antiguo Imperio Selenita.

El Imperio había muerto. Había combatido y gobernado a cien mundos en su época. Pero al fin la Gran Noche lo había conquistado y engullido.

Y eventualmente engulliría a la última hipernave. Tocaron Fria seis días terrestres después. Tocaron es decir poco. Uno de los brazos quitinosos de Ts'ss se tronchó con el impacto, pero al selenita pareció no importarle. No sentía el dolor, y en pocas semanas le crecería un brazo nuevo. La tripulación, sujeta a las agarraderas de aterrizaje, sobrevivió con lesiones leves.

Luther Saxon, el hombre de Transmat, ocupaba el asiento del piloto auxiliar —tenía bastantes conocimientos técnicos y había aprendido rápido los rudimentos—, y recibió un moretón en la frente, pero eso fue todo. La Cucaracha había emergido del hiperespacio con una sacudida que crispó al límite el viejo corpachón, y la atmósfera y la gravedad de Fria le pusieron a prueba otra vez. Las soldaduras se desgarraron, una tobera se desprendió y nuevas estrías rugosas surcaron el casco hirviente.

La tripulación anhelaba un descanso. No hubo tiempo para eso. Hilton organizó turnos de trabajo con intervalos de seis horas, y como quien no quiere la cosa anunció que estaba prohibido ir a Crepúsculo. Sabía que los tripulantes ignorarían la orden. No había manera de conservar a los hombres a bordo mientras Crepúsculo vendiera licor y otros mecanismos de escape aún más eficientes. De todos modos había pocas mujeres en Fria y Hilton esperaba que un buen número de hombres siguiera trabajando hasta dejar La Cucaracha reparada y en buenas condiciones de navegación, antes de subir el cargamento de hongos.

Sabía que Wiggins, el segundo oficial, daría lo máximo de sí. El salió con el capitán en busca de Christie, el comerciante de Fria. Tenía que atravesar Crepúsculo, la colonia techada protegida del resplandor caliente y diamantino de la estrella del sistema. No era grande. Pero Fria era un puesto de avanzada, con una población oscilante de pocos centenares que llegaban y se iban con las naves y las temporadas de cosecha. Hilton pensó que si era necesario, podrían embarcar de contrabando a algún juerguista. Pero era improbable que los tripulantes desertaran. Ninguno de ellos cobraría un céntimo antes de regresar al sistema solar.

Encontraron a Christie en su cabina de plástico; un hombre gordo, calvo y sudoroso que chupaba una enorme pipa de espuma de mar. Se sobresaltó al verles, y luego se recostó resignadamente en la silla y los invitó a sentarse.

—Hola, Chris —dijo Danvers—. ¿Qué tal?

—Hola, capitán. Hola, Logger. ¿Un buen viaje?

—El aterrizaje no fue tan bueno —dijo Hilton.

—Sí, algo me han contado. ¿Un trago?

—Después —dijo Danvers, aunque le brillaron los ojos—.

Primero los negocios. ¿Tienes listo algún buen cargamento?

Christie se alisó una de las mejillas gordas y relucientes.

—Bien... Llegáis con dos semanas de adelanto.

—Siempre tienes una reserva. El comerciante gruñó.

—Lo cierto es... Oye, ¿no has recibido mi mensaje? No, supongo que no hubo tiempo...

La semana pasada te mandé un recado en el Cielo Azul, capitán.

Hilton intercambió una mirada con Danvers.

—Hueles a malas noticias, Chris. ¿Qué pasa?

—No puedo evitarlo —dijo Christie, incómodo—. No podéis competir con Transmat. No podéis pagar esos precios. La Cucaracha supone gastos de viaje. El combustible cuesta

dinero y...bien, Transmat instala una estación, la paga, y eso es todo, salvo el consumo de energía. ¿Cuánto suma con motores atómicos?

Danvers se estaba poniendo rojo.

—¿Transmat instalará una estación aquí? —se apresuró a preguntar Hilton.

—Sí. No puedo detenerlos. Estará lista en un par de meses.

—¿Pero por qué? Los hongos no valen la pena. El mercado no es tan importante. Nos estás envolviendo, Chris. ¿Qué quieres? ¿Una tajada más grande? Christie contempló la pipa.

—No. ¿Recuerdas los análisis de mineral de hace doce años? Hay filones valiosos en Fría, Logger. Sólo que hay que refinarlo mucho. De lo contrario es muy voluminoso para embarcarlo. Y costaría muchísimo fletar el equipo en una nave. Son máquinas grandes, grandes de veras.

Hilton miró de soslayo a Danvers. El capitán ya estaba púrpura, y apretaba los labios con fuerza.

—Pero... Un momento, Chris. ¿Cómo lo solucionará Transmat? ¿Enviará el mineral en bruto a la Tierra con sus aparatos?

—Según lo que he oído —dijo Christie—, enviarán las máquinas de refinamiento y las instalarán en Fría. Todo lo que necesitan para eso es un transmisor. El campo puede expandirse para transportar cualquier cosa, ¿verdad? ¡Qué demonios, si se puede mover un planeta, teniendo la suficiente energía! El mineral será procesado aquí y el producto refinado será enviado a la Tierra.

—Así que buscan mineral —dijo Danvers en voz baja—. ¿No les interesan los hongos, verdad? Christie movió la cabeza.

—Parece que sí. Me han hecho una oferta. Importante. No puedo rechazarla, y tú no puedes igualarla, capitán. Lo sabes tan bien como yo. Trece dólares la libra.

Danvers refunfuñó. Hilton soltó un silbido.

—No podemos igualarla —dijo—. ¿Pero cómo se las arreglan para pagar tanto?

—Por la cantidad. Mandan todo con los transmisores. Instalan uno en un mundo, y es una puerta abierta en la Tierra..., o en el planeta que se les antoje. Un trabajo solo no les deja mucho margen, pero un millón de trabajos... ¡Y lo acaparan todo! ¿Qué puedo hacer yo, Logger?

Hilton se encogió de hombros. El capitán se levantó bruscamente. Christie miró fijamente la pipa.

—Mira, capitán. ¿Por qué no pruebas con las Secundarias de Orion? He oído que tuvieron una excelente cosecha de eucaliptus...

—Yo lo oí hace un mes —dijo Danvers—. Todo el inundo lo ha oído. Supongo que ya no quedará nada. Además, la vieja dama no aguantaría semejante viaje. Tengo que hacerla reparar pronto, y bien, cuando volvamos al sistema. Se hizo un silencio. Christie sudaba más que nunca.

—¿Y ese trago? —sugirió—. Quizá se nos ocurra algo.

—Todavía puedo pagarme lo que bebo —le espetó el capitán Danvers, que giró sobre sus talones y se marchó.

—¡Cielo santo, Logger! —dijo Christie—. ¿Qué podría hacer yo?

—No es tu culpa, Chris —dijo Hilton—. Te veré luego, a menos... De todos modos, mejor que siga al capitán. Parece que se dirige a Crepúsculo.

Siguió a Danvers, pero ya había perdido las esperanzas.

Capítulo 3. Danvers fija el rumbo

Dos días más tarde el capitán seguía borracho. En la penumbra de Crepúsculo, Hilton entró en un cobertizo enorme y fresco donde inmensos ventiladores hacían circular el aire caliente y encontró a Danvers, como de costumbre, en una mesa del fondo, con una copa

en la mano. Estaba hablando con un canopiano de cabeza diminuta, un ejemplar de raza retrógrada que posee apenas un mínimo de inteligencia. El canopiano parecía recubierto de felpa negra, y los ojos rojos relucían perturbadoramente a través de la pelambre. El también empuñaba una copa. Hilton se les acercó.

—Capitán —dijo.

—Largo —dijo Danvers—. Estoy charlando con este amigo.

Hilton miró al canopiano con severidad y echó el pulgar hacia atrás. La sombra de ojos rojos recogió la copa y se marchó rápidamente. Hilton se sentó.

—Estamos listos para despegar —dijo.

Los ojos legañosos de Danvers parpadearon.

—Me ha interrumpido, oficial. Estoy ocupado.

—Cómprase una caja y termine la juerga a bordo —dijo Hilton— Si no zarpamos pronto la tripulación desertará.

—Que se vayan.

—De acuerdo. Entonces, ¿quién llevará La Cucaracha de vuelta a la Tierra?

—Si volvemos a la Tierra la vieja dama irá a parar a un cementerio de chatarra —dijo furiosamente Danvers—. La CTI no autorizará otro viaje sin una remodelación general.

—Puede pedir un préstamo.

—¡Ja!

Hilton soltó un suspiro áspero y furibundo.

—¿Está suficientemente sobrio como para entenderme? Entonces escuche. Estuve hablando con Saxon...

—¿Quién es Saxon?

—Lo embarcamos subrepticamente en Venus. Bien, es un...ingeniero de Transmat — Hilton se apresuró a continuar antes que el capitán pudiera replicarle—. Fue un error. Un error de quien le 'reclutó', y nuestro. Transmat respalda a sus hombres. Saxon ha hablado con la gente de Transmat en Fría, y el superintendente me ha visitado; hay problemas en puerta. Una demanda por daños y perjuicios. Pero tenemos una salida... Ninguna hipernave llegará a Fria en muchas semanas y el transmisor de materia no estará terminado hasta dentro de dos meses. Y parece que Transmat va escasa de ingenieros. Si podemos llevar a Saxon a Venus o la Tierra inmediatamente, él se callará. Y no habrá demanda.

—Quizás él se calle... ¿Pero Transmat?

—Si Saxon no firma una queja, ¿qué puede hacer la compañía? —Hilton se encogió de hombros—. Es nuestra única salida.

Los dedos moteados de Danvers jugaron con la copa.

—Un hombre de Transmat —murmuró—. Aja. Así que volvemos a casa... ¿Y qué? Estamos liquidados —clavó en Hilton una mirada turbia—. Es decir, yo estoy liquidado. Olvidé que usted desertará después de este viaje.

—No desertaré. Mis contratos expiran al terminar cada viaje. ¿Qué quiere que haga yo, de todos modos?

—Haga lo que quiera. Abandonar a la vieja dama. Usted no es un lobo espacial —escupió Danvers.

—Sé cuando llevo las de perder —dijo Hilton—. Cuando se pierde por puntos lo más inteligente es esquivar los golpes, no esperar el knockout. Usted tiene conocimientos técnicos. También podría trabajar para Transmat.

Por un segundo Hilton creyó que el capitán le tiraría la copa en la cara. Luego Danvers se recostó en la silla, y se puso una sonrisa en los labios.

—No debería perder la cabeza por eso —dijo con esfuerzo—. Es la verdad.

—Sí... Bueno, ¿viene conmigo?

—¿La vieja dama está lista para despegar? —preguntó Danvers—. Iré con usted, pues. Pero antes, beba una copa conmigo.

—No tenemos tiempo.

Danvers se levantó con la dignidad de un borracho.

—No me gustan sus ínfulas, oficial. El viaje no ha terminado, todavía. ¡Dije: beba conmigo! Es una orden.

—Oh, está bien, está bien —dijo Hilton—. Un trago, y nos vamos...

—Claro.

Hilton bebió el licor sin degustarlo, y... Sintió demasiado tarde el dolor picante en la lengua. Antes que pudiera incorporarse, el salón penumbroso se replegó sobre él como un paraguas al cerrarse. Mientras perdía el conocimiento comprendió con amargura que acababan de drogarlo como al más tierno de los novatos. Sólo que ese trago lo había servido el capitán.

Los sueños eran confusos. Estaba combatiendo con algo, pero no sabía con qué. A veces cambiaba de forma y a veces no estaba allí, pero era siempre enorme y terriblemente poderoso.

El tampoco era siempre el mismo. En algunas ocasiones era el joven deslumbrado que se había embarcado en el Saltaestrellas, para zambullirse por primera vez en la Gran Noche. Luego tenía unos años más y era contramaestre. Quería ascender a oficial y estudiaba, a través de los blancos e inmutables días y noches del hiperespacio, los intrincados logaritmos que debe conocer todo buen piloto.

Como el caballo que gira y gira alrededor de una noria, caminaba hacia una meta que se le escapaba, que permanecía siempre lejos de su alcance. A veces ni siquiera veía cuál era esa meta; brillaba como el éxito y tal vez lo fuera, pero la meta empezaba a girar antes de que el pusiera la noria en movimiento.

En la Gran Noche una voz descarnada le decía:

—Has equivocado el juego, Logger. Hace treinta años habrías tenido un futuro en las hipernaves. Ahora no. Vendrá una nueva ola. Lárgate o ahógate.

Una sombra de ojos rojos se inclinó sobre él. Hilton luchó por emerger del sueño. Sacudió los brazos torpemente y apartó la copa que le acercaban a los labios. El canopiano soltó un grito estridente y áspero. El líquido de la copa formó una esfera brillante en medio del aire.

La copa notaba y el canopiano también. Estaban en el hiperespacio. Unas pocas correas sujetaban a Hilton a la cucheta, y comprobó que se trataba de su propia cabina. El mareo y la debilidad, efectos de la droga, se le escurrían en el cerebro.

El canopiano chocó contra la pared, empujó con fuerza y regresó disparado hacia Hilton. El oficial se libró de las correas. Estiró la mano y apresó un puñado de pelo negro y sedoso. El canopiano le tiró un zarpazo a los ojos.

—¡Capitán! —chilló—. ¡Capitán Danvers!

El dolor atenaceó la mejilla de Hilton cuando las zarpas del oponente se la hicieron sangrar. Hilton rugió de furia. Lanzó un puñetazo a la mandíbula del canopiano, pero ahora flotaban libremente y el impacto fue ineficaz. Se trenzaron en el aire. El canopiano no cesaba de chillar con su alarido agudo y demente.

El picaporte emitió dos chasquidos. Se oyó una voz afuera. Wiggins, el segundo. Hubo un estruendo sordo. Hilton, todavía débil, trataba de alejar al canopiano con golpes espasmódicos. La puerta se abrió de golpe y entró Wiggins.

—¡Dzann! —dijo—. ¡Basta! —y encañonó al canopiano con una pistola propulsora.

Frente a la puerta había un pequeño grupo. Hilton vio a Saxon, el hombre de Transmat, boquiabierto, y a otros miembros de la tripulación que miraban indecisos. De pronto la cara del capitán Danvers apareció detrás de las otras, tensa y convulsa.

—¿Qué ha pasado, señor Hilton? —dijo Wiggins—. ¿Este gato le saltó encima?

Hilton estaba tan acostumbrado a usar la armadura espacial que hasta entonces no había reparado en su presencia. El casco estaba echado hacia atrás, como el de Wiggins

y el resto. Se arrancó un lastre del cinturón y lo arrojó a un lado; la reacción lo impulsó hacia una pared, donde aferró una agarradera.

—¿Lo encerraremos en una celda? —preguntó Wiggins.

—Bien, hombres —dijo serenamente Danvers—. Dejadme pasar —se dio impulso para entrar en la cabina de Hilton rodeado de miradas de embarazo y vaga desconfianza, clavadas en él; el capitán las ignoró.

—¡Dzann! —gritó—. ¿Por qué no tienes puesta tu armadura? Póntela. El resto..., a sus puestos. Usted también, señor Wiggins. Yo me encargaré de esto.

Wiggins vaciló. Trató de decir algo.

—¿Qué espera? —le dijo Hilton—. Dígale a Bruno que traiga un poco de café, y ahora márchese —maniobró para sentarse en la cucheta, viendo por el rabillo del ojo que Wiggins y los demás se retiraban. Dzann, el canopiano, había tomado un traje del rincón y forcejeaba torpemente para ponérselo.

Danvers cerró cuidadosamente la puerta, investigando la cerradura estropeada.

—Hay que hacerla arreglar —murmuró—. No quiero cosas rotas a bordo —encontró una agarradera y se detuvo frente al primer oficial, los ojos fríos y vigilantes, la cara fatigada y todavía tensa.

Hilton buscó un cigarrillo.

—La próxima vez que su gato me salte encima lo perforaré de lado a lado —prometió.

—Lo aposté aquí para vigilarle a usted, por si acaso —dijo Danvers—. Para que le cuidara si sufríamos algún accidente o corríamos peligro. Le enseñé cómo cerrarle el casco y abrir el oxígeno.

—¿Y cree que un canopiano imbécil se iba a acordar? —dijo Hilton—. También le dijo que me mantuviera drogado —tendió la mano hacia la esfera líquida y brillante que flotaba cerca y la palpó con el índice; probó la bebida—. Claro. Vakheesh. Eso es lo que puso en mi copa en Fria. ¿Qué tal si suelta la lengua, capitán? ¿Qué hace este canopiano a bordo?

—Lo he contratado —dijo Danvers.

—¿Para qué? ¿Supervisor de carga? Danvers respondió con voz neutra. Miraba a Hilton de hito en hito.

—Camarero.

—Ya veo. ¿Qué le ha dicho a Wiggins? Sobre mí, quiero decir.

—Le he dicho que usted estaba ñipado —sonrió el capitán Danvers—. Era cierto, por otra parte.

—Pero ya no —replicó Hilton con exasperación—. ¿Qué tal si me cuenta dónde estamos? De todos modos, puedo averiguarlo. Puedo pedirle las ecuaciones a Ts'ss y establecer las coordenadas. ¿Estamos en M—75—L?

—No. Estamos navegando en otro nivel.

—¿Hacia dónde?

—No conozco el nombre —chilló el canopiano—. No tiene nombre. Tiene un sol doble.

—¡Está loco de remate! —Hilton miró ceñudamente al capitán—. ¿Ha puesto rumbo hacia un sistema binario? Danvers seguía sonriendo.

—Así es. No sólo eso... Además, vamos a aterrizar en un planeta que está a unos cincuenta mil kilómetros de los soles.

Hilton abrió la mampara corrediza y observó el vacío blanco.

—A menos distancia que Mercurio del Sol. No podrá hacerlo. ¿Qué tamaño tienen las estrellas? Danvers se lo dijo.

—De acuerdo. Es un suicidio. Usted lo sabe. La Cucaracha no aguantará.

—La vieja dama puede aguantar todo lo que le ofrezca la Gran Noche.

—Esto no. Pudo haber regresado a la Tierra y descender en la Luna... Pero usted la lleva a una máquina trituradora.

—Todavía recuerdo mis lecciones de astrogación —dijo Danvers—. Saldremos del hiperespacio con el planeta entre nosotros y las estrellas primarias. Descenderemos con la atracción.

—Hechos pedazos —convino Hilton—. Lástima que no me ha mantenido ñipado. Si se queda callado y quieto, cambiaremos el rumbo y volveremos sanos y salvos a la Tierra. Pero si se pone difícil habrá un motín y lo denunciaré al Almirantazgo.

El capitán hizo un ruido que sonó como una carcajada.

—De acuerdo —dijo—, proceda a su gusto. Échele una ojeada a las ecuaciones. Si me necesita, estoy en mi cabina. Vamos, Dzann.

Se alejó por el pasadizo con el canopiano tras de él, como una sombra.

Siguiendo a Danvers, Hilton se topó con Bruno, que le traía el café. El primer oficial gruñó, tomó la taza cubierta y sorbió el líquido con la destreza de alguien muy acostumbrado a condiciones antigravitatorias. Bruno le observó.

—¿Todo bien, señor? —preguntó el cirujano-cocinero.

—Sí. ¿Por qué no?

—Bueno..., los hombres están inquietos.

—¿Por qué?

—No sé, señor. Usted nunca... Usted siempre ha dirigido los despegues, señor. Y ese canopiano... A la gente no le cae bien. Todos piensan que hay problemas.

—¿Ah, sí? —dijo sombríamente Hilton—. Ya les pondré en claro las ideas cuando empiece la guardia nocturna. Hablan demasiado.

Miró ceñudamente a Bruno y siguió hacia la puerta de control. Aunque al capitán le había hablado de motín, era demasiado veterano como para llevar a todos a situación tan extrema. Había que mantener la disciplina, aun cuando el capitán Danvers pareciera haberse vuelto loco.

Ts'ss y Saxon manejaban los controles. El selenita le miró de soslayo con los ojillos brillantes, pero la máscara impassible bajo el filtro de audio no reveló ninguna expresión. Saxon, en cambio, se volvió y se puso a hablar con excitación.

—¿Qué ha sucedido, señor Hilton? Algo va mal. Ya tendríamos que estar preparando el descenso en la Luna. Pero no es así. No entiendo lo bastante sobre estas ecuaciones para cotejarlas, y Ts'ss no me cuenta una palabra.

—No hay nada que contar —dijo Ts'ss. Hilton tendió la mano y recogió una carpeta de cifras en código.

—Cierra el pico —le dijo distraídamente a Saxon—. Quiero concentrarme en esto.

Estudió las ecuaciones. Leyó la muerte en ellas.

Capítulo 4. Partida con la muerte

Logger Hilton entró en la cabina del capitán, se apoyó de espaldas contra la pared y le soltó una sarta de maldiciones en voz baja. Cuando hubo concluido, Danvers le sonrió.

—¿Es todo? —preguntó.

Hilton se volvió al canopiano, agazapado en un rincón y aflojándose furtivamente las correas del traje espacial.

—Eso iba también para ti, minino —le dijo.

—Dzann no se ofuscará —dijo Danvers—. El seso no le da para enfadarse por un insulto. ¿Todavía piensa amotinarse y poner rumbo a la Tierra?

—Ya no —dijo Hilton, y con airada paciencia se puso a enumerar los problemas con los dedos—. No podrá pasar de un hiperplano al otro sin caer primero en el espacio ordinario para cobrar impulso. Si regresáramos al espacio normal, el impacto podría hacer trizas a La Cucaracha. Estaríamos en trajes, flotando en el espacio a cien millones de kilómetros del planeta más cercano. En este momento navegamos en una hipercorriente veloz que parece conducir al confín del universo.

—Hay un planeta a mano —dijo Danvers.

—Claro. El que está a cincuenta mil kilómetros de una primaria doble. Y nada más.

—¿Y bien? Suponga que sufrimos un accidente. Podemos hacer las reparaciones una vez que descendamos en un planeta. Podemos conseguir los materiales necesarios. En el espacio es imposible. Sé que aterrizar en ese mundo nos dará menuda faena... Pero es eso o nada, ahora.

—¿Qué se propone?

—Este canopiano, Dzann, hizo un viaje hace seis años. Una hipernave sin itinerario fijo. Los controles se atascaron y el casco ponía rumbo hacia afuera. Hicieron un aterrizaje de emergencia justo a tiempo. Escogieron un planeta que había sido detectado y registrado en los mapas, pero nunca visitado. Allí hicieron las reparaciones, y luego volvieron a las rutas comerciales. Pero había un fulano a bordo, un terráqueo que le tenía cariño a Dzann. El fulano era listo, y creo que había estado involucrado en el tráfico de drogas. No mucha gente conoce el paraine por el aspecto, pero este tío sí. No le dijo nada a nadie. Tomó muestras con el propósito de juntar dinero, contratar una nave y fletar un cargamento. Pero le acuchillaron en un tugurio de Caliste. No murió inmediatamente, de todos modos. Y simpatizaba con Dzann. Así que le pasó a Dzann toda la información.

—¿A ese retardado? —dijo Hilton—. ¿Cómo podría recordar el rumbo?

—Eso es algo que los canopianos pueden recordar. Quizá sean lentos de entendederas, pero son buenos matemáticos. Es el único talento que poseen.

—Para él ha sido un buen modo de conseguir unos tragos gratis y un empleo —dijo Hilton.

—No. Me ha dejado ver las muestras. Conozco un poco su lengua, y por eso me confió su secreto cuando estábamos en Fria. Bien, entonces aterrizaremos en ese planeta sin nombre y cargaremos una partida de paraine. Repararemos a la vieja dama, si es necesario.

—¡Oh, lo será!

—Y después, regresaremos.

—¿A la Tierra?

—Creo que a Sueno. El aterrizaje será más fácil.

—Y ahora le preocupan los aterrizajes... —comentó el oficial, socarrón—. Bien, supongo que no podré impedirlo de ningún modo. Después de este viaje me largo. ¿Cuál es la cotización actual del paraine?

—Cincuenta dólares la libra. En el Centro Médico, si a eso se refiere.

—Mucho dinero —dijo Hilton—. Con esas ganancias podrá comprar una nueva nave y aun guardar unos ahorros para divertirse.

—Usted tendrá su parte.

—De todos modos me largo.

—No, hasta que termine este viaje —dijo Danvers—. Es usted el primer oficial de La Cucaracha —rió—. Un lobo del espacio se guarda muchos trucos en la manga... Y tengo mucha más experiencia que usted.

—Claro —dijo Hilton—. Es usted listo. Pero ha olvidado a Saxon. Ahora le demandará, respaldado por Transmat. Danvers se encogió de hombros.

—Ya pensaré algo. Es su turno de guardia, oficial. Nos quedan doscientas horas para hablar, antes de salir del hiperespacio. Hasta luego.

Cuando Hilton salió, el capitán reía.

En doscientas horas pueden pasar muchas cosas. Hilton debía encargarse de que no pasaran. Afortunadamente, su reaparición había calmado a la tripulación; las desavenencias en la oficialidad les huele a problemas. Pero con Hilton trabajando a bordo de La Cucaracha con el aire casual y seguro de siempre, hasta Wiggins, el segundo oficial, se sentía mejor. Aun así, era evidente que no se dirigían a la Tierra. Estaban tardando demasiado.

El único problema real era Saxon, y Hilton podía controlarlo. Aunque no sin dificultades. Casi había terminado en una confrontación, pero estaba acostumbrado al mando y finalmente se las arregló para imponerse. Insatisfecho pero más aplacado, Saxon se calló la boca a regañadientes.

Hilton le llamó de nuevo.

—Haré todo lo que pueda por ti, Saxon. Pero ahora estamos en la Gran Noche. No estás en espacio civilizado. Y no olvides que el capitán sabe que eres hombre de Transmat y que te detesta. En una hipernave, la palabra del Viejo es ley. Así que, por tu propio bien, mira por dónde caminas.

Saxon captó la indirecta. Palideció ligeramente, y después de eso hizo lo posible por evitar al capitán.

Hilton trajinaba examinando La Cucaracha una y otra vez. En el hiperespacio no era posible hacer reparaciones externas, pues no había gravedad y las leyes físicas ordinarias no tenían validez. Los zapatos magnéticos, por ejemplo, no funcionaban. Sólo dentro de la nave había seguridad. Y esa seguridad era ilusoria, pues los vaivenes bruscos del columpio espacial podían desintegrar La Cucaracha en segundos.

Hilton exigió la colaboración de Saxon. Quería no sólo colaboración técnica, también deseaba mantenerle ocupado. Así que ambos trabajaron con frenesí improvisando sistemas que pudieran darle a la nave lo máximo de fuerza auxiliar. La torsión, la presión y la tensión fueron estudiadas, se analizó el diseño del navío, y las aleaciones estructurales fueron analizadas con rayos X.

Encontraron algunas fallas —La Cucaracha era una dama muy vieja—, pero eran menos de las que Hilton esperaba. Al fin, el trabajo principal consistió en arrancar particiones y mamparas y utilizarlas como refuerzo extra.

Pero Hilton sabía, y Saxon concordaba con él, que no sería suficiente para amortiguar la conmoción inevitable.

Había una solución posible. Sacrificaron el sector de popa. Era posible, aunque corrían una carrera contra el tiempo. Las cuadrillas arrancaron sin piedad vigas de popa y las trasladaron adelante para soldarlas, de tal modo que la mitad delantera de la nave quedara tremendamente fortificada y aislada, mediante resistentes paredes herméticas, de la esquelética mitad trasera. Por último, Hilton hizo inundar esa mitad con agua manufacturada, para favorecer el efecto de amortiguación.

A Danvers no le gustó, desde luego. Pero tuvo que ceder. Después de todo, Hilton mantenía el rumbo que él había indicado, pese a lo riesgoso que era. Si La Cucaracha logra sobrevivir, será gracias a Hilton. Pero Danvers guardó un silencio huraño, encerrado en su cabina.

Hacia el final, Hilton y Ts'ss estaban solos en la sala de control, mientras Saxon, que se había interesado en el trabajo por el trabajo mismo, supervisaba las últimas tareas de refuerzo. Hilton, tratando de encontrar el nivel hiperespacial adecuado para volver a la Tierra después de cargar el paraine, se equivocó con una cifra y maldijo con furia en voz baja.

Oyó que Ts'ss reía discretamente y se volvió hacia el selenita.

—¿Qué es lo que encuentras gracioso? —preguntó.

—En realidad, no es gracioso, señor —dijo Ts'ss—. Tiene que haber gente como el capitán Danvers, en todas las cosas importantes.

—¿A qué viene esa cháchara? —preguntó Hilton con curiosidad.

Ts'ss se encogió de hombros.

—El motivo por el que yo sigo embarcándome en La Cucaracha es que yo puedo ser útil y eficiente a bordo, y los planetas ya no sirven para los selenitas. Hemos perdido nuestro último mundo. Murió hace mucho tiempo. Pero todavía recuerdo las viejas tradiciones de nuestro Imperio. Si una tradición adquiere grandeza, es gracias a los hombres que la respaldan. Esa es la causa de la grandeza. Y por eso las hipernaves

llegaron a significar algo, señor Hilton. Hubo hombres que vivieron y respiraron las hipernaves. Hombres que adoraron las hipernaves como otros adoran dioses. Los dioses caen, pero unos pocos hombres siguen adorando en los viejos altares. No pueden cambiar. Si fueran capaces de cambiar, no serían la clase de hombres que engrandece a sus dioses.

—¿Has estado quemando paraine? —preguntó Hilton con desagrado; le dolía la cabeza y no quería argumentar en favor del capitán.

—No son delirios de drogadicto —dijo Ts'ss—. ¿Qué me dice usted de las tradiciones caballerescas? Nosotros hemos tenido al emperador Chyra, que luchó por...

—He leído sobre Chyra. Era un 'rey Arturo' selenita...

Ts'ss cabeceó lentamente sin dejar de mirar a Hilton con sus ojazos.

—Exacto. Un instrumento que fue útil en su tiempo porque sirvió a su causa con una dedicación exclusiva. Pero cuando esa causa murió, a Chyra, como a Arturo, no le quedaba más que morir también. Sin embargo continuó sirviendo a su dios hasta su propia muerte, sin creer que había caído. La gente como Danvers nunca creerá que las hipernaves han terminado. Las defenderá hasta su muerte. Esos hombres engrandecen sus causas, pero cuando sobreviven a la causa se convierten en figuras trágicas.

—Bien, yo no estoy tan chiflado —gruñó Hilton—. Entraré en otro juego. Transmat o algo por el estilo. Tú eres técnico. ¿Por qué no vienes conmigo después de este viaje?

—Me gusta la Gran Noche —dijo Ts'ss—. Y no tengo un mundo propio, un mundo viviente. No hay razones para que yo busque el éxito, señor Hilton. En La Cucaracha puedo hacer lo que quiero. Pero lejos de la nave veo que la gente no simpatiza con los selenitas. Somos demasiado pocos para infundir respeto o afecto. Y yo soy muy viejo, usted lo sabe...

Perplejo, Hilton miró fijamente al selenita. No había modo de detectar los signos de la vejez en los seres aracnoides. Y ellos sabían siempre, con precisión infalible, cuánto vivirían. Podían predecir el momento exacto de la muerte.

Bien, pero él no era viejo. Y no era un lobo espacial como Danvers. No defendía causas perdidas. No había nada que le fuera a atar a las hipernaves después de este viaje...si logra sobrevivir.

Sonó una señal. El estómago de Hilton brincó y se congeló, aunque el oficial esperaba este momento desde hacía horas. Buscó un micrófono.

—¡Puestos de seguridad! ¡A cerrar los cascos! ¡Saxon, tu informe!

—Todo el trabajo terminado, señor Hilton —dijo la voz de Saxon, tensa pero firme.

—Sube aquí. Tal vez te necesite. Llamada general: voz de alerta. A aferrarse bien. Estamos entrando. Después el columpio se sacudió.

Capítulo 5. La elección de Hilton

Claro que tenía aguante esa vieja dama. Había tocado mil mundos y navegado más kilómetros de hiperespacio de los que podía contar un hombre. Algo se le había pegado en la Gran Noche, algo más fuerte que los remaches de metal y las aleaciones duras. Llamémosle alma, aunque nunca haya habido una máquina que tuviera alma. Pero desde que la primera balsa con troncos se lanzó a los mares encrespados los hombres han sabido que las naves de algún modo adquieren un alma.

Brincaba como una pulga. Corcoveaba como un caballo desbocado. Los puntales y columnas chirriaban y rechinaban, y los pasadizos resonantes se poblaban de crujidos y gruñidos disonantes mientras el metal cedía bajo una tensión brutal. Por los motores circulaba demasiada energía. Pero la destartada vieja dama resistía y seguía adelante, sacudiéndose, protestando, conservándose entera, de alguna manera...

El columpio franqueaba el abismo entre dos tipos de espacio, y La Cucaracha se zambulló frenéticamente cuesta abajo, una indignidad para una vieja dama que a esa

edad debía estar bogando serenamente por el vacío... Pero primero era una hipernave, y después, una dama. Saltó al espacio normal. El capitán había calculado bien. El sol doble no estaba a la vista porque lo eclipsaba el único planeta, pero la atracción de esa monstruosa estrella gemela palmeó a La Cucaracha como la mano titánica de un gigante, y la impuso hacia adelante con una fuerza irresistible.

No hubo tiempo para nada, salvo para apretar unos pocos botones. Los poderosos reactores llamearon desde el casco de La Cucaracha. El impacto sacudió a cada hombre de a bordo. Ningún observador lo vio, pero los registradores automáticos grabaron lo que sucedió entonces.

La Cucaracha dio contra lo que era prácticamente una pared de piedra. Y ni siquiera eso pudo detenerla, aunque la frenó lo suficiente como para darle un mínimo de seguridad, y ella bajó la popa y se estrelló en el planeta sin nombre con todas las toberas traseras gallardamente encendidas. Los compartimientos inundados amortiguaron el golpe y una parte de ella que no era plástico ni metal le permitió resistir aun ese martillazo que le asestaba un mundo.

El aire se escurrió siseando hacia una atmósfera menos densa y se disipó. El casco quedó medio derretido. Las toberas de los reactores estaban fundidas en una docena de lugares. La popa era picadillo.

Pero todavía era una nave.

Efectuar la carga fue asunto de rutina. Los hombres habían visto demasiados planetas extraños para prestarle a éste demasiada atención. No había aire respirable, de modo que los tripulantes trabajaban en trajes espaciales, salvo tres que habían sufrido lesiones al aterrizar y estaban en la enfermería, en una atmósfera renovada dentro de los compartimientos sellados de la nave. No había muchos de ellos. La Cucaracha era una dama vieja y achacosa, y sólo podían dársele primeros auxilios.

Danvers en persona se encargó de atenderla. La Cucaracha le pertenecía, y mantuvo ocupada a la mitad de la tripulación abriendo las toberas selladas por el calor, haciendo reparaciones improvisadas y poniendo a la nave en condiciones relativamente aceptables. Permitted a Saxon trabajar como jefe de cuadrilla, para aprovechar los conocimientos del ingeniero, aunque cada vez que veía al hombre de Transmat se le endurecían los ojos.

En cuanto a Hilton, salió con la otra mitad de la tripulación para recoger el paraine. Emplearon cosechadoras al vacío, por lo que debieron arrastrar largos y flexibles tubos de transporte hasta la sentina de La Cucaracha, y les llevó dos semanas de duros esfuerzos completar la carga. Pero para entonces la nave estaba abarrotada de paraine, las reparaciones estaban terminadas, y Danvers había programado el curso a Sueno.

Hilton estaba sentado en la sala de control con Ts'ss y Saxon. Abrió un compartimiento de la pared, miró adentro y volvió a cerrarlo. Luego le hizo una seña a Saxon.

—El capitán no ha cambiado de opinión. Nuestro próximo puerto es Sueno —dijo—. Nunca estuve allí.,.

—Yo sí —dijo Ts'ss—. Más tarde le diré cómo es. Saxon bufó con irritación.

—Entonces has de saber cuál es la atracción gravitatoria, Ts'ss. Yo tampoco nunca estuve allí. He buscado el dato en los libros. Casi todos son planetas gigantes. No se puede salir del hiperespacio al espacio normal después de haber alcanzado el radio. No hay plano de eclíptica en ese sistema. Es una locura. Hay que planear un rumbo errático hacia Sueno, e ir luchando constantemente contra las variantes de gravedad de una docena de planetas. Y para colmo, hay que tener en cuenta la atracción de la estrella. Usted sabe que La Cucaracha no lo logrará, señor Hilton.

—Sé que no lo logrará —dijo Hilton—. Hasta ahora hemos abusado de nuestra suerte, pero pedir más sería suicida. Simplemente no resistirá otro viaje. Estamos varados aquí. Pero el capitán se niega a creerlo.

—Está loco —dijo Saxon—. Conozco el límite de resistencia de una máquina, se puede deducir matemáticamente. Esta nave es sólo una máquina. ¿O está usted de acuerdo con el capitán Danvers? ¡Tal vez usted piensa que está viva!

Saxon estaba olvidando la disciplina, pero Hilton entendían que todos sufrían una tensión muy fuerte.

—No, claro que es una máquina —dijo simplemente—. Y ambos sabemos que se le ha exigido demasiado. Si vamos a Sueno... —completó la frase con un ademán significativo.

—El capitán Danvers dice Sileno —murmuró Ts'ss—. No podemos amotinarnos, señor Hilton.

—Nuestra mejor posibilidad es ésta: entrar de algún modo en el hiperespacio —decía Hilton—, seguir la corriente y salir como sea. Pero después, se acabó. La atracción gravitatoria de cualquier sol o planeta nos hará pedazos. El problema es que los únicos mundos con instalaciones para reparar La Cucaracha son los grandes. Si no hacemos esa reparación, estamos fritos. Sin embargo, Saxon, hay una salida: descender en un asteroide.

—¿Por qué?

—Hay menos inconvenientes. No hay gravedad digna de mención. Sin duda que no podremos pedir ayuda por radio, pues las señales tardarían años en llegar a quienquiera. Sólo podremos llegar rápido a través del hiperespacio. Ahora bien, ¿tendrá instalada Transmat alguna estación en algún asteroide?

Saxon abrió la boca y la cerró.

—Sí. Hay una apropiada, en el sistema Rigel. Lejos de la estrella primaria. Pero no entiendo. El capitán Danvers no lo aceptaría.

Hilton abrió el compartimiento de la pared. Se filtró un humo gris.

—Esto es paraine —dijo—. El humo es soplado en la cabina del capitán a través del conducto de ventilación. El capitán estará drogado hasta que aterricemos en ese asteroide de Rigel, Saxon.

Hubo un vbreve silencio. De pronto Hilton cerró el panel de un portazo.

—Hagamos planes —dijo—. Cuanto antes lleguemos al puerto de Rigel, antes regresaremos a la Tierra..., vía Transmat.

Curiosamente, fue Saxon quien vaciló.

—Señor Hilton, aguarde. Transmat... Ya sé que yo trabajo para la empresa, pero son gente astuta, hombres de negocios. Hay que pagar mucho para usar los transmisores de materia.

—¿Pueden transmitir una hipernave, verdad? ¿O es demasiado grande...

—No, pueden expandir el campo enormemente. Pero no me refería a eso. Es el pago que exigirán. Aprovecharán la situación. Tendrá que cederles por lo menos la mitad de la carga.

—Todavía nos quedará bastante para las reparaciones.

—Pero ellos querrán saber de dónde vino el paraine, Y usted estará entre la espada y la pared. Al fin no le quedará otro remedio que decirles. Y eso significará la instalación de una estación de Transmat en este mundo.

—Supongo que sí —dijo serenamente Hilton—. Pero la vieja dama estará nuevamente en condiciones de navegar. Cuando el capitán vea después de los arreglos comprenderá que era la única salida. Así que manos a la obra.

—Recuérdeme que le hable de Sueno —dijo Ts'ss.

La Estación Lunar de Reacondicionamiento es enorme. Han techado un cráter con una cúpula transparente, y abajo yacen las hipernaves en sus plataformas. Llegan destartaladas y rotas, y parten limpias y brillantes y fuertes, de nuevo preparadas para la Gran Noche. La Cucaracha descansaba allí. Ya no era la ruina quejumbrosa que había descendido en el asteroide de Rigel sino una dama atractiva, flamante y hermosa.

Arriba, Danvers y Hilton miraban reclinados contra la baranda. El oficial comentó ociosamente:

—Está lista para zarpar. Y hasta tiene buen aspecto...

—No gracias a usted, oficial.

—¡Basta con eso! —dijo Hilton—. Si yo no le hubiera drogado a usted, estaríamos muertos y La Cucaracha estaría notando hecha trizas en el espacio. Mírela ahora.

—Sí. Bien, tiene buen aspecto de veras. Pero no volverá a llevar más cargamentos de paraine. Ese filón era mío. Si usted no le hubiera cantado la ubicación a Transmat, estaríamos salvados —Danvers torció la boca—. Ahora están instalando una estación de Transmat allá; una hipernave no puede competir con un transmisor de materia.

—Hay más de un mundo en la galaxia.

—Claro, claro —pero a Danvers le brillaban los ojos al mirar hacia abajo.

—¿Adonde irá, capitán? —preguntó Hilton.

—¿Qué le importa a usted? ¿Aceptará ese trabajo en Transmat, no?

—No le quepa la menor duda. En cinco minutos me encontraré con Saxon. De hecho, iremos a firmar los contratos. Para mí se acabó el espacio profundo. Pero..., ¿adonde irá usted?

—No sé —dijo Danvers—. Pensaba dar una vuelta por Arcturus, a ver qué hay de nuevo.

Hilton no se movió por un rato. Luego habló sin mirar al capitán.

—¿No pensará parar después en Canis, verdad?

—No.

—Miente.

—Vaya a su cita —dijo Danvers. Hilton observó la gran hipernave.

—La vieja dama siempre ha sido un navío bonito y limpio. Nunca equivocó su camino. Siempre siguió una trayectoria recta. Sería bastante malo que trasladar esclavos de Arcturus al mercado de Canis. Es ilegal, por supuesto, pero no es eso lo que cuenta. Es un negocio sucio, inmundado.

—¡No le he pedido consejos, oficial! —rugió Danvers—. ¡Nadie ha hablado de traficar esclavos!

—Y supongo que tampoco pensaba descargar el paraine en Sueno, En el Centro Médico se puede conseguir un buen precio, pero se puede sextuplicar en el mercado de drogas de Sueno. Sí, me lo dijo Ts'ss. El estuvo en Sueno.

—Oh, cállese la boca —dijo Danvers.

Hilton echó la cabeza hacia atrás para escrutar— la vasta negrura más allá de la cúpula.

—Aún si pierde la pelea, es mejor pelear limpio —dijo—. ¿Sabe en qué terminaría todo esto?

Danvers miró también hacia arriba. Al parecer, veía algo que no le gustaba.

—¿Cómo se podría competir con Transmat? —preguntó—. Hay que sacar ganancias de algún fado...

—Hay un modo fácil y sucio, y hay otro limpio, pero difícil. La vieja dama tiene una historia intachable.

—Usted no es un lobo del espacio. Nunca lo fue. ¡Déjeme en paz! Tengo que contratar una tripulación.

—Escuche... —dijo Hilton, y se interrumpió—. Ah, váyase al demonio. Para mí se acabó.

Volvió la espalda y se alejó por el largo corredor de acero.

Ts'ss y Saxon estaban bebiendo whisky con soda en el Cuarto Menguante. Por los ventanales se veía el pasaje cubierto que conducía a la Estación de

Reacondicionamiento, y más allá las rocas del borde de un cráter, con el trasfondo de la oscuridad constelada de estrellas. Saxon miró el reloj.

—No vendrá —dijo Ts'ss.

El hombre de Transmat sacudió los hombros con impaciencia.

—No. Te equivocas. Desde luego, entiendo por qué quieres quedarte en La Cucaracha.

—Sí, soy viejo. Esa es una razón.

—Pero Hilton es joven, y es listo. Tiene un gran futuro por delante. Esa tontería de apegarse a un ideal... Bien, puede que el capitán Danvers sea así, pero Hilton no. No está enamorado de las hipernaves.

Ts'ss hizo girar la copa lentamente entre los extraños dedos.

—En una cosa te equivocas, Saxon. No me embarcaré en La Cucaracha.

Saxon le miró sorprendido.

—Pero creí que... ¿Por qué no?

—Moriré dentro de mil horas terrestres —dijo Ts'ss en voz baja—. Cuando llegue el momento, bajaré a las cavernas selenitas. No muchos saben que existen, y sólo unos pocos de nosotros conocemos las cavernas secretas, los recintos sagrados de nuestra raza. Pero yo las conozco. Iré a morir allí, Saxon. Cada hombre tiene una obsesión que le domina, y a mí...me ocurre lo mismo. Debo morir en mi propio mundo. En cuanto al capitán Danvers, él sigue su causa, como nuestro emperador Chyra y vuestro rey Arturo. Los hombres como Danvers engrandecen las hipernaves. Ahora la causa ha muerto, pero los hombres que le dieron grandeza no pueden cambiar de actitud. Si les fuera posible, nunca habrían surcado la galaxia en sus naves. Así que Danvers se quedará con La Cucaracha y Hilton...

—¡El no es un fanático! No se quedará. ¿Por qué habría de hacerlo?

—En nuestras leyendas, el emperador Chyra estaba arruinado, y su imperio desmoronado —dijo Ts'ss—. Pero siguió luchando. Hubo uno que luchó a su lado, aunque no creía en la causa de Chyra. Un selenita llamado Jailyra. ¿No había en vuestras leyendas un tal Lanzarote? El tampoco creía en la causa de Arturo. Y no lo abandonó. Sí, Saxon. Están los fanáticos que luchan por lo que creen, pero están también los otros, los que no creen, y que luchan en nombre de una causa menor. Algo llamado amistad.

Saxon rió y señaló los ventanales.

—Te equivocas Ts'ss —dijo con aire triunfal—. Hilton no es tonto. Allí viene.

La forma alta de Hilton avanzaba rápidamente por el pasadizo. Cruzó frente al ventanal y desapareció. Saxon se volvió hacia la puerta.

Hubo una pausa.

—O tal vez no sea una causa menor —dijo Ts'ss—. Pues el Imperio Selenita pasó, y la corte de Arturo pasó, y las hipernaves pasarán. La Gran Noche siempre termina engulléndolo todo. Desde el comienzo ha sido así.

—¿Qué?

Esta vez fue Ts'ss quien señaló.

Saxon se acomodó para observar. A través del ángulo de la ventana podía ver a Hilton, de pie e inmóvil en la rampa, indiferente a los peatones que circulaban alrededor. Estaba alterado y no sabía por qué.

Vieron su expresión de incertidumbre en la cara. De pronto le vieron reanimarse. Hilton sonrió hoscamente para sí mismo. Había tomado una decisión.

Giró sobre los talones y volvió rápidamente sobre sus pasos, Saxon observaba la espalda ancha alejarse hacia la Estación de Reacondicionamiento donde esperaban Danvers y La Cucaracha. Hilton volvía por donde había venido, a lo que en realidad nunca había abandonado.

—¡Ese imbécil! —dijo Saxon—. ¡No puede hacer esto! ¡Nadie rechaza una oferta de Transmat!

Ts'ss le dirigió una mirada plácida e impasible.

—Eso crees tú —dijo—. Transmat necesita hombres como tú, para engrandecerla..., para hacerla crecer. Eres un hombre afortunado, Saxon. La corriente te favorece. De aquí en cien o doscientos años más quizás estarás en la misma situación de Hilton. Entonces comprenderás.

Saxon parpadeó.

—¿A qué te refieres?

—Transmat está creciendo ahora —dijo suavemente el selenita—. Será muy grande gracias a hombres como tú. Pero también para Transmat llegará el fin.

Hizo un ademán de indiferencia, y los ojos inhumanos y facetados miraron más allá del borde del cráter, hacia los puntos de luz titilantes que por el momento parecían contener la Gran Noche.

SOLO PAN DE JENGIBRE

El único modo de hacer creíble esta historia es escribirla en alemán, lo cual no tiene sentido, pues el mundo de habla alemana ya está empezando a preocuparse por el pan de jengibre.

Bueno, esto en sentido figurado. Es más seguro. Es muy probable que Rutherford, que se interesa equitativamente en la semántica y la calle Basin, sea capaz de crear un equivalente inglés del pan de jengibre, Dios me ampare. Al fin y al cabo la canción, con su reductio ad absurdum de ritos y sentidos, no significa nada en traducción. Tratad de traducir 'Jabberwocky' al alemán. ¿Cuál es el resultado?

La canción, tal como Rutherford la escribió en alemán, no tenía ninguna relación con el pan de jengibre, pero como obviamente es imposible conseguir el original la sustituiré por su equivalente más aproximado en nuestra lengua. Le falta esa persuasiva perfección que a Rutherford le llevara meses de trabajo, pero os dará una idea.

Empezaremos, supongo, por la noche en que Rutherford se impacientó con el hijo. Tenía sus motivos. Phil Rutherford enseñaba semántica en la universidad, combatía una resaca y al mismo tiempo trataba de corregir exámenes. Lo habían excluido del servicio militar por ineptitud física, y Rutherford estaba rumiando ese asunto; se preguntaba si debía ingerir nuevas unidades Sherman de tiamina y seguir odiando a sus alumnos. Los trabajos que le habían entregado eran malos. En general, apestaban. Rutherford sentía un amor casi ilícito por las palabras, y lo desesperaba que las patearan de esa manera. Como había dicho Humpty Dumpty, el problema residía en quién era el amo.

No eran los estudiantes, por lo general. El trabajo de Jerry O'Brien era bueno, sin embargo; Rutherford lo leyó cuidadosamente, lápiz en mano. La radio de la sala no le molestaba, en todo caso la puerta estaba cerrada. Pero de pronto la radio calló.

—Hola —dijo el hijo de Rutherford, un chico de trece años, acariciándose el pelo ensortijado; tenía un manchón de tinta en la punta de la nariz—. Hola, papá. Ya terminé los deberes. ¿Puedo ir al cine?

—Es muy tarde —dijo Rutherford mirando el reloj—. Lo siento, pero mañana tienes clase temprano.

—Nom d'un plume —murmuró Bill, que estaba descubriendo el francés.

—Fuera. Estoy ocupado. Ve a escuchar la radio.

—Esta noche pasan melodramas... Está bien —Bill se retiró dejando la puerta entornada.

Del cuarto contiguo llegaron sonidos confusos y sordos. Rutherford volvió al trabajo. Enseguida notó que Bill estaba repitiendo una serie de frases monótonas y rítmicas.

Automáticamente se puso a escuchar, esforzándose por distinguir las palabras. Pero no significaban nada. Una retahíla típica de esa edad.

—Ibete zíbete zíbete zam...

Rutherford recordó que hacía tiempo que la oía, una trivial fórmula mística para elegir compañeros: "¡y ahora te toca a ti!" Una de esas cosas que se fijan irritantemente en la memoria.

—Ibete zíbete... —seguía salmodiando Bill con un tono casual y monocorde. Rutherford se levantó a cerrar la puerta. Pero no era suficiente, aún oía demasiado ese canturreo rítmico como para que la mente empezara a funcionarle con un ritmo similar. Ibete zíbete... Maldición.

Al rato, Rutherford se sorprendió moviendo los labios en silencio, y empujó los papeles en el escritorio con un murmullo furibundo. Estaba fastidiado, eso era todo. Y corregir los exámenes requería concentración. Se alegró al oír el timbre.

Era Jerry O'Brien, su alumno preferido. Jerry era un muchacho alto, delgado y moreno, que compartía con Rutherford cierta pasión por los bins. Entró sonriendo.

—Hola, profe —saludó—. Hoy me dieron las notas. He aprobado el curso.

—Magnífico. Siéntate y cuéntame.

No había mucho que contar, pero charlaron bastante. Bill rondaba por el cuarto, escuchando con avidez. Rutherford se volvió hacia el hijo con una mirada fulminante.

—Termina ya con ese íbete zíbete, ¿quieres?

—¿Eh? Oh, claro. No sabía que estaba...

—Hace días que la tiene con eso —refunfuñó Rutherford—. Lo oigo hasta dormido.

—No debería molestarle a un especialista en semántica.

—Exámenes. Pero supón que hubiera estado haciendo un trabajo de precisión importante. Importante de veras, digo. Esa secuencia de palabras se te mete en la cabeza y no puedes librarte de ella.

—Sobre todo si sufre de tensión o se está concentrando demasiado. Le diluye la atención, ¿verdad?

—A mí no me molesta —dijo Bill.

—Espera a que crezcas —gruñó Rutherford— y tengas que concentrarte en serio, con una mente que funciona como una herramienta filosa. La precisión es importante. Mira lo que han logrado los nazis.

—¿Eh?

—La integración —dijo distraídamente Rutherford—. Entrenamiento para la concentración total. Los alemanes han dedicado años a construir una máquina... Bien, han fetichizado la exacerbación del estado de alerta. Mira las drogas estimulantes que administran a los pilotos de los bombarderos. Han eliminado todas las distracciones que pudieran interferir con el über alies.

Jerry O'Brien encendió la pipa.

—Es difícil distraerles. La moral alemana es algo extraño. Están convencidos de que son superhombres, de que no tienen debilidades. Supongo que sería una buena jugada, psicológicamente hablando, convencerles de alguna debilidad personal.

—Claro. ¿Cómo? ¿Semántica?

—No sé. Es probable que no se pueda, salvo mediante derrotas aplastantes. Pero aún así, las bombas no son buen argumento. Volar a un hombre en pedazos no es argumento que necesariamente convenza a los camaradas de que es débil. No. Habría que hacerle notar a Aquiles que tiene un talón...

—Ibete zíbete —murmuró Bill.

—Algo así —dijo O'Brien—. Si metemos una melodía disparatada en el cerebro de un individuo, le costará concentrarse. Sé que a mí me pasa a veces, cuando oigo algo como la canción del Hut-Sut.

—¿Recuerdas los bailes colectivos de la Edad Media? —dijo de pronto Rutherford.

—Una forma de histeria, ¿verdad? La gente se alineaba y zarandeaba el cuerpo hasta caer agotada.

—Exaltación nerviosa por el ritmo. Nunca lo han explicado satisfactoriamente. La vida se basa en el ritmo... El universo entero está... Pero no me pondré cosmológico contigo. Atengámonos a los ritmos emotivos, como el blues de la calle Basin. ¿Por qué la gente se enloquece con ciertos tipos de música? ¿Por qué la Marsellesa inició una revolución?

—Bien, ¿por qué?

—Dios sabrá —Rutherford se encogió de hombros—. Pero ciertas concatenaciones de frases, no necesariamente musicales, que poseen ritmo, rima o aliteración, se te pegan. Es imposible sacárselas de la cabeza. Y... —se interrumpió.

—¿Qué? —le urgió O'Brien.

—Imperfección semántica —dijo lentamente Rutherford—. Quién sabe... Mira, Jerry. A veces olvidamos cosas como el Hut-Sut. Podemos borrarlas de la mente. Pero supón que elaboras una concatenación de frases imposible de olvidar. El factor perverso te impediría anularla mentalmente... El mismo esfuerzo por lograrlo se cancelaría a sí mismo. Hmmm. Supón que te aconsejaron enfáticamente no mencionar la nariz de Bill Fields. Te repites una y otra vez: "No menciones la nariz". A la larga las palabras pierden todo sentido. Si te encontraras con el señor Fields, probablemente ¿e dirías sin darte cuenta: "¿Qué tal, señor Nariz?" ¿Entiendes?

—Creo que sí. Como la historia de que si uno se cruza con un caballo pío heredará una fortuna si no piensa en la cola del caballo hasta que pase de largo.

—Exacto —dijo Rutherford, complacido—. Obtén una fórmula semántica perfecta y no la olvidarás. Y la fórmula perfecta lo tendría todo. Tendría ritmo, y apenas el sentido suficiente para que uno se pregunte qué significa. No significaría nada necesariamente, pero...

—¿Se podría inventar una fórmula así?

—Sí, sí. Combina el lenguaje con la matemática y la psicología y se podría llegar a algo. Tal vez algo así se escribiera accidentalmente en la Edad Media. ¿Qué cosa producía los bailes colectivos?

—Creo que no me gustaría —O'Brien hizo una mueca—. Demasiado parecido a la hipnosis.

—En ese caso es autohipnosis, e inconsciente. Eso es lo mejor del asunto. Por darnos el gusto..., acerca una silla —Rutherford buscó un lápiz.

—Eh, papá —dijo Bill—, ¿Por qué no la escribes en alemán?

Rutherford y O'Brien se miraron, perplejos. Lentamente un destello de maligna complicidad les iluminó los ojos.

—¿Alemán? —murmuró Rutherford—. Tú has estudiado alemán, ¿verdad, Jerry?

—Sí. Y usted lo domina, por supuesto. Sí... Podríamos escribirla en alemán, ¿no? Los nazis se deben estar hartando de la canción de Horst Wessel.

—Sólo por...eh, divertirnos —dijo Rutherford—. Intentémoslo. Primero el ritmo. Un ritmo pegadizo, con un corte para evitar la monotonía. No necesitamos melodía —garabateó en el papel—. Es totalmente imposible, desde luego. Y aunque lo lográramos, es muy probable que a Washington no le interese.

—Mi tío es senador —aventuró O'Brien.

DEJé

DEJé

DEJé una esposa y DIEcisieie hijos

HAMBrientos

SÓLO pan de jengibre

les DEJé

—Bien, quizá yo sepa algo al respecto —dijo el senador O'Brien.

El oficial miró el sobre que acababa de abrir.

—¿Y bien? Hace unas semanas que usted me dio esto, con órdenes de no abrirlo hasta que usted lo indicara. ¿Y ahora, qué?

—Usted acaba de leerlo.

—Acabo de leerlo. De modo que usted anduvo fastidiando a los prisioneros nazis de ese hotel de Adirondack...

Los mareó repitiéndoles una canción alemana que para mí no tiene pies ni cabeza.

—Naturalmente. Usted no sabe alemán. Yo tampoco. Pero parece que entre los nazis ha surtido efecto...

—Mi informe privado dice que se lo pasan bailando y cantando.

—No es bailando, precisamente. Reflejos rítmicos inconscientes. Y siguen repitiendo la...eh, fórmula semántica.

—¿Tiene alguna traducción?

—Claro, pero en inglés no significa nada. En alemán tiene el ritmo adecuado. Ya le he explicado...

—Lo sé, senador, lo sé. Pero el Departamento de Guerra no puede perder tiempo en teorías imprecisas.

—Lo único que solicito es que la fórmula sea repetida a menudo en las emisiones radiales destinadas a Alemania. Es posible que para los locutores sea duro, pero se repondrán. Los nazis también, pero para entonces tendrán la moral desgastada. Persuada a las radios aliadas de que colaboren...

—¿De veras cree en esto? El senador tragó saliva.

—En realidad no. Pero mi sobrino casi me ha convencido. El ayudó al profesor Rutherford en la elaboración de la fórmula.

—¿Le dio alguna explicación razonable?

—No exactamente. Pero se lo pasa canturreando en alemán. Rutherford también. En todo caso no causará ningún daño... Yo respaldaré el proyecto.

—Pero... —el oficial atisbo la fórmula en alemán—. ¿Qué daño puede causar a la gente repetir una canción? ¿En qué podrá ayudarnos...?

DEJé

DEJé

DEJé una esposa y DIEcisiete hijos

HAMBrientos

SÓLO pan de jengibre

les DEJé

DEJé...

Aber —dijo Harben—, aber, aber aber.

—Pero nada de peros. Hay que revisar esta aldea de arriba abajo —replicó el oficial superior, Eggerth—. Mañana el Alto Mando acantonará aquí tropas que se dirigen al frente oriental, y tenemos que cerciorarnos de que no haya armas ocultas en ningún lado.

—Aber hemos revisado la aldea regularmente.

—Revísela de nuevo —ordenó Eggerth—. Usted sabe cómo son estos malditos polacos. En cuanto uno les da la espalda desenfundan un arma como por arte de magia. No queremos que el Führer reciba informes desfavorables. Ahora márchese. Tengo que completar mi informe, y tiene que ser preciso —hojeó un fajo de notas—. Cuántas vacas, cuántas ovejas, capacidad agrícola... Ach. Largúese, que debo concentrarme. Revise minuciosamente.

—Heil —saludó hurañamente Harben, y se volvió. Salió taconeando con un ritmo familiar. Se puso a murmurar algo.

—¡Capitán Harben!

Harben se detuvo.

—¿Qué diablos está diciendo?

—Oh... Los hombres entonan una marcha nueva. Es tonta, pero pegadiza. Un ritmo apropiado para marchar.

—¿Qué dice?

Harben hizo un ademán despectivo.

—Disparates. "Dejé, dejé, dejé una esposa y diecisiete hijos..."

Eggerth lo contuvo.

—Ya. Lo he oído. Unsinn. Heil.

Harben saludó y se retiró moviendo los labios. Eggerth se inclinó sobre el informe y entornó los ojos en la luz escasa. Diez cabezas de ganado. Ni valía la pena sacrificarlas por la carne, pero las vacas daban poca leche... Hmm. Grano, la situación también era mala. ¿Qué comían estos polacos? Se habrían alegrado de tener pan de jengibre, pensó Eggerth. Además, el pan de jengibre era nutritivo, ¿o no? ¿Pero por qué estaban hambrientos si todavía había pan de jengibre? Quizá no había mucho.

¿Pero por qué sólo pan de jengibre? ¿Acaso a las familias les disgustaba tanto que antes comían todo lo demás, menos eso? Gente singularmente miope. Posiblemente las tarjetas de racionamiento permitían comer SÓLO pan de jengibre les DEJÉ

DEJÉ DEJÉ

DEJÉ una esposa y DIEcisiete hijos HAMbrientos

Eggerth se contuvo airadamente, y de nuevo se puso a escribir. El grano... Hacía los cálculos con más lentitud que de costumbre, pues la mente seguía insistiendo en el ridículo ritmo. Verdammt! No lo consentiría.

Habitantes de la aldea, treinta familias. ¿O eran cuarenta? Sí, cuarenta. Hombres, mujeres y niños... En general, familias pequeñas. Pero era muy difícil encontrar diecisiete hijos. Con esa cantidad una frau podía hacerse rica tan sólo con las bonificaciones. Diecisiete hijos. Hambrientos. ¿Por qué no comían el pan de jengibre? Ridículo. En nombre de Gott, qué importaba si diecisiete hijos inexistentes y absolutamente hipotéticos comían o no pan de jengibre, si no comían nada, SÓLO pan de jengibre

les DEJÉ DEJÉ una esposa y DIEcisiete hijos...

—¡Infierno y maldición! —estalló Eggerth, mirando irritado el reloj—. Ya tendría que haber terminado el informe. Diecisiete hijos, bah.

Se puso a trabajar nuevamente, resuelto a no pensar en... En el pan...

Pero seguía mordisqueándole los rincones de la mente como un ratón intruso. Cada vez que reparaba en esa presencia podía ahuyentarla. Lamentablemente, Eggerth le repetía al subconsciente.

—No pienses. Olvídalo.

—¿Olvidar, qué? —preguntaba mecánicamente el subconsciente.

—SÓLO pan de jengibre...

—¿Ah, sí? —decía el subconsciente.

La patrulla no trabajaba con el celo y la precisión habituales. Las mentes de los hombres no parecían concentradas en la tarea. Harben ladraba órdenes, consciente de ciertos elementos que lo distraían: el sudor goleándole dentro del uniforme, la tosca aspereza de la tela, la presencia de los polacos que observaban y esperaban en silencio. Eso era lo peor de estar en un ejército de ocupación. Siempre se sentía que el pueblo conquistado estaba esperando... Bien.

—Revisad —ordenó Harben—. En grupos de a dos. No debéis dejar nada sin revisar.

Y lo revisaban todo. Marchaban aquí y allá por la aldea, siguiendo un ritmo familiar y pegadizo y moviendo los labios. Lo cual era inofensivo, por supuesto. La única

irregularidad se presentó en un altillo donde investigaban dos soldados. Harben subió para supervisar. Se asombró al ver que uno de los hombres abría un armario, miraba directamente el cañón de un fusil oxidado y luego cerraba el mueble. Por un segundo Harben no supo cómo reaccionar. El soldado siguió revisando.

—¡Atención! —dijo Harben, el soldado entrecrocó los talones—. Vogel, lo he visto.

—¿Señor? —Vogel parecía asombrado de veras, una expresión consternada en la cara ancha y juvenil.

—Estamos buscando armas. ¿O quizá los polacos le han sobornado para que pase por alto ciertas cosas... ¿Eh? Las mejillas de Vogel enrojecieron.

—No, señor.

Harben abrió el armario y extrajo un antiguo y oxidado fusil de chispa. Obviamente ahora no servía como arma, pero sin embargo correspondía confiscarlo. Vogel quedó boquiabierto.

—¿Bien?

—Yo... Señor, no lo vi. Harben resopló airadamente.

—No soy idiota. ¡Le he visto! Usted miró directamente ese arma. ¿Está tratando de decirme... Hubo una pausa.

—No lo vi, señor —repitió Vogel estólidamente.

—¿Ah, no? Se está volviendo distraído entonces... No debería aceptar sobornos, Vogel. Sé que usted es buen soldado. Pero cuando haga algo, trate de mantenerse alerta. Es peligroso soñar despierto en una aldea ocupada. Siga revisando.

Harben salió, intrigado. El hombre parecía ligeramente distraído por algo, sin duda. ¿Qué demonios les embotaba la mente al punto de que Vogel, por ejemplo, podía mirar directamente un arma y no verla? ¿Nervios? Ridículo. Los nórdicos son famosos por su dominio de sí. Los movimientos de los hombres... Ese ritmo coordinado revelaba un entrenamiento militar perfecto. Sólo con disciplina se llegaba a algo. El cuerpo y la mente eran máquinas, en realidad, y había que controlarlas. Como ese pelotón que marchaba por la calle. Sólo con disciplina. Sólo pan de jengibre. Les dejé. Dejé. Dejé...

Esa canción absurda. Harben se preguntaba de dónde habría salido. Se había difundido como un rumor. Las tropas acuarteladas en la aldea la habían hecho circular, pero Dios sabía donde la habían aprendido. Sonrió. Cuando tuviera una licencia tenía que acordarse de comentar esa canción ridícula a los muchachos de Unter den Linden... Era tan absurda que se fijaba en la mente. Dejé. Dejé.

DEJé una esposa y DIEeisiete hijos

HAMBrientos...

Al rato los hombres regresaron; no habían encontrado nada. El fusil de chispa era una antigualla, desde luego, pero por razones de rutina había que denunciar su existencia e interrogar al propietario. Harben condujo a los hombres a los cuarteles y se dirigió al despacho de Eggerth. Eggerth todavía estaba ocupado, algo extraño en él, que siempre hacía las cosas tan rápido... Clavó en Harben unos ojos desencajados.

—Espere. No quiero ser interrumpido ahora —y siguió escribiendo, el suelo ya estaba cubierto de bollos de papel.

Harben encontró un viejo ejemplar de Jugend que no había leído, y se instaló en un rincón. Había un artículo interesante sobre la educación de la juventud. Harben volvió una página y se dio cuenta de que había perdido la ilación. Volvió al párrafo anterior.

Lo leyó, dijo "¿Eh?" y retrocedió nuevamente. Las palabras estaban allí, le penetraban la mente, tenían sentido... Por supuesto. Se estaba concentrando. No dejaba que esa condenada canción interfiriera con eso de SÓLO pan de jengibre les DEJé

DEJé

DEJé una esposa y DIEeisiete hijos...

Harben nunca terminó ese artículo.

Witter, de la Gestapo, sorbía coñac y miraba a través de la mesa al Herr Doktor Schneider.

Fuera del café, el sol caía a plomo en la Königstrasse.

—Los rusos... —comentó Schneider.

—Olvide a los rusos. Todavía estoy sorprendido por lo de la aldea polaca —interrumpió bruscamente Witter—. Armas... —Ametralladoras ocultas allí después de revisar una y otra vez... Es ridículo. No ha habido incursiones recientes en esa localidad; los polacos no pueden haber recibido esas armas en las últimas semanas.

—Entonces quizá las tendrían ocultas desde antes.

—¿Ocultas? Revisaron cuidadosamente, Herr Doktor. Interrogaré de nuevo a ese oficial Eggerth. Y a Harben. Tienen buenos antecedentes, pero... —Witter se atusó el bigote, nervioso—. No, no podemos confiar en nadie. Usted es un hombre inteligente. ¿Qué opina?

—Que la aldea no fue bien revisada.

—Claro que lo fue. Eggerth y Haberlo afirman, y sus hombres lo corroboran. Es ridículo suponer que esas enormes ametralladoras pudieran pasar inadvertidas como automáticas de bolsillo. Pero cuando las tropas entraron en la aldea, los polacos ametrallaron a cuarenta y siete soldados alemanes desde los tejados —los dedos de Witter tamborileaban sobre la mesa siguiendo un ritmo entrecortado.

Tap-pé

Yap-pé

Tap-pé íap...

—¿Qué dice...? —preguntó Witter—. Perdón, no le he entendido.

—Nada. Simplemente que usted, desde luego, investigará cuidadosamente. Hay procedimientos de rutina para estas investigaciones, ¿verdad? Bien, pues... Es sencillamente un problema de lógica científica, como en mi propio trabajo.

—¿Cómo está eso? —preguntó Witter, escapando por la tangente.

—Pronto. Pronto.

—Ya oí esa respuesta antes. Hace semanas, en realidad. ¿Ha tropezado con alguna dificultad? ¿Necesita ayuda?

—Ach, no —exclamó Schneider, con repentina irritación—. No quiero ningún ayudante imbécil. Este es un trabajo de precisión, Witter. Requiere de una exactitud milimétrica. La termodinámica es mi especialidad, y sé bien cuándo hay que apretar un botón o realizar un ajuste. La radiación calorífica de los cuerpos que se desintegran... —se interrumpió de golpe, confundido—. Aunque tal vez necesite un descanso. Estoy agotado. La mente no me responde. Me concentro, y de pronto descubro que acabo de estropear un experimento importante. Ayer tuve que haber agregado exactamente seis gotas de un..., un fluido a una mezcla que había preparado, y cuando caí en la cuenta, había vaciado la hipodérmica. Eché a perder todo el asunto... Witter frunció el ceño.

—¿Le preocupa algo? ¿Alguna inquietud? No podemos costearnosla. Si se trata del sobrino de usted...

—No, no. No me preocupa Franz. Probablemente él se esté divirtiendo en París. Supongo que estoy... ¡Demonios! —Schneider dio un puñetazo contra la mesa—. Es ridículo. ¡Una canción idiota!

Witter arqueó una ceja y esperó.

Siempre sentí orgullo por mi mente. Es una hermosa máquina, coherente y lógica. Podría entender que falle por alguna causa justificable... Preocupaciones, por ejemplo. Incluso la locura. Pero cuando no puedo sacarme de la cabeza unos versos absurdos y disparatados... Hoy rompí ciertos instrumentos valiosos —confesó Schneider, apretando los labios—. Otro experimento fallido. Cuando me di cuenta de lo que había hecho, tiré todo de un manotazo. No quiero vacaciones. Es importante que termine mi trabajo pronto.

—Lo importante es que lo termine —dijo Witter—. Le aconsejo tomarse unas vacaciones. Los Alpes bávaros son agradables. Pesca, caza, reposo total. No piense en el trabajo. Me gustaría acompañarle, Herr Doktor, pero... —se encogió de hombros.

Unas tropas de asalto desfilaban por la Königstrasse. Repetían palabras que hicieron temblar crispadamente a Schneider. Las manos de Witter siguieron tamborileando en la mesa.

—Tomaré esas vacaciones —dijo Schneider.

—Bien. Así se repondrá. Ahora debo continuar investigando ese asunto de Polonia, y luego interrogar a ciertos pilotos de la Luftwaffe...

Cuatro horas más tarde el Herr Doktor Schneider estaba sentado en un compartimiento de tren, ya lejos de Berlín.

Por las ventanillas se veía una campiña verde y apacible. Pero por alguna razón, Schneider no se sentía feliz.

Se recostó en el asiento, quería relajarse, no pensar en nada, eso era... Dejar que la herramienta de precisión de su mente descansara un poco. Que divagara... Escuchaba el ritmo monótono de las ruedas, etiquete, cliquete...

CLIQUE
CLIQUE
CLIQUE una esposa y CLICisiete hijos
HAMBrientos
SÓLO pan de jengibre
les CLIQUE...

Schneider soltó una maldición, se levantó de un salto y tiró del cordel. Regresaba a Berlín. Pero no en tren. No en un vehículo con ruedas. ¡Cotí, no!

El Herr Doktor volvió a Berlín caminando. Al principio con rapidez. Luego palideció y aminoró la marcha. Pero el ritmo compulsivo persistía. Apuró el paso, trató de cambiarlo. Por un tiempo dio resultado. Luego no. La mente seguía acuciándole, y él quería dejarla, dejarla con SÓLO pan de jengibre...

Echó a correr. La barba desmelenada, los ojos centelleantes, el Herr Doktor Schneider, con su gran cerebro y todo, corría desenfrenadamente hacia Berlín, pero no lograba dejar atrás la voz silenciosa que decía, cada vez más rápido,

DEJÉ
DEJÉ
DEJÉ una esposa y DIEcisiete hijos
HAMBrientos
SÓLO pan de...

—¿Por qué fracasó ese ataque? —preguntó Witter.

El piloto de la Luftwaffe no lo sabía. Todo había sido planeado de antemano, como de costumbre. Cada contingencia fue prevista, y nada justificaba el fracaso. Los aviones de la RAF tuvieron que haber sido tomados por sorpresa. La Luftwaffe debió haber arrojado las bombas en los blancos y regresar cruzando el canal sin contratiempos.

—¿Se inyectó las dosis antes de despegar?

—Sí, señor.

—Kurtman, el bombardero, ¿murió?

—Sí, señor.

—¿Inexcusablemente?

—Sí, señor —dijo el piloto tras una pausa.

—¿El pudo haber derribado a ese Hurricane que les atacó?

—Yo... Sí, señor.

—¿Por qué habrá fallado?

—Estaba...cantando, señor. Witter se reclinó en la silla.

—Estaba cantando... Supongo que iba tan interesado en la canción que olvidó abrir el fuego.

—Sí, señor.

—Pero, en nombre de... De... ¿Y por qué no eludió usted a ese Hurricane?

—Yo también estaba cantando, señor.

La RAF se acercaba. El artillero silbaba entre dientes y esperaba. El claro de luna ayudaría. Se acomodó en el asiento acolchado y miró por el ocular. Todo estaba preparado. Esta noche serían varios los aparatos británicos que harían su última incursión.

Era un pequeño puesto antiaéreo en la Francia ocupada y el hombre no era especialmente importante, sólo que era buen tirador. Miró hacia arriba, observaba una pequeña nube luminosa en el cielo. Le evocó el negativo de una fotografía. Los aviones británicos, al contrario de la nube, serían oscuros. Hasta que los alumbraran los reflectores. Después...

En fin. Sólo una nube. Sólo pan de jengibre...

Habían cantado eso en la cantina la noche anterior. Lo repitieron a coro. Una canción pegadiza. Cuando volviera a Berlín, si volvía, tenía que acordarse de la letra. ¿Cómo decía?

Hambrientos...

Pensaba independientemente del ritmo automático de su cerebro. ¿Se estaba adormilando? Sobresaltado, se sacudió, y entonces comprendió que seguía alerta. No había peligro. La canción le mantenía despierto en vez de producirle sueño. Tenía un balanceo violento y excitante que se metía en la sangre con su DEJÉ

DEJÉ

DEJÉ una esposa...

Sin embargo debía permanecer atento. Cuando llegaron los bombarderos de la RAF tenía que actuar como debía. Y ya se acercaban. A lo lejos se oía el ronroneo tenue de los motores, palpitando monótonamente como la canción... Bombarderos que volaban hacia Alemania, hambrientos, sólo pan de jengibre les DEJÉ

DEJÉ

DEJÉ una esposa y DIEcisiete hijos

HAMBrientos...

Recuerda los bombarderos, hombre; la mano en el gatillo, el ojo en el ocular. Sólo concéntrate, sólo pan de jengibre les DEJÉ

DEJÉ

DEJÉ una esposa y...

Los bombarderos vienen. Los británicos vienen. Pero no dispaes demasiado pronto. DEJÉ que se acercaran y

DEJÉ

DEJÉ una esposa y allí están los motores, allí encendieron los reflectores, y allí se acercan, hambrientos. SÓLO pan de jengibre les DEJÉ

DEJÉ

DEJÉ una esposa y DIEcisiete hijos...

Se fueron. Los bombarderos habían pasado. ¡Y él no había disparado! ¡Olvidó disparar! Pasaron. Los DEJÉ pasar. Los DEJÉ...

El Ministro de Propaganda miró el informe como si estuviera a punto de lanzarse sobre Stalin para morderlo.

—No —dijo con firmeza—. No, Witter. Si esto es falso, es falso. Si fuera cierto, sería inadmisibile.

—No entiendo por qué —objetó Witter—. Es una canción. Hace tiempo que investigo, y es la única respuesta lógica. Ha asolado el mundo de había alemana. O lo hará pronto.

—¿Y qué daño puede causar una canción? Witter señaló el informe.

—Usted ha leído esto. Las tropas, rompiendo filas para hacer...cómo decir..., ¡danzas rituales! Y cantando siempre esa canción.

—Prohíbala —pero la voz del ministro vacilaba.

—Ja, ¿pero podré prohibir que la piensen? Siempre piensan en las cosas verboten. No puedo evitarlo. Es un instinto humano básico.

—A eso me refería al decir que no podíamos admitir la amenaza de esta...canción. No podemos darle importancia ante los alemanes. Si la consideran una mera secuencia de palabras absurdas, la olvidarán. Eventualmente —añadió el ministro.

—El Führer...

—No debe enterarse. No debe oír nada de esto. Es un sujeto nervioso, Witter, usted lo sabe. Espero que no oiga la canción. Pero aun si la oyera, no debe darse cuenta que es potencialmente peligrosa.

—¿Potencialmente?

El ministro hizo un gesto significativo.

—Hubo hombres que se han matado por esa canción. El científico Schneider fue uno. Un hombre nervioso. Maníaco-depresivo, en realidad. Le afectaba que el pan de jengibre...que las frases se le pegaran. Deprimido, ingirió veneno. Hubo otros. Witter, entre nosotros, esto es extremadamente peligroso. ¿Sabe por qué?

—Porque es...absurdo?

—Sí. Hay un poema, quizás usted lo conoce... La vida es real, la vida es recta. Alemania cree en él. Somos una raza lógica. Conquistamos gracias a la lógica, porque los nórdicos son la superraza. Y si los superhombres descubren que no pueden dominar sus mentes...

Witter suspiró.

—Parece extraño que una canción tenga tanta relevancia.

—No hay armas para combatirla. Y si admitimos que es peligrosa, duplicamos o triplicamos la amenaza. Actualmente, a muchos les cuesta concentrarse. Para algunos, los movimientos rítmicos se han vuelto necesarios... Incontrolables. Imagine usted lo que ocurriría si le prohibiéramos al pueblo pensar en esa canción.

—¿No podemos recurrir a la psicología? Ridiculizarla, desecharla con una explicación...

—Ya es ridícula. No pretende ser más que una absurda retahíla de palabras casi sin sentido. Y no podemos admitir que es necesario desecharla con una explicación. Además, según lo que parece, algunos han descubierto significaciones insidiosas en ella, lo que ya pasa a ser el colmo del disparate...

¿Eh? ¿Qué dice?

—La hambruna. La necesidad de familias numerosas. Incluso el abandono del ideal nazi. Oh, y hasta esa idea ridícula de que el pan de jengibre alude a... —el ministro miró de soslayo el cuadro de la pared.

Witter se sorprendió, y luego de una pausa dubitativa se echó a reír.

—No se me habría ocurrido. Qué tontería. Lo que siempre me ha intrigado es por qué estaban hambrientos cuando les quedaba pan de jengibre. ¿Puede haber alergia al pan de jengibre?

—No lo creo. Es posible que el pan de jengibre estuviera envenenado... Si un hombre dejó a la familia quizá tenía razones para odiarla. Tal vez la odiaba tanto que... ¿Capitán Witter!

Hubo un pesado silencio. Enseguida Witter se levantó, saludó y se marchó, cuidándose de cambiar el paso. El ministro le echó otro vistazo al cuadro de la pared, palpó el abultado informe y lo apartó para examinar un fajo dactilografiado con la etiqueta IMPORTANTE. Era importante. En media hora más el Führer pronunciaría un discurso muy esperado por el mundo. Explicaría ciertos asuntos dudosos, como la campaña rusa. Y era un buen discurso. Propaganda excelente. Habría dos emisiones, la primera para Alemania, la segunda para el resto del mundo.

El ministro se levantó y se paseó sobre la mullida alfombra. Arqueó la boca burlonamente. El modo de conquistar a cualquier enemigo es aplastarlo, enfrenarlo y hacerlo trizas. Sí el resto de Alemania tuviera esa misma actitud, esa misma confianza, esa canción ridícula perdería toda su fuerza.

—En efecto —dijo el ministro—. Dice así: Deje. Deje. Deje una esposa y diecisiete hijos... Así es. No puede dañarme. No puede adueñarse de mi mente. La repito, pero sólo cuando deseo repetirla; y deseo repetirla para demostrar que esa trivialidad es fútil...al menos conmigo. Así es. Deje. Deje. Deje una esposa...

El ministro de Propaganda se paseó por la habitación, y su voz dura y crispada entonaba las frases entrecortadamente. No era la primera vez.

Con frecuencia repetía la canción en voz alta. Pero, desde luego, sólo para demostrarse a sí mismo que él era más fuerte que la canción.

Adolf Hitler pensaba en el pan de jengibre y en Rusia. Había otros problemas, también. Era difícil ser Líder. Eventualmente, cuando surgiera un hombre más capaz, él le cedería el puesto, una vez cumplida su misión. La gastada grabación surgía del surco, y Hitler meditaba sobre el discurso que contenía. Sí, era bueno. Explicaba muchas cosas: por qué habían fracasado en Rusia, por qué no habían podido invadir Inglaterra, por qué los ingleses hacían lo imposible por devastar el continente. Se había preocupado por esos problemas. En realidad no eran problemas, pero quizá la gente no entendiera y perdiera la confianza en el Führer. Sin embargo, el discurso lo explicaría todo... Hasta lo de Hess. Goebbels había trabajado durante días en los efectos psicológicos del discurso, y por lo tanto era doblemente importante pronunciarlo sin traspies. Hitler buscó un atomizador y se roció la garganta, aunque en verdad era innecesario; tenía la voz en excelentes condiciones.

Sería terrible si...

No, no habría ningún traspie. El discurso era demasiado importante. No era la primera vez que pronunciaba un discurso, que conmovía a la gente con el arma de la oratoria. El punto crucial, desde luego, era la referencia a Rusia y la infortunada campaña de primavera. Goebbels había dado con una hermosa explicación, que además era cierta.

—Es cierta —dijo Hitler en voz alta.

Bien, lo era. Y muy convincente. Del problema ruso pasaría a Hess, y luego...

Pero el problema ruso... Eso era vital. Tenía que hacer vibrar los micrófonos con toda su energía de ese momento. Ensayó mentalmente. Una pausa. Luego, en tono coloquial, diría: "Finalmente puedo revelaros la verdad acerca de nuestra campaña en Rusia, y por qué fue un triunfo estratégico para las armas alemanas..."

Además, lo demostraría.

Pero no debía olvidar ni por un instante la importancia vital del discurso, y especialmente el punto crucial. Recordar. Recordar. Hacerlo exactamente como en los ensayos.

Caramba, si fallaba... Esa palabra no existía. Pero si fallaba... No. Aun en ese caso... Pero no fallaría. No debía fallar. Nunca había fallado. Y esto era una crisis. No importante, al fin y al cabo —suponía él—, aunque el pueblo ya no le seguía con tanto fervor.

Bien, ¿qué era lo peor que podía suceder? Quizá no pudiera pronunciar el discurso. Lo postergaría. Habría explicaciones. Goebbels se encargaría de eso. No tenía importancia. No pienses en eso.

Al contrario, piensa. Ensayá de nuevo. La pausa. "Finalmente puedo revelaros..."

Era hora. En toda Alemania la gente esperaba el discurso. Adolf Hitler estaba de pie ante los micrófonos, y ya no estaba preocupado. En el fondo de la mente creó un diminuto disco fonográfico que repetía sin cesar "Rusia. Rusia. Rusia." Le recordaría qué hacer, en el momento oportuno. Entretanto, inició el discurso. Era bueno. Era un discurso de Hitler. —¡Ahora! —dijo el disco.

Hitler hizo una pausa, inhaló profundamente, irguió la cabeza con arrogancia. Contempló los miles de rostros bajo el balcón. Pero no estaba pensando en ellos. Estaba pensando en la pausa, y en la continuación. Y la pausa se prolongó.

¡Importante! ¡Recuérdalo! ¡No falles! Adolf Hitler abrió la boca. Brotaron palabras. No eran las palabras adecuadas.

Diez segundos después la emisión fue interrumpida. No fue Hitler en persona quien habló al mundo pocas horas después. Goebbels había hecho grabar un disco. En él, curiosamente, no se mencionaba a Rusia. Ni a las otras cuestiones importantes que se habían expuesto con tanta pulcritud. El Führer simplemente no podía hablar de esas cuestiones. No era exactamente timidez ante el micrófono. Cuando Hitler llegaba al punto crucial del discurso, se ponía verde, castañeteaba los dientes y decía...lo que no debía decir. No podía sobreponerse a ese bloqueo semántico. Cuanto más se esforzaba, peor le salía. Finalmente Goebbels entendió lo que ocurría y desistió.

La transmisión mundial fue emasculada. En su momento, mucho se discutió acerca de por qué Hitler no se había atendido al programa anunciado.

Se había propuesto aludir a Rusia. Bien, ¿entonces...

No muchos lo supieron. Ahora lo sabrán más. Allá, las cosas se difunden; los aviones vuelan y arrojan panfletos, y la gente murmura. Con seguridad que todos recordarán esa estrofa pegadiza en alemán, que el mundo repite.

Sí. Y quizás este mismo número de Astounding* llegue a Inglaterra y algún piloto de la RAF lo arroje cerca de Berlín o de París. La noticia se difundirá. Hay muchos europeos que leen en inglés. Y hablarán.

Al principio no lo creerán. Pero mantendrán los ojos abiertos. Y recordarán aquel ritmo pegadizo. Algún día la historia llegará a Berlín o Berchtesgarden. Algún día llegará hasta el fulano del bigotito y del vozarrón.

Y poco más tarde —días o semanas, no importa—, Goebbels entrará en un salón, y allí verá a Adolf Hitler haciendo el paso de ganso mientras aúlla:

DEJé DEJé

DEJé una esposa y DIEcisiete hijos HAMbrientos SÓLO pan de jengibre les DEJé...

EL PATRÓN HIERRO

Las razas de otros mundos no tenían que ser amigables u hostiles. Bastaba que fueran obstinadamente diferentes para que las consecuencias fueran serias.

—Así que no tendremos provisiones por un año..., tiempo venusino —dijo Thirkell, sirviéndose guisantes fríos con aire disconforme.

Rufus Munn, el capitán, interrumpió un instante la tarea de descucarachizar la sopa.

—No sé por qué tuvimos que importar estos bichos. Un año, más cuatro semanas, Steve. Pasaremos un mes en el espacio antes de llegar a la Tierra.

La cara abultada y redonda de Thirkell se puso solemne.

—¿Qué haremos, mientras tanto? ¿Nos alimentaremos sólo de guisantes fríos?

Munn suspiró, mirando a través de la tronera abierta del navío espacial Buena voluntad las figuras borrosas que se movían en la niebla de afuera. Pero no respondió. Barton Underhill, supervisor de carga y hombre-orquesta que había conseguido el puesto gracias a la fortuna del padre, sonrió crispadamente y dijo:

—¿Qué quieres hacer? No podemos gastar el combustible. Tenemos la cantidad justa para volver a casa. Así que guisantes fríos o nada.

—Pronto será nada —dijo solemnemente Thirkell—. Hemos sido derrochones. Hemos despilfarrado con toda irresponsabilidad...

—¡Irresponsabilidad...! —vociferó Munn—. Casi todos los alimentos se los hemos cedido a los venusinos.

—Bien —murmuró Underhill—, ellos nos alimentaron durante...un mes.

—Ahora no. Está prohibido. ¿Pero qué tienen contra nosotros?

Munn echó el taburete hacia atrás con brusquedad.

—Eso es lo que tenemos que averiguar. Las cosas no pueden seguir así. La comida no nos durará un año. Y no podemos explotar la tierra... —se interrumpió cuando alguien abrió la válvula transparente y entró, un hombre bajo y robusto, de pómulos salientes y nariz ganchuda en una cara bronceada.

—¿Encontraste algo, piel roja? —preguntó Underhill Mike Águila Rauda arrojó una bolsa de plástico en la mesa.

—Seis hongos. Con razón los venusinos recurren a la hidropónica. No les queda más remedio. En este mundo esponjoso sólo crecen hongos, y casi todos venenosos. Es inútil, capitán.

Munn frunció los labios.

—Bien, ¿dónde está Bronson?

—Mendigando. Pero no conseguirá un mísero fal —el navajo señaló la tronera—. Allí viene.

Un momento después los otros oyeron los pasos lentos de Bronson. El ingeniero entró, la cara roja como el pelo.

—No me preguntéis —murmuró—. Que nadie diga una palabra. Yo, un hijo de irlandeses, mendigando un mugriento fal a un hijo de perra con piel de lija y un aro de hierro en la nariz como las salvajes de Ubanguí. ¡Es bochornoso! Me avergonzaré mientras viva.

—De acuerdo —dijo Thirkell—. ¿Pero conseguiste alguno, entonces?

—Bronson le clavó los ojos.

—¿Crees que le habría aceptado esas sucias monedas si me las hubiese ofrecido? —aulló el ingeniero, los ojos inyectados en sangre—. Se las habría arrojado a esa cara inmunda, podéis creerlo. ¿Yo, tocar ese dinero asqueroso? Dadme unos guisantes —tomó un plato y se puso a comer con morosidad.

Thirkell intercambió una mirada con Underhill.

—No ha conseguido ningún dinero —dijo el último.

—¡Me preguntó si pertenecía a la Liga de Mendigos! —rugió Bronson, levantando la cara con un bufido—. ¡Hasta los vagabundos tienen que adherirse a un sindicato en este planeta!

El capitán Munn frunció el ceño con aire pensativo.

—No, no es un sindicato, Bronson. Ni siquiera algo parecido a los gremios medievales. Los tarkomars son mucho más poderosos y mucho menos organizados. Los sindicatos surgieron de un medio social y económico definido, y cumplen una función... Un sistema de contención y equilibrio que crece cada vez más. Pero olvidemos los sindicatos; en la Tierra algunos son buenos, como el de Transporte Aéreo, y otros fraudulentos como el de Dragado Submarino. Los tarkomars son diferentes. No cumplen ninguna función productiva. Simplemente preservan las condiciones retrógradas del sistema venusino.

—Sí —dijo Thirkell—, y a menos que seamos miembros, no nos permitirán trabajar...en nada. Y no podemos ser miembros hasta que paguemos la cuota de ingreso... Mil so fais.

—Atención con esos guisantes —advirtió Underhill—. Nos quedan sólo diez latas.

Callaron. Munn convidó cigarrillos.

—Tenemos que hacer algo, eso es indudable —dijo—. Sólo podemos obtener alimentos de los venusinos, y ellos se niegan a dárnoslos. Tenemos algo a favor: las leyes son tan arbitrarias que no pueden rehusar vendernos comida... Es ilegal rechazar una venta legal.

Mike Águila Rauda examinó amargamente los seis hongos.

—Sí. Siempre que podamos exigir una venta legal. Estamos arruinados en Venus, y pronto nos moriremos de hambre. Si alguien tiene idea de cómo salir de este atolladero...

Esto pasaba en 1964, tres años después del primer vuelo exitoso a Marte, y cinco después que Dooley y Hastling habían descendido en el Mare Imbrium. La Luna, desde luego, estaba deshabitada. Sólo había unas algas activas pero sin inteligencia. Los sagaces y corpulentos marcianos, con su elevado metabolismo y sus mentes brillantes y erráticas, habían sido amigables, y era seguro que las culturas de Marte y la Tierra no sufrirían choques. En cuanto a Venus, hasta entonces nadie había desembarcado allí.

El Buena voluntad fue la primera nave. Era un experimento, como el primer viaje a Marte, pues nadie sabía si había vida inteligente en Venus. A bordo se almacenaron provisiones para más de un año, alimentos deshidratados, plastibulbos, alimentos concentrados y vitaminizados, pero cada hombre de la tripulación presentía que habría abundancia de comida en Venus.

En efecto, había comida. Los venusinos cultivaban los alimentos en tanques hidropónicos, bajo las ciudades. Pero en la superficie del planeta no crecía ningún comestible. La fauna era escasa, de modo que cazar era imposible aunque a los terráqueos les hubiesen permitido conservar las armas. Y al principio había parecido una fiesta de gala después del arduo viaje espacial... Una fiesta de un año en una civilización extraña y fascinante.

Era extraña, por cierto. Los venusinos eran conservadores. Respetaban escrupulosamente las tradiciones de sus ancestros remotos. No querían cambios, al parecer. La organización actual había funcionado durante siglos. ¿Para qué alterarla?

La presencia de los terráqueos implicaba cambios para ellos, eso era obvio. Resultado: un boicot a los terráqueos.

Todo fue muy pasivo. El primer mes no hubo problemas. Al capitán Munn le entregaron las llaves de la ciudad capital, Vyring, en cuyos alrededores descansaba ahora el Buena voluntad, y los venusinos trajeron comida en abundancia, platos exóticos pero sabrosos de los jardines hidropónicos. En retribución, los terráqueos fueron generosos con sus propias provisiones, aun hasta el despilfarro.

Y los alimentos venusinos eran muy perecederos. No había necesidad de preservarlos, pues los tanques hidropónicos proporcionaban una provisión constante e infalible. Al final los terráqueos se quedaron con alimentos para pocas semanas, además de una gran pila de basura que pocos días antes había sido tentadora y apetitosa.

Luego los venusinos dejaron de traerles los frutos, verduras y setas-de-carne, y empezaron las restricciones. La fiesta terminó. No tenían intenciones de dañar a los

terráqueos, eran cautelosamente amigables. Pero de allí en adelante sería: Paga y Serás Servido, y no aceptaban cheques. Una seta-de-carne grande, suficiente para cuatro hombres hambrientos, costaba diez fals.

Como los terráqueos no tenían fals, no conseguían setas-de-carne ni nada. Al principio no les pareció importante. No, hasta que abrieron los ojos y empezaron a preguntarse cómo se las arreglarían para conseguir alimentos.

No había modo.

Así que se quedaban sentados en el Buena voluntad, comiendo guisantes fríos como cinco de los Siete Enanitos; un quinteto de hombres robustos, bajos, resistentes, huesudos y musculosos, especialmente elegidos por tener el físico apropiado para los rigores del vuelo espacial. Y sus cerebros, también elegidos especialmente, ahora no les ayudaban en nada.

Era un problema simple. Simple y primitivo. Ellos, los representantes de la cultura más poderosa de la Tierra, tenían hambre. Pronto tendrían más hambre.

Y no tenían un fal. Sólo oro, plata y billetes inservibles. Había metal en la nave, pero no el metal puro que necesitaban, salvo en aleaciones que no podían reducirse.

Venus se regía por el patrón hierro.

—...tiene que haber una salida —dijo tozudamente Munn, una expresión taciturna en la cara recia y curtida; apartó el plato con un ademán de furia—. Iré a ver de nuevo al Consejo.

—¿Pe qué servirá? —preguntó Thirkell—. Estamos en un brete, es inútil. El dinero habla.

—No importa. Hablaré con Jorust —gruñó el capitán—. Ella no es tonta.

—Claro que no —rezongó Thirkell.

Munn le miró fijamente, llamó a Mike Águila Rauda y se volvió hacia la válvula transparente. Underhill se agregó con entusiasmo.

—¿Puedo ir?

Bronson jugueteó sombríamente con sus guisantes.

—¿Para qué quieres ir? Ni siquiera podrías pagarte una máquina tragamonedas en los tugurios de Vyring...si las tuvieran. ¿Crees que si les dices que tu viejo es un magnate de Filones Amalgamados te darán crédito por la comida, eh?

Pero el tono era amigable, y Underhill no se mosqueó.

—Ven, si quieres —dijo el capitán Munn—, pero date prisa.

Los tres hombres salieron a las nieblas humeantes, chapoteando en el barro pegajoso. El calor no era excesivo; los intensos vientos de Venus facilitaban la evaporación rápida, un aire naturalmente acondicionado que salvaba a los hombres de sentir las molestias de la humedad.

Munn consultó la brújula. Los suburbios de Vyring estaban a más de medio kilómetro, pero la niebla, como de costumbre, parecía sopa de guisantes. El clima de Venus es siempre brumoso. El trío siguió avanzando en silencio.

—Creí que los indios sabían cómo aprovechar los recursos de la tierra —le comentó Underhill al navajo; y Mike Águila Rauda le miró, divertido.

—Bueno, no soy un indio venusino —explicó—. Quizá podría fabricar un arco y una flecha y derribar un venusino, pero...no serviría de gran cosa, a menos que la víctima llevara muchos sofals en la billetera.

—Podríamos comerlo, también —murmuró Underhill—. ¿Qué sabor tendrá un venusino asado?

—Descúbrelo y podrás escribir un best-seller al volver a casa —dijo Munn—. Siempre que vuelvas. Vyring tiene policía, compañero.

—En fin —dijo Underhill, y dejó el tema—. Aquí está la Puerta de Agua. Dios... ¡Huelo a comida!

—Yo también —refunfuñó el navajo—. Pero esperaba que nadie lo mencionara. Cállate y sigue caminando.

La muralla que rodeaba a Vyring parecía más una represa que una fortificación. Venus era un planeta civilizado y unificado; parecía no haber guerras ni impuestos aduaneros, algo natural en un estado mundial. Los transportes aéreos siseaban en la niebla antes de perderse de vista. La bruma cubría las calles, desgarrada ocasionalmente en jirones por ventiladores enormes. Vyring, resguardada de los vientos, era tórrida hasta lo incómodo, salvo dentro de las casas, donde había aire acondicionado.

A Underhill le recordaba Venecia; las calles eran canales, había embarcaciones de varias formas y tamaños que se deslizaban plácidamente a gran velocidad. Hasta los mendigos navegaban... Había senderos accidentados y lodosos junto a los canales, pero nadie con un fal caminaba un paso.

Los terráqueos sí que caminaban...y maldecían airadamente mientras chapoteaban en el cieno. Casi todo el mundo los ignoraba. Un taxi acuático se acercó a la orilla. El piloto, que lucía la insignia azul de su tarkomar, les saludó.

—¿Puedo acompañaros? —preguntó. Underhill le mostró un dólar de plata.

—Si aceptas esto..., claro.

Todos los terráqueos habían aprendido venusino rápidamente; eran buenos lingüistas, pues ésta era una de las tantas virtudes transplanetarias por las cuales los habían escogido. La lengua fonética venusina no era difícil.

No les costó nada entender al piloto del taxi cuando dijo que no.

—Hagamos una apuesta —dijo Underhill con alguna esperanza—. Doble o nada.

Pero los venusinos no eran jugadores.

—¿Doble qué? —preguntó el piloto—. Esa moneda...es de plata —señaló la filigrana plateada y roció de la proa de la embarcación—. ¡Basura!

—Para Benjamín Franklin este habría sido un lugar espléndido, pues —observó Mike Águila Rauda—. Tenía dientes postizos de hierro, ¿verdad?

—En tal caso, tenía una verdadera fortuna venusina en la boca —dijo Underhill.

—Oh, no es para tanto.

—Si alcanza para una cena completa, es una fortuna —insistió Underhill.

El piloto, mirando con desprecio a los terráqueos, se alejó en busca de viajes más provechosos. Munn, avanzando con obstinación, se secó el sudor de la frente. Un lugar espléndido, Vyring —pensó—. Un lugar espléndido...para morarse de hambre.

Media hora de caminata dificultosa despertó en Munn una rabia lenta y oscura. Si Jorust se negaba a verle, habría problemas —pensaba—, aunque les hubieran quitado las armas. Se sentía capaz de destrozar Vyring a dentelladas. Y de engullir las porciones más comestibles.

Afortunadamente, Jorust les recibió. Los terráqueos fueron conducidos al despacho de la mujer, una sala grande y lujosa en lo alto de la ciudad,—con ventanas abiertas a la brisa fresca. Jorust se deslizaba por la sala en una silla alta equipada con ruedas y una especie de motor. A lo largo de las paredes había un anaquel inclinado, semejante a un escritorio y quizá con la misma función. Quedaba a la altura del hombro, pero la silla de Jorust la elevaba hasta ese nivel. Es posible que empiece por la mañana en un rincón, y durante el día dé toda la vuelta a la sala, pensaba Munn.

Jorust era una venusina esbelta, de cabello gris, con una tez semejante a la piel de zapa fina y ojos negros y atentos que de momento eran cautelosos. Bajó de la silla, invitó a los hombres a sentarse y ella también se sentó. Encendió una pipa que parecía una boquilla desmesurada, rellena con un cilindro de hierbas amarillas apretadas. Un humo aromático impregnó el ambiente. Underhill olfateó con avidez.

—Que seáis dignos de vuestros padres —saludó amablemente Jorust, extendiéndoles la mano de seis dedos—. ¿Qué os trae por aquí?

—El hambre —dijo Munn sin rodeos—. Creo que ya es hora de hablar claro.

Jorust le escrutó con aire enigmático.

—Adelante.

—No nos gustan los atropellos.

—¿Os hemos dañado? —preguntó la jefe del Consejo. Munn la miró fijo.

—Pongamos las cartas sobre la mesa. Nos han tomado por imbéciles. Tú eres una de los que mandan; si no eres responsable de esto, al menos sabrás la razón. Me dirás...

—No —dijo Jorust al cabo de una pausa—. No, no soy tan poderosa como, según parece, crees. Soy una de las administradoras. Yo no elaboro las leyes. Simplemente veo que se cumplan. No somos enemigos.

—Podríamos llegar a serlo —dijo sombríamente Munn—. Si viniera otra expedición de la Tierra y nos encontrara muertos...

—Nunca os mataríamos. Atentaría contra nuestras tradiciones.

—Pero estáis dejándonos morir de hambre... Jorust entornó los ojos.

—Comprad comida. Cualquier hombre puede hacerlo, sea de la raza que fuere.

—¿Con qué dinero? —preguntó Munn—. No aceptáis nuestra moneda. No disponemos de la vuestra. Danos alguna fórmula...

—Vuestra moneda carece de valor —explicó Jorust—. Tenemos oro y plata en abundancia... Es común aquí. Un difal, o sea doce fals, os alcanza para mucha comida. Y un sofal os servirá para comprar aún mucho más.

Tenía razón, por supuesto, y Munn lo sabía. Un sofal equivalía a mil setecientos veintiocho fals. ¡Qué bien!

—Dinos cómo esperas que consigamos tu moneda de hierro —espetó.

—Trabajad, como hace nuestra gente. El hecho de que vengáis de otro mundo no os dispensa de la obligación de crear mediante el trabajo.

—De acuerdo —insistió Munn—, estamos dispuestos. Danos un trabajo.

—¿Cuál?

—¡Dragado de canales... ¡Cualquier cosa!

—Deberás hacerte miembro del tarkomar de los que dragan canales...

—He olvidado inscribirme. Jorust ignoró el sarcasmo.

—Debes hacerlo. Aquí cada oficio tiene su tarkomar.

—Préstame mil sofals y me inscribiré en uno.

—Eso ya lo has intentado —le dijo Jorust—. Nuestros prestamistas han informado que no puedes ofrecer nada en garantía.

—¡Nada... ¿Quieres decir que no hay nada en nuestra nave que valga mil sofals para tu raza? Esto es un juego sucio, y tú lo sabes. Sólo nuestro purificador de agua vale para vosotros seis veces esa cantidad.

Jorust pareció ofenderse.

—Durante mil años hemos purificado las aguas con carbón de leña. Si cambiáramos ahora, tildaríamos de necios a nuestros ancestros. No eran necios, sino grandes sabios.

—¿Y el progreso, qué...

—Me parece innecesario —dijo Jorust—. Nuestra civilización conforma una unidad perfecta tal como es. Hasta los mendigos están bien alimentados. En Venus no nos falta la felicidad. Los métodos de nuestros antepasados han pasado sus pruebas y han resultado eficaces. Nada hay que cambiar, entonces...

—Pero...

—Si alteráramos el equilibrio, simplemente trastornaríamos el statu quo —dijo Jorust muy resuelta, levantándose—. Que seáis dignos de los nombres de vuestros padres.

—Escucha... —empezó Munn.

Pero Jorust estaba de nuevo en la silla, ya no le oía.

Los tres terráqueos se miraron, se encogieron de hombros y salieron. La respuesta era definitivamente «no».

—Y eso es todo —dijo Munn mientras bajaban en el ascensor—. Jorust planea matarnos de hambre. Ya está todo dicho.

Underhill no estaba de acuerdo.

—Ella tiene razón. Como ha dicho, es sólo administradora. Los que mandan aquí son los tarkomars. Son una facción poderosa.

—Ya sé que ellos llevan la voz cantante —masculló Munn—. Es difícil entender la psicología de esta gente. Parece que fueran absolutamente reacios a cambiar. Nosotros representamos cambios. Así que han decidido ignorarnos, y basta.

—No servirá de nada —dijo Underhill—. Aunque muramos de hambre, vendrán más naves de la Tierra.

—Podrían hacerles el mismo juego.

—¿El hambre? Pero...

—La resistencia pasiva. Ninguna ley obliga a los venusinos a tratar con los terráqueos. Simplemente pueden adoptar una política cerrada, y no hay manera de remediarlo. En Venus no hay alfombra de bienvenida.

Mike Águila Rauda rompió un largo silencio cuando llegaron a la orilla del canal.

—La psicología de ellos es una variante del culto de los antepasados. Egotismo transferido, tal vez... Un complejo de inferioridad racial.

Munn meneó la cabeza.

—Vas demasiado lejos.

—De acuerdo, quizá. Pero lo del culto del pasado es innegable. Y el miedo. La cultura social presente ha funcionado durante siglos. No quieren intrusiones... Es lógico. Si tuvieras una máquina que cumple perfectamente la tarea para la que fue diseñada, ¿querrías introducir mejoras?

—¿Por qué no? —dijo Munn—. Claro que sí.

—¿Porqué?

—Bien... Para ahorrar tiempo. Si un nuevo accesorio hace que la máquina duplique la producción, lo aceptaría.

—Supón que produjera refrigeradores, por ejemplo. Habría repercusiones. Necesitarías menos mano de obra, lo cual alteraría la estructura económica.

—Microscópicamente.

—Hasta allí. Pero también habría un cambio en los consumidores. Más gente querría tener refrigeradores. Más gente fabricaría helados caseros. Las ventas de helados decaerían... Las ventas minoristas; los mayoristas comprarían menos leche, los granjeros...

—Entiendo —dijo Munn—. Por falta de un clavo se perdió el reino. Estás hablando del microcosmos. Aunque así no fuera, hay alteraciones automáticas. Siempre las hay.

—Una civilización experimental, en desarrollo, está dispuesta a afrontar esas alteraciones —señaló Mike Águila Rauda—. Los venusinos son ultraconservadores. Creen que no necesitan más desarrollos ni cambios. El sistema ha funcionado durante siglos. Está perfectamente integrado, y cualquier intrusión podría echarlo todo a perder. Los tarkomars tienen el poder, y se proponen conservarlo.

—Así que nos moriremos de hambre —intervino Underhill.

El indio torció la boca.

—Así parece. A menos que encontremos algún modo de hacer dinero...

—Tendríamos que encontrarlo —dijo Munn—. Entre otras cosas, hemos sido seleccionados por nuestro CJ.

—Nuestros talentos no son los más adecuados —observó Mike Águila Rauda, echando una piedra al canal de un puntapié—. Tú eres físico, yo soy naturalista, Bronson es

ingeniero y Steve Thirkell es matasanos. Tú, mi joven e inservible amigo, eres hijo de millonario.

Underhill sonrió embarazosamente.

—Bueno, papá empezó desde abajo. Sabía cómo hacer dinero. Eso es lo que necesitamos ahora, ¿verdad?

—¿Cómo amasó su fortuna?

—El mercado de valores.

—Esa es una gran ayuda —dijo Munn—. Creo que el mejor plan sería que elaboráramos algún proceso que los venusinos realmente necesiten, y luego se lo venderíamos...

—Si pudiéramos telegrafiar a la Tierra —empezó a decir Underhill— para pedirles ayuda...

—No tendríamos nada de qué preocuparnos —terminó el navajo—. Lamentablemente Venus tiene ionosfera, así que no podemos telegrafiar. Mejor que te des maña para inventar algo, capitán. Pero si los venusinos después se interesen o no..., yo no lo sé.

Munn reflexionó.

—El statu quo no puede conservarse inalterado permanentemente. En qué cabeza cabe, como decía mi abuelo casi siempre. Nunca faltan inventores. Nuevos procesos... La organización social tiene que asimilarlos. Yo podría elaborar algún artefacto. Hasta un buen preservado! de alimentos podría sernos útil.

—No con la producción que tienen los jardines hidropónicos...

—Humm. Algún señuelo más eficaz... Que sea inútil, pero llamativo. Una máquina tragamonedas, tal vez...

—Decretarían una ley en contra.

—Bien, sugiere algo tú.

—Parece que los venusinos no tienen mucho dominio de la genética. Si yo pudiera producir algunos alimentos exóticos combinando especias... ¿Eh?

—Tal vez —dijo Munn—. Tal vez.

La cara rechoncha de Steve Thirkell asomó por la tronera. El resto del grupo estaba sentado alrededor de la mesa, garabateando en libretas y bebiendo café flojo.

—Tengo una idea —dijo Thirkell.

—Ya conozco tus ideas —gruñó Munn—. ¿Cuál es la nueva?

—Muy sencillo. Una epidemia ataca a los venusinos y yo descubro el antídoto que los salva. Se sentirán agradecidos..., ¿no?

—...y te casarás con Jorust y gobernarás el planeta —completó Munn—. ¡Ja!

—No exactamente —siguió Thirkell, imperturbable—. Si no se sienten agradecidos, nos limitaremos a retener la antitoxina hasta que nos paguen.

—El único inconveniente de esa ocurrencia genial es que los venusinos parecen ser inmunes a todo tipo de epidemias —señaló Mike Águila Rauda—. Por lo demás, es perfecta...

—Temí que lo mencionaras —suspiró Thirkell—. Lo único que veo es que, desencadenando una epidemia, tifus o algo por el estilo, caeríamos en una falta de ética...sólo un poco, ¿verdad?

—¡Qué hombre! —dijo admirativamente el navajo—. Serías un magnífico asesino, Steve.

—Lo he pensado a menudo. Pero mi propósito no era llegar al asesinato. Una enfermedad dolorosa, restrictiva...

—¿Por ejemplo? —preguntó Munn.

—¿La difteria? —sugirió esperanzado el cirujano.

—Una perspectiva auspiciosa —murmuró Mike Águila Rauda—. Hablas como un apache.

—Difteria, beriberi, lepra, peste bubónica —dijo violentamente Pat Bronson—. Voto por todas ellas juntas. Hacedles probar a esos batracios su propia medicina. Despachadlos a gusto.

—Supongamos que te dejamos desencadenar una epidemia moderada —dijo Munn—. Que no acarreea consecuencias fatales... ¿Cómo lo harías?

—Contaminando la provisión de agua, o algo así...

—¿Con qué?

Thirkell se descorazonó de pronto.

—¡Oh! ¡Oh! Munn cabeceó.

—El Buena voluntad no está pertrechado para eso. No tenemos gérmenes, antiséptico por fuera y por dentro. ¿Has olvidado el tratamiento que recibimos antes de partir?

Bronson soltó un juramento.

—Jamás lo olvidaré... ¡Una hipodérmica por hora! Antitoxinas, inyecciones, rayos X ultravioletas, hasta que los huesos se me pusieron verdes.

—Exacto —dijo Munn—. Prácticamente no tenemos gérmenes. Era una precaución inevitable, para impedir que produjéramos una epidemia en Venus.

—Pero queremos producirla —dijo quejumbrosamente Thirkell.

—No podrías contagiarles siquiera un constipado —dijo Munn—. De modo que eso no va. ¿Qué sabes de los anestésicos venusinos? ¿Son tan buenos como los nuestros?

—Mejores —admitió el médico—. En realidad, no los necesitan, salvo para los niños. Sus sinapsis son extrañas. Han dominado la autohipnosis de tal modo que pueden bloquear el dolor, si es necesario.

—¿Sulfamidas?

—Ya lo pensé. También tienen.

—Mi idea se relaciona con la energía hidráulica —terció Bronson—. O las represas. Cada vez que llueve hay inundaciones.

—Pero también tienen un buen sistema de desagüe. Los canales se encargan de eso —dijo Munn.

—¡Déjame terminar! Esos hijos de perra con piel de pescado tienen energía hidráulica, pero no es eficiente. Hay tanta agua corriente en todo el planeta que construyen plantas donde mejor se les antoja, miles de ellas, y la mitad del tiempo no funcionan, cuando las Lluvias se concentran en otro distrito. La mitad de las plantas está siempre fuera de servicio. Eso cuesta dinero. Si construyeran represas, tendrían una fuente energética permanente sin tantos gastos adicionales.

—No es mala idea —admitió Munn.

—Yo me atenderé a mis hibridajes en los jardines hidropónicos —dijo Mike Águila Rauda—. Puedo elaborar setas-bistec con gusto a salsa Worcestershire o algo por el estilo. Una tentación para el paladar, ya lo sabéis...

—Perfecto. ¿Steve? Thirkell se revolvió el pelo.

—Ya pensaré en algo. No me apresuréis. Munn se volvió a Underhill.

—¿Alguna idea brillante, compañero? El joven sonrió embarazosamente.

—No hasta el momento. Lo único que se me ocurre es manipular el mercado de valores.

—¿Sin dinero?

—Ese es el problema. Munn cabeceó.

—Bien, mi propia idea es la propaganda. Soy físico y entra en mi especialidad.

—¿Qué dices? —quiso saber Bronson—. ¿Destrucción de átomos con un acelerador de partículas? ¿Una demostración de fuerza?

—Cálmate. La publicidad es desconocida en Venus, aunque no el comercio. Curioso. Creo que los minoristas aprovecharán la oportunidad.

—Tienen anuncios radiales...

—Rituales y estilizados. Sus televisores sirven para ofrecer anuncios más coloridos. Ditirambos visuales, eso es... Podría ingeniármelas para exhibir mejor los productos. ¿Por qué no?

—Creo que yo construiré una máquina de rayos X, si me ayudas, capitán —dijo Thirkell.

—Claro —dijo Munn—. Tenemos el equipo... Y los planos. Empezaremos mañana, ya debe ser bastante tarde.

Lo era, aunque en Venus no había atardecer. El grupo se acostó para soñar con cenas completas, todos menos Thirkell, que soñó que comía un pollo asado que de pronto se transformaba en un venusino y lo devoraba a él, empezando por los pies. Despertó sudando y maldiciendo, tomó nembutal y se volvió a dormir.

A la mañana siguiente se dispersaron. Mike Águila Rauda llevó un microscopio y otros instrumentos al centro hidropónico más cercano y se puso a trabajar. No le permitían llevar esporas a la nave, pero no se le impedía experimentar en la misma Vyring. Hizo cultivos y utilizó complejos vitamínicos para acelerar el crecimiento, y esperó lo mejor.

Pat Bronson fue a ver a Skottery, jefe de Energía Hidráulica. Skottery era un venusino alto y taciturno que sabía mucho de ingeniería, e insistió en mostrar a Bronson las maquetas de la oficina antes de ponerse a conversar.

—¿Cuántas plantas energéticas tenéis? —preguntó Bronson.

—Dos veces cuatro docenas a la tercera potencia. Cuarenta y dos docenas en este distrito.

Prácticamente un millón, calculó Bronson.

—¿Cuántas funcionan efectivamente en la actualidad? —prosiguió.

—Unas diecisiete docenas.

—Eso significa trescientas fuera de servicio... Es decir, veinticinco docenas. ¿No es demasiado costoso el mantenimiento?

—Muchísimo —admitió Skottery—. Aparte de que muchas de ellas están ahora permanentemente fuera de servicio. El terreno cambia con mucha frecuencia. Tú sabes, la erosión... Un año construimos una estación en una cañada, y al siguiente el agua cambia de curso. Construimos una docena por día. Pero rescatamos algún material de las anteriores, naturalmente.

Bronson tuvo una idea.

—¿No tenéis irrigación?

—¿Eh?

El terráqueo explicó. Skottery alzó los hombros en señal de negación.

—Aquí tenemos una vegetación diferente. Hay tanta agua que las plantas no necesitan raíces profundas.

—¿Pero necesitan del suelo?

—No. Los elementos que utilizan están suspendidos en el agua.

Bronson describió cómo funcionaban los canales de riego.

—Supón que importas plantas y árboles de la Tierra y forestas las montañas. Y construyes represas para retener el agua. Tendrías energía permanente, y sólo necesitarías unas pocas centrales energéticas grandes, que siempre estarían funcionando...

Skottery reflexionó.

—Tenemos toda la energía que necesitamos.

—¡Pero mira los gastos!

—Nuestros ingresos los cubren.

—Podrías hacer más dinero... Difals y safals...

—Hemos obtenido exactamente las mismas ganancias durante trescientos años —explicó Skottery—. Nuestros ingresos netos son constantes. Todo funciona a la

perfección. No logras entender nuestro sistema económico, según veo... Como tenemos todo lo que necesitamos, no hace falta más dinero... Ni siquiera un fal más.

—Tus competidores...

—Sólo tenemos tres, que están satisfechos con sus ganancias.

—¿Y si yo los interesara en mi plan?

—Sería imposible —explicó Skottery pacientemente—. No se interesarían más que yo. Me alegra haberte recibido. ¡Que seas digno del nombre de tu padre!

—¡Peces sin alma! —aulló Bronson, perdiendo los estribos—. ¿No tenéis sangre roja bajo esa piel verde? ¿Nadie en este mundo sabe lo que significa pelear? —se dio un puñetazo en la palma—. Sería indigno del nombre del viejo Seumas Bronson si no te golpeará ya mismo ese cuerpo inmundo...

Skottery apretó un botón. Aparecieron dos venusinos corpulentos. El jefe de Energía Hidráulica señaló a Bronson.

—Sacad eso de aquí —dijo.

El capitán Rufus Munn estaba en uno de los estudios de televisión con Bart Underhill. Estaban sentados al lado de Hakkapuy, propietario de Veetsy, que podría significar algo así como Cosquillas Húmedas. Miraban el comercial del producto de Hakkapuy, proyectado sobre la pared.

Apareció un venusino, las piernas abiertas, los brazos sobre las caderas. Alzó una mano, los seis dedos bien separados, y dijo:

—Todos bebemos agua. El agua es buena. La vida necesita agua... Veetsy también es bueno. Con cuatro fals se compra una esfera de Veetsy. Eso es todo.

Desapareció. Colores ondulantes cruzaron la pantalla y sonó una música de extraño ritmo. Munn se volvió a Hakkapuy.

—Eso no es publicidad. Así no se consiguen clientes.

—Bien, es tradicional —dijo débilmente Hakkapuy.

Munn abrió un envoltorio, extrajo un vaso de boca ancha y pidió una esfera de Veetsy. Se lo dieron y volcó el fluido verde en el vaso. Después introdujo media docena de bolas de color y añadió un trozo de hielo seco, que se hundió hasta el fondo. Las bolas subían y bajaban con rapidez.

—¿Ves? —dijo Munn—. Efecto visual. Las bolas son apenas más pesadas que Veetsy. Es el equivalente visual de Cosquillas Húmedas. Exhibe eso en tu comercial, con un buen parlamento. Verás como suben tus ventas.

—No estoy seguro —dijo Hakkapuy con cierto interés. Munn extrajo un fajo de papeles y golpeó el nicho de la pared. Al rato entró un venusino gordo y dijo:

—Que seáis dignos de los nombres de vuestros ancestros —Hakkapuy lo presentó como Lorish.

—He pensado que Lorish debe conocer todo esto. ¿Te importaría repetirlo?

—En absoluto —dijo Munn—. Ahora, el principio de la exhibición en escaparates... —cuando terminó, Hakkapuy se volvió hacia Lorish, que se encogió de hombros lentamente.

—No —dijo.

Hakkapuy frunció los labios.

—Vendería más Veetsy.

—Y alterarías nuestros esquemas económicos —dijo Lorish—. No.

Munn le clavó los ojos.

—¿Por qué no? El dueño de Veetsy es Hakkapuy, ¿no es cierto? ¿Quién eres tú... ¿Un censor?

—Represento al tarkomar de los publicistas —explicó Lorish—. Verás; la publicidad en Venus es muy ritual. Jamás cambia. ¿Por qué tendría que cambiar? Si dejamos que Hakkapuy utilice tus ideas, somos injustos con los otros fabricantes de refrescos.

—Podrían hacer lo mismo —señaló Munn.

—Una carrera competitiva que desembocaría en un colapso total. Hakkapuy gana bastante dinero, ¿no es verdad, Hakkapuy?

—Supongo que sí.

—¿Acaso cuestionas los principios de los tarkomars? Hakkapuy tragó saliva.

—No —se apresuró a decir—. ¡No, no, no! Tienes toda la razón.

Lorish le miró.

—Muy bien. En cuanto a ti, terráqueo, te aconsejo no perder más tiempo en este...proyecto. Munn enrojeció.

—¿Me estás amenazando?

—Claro que no. Simplemente me refiero a que ningún publicista podría utilizar tu idea sin consultar a mi tarkomar, y nosotros la vetaríamos.

—Seguro —dijo Munn—. Bien. Vamos, Bart. Salgamos de aquí.

Se fueron y conversaron mientras caminaban a lo largo de un canal. Underhill pensaba.

—Los tarkomars han conservado el equilibrio del poder durante mucho tiempo, según parece. Quieren que las cosas sigan como están. Eso es obvio.

Munn gruñó.

—Tendríamos que alterar todo el sistema para llegar a algo —continuó Underhill—. Pero sin embargo...

—¿Qué...

—Creo que tenemos un elemento a favor.

—¿Cuál?

—Las leyes.

—¿Cómo se te ocurre? —preguntó Munn—. Están todas en contra de nosotros.

—Hasta ahora, sí. Pero son tradicionalmente rígidas e inflexibles. Una decisión tomada hace trescientos años sólo puede ser cambiada mediante un proceso judicial. Si encontráramos una omisión en esas leyes, no podrían tocarnos.

—Bien, encuéntrala —dijo Munn, enfadado—. Yo volveré a la nave para ayudar a Steve con esa máquina de rayos X.

—Creo que iré a la Bolsa para husmear un poco —dijo Underhill—. Quizás...

Una semana después la máquina de rayos X estaba terminada. Munn y Thirkell investigaron las normas legales de Vyring y descubrieron que se les permitía vender un aparato de invención propia sin pertenecer a un tarkomar, siempre que respetaran ciertas restricciones triviales. Imprimieron panfletos y los distribuyeron por la ciudad, y los venusinos fueron a observar cómo Munn y Thirkell demostraban los méritos de los rayos Roentgen.

Ese día Mike Águila Rauda se tomó un descanso. Fumó un cigarrillo tras otro de su escasa provisión. Ardía de furia e impotencia. Los cultivos hidropónicos le habían presentado problemas.

—¡Un disparate! —le dijo a Bronson—. Luther Burbank se habría vuelto loco de furia... Igual que yo. ¿Cómo diablos puedo combinar estos especímenes ambiguos de la flora venusina?

—Bien, no parece muy justo —le consoló Bronson—. Dieciocho sexos, ¿eh?

—Dieciocho hasta ahora. Y cuatro variantes que al parecer no son sexuadas. ¿Cómo puedes combinar esos hongos degenerados? Habría que exhibir el producto en una feria.

—¿No llegas a ningún resultado?

—Oh, sí —dijo amargamente Mike Águila Rauda—. A toda clase de resultados. El problema es que ninguno es constante. Un día crío un hongo con gusto a ron, y no crece como corresponde... Las esporas se transforman en algo con gusto a trementina. Ya ves... Bronson parecía comprenderle.

—No podrías birlarles algunos hongos cuando no te miran? Así el trabajo no sería del todo inútil...

—Me revisan por completo —dijo el navajo.

—Canallas mugrientos —aulló Bronson—. ¿Qué creerán que somos? ¿Delincuentes?

—Hm. Algo sucede afuera. Echemos un vistazo.

Salieron del Buena voluntad, y encontraron a Munn discutiendo apasionadamente con Jorust, que había venido a examinar personalmente la máquina de rayos X. Una multitud de venusinos observaba con avidez. Munn tenía la cara carmesí.

—Me he asesorado —decía—. Esta vez no podrás detenerme, Jorust. Es totalmente legal construir una máquina y venderla fuera de los límites de la ciudad.

—Por cierto —dijo Jorust—. No me quejo por eso.

—¿Entonces? No estamos infringiendo ninguna ley. La mujer hizo una seña y un venusino gordo se adelantó pesadamente.

—Patente tres gruesas catorce al cuadrado dos docenas, concedida a MetzStarg del año Mylosh, doce a la cuarta potencia, placas sensibilizadas.

—¿Qué es eso? —preguntó Munn.

—Es una patente —le dijo Jorust—. Fue concedida hace un tiempo a un inventor venusino llamado MetzStarg. Un tarkomar compró y suprimió el proceso, pero todavía es ilegal utilizarlo.

—¿Quieres decir que alguien ya inventó una máquina de rayos X en Venus?

—No. Sólo película sensibilizada. Pero eso es parte de tu aparato, así que no puedes venderlo... Thirkell no se dio por vencido.

—No necesito película...

—Patente vibratoria tres gruesas dos docenas y siete... —dijo el venusino gordo.

—¿Y ahora, qué... —interrumpió Munn. Jorust sonrió.

—Las máquinas que emplean vibración violan esa patente, capitán.

—Esto es una máquina de rayos X —exclamó Thirkell.

—La luz es una vibración —le dijo Jorust—. No podéis venderla sin comprar la licencia del tarkomar que ahora posee la patente. Costaría...a ver, unos cinco mil sofals.

Thirkell se volvió abruptamente y entró en la nave, donde se preparó un whisky con soda y evocó con nostalgia los gérmenes de difteria. Los otros aparecieron después, con aire consternado.

—¿Puede hacer eso? —preguntó Thirkell.

—Claro que puede, compañero —dijo Munn—. Ya ves que lo ha hecho...

—No estamos violando sus patentes.

—Esto no es la Tierra. Aquí las leyes de patente son tan amplias que si alguien inventa un rifle, nadie más puede fabricar miras telescópicas. Estamos igual que antes.

—De nuevo los tarkomars —dijo Underhill—, Cuando te detectan un proceso de invención que podría implicar cambios, lo compran y lo anulan. No se me ocurre ningún invento que pudiéramos hacer sin violar una u otra patente venusina.

—Se atienen a la ley —observó Munn—. A la ley de ellos. Así que ni siquiera podemos desafiarles. Mientras estemos en Venus, estamos sujetos a su jurisprudencia.

—Los guisantes están bajando —dijo morosamente Thirkell.

—Como todo —repuso el capitán—. ¿A alguien se le ocurre algo?

Hubo silencio. Luego Underhill tomó una esfera de Veetsy y la puso sobre la mesa.

—¿De dónde la has sacado? —preguntó Bronson—. Vale cuatro fals.

—Está vacía —dijo Underhill—. La encontré en un bote de basura. Estuve investigando la cristalita..., el material que emplean para hacer estas cosas.

—¿Y qué has descubierto?

—Ya descubrí cómo lo hacen. Es un proceso difícil y caro. No es mejor que nuestro flexiglass, y mucho más difícil de hacer. Si tuviéramos aquí una fábrica de flexiglass...

—¿Sí?

—Cristalita Amalgamada quebraría...

—No entiendo —dijo Bronson—. ¿Y con eso, qué...

—¿Nunca oísteis hablar de campañas de rumores? —preguntó Underhill—. Mi padre ganó más de una elección de ese modo, el viejo zorro... Por ejemplo, hacemos correr el rumor de que hay un proceso nuevo para fabricar un sustituto de la cristalita, más barato y mejor. ¿No bajarían las acciones de Cristalita?

—Posiblemente —dijo Munn.

—Tal vez así podamos sacar algún provecho.

—¿Con qué?

—Oh —Underhill hizo una pausa—. Para hacer dinero se necesita dinero...

—Siempre.

—Quién sabe. Tengo otra idea. Venus se rige por el patrón hierro. El hierro es barato en la Tierra. Podríamos hablar de traer hierro aquí, y de desperdigarlo por todas partes. Cundiría el pánico, ¿no?

—No sin hierro para desperdigar —dijo Munn—. La televisión se encargaría de la antipropaganda. No podríamos competir. Nuestra campaña de rumores sería aplastada aun antes de empezar. El gobierno venusino, los tarkomars, simplemente negarían que la Tierra tiene provisiones ilimitadas de hierro. En cualquier caso, no nos serviría de nada.

—Tiene que haber un modo —Underhill frunció el ceño—. Veamos, tiene que haberlo. ¿Cuál es el fundamento del sistema venusino?

—La falta de competencia —dijo Mike Águila Rauda—. Cada cual tiene todo lo que quiere.

—Quizás. En la superficie. Pero el instinto competitivo es demasiado fuerte para suprimirlo así. Apostaría a que muchos venusinos querrían ganar unos cuantos fals extra.

—¿Eso adonde nos lleva? —quiso saber Munn.

—El método de mi padre... Hm-m-m. Manióbró con los hilos, hizo que la gente fuera a él... ¿Cuál es el punto débil de la economía venusina?

Munn titubeó.

—Nada que esté a nuestro alcance... Tenemos demasiadas desventajas.

Underhill cerró los ojos.

—La base de un sistema social y económico es... ¿Qué?

—El dinero —dijo Bronson.

—No. La Tierra se rige por el patrón radio. Años atrás era el oro o la plata. El de Venus es el hierro. Y además está el sistema de trueque. En realidad, el dinero es una variable.

—El dinero representa los recursos naturales —empezó Thirkell.

—Horas-hombre —murmuró Munn. Underhill dio un brinco.

—¡Eso es! Claro... Horas-hombre. Esa es la constante. Lo que un hombre produce en una hora representa una constante arbitraria... Dos dólares, doce difals. lo que sea. Esa es la base de cualquier organización económica. Y es la base que tenemos que socavar. El culto de los antepasados, el poder de los tarkomars, son en verdad superficiales. Una vez debilitado el sistema básico, lo demás se desmorona.

—No entiendo adonde nos lleva esto —dijo Thirkell.

—Alteremos la hora-hombre —explicó Underhill—. Si lo logramos, puede ocurrir cualquier cosa.

—Mejor que ocurra —dijo Bronson—, y pronto. Nos queda poca comida.

—Cállate —dijo Munn—. Creo que el chico tiene razón. Alterar la constante hora-hombre, ¿eh? ¿Cómo podríamos conseguirlo? ¿Instrucción? ¿Entrenar a un venusino para que duplique la producción en el mismo lapso de tiempo? ¿Mano de obra especializada?

—Ya la tienen —dijo Underhill—. Si pudiéramos hacerles trabajar más rápido, aumentar sus energías...

—Anfetaminas —interrumpió Thirkell—. Con bastante cafeína, complejos vitamínicos y riboflavina... Podría producir un estimulante, claro que sí.

Munn asintió lentamente.

—Píldoras, no inyecciones. Si esto funciona, tendremos que hacerlo bajo cuerda durante un tiempo.

—¿Qué demonios ganamos con hacer que los venusinos trabajen más rápido? —preguntó Bronson. Underhill chasqueó los dedos.

—¿No te das cuenta? Venus es ultraconservador. El sistema económico es estático. No está adaptado para el cambio. ¡Armaremos un desbarajuste endemoniado!

—Necesitaremos publicidad para suscitar el interés público, antes que nada —dijo Munn—. Una demostración práctica —miró a su alrededor y posó la mirada en Mike Águila Rauda—. Creo que el candidato eres tú, piel roja. Tienes más vitalidad que cualquiera de nosotros, de acuerdo con los test que nos hicieron en la Tierra.

—Bueno —dijo el navajo—. ¿Qué tengo que hacer?

—¡Trabajar! —le dijo Underhill—. ¡Deslomarte trabajando! ¡Eah...

Empezaron a primera hora de la mañana siguiente, en la plaza principal de Vyring. Munn se había cerciorado de todos los detalles, resuelto a asegurarse de que nada saliera mal, y se había enterado de que iban a construir un edificio de recreación en la plaza.

—El trabajo no empezará hasta dentro de varias semanas —dijo Jorust—. ¿Por qué?

—Queremos cavar un agujero allí —dijo Munn—. ¿Es legal?

La venusina sonrió.

—Desde luego. El terreno es público..., hasta que los contratistas empiecen. Pero una demostración de vuestra fuerza muscular no os ayudará, me temo.

—¿Qué dices?

—No soy tonta. Estáis tratando de conseguir empleo. Esperáis lograrlo haciendo publicidad de vuestras habilidades. ¿Pero por qué hacerlo así? Cualquiera puede cavar un agujero. No es trabajo especializado.

Munn gruñó. Si Jorust quería sacar conclusiones apresuradas, allá ella.

—La publicidad da buenos resultados —dijo—. Si en la Tierra pones a trabajar una pala mecánica, la gente se junta para mirar. No tenemos una pala mecánica, pero...

—Bien, como gustes. Legalmente tienes el derecho. Pero no podréis obtener un empleo sin ingresar en un tarkomar.

—A veces creo que tu planeta estaría mejor sin los tarkomars —dijo audazmente Munn. Jorust movió los hombros.

—Entre nosotros, a menudo he pensado lo mismo. Soy una mera administradora, sin embargo. No tengo poder real. Hago lo que me piden. Si estuviera permitido, me agradecería prestaros el dinero que necesitáis...

—¿Qué? —Munn se quedó mirándola—. Creí que... La mujer se endureció.

—No está permitido. La tradición no siempre es sabiduría, pero no puedo hacer nada al respecto. Desafiar a los tarkomars es impensable e inútil para nosotros. Lo lamento.

Munn se sintió un poco mejor después de esta charla. No todos los venusinos eran enemigos. Los todopoderosos tarkomars, celosos de su poder, fanáticamente aferrados al statu quo, eran los responsables de este enredo.

Cuando regresó a la plaza, los otros estaban esperando. Bronson había instalado un letrero en venusino fonético, y había preparado una zapa, un pico, una pala, una carretilla y tablas para el navajo. La silueta musculosa y bronceada aguardaba en el viento fresco, desnuda hasta la cintura. Unos botes del canal se habían detenido para observar.

Munn miró el reloj.

—Bien, piel roja. Adelante. Steve puede empezar... Underhill se puso a batir un tambor. Bronson anotó cifras en el letrero:

4:03:00. Hora Venusina de Vyring.

Thirkell fue hasta una mesa cercana, atiborrada de recipientes y equipo médico. Sacó de un frasco una de las píldoras estimulantes que había preparado y se la dio a Mike Águila Rauda. El indio la tragó, levantó la zapa y se puso a trabajar.

Eso era todo.

Un hombre cavando un agujero. Cual fuera la fascinación del espectáculo, nadie podía averiguarlo.

El principio es el mismo, trátase de un artefacto mecánico arrancando una tonelada de tierra de una palada, o un navajo robusto y sudoroso que empuña pala y pico. El número de botes creció.

Mike Águila Rauda siguió trabajando. Pasó una hora. Otra. Había períodos de descanso breves y regulares, y Mike cambiaba de vez en cuando de herramienta para hacer trabajar todos los músculos. Después de remover la tierra con 3a zapa, paleaba dentro de la carretilla, llevaba la carga por una planchada y la volcaba a cierta distancia en un montículo cada vez más grande. Tres horas. Cuatro. Mike interrumpió la faena para un pequeño almuerzo. Bronson seguía anotando la hora en el letrero.

Thirkell le dio otra píldora al navajo.

—¿Cómo te sientes?

—Bien. Tengo bastante resistencia.

—Lo sé. Pero estos estimulantes...te ayudarán.

Underhill escribía a máquina. Ya había tipeado muchas hojas, pues se había puesto a trabajar poco después que Mike Águila Rauda. Bronson había redescubierto un talento olvidado: hacía malabarismos con mazas y pelotas de color. Llevaba un buen rato dedicado a ese ejercicio.

El capitán Rufus Munn operaba una máquina de coser. La tarea no le gustaba especialmente, pero era trabajo de precisión y por lo tanto, útil para el plan. Todos hacían algo menos Thirkell. El médico se ocupaba de administrar las píldoras y poner cara de alquimista.

Ocasionalmente se acercaba a Munn y Underhill, juntaba fajos de papel y paños cuidadosamente cosidos, y los depositaba en varias cajas cerca del canal, etiquetadas: "Llévese una". En la tela había una leyenda bordada a máquina en venusino: "Un recuerdo de la Tierra". La muchedumbre crecía.

Los terráqueos seguían trabajando. Bronson continuaba con sus juegos malabares, con pausas para descansar. Luego intentó trucos con monedas y naipes. Mike Águila Rauda seguía cavando. Munn cosía. Underhill dactilografiaba, y los venusinos...leían lo que escribían sus ágiles dedos.

"¡Gratis! ¡Gratis! ¡Gratis!" rezaban los panfletos. "¡Fundas para almohada de la Tierra! ¡Un espectáculo gratis! Ved cómo los terráqueos demuestran vitalidad, habilidad y precisión de cuatro modos distintos. ¿Cuánto tiempo resistirán? Con la ayuda de PILDORAS PODEROSAS...seguirán ¡indefinidamente! La fuerza se duplica y la precisión se incrementa con PILDORAS PODEROSAS... ¡El mejor estímulo! Un producto médico de la Tierra que puede lograr que un hombre valga dos veces su peso en sofals."

Siguieron así. El viejo juego de la aglomeración...con variaciones. Los venusinos no podían resistirse. Corrió el rumor. La multitud creció. ¿Cuánto tiempo conservarían ese ritmo los terráqueos?

Lo conservaron. Las píldoras estimulantes de Thirkell además de las inyecciones de vitaminas que esa mañana había suministrado a sus compañeros— surtían efecto. Mike Águila Rauda cavó como un castor. El sudor le brotaba del torso brillante y bronceado. Bebía prodigiosamente y comía tabletas de sal.

Munn seguía cosiendo, sin errar una puntada. Sabía que sus productos serían examinados escrupulosamente en ¡u sea de signos de descuido. Bronson seguía con sus juegos. trucos, sin equivocarse nunca. Underhill tecleaba con los «ledos doloridos.

Cinco horas. Seis horas. Aun con los períodos de descanso, estaba resultando agotador. Habían traído comida, leí Buena voluntad, pero no era demasiado digerible. Además, Thirkell la había seleccionado cuidadosamente por las calorías.

Siete horas. Ocho horas. Las multitudes volvieron intransitables los canales. Un policía se acercó y discutió con Thirkell, quien a su vez lo derivó a Jorust. Y Jorust, al parecer. Jo reprendió, pues el policía volvió después para mirar sin interferir.

Nueve horas. Diez horas. Diez horas de esfuerzos hercúleos. Los hombres estaban exhaustos, pero seguían adelante. Para entonces habían logrado su cometido pues unos pocos venusinos se acercaron a Thirkell y le hicieron preguntas sobre las Píldoras Poderosas. ¿Qué eran? ¿De veras hacían trabajar más rápido? ¿Cómo podían comprarlas?

El policía se acercó de nuevo a Thirkell.

—Tengo un mensaje del tarkomar médico —anunció—. Si usted traía de vender una de esas píldoras, irá a la cárcel.

—Jamás se me ocurriría dijo Thirkell—. Las damos como muestras gratuitas. Toma, amigo —metió la mano en una bolsa y arrojó una Píldora Poderosa al venusino más cercano—. Con eso tu trabajo rendirá el doble. Vuelve mañana y tendrás más. ¿Quieres una, compañero? Tú también. Toma.

—Un momento... —dijo el policía.

—Consíguete una orden de arresto —le dijo Thirkell—. Ninguna ley prohíbe hacer regalos.

Jorust apareció con un venusino morrudo con cara de pocos amigos. Lo presentó como el jefe de los tarkomars de Vyring.

—Estoy aquí para ordenaros terminar con esto —dijo el venusino.

Thirkell ya tenía preparada una respuesta. Sus compañeros seguían trabajando, pero el médico sabía que le observaban y escuchaban.

—¿Cuál es la razón?

—Bueno... La venta callejera.

—No estoy vendiendo nada. Esto es dominio público. Hemos montado un espectáculo gratuito.

—Esas...eh, píldoras poderosas...

—Son para regalar —dijo Thirkell—. Escucha amigo, cuando os regalamos nuestra comida, hato de canallas, ¿alguien protestó? No, la recibisteis. Y después, las restricciones. Cuando pedimos la devolución de nuestros alimentos, nos dijeron que no teníamos derecho a reclamar. La ley no podía cancelar las donaciones, siempre y cuando los objetos fueran nuestros. Es lo que estamos haciendo ahora también..., donaciones. ¿Qué más?

A Jorust le titilaban los ojos, pero se apresuró a entornarlos.

—Entiendo que está en lo cierto. La ley le ampara. No causa un gran daño.

Thirkell quedó intrigado. ¿Habría comprendido Jorust el plan y se ponía de parte de ellos? El jefe de los tarkomars se puso verde oscuro, titubeó, giró sobre los talones y se fue. Jorust dirigió a los terráqueos una mirada prolongada y enigmática, movió los hombros y le siguió.

—Todavía estoy tieso —dijo Mike Águila Rauda una semana después, en el Buena voluntad—. Y además, hambriento. ¿Cuándo tendremos comida?

Thirkell se asomó por la tronera para entregarle una Píldora Poderosa a un venusino, y regresó frotándose las manos con satisfacción.

—Espera, ten paciencia. ¿Qué novedades hay, capitán? Munn señaló a Underhill.

—Pregúntale al chico. Acaba de regresar de Vyring. Underhill rió.

—Un lío del demonio. Y en una semana. Sin duda que hemos hecho temblar la base de la economía. Todos los venusinos que fabrican cosas quieren nuestras píldoras para acelerar la producción y ganar más fals. Es el instinto competitivo..., que es universal.

—Bueno... ¿Y qué opinan esos mandones con cara de lagartos —preguntó Bronson.

—No les gusta. Hace oscilar la organización económica que ellos han mantenido inmóvil durante siglos. Hasta ahora un venusino ganaba exactamente diez sofals por semana, por ejemplo, fabricando cinco mil tapas de botella. Con las píldoras de Steve fabrica ocho o diez mil, y por lo tanto gana más pasta. Su compañero dice: ¡qué diablos! Y viene aquí es busca de Píldoras Poderosas para él. Así se difunde. Y lo mejor del caso es que no todo el trabajo se mide por la producción. Es imposible. Para eso hacen falta objetos tangibles. Al operador de una máquina climática le pagan por el tiempo que trabaja, no por las gotas de lluvia que hace caer en un día...

—¿Te refieres a la envidia? —dijo Munn.

—Bueno..., mira —dijo Underhill—. Un operador de máquinas climáticas ganaba hasta ahora lo mismo que el fabricante de tapas de botella: diez sofals por semana. Ahora el fabricante de tapas gana veinte sofals. Al operador no le gusta nada. También está dispuesto a ingerir Píldoras Poderosas, pero con eso no mejora su producción. Pide un aumento. Si lo consigue, la economía se altera aún más. Si no lo consigue, otros operadores se le unen y declaran que es una discriminación injusta. Se enfurecen con los tarkomars y... ¡Van a la huelga!

—Los tarkomars han prohibido trabajar a los venusinos que toman nuestras píldoras —dijo Mike Águila Rauda.

Y los venusinos siguen pidiéndolas. ¿Y qué? ¿Cómo prueban quién las ingiere y quién no? La producción aumenta, claro. Pero los tarkomars no pueden ensañarse con todos los que producen bien. Lo han intentado, y muchos fulanos que jamás habían probado las Píldoras Poderosas se pusieron furiosos. Eran trabajadores eficientes, eso era todo.

—Hemos hecho una demostración exitosa, convincente —dijo Thirkell—. He tenido que disminuir la fuerza de las píldoras pues ya queda menos sustancia activa. Pero la sugestión nos ayuda.

Underhill sonrió.

—De modo que la base, la unidad hora-hombre, se ha ido al diablo. Una pequeña llave arrojada en la parte más sensible del mecanismo. Además se propaga. No sólo en Vyring. La noticia se está difundiendo en todo Venus, y los obreros de otras ciudades preguntan por qué la mitad de los trabajadores de Vyring reciben mejor paga. Allí es donde nos ayuda el patrón monetario unificado: un mismo sistema en todo Venus. Aquí no ha habido un desajuste en siglos. Y ahora...

—Ahora el sistema se derrumba —dijo Munn—. Es una falla natural en una organización rígida y perfectamente integrada. Por falta de un clavo los tarkomars pierden el dominio de la situación. Han olvidado cómo equilibrarla.

—Se difundirá —dijo confiadamente Underhill—. Se difundirá. Steve, allí viene otro cliente.

Underhill se equivocaba. Entraron Jorust y el jefe de los tarkomars de Vyring.

—Que seáis dignos de los nombres de vuestros ancestros —dijo cortésmente Munn—. Acercad unas sillas y bebed una copa, aún nos quedan algunos bulbos de cerveza.

Jorust obedeció, pero el venusino se hamacó hurañamente sobre los talones.

—Malsi está preocupado —dijo la mujer—. Estas Píldoras Poderosas están causando problemas.

—No entiendo por qué —dijo Munn—. Incrementan la producción, ¿verdad? Malsi torció la boca.

—¡Es un truco! ¡Una estratagema! ¡Abusáis de nuestra hospitalidad!

—¿Cuál hospitalidad? —preguntó Bronson.

—Estáis amenazando el sistema —siguió tercamente Malsi—. En Venus no hay cambios. No debe haberlos.

—¿Por qué no? —preguntó Underhill—. Hay una sola razón, y tú la conoces. Cualquier progreso podría atentar contra los tarkomars, contra el poder que detentan. Hace siglos que domináis la situación. Habéis suprimido los inventos para estancar al planeta, tratáis de quitarle la iniciativa a la raza sólo para permanecer en la cúspide. Es imposible. Siempre hay cambios. Si no hubiéramos llegado nosotros, eventualmente se habría producido una explosión interna.

Malsi lo fulminó con la mirada.

—Dejad de preparar esas Píldoras Poderosas.

—La ley —dijo serenamente Thirkell—. Muéstranos un antecedente.

—El derecho a donar es uno de los más antiguos en Venus, Malsi —dijo Jorust—. Esa ley podría ser cambiada, pero no creo que a! pueblo le guste.

—No, no le gustaría —dijo Munn, sonriente—. Sería el acabóse. Los venusinos han aprendido que es posible ganar más dinero. Si se les quita esa oportunidad, los tarkomars dejarán de parecer gobernantes benévolos.

Malsi se puso más verde oscuro.

—Tenemos poder...

—Jorust, eres administradora. ¿Nos amparan vuestras leyes? —preguntó Underhill. Ella se encogió de hombros.

—Sí, así es... Las leyes son sacrosantas. Quizá porque siempre han estado destinadas a proteger a los tarkomars. Malsi se volvió hacia ella.

—¿Estás de parte de los terráqueos?

—No, claro que no, Malsi. Simplemente respaldo la ley, de acuerdo con mi juramento ceremonia!. O sea sin prejuicios, ¿verdad?

—Dejaremos de preparar las píldoras, si quieres —dijo Munn—. Pero te advierto que será sólo un respiro. No se puede frenar el progreso.

—¿Dejaréis de hacerlas? —dijo Malsi, no totalmente convencido por los argumentos del capitán.

—Claro. Si nos pagas.

—No podemos pagaros —dijo tercamente Malsi—. No pertenecéis a ningún tarkomar. Sería ilegal.

—Oh, pero podéis hacerles una donación. Diez mil sofals, por ejemplo —sugirió Jorust.

—¡Diez mil! —aulló Malsi— ¡Ridículo!

—En efecto —dijo Underhill—. Cincuenta mil sería más apropiado. Con eso podríamos vivir un año sin privaciones.

—No.

Un venusino se acercó a la tronera, se asomó y dijo:

—Hoy dupliqué mis ganancias. ¿Puedo llevar otra píldora? —vio a Malsi y desapareció chillando. Munn se encogió de hombros.

—Como prefieras. Pagas, o continuaremos con nuestros regalos y tendrás que reparar una economía social rígida. No creo que puedas...

Jorust tocó el brazo de Malsi.

—No hay otra salida.

El venusino estaba casi negro de furia e impotencia.

—Yo... De acuerdo —capituló escupiendo las palabras—. No olvidaré esto, Jorust.

—Pero yo debo administrar las leyes —dijo la mujer—. ¡Caramba, Malsi! La norma de los tarkomars siempre ha sido una honestidad inflexible.

Malsi no respondió. Extendió un cheque por cincuenta mil sofals, lo legalizó y le dio el papel a Munn. Luego se despidió de la cabina con una mirada furibunda y se largó.

—¡Bien! —dijo Bronson—. ¡Cincuenta de los grandes! ¡Esta noche comeremos!

—Que seáis dignos de los nombres de vuestros padres —murmuró Jorust; en la puerta, se volvió—. Habéis irritado a Malsi...

—Qué lástima —dijo Munn.

Jorust simplemente movió los hombros.

—Sí..., veo que se va irritado. Malsi representa a los tarkomars...

—¿Qué podrá hacer él? —preguntó Underhill.

—Nada. Las leyes no se lo consentirán. Pero es bueno saber que los tarkomars no son infalibles. Creo que la noticia se propagará —Jorust le guiñó gravemente el ojo a Munn y se retiró, con la misma cara de inocencia de una gata, e igualmente peligrosa.

—¡Bien! —dijo Munn—. ¿Qué significa eso? ¿El fin de los tarkomars, tal vez?

—Tal vez —dijo Bronson—. Me importa un bledo. Tengo hambre y quiero una seta-bistec. ¿Dónde podremos cobrar un cheque por cincuenta de los grandes?

GUERRA FRÍA

Capítulo 1. El último de los Pugh

Nunca volveré a tener un constipado sin acordarme del pequeño Júnior Púgil. Ese sí que era un mocoso repulsivo... Morrudo, como un pequeño gorila, una cara gorda y pastosa, una mirada maligna, los ojos tan juntos que podrían ser arrancado con un solo dedo. Pero papá Pugh estaba orgulloso de él. Tal vez era natural, pues el chico era la viva imagen del padre.

—El último de los Pugh —decía siempre el viejo, sacando pecho y sonriéndole al pequeño gorila—. Jamás se ha visto un muchacho como él.

A veces, cuando les veía juntos, se me enfriaba la sangre. Ahora me da un poco de tristeza recordar esos días felices cuando aún no les conocía. Podéis creerme o no, pero los Pugh, padre e hijo, estuvieron en un tris de dominar el mundo.

Nosotros, los Hogben, somos gente tranquila. Nos gusta agachar la cabeza y vivir tranquilos en nuestro pequeño valle, donde nadie llega sin ser invitado. Nuestros vecinos y la gente de la aldea ya están acostumbrados a nosotros. Saben que no tratamos de llamar la atención, y nos hacen algunas concesiones.

Si Pa se emborracha, como la semana pasada, y vuela por el centro de la calle principal en paños menores, casi todos hacen que no han visto nada para no molestar a Ma, Saben que si estuviera sobrio caminaría como un cristiano decente.

Esa vez Pa se puso a beber por Pequeño Sam, que es nuestro bebé y vive en un bidón del sótano. Le empezaba a salir un diente, por primera vez desde la Guerra Civil. Creíamos que ya no le saldrían más dientes, pero con Pequeño Sam nunca se sabe... Además, estaba muy inquieto.

Un profesor que tenemos guardado en un frasco nos dijo una vez que Pequeño Sam emite un no-sé-qué subsónico cuando llora, pero esas son sólo palabrejas sin sentido. A cualquiera le cripa los nervios, es todo. Pa no puede aguantarlo. Y esta vez, hasta despertó a Abuelo en el altillo, y no despertaba desde Navidad. Apenas abrió los ojos, se puso hecho una furia con Pa.

—¡Te veo, grandísimo tunante! —aulló—. ¿Conque volando de nuevo, eh? ¡Oh, qué espectáculo vergonzoso! ¡Te haré bajar, por cierto que sí! —se oyó un estampido distante.

—¡Me has hecho caer como tres metros! —se quejó Pa desde el fondo del valle—. No es justo. ¡Podría haberme estropeado algo...!

—Tú nos estropearás a todos con tus sandeces de borracho —dijo Abuelo—. ¡Volar ante los ojos de los vecinos...! Por menos de eso se quema gente en la hoguera. ¿Quieres que la humanidad nos descubra? Ahora cállate, y déjame atender al Bebé.

Abuelo siempre calma al Bebé cuando ya nadie más puede hacerlo. Esta vez le cantó una canción en sánscrito y al rato los dos roncaban a dúo.

Yo estaba preparándole a Ma un aparato para fermentar la crema para los bizcochos. No tenía muchos elementos, sólo un trineo viejo y unos pedazos de alambre, pero no necesitaba mucho. Estaba tratando de orientar el extremo del alambre hacia el nornordeste cuando vi un par de pantalones a cuadros pasar corriendo en el bosque.

Era Tío Lem. Podía oírle pensar.

—¡No soy yo! decía en voz muy alta, adentro de la cabeza—. Vuelve a tu trabajo, Saunk. Estoy a más de un kilómetro de distancia. Tu Tío Lerri es recto y nunca miente. ¿Crees que te engañaría, muchacho?

—Claro que sí —pensé yo—. Si pudieras. ¿Qué pasa, Tío Lem?

Entonces, se detuvo y retrocedió en un amplio círculo.

—Nada, que se me ha ocurrido que a tu Ma le gustarían unas zarzamoras —dijo pateando un guijarro con mucha soltura—. Si alguien te pregunta, di que no me has visto. No es una mentira. No me has visto.

—Tío Lem —pensé bien alto—, le he dado a Ma mi palabra de que no te dejaría alejarte solo, después de esa última vez que te fueras...

—Vamos, vamos, muchacho —se apresuró a pensar Tío Lem—. Lo pasado, pisado.

—No puedes decirle que no a un amigo, Tío Lem —le recordé mientras doblaba por última vez el alambre alrededor de la pieza giratoria—. Espera a que haya fermentado esta crema y después vamos juntos adondequiera que estés pensando.

Vi los pantalones a cuadros entre los arbustos y él salió a campo abierto. Me miró con una sonrisa culpable. Tío Lem es pequeño y gordinflón. No creo que sea malintencionado, pero cualquiera le puede convencer de cualquier cosa, por eso es que no debemos perderle pisada...

—¿Cómo lo harás? —me preguntó, mirando la jarra—. ¿Harás trabajar más rápido a las criaturitas?

—¡Tío Lem! —dije—. ¿Cómo se te ocurre? La crueldad con los animales es algo que no tolero. Las criaturas trabajan bastante duro para fermentar la leche. Son tan diminutas que casi me dan lástima. Vaya, si casi no puedes verlas sin ponerte bizco cuando las miras. Pa dice que son enzimas pero no puede ser... Son demasiado pequeñas.

—Eres pequeño si haces cosas pequeñas —dijo Tío Lem—. ¿Cómo vas a lograrlo, entonces?

—Este aparato —le dije con cierto orgullo— enviará la crema de Ma hasta algún día de la semana que viene. Con este calor, la crema se fermentará en un par de días, pero yo le daré más tiempo. Cuando la traiga de vuelta...ya estará fermentada —puse la jarra en el trineo.

—Nunca vi un muchacho más inútil —dijo Tío Lem, adelantándose para torcer un alambre transversalmente—. Mejor colócalo así, porque el martes que viene habrá tormenta. Ya está. Ponlo en marcha.

Lo eché a andar. Cuando volvió, estaba tan fermentada como para ahuyentar a un ratón. Por la lata se arrastraba un moscardón de la semana que vendría; lo aplasté, pero fue un error. Lo supe cuando toqué la jarra, maldito Tío Lem.

Volvió corriendo al bosque, chillando feliz.

—Esta vez te engañé, jovenzuelo —aullaba—. ¡Vamos a ver cómo te las arreglas para quitar ese pulgar de la semana que viene!

Era por culpa del intervalo temporal. Debí haberlo sabido... Cuando Tío Lem cruzó el alambre no pensaba en una tormenta. Me llevó casi diez minutos librarme, por culpa de un fulano llamado Inercia que siempre se entromete si no tienes cuidado cuando juegas

con el tiempo. Yo no estoy demasiado enterado del asunto. Todavía no soy tan grande. Tío Lem dice que él ya olvidó más de lo que jamás yo sabré.

Con esa desventaja casi lo perdí. Ni siquiera tuve tiempo de ponerme la ropa comprada en la tienda, y de paso me di cuenta de que él iba muy emperifollado, seguro que se dirigía a algún lugar importante...

Además, estaba preocupado. A cada momento yo tropezaba con pensamientos inquietos que él había dejado detrás, colgando en las ramas como jirones de nubes. No pude entender mucho porque cuando yo llegaba, ya estaban casi deshechos, pero sin duda Tío había hecho algo que no debía. De eso, cualquiera se daba cuenta... Los pensamientos eran algo así:

—Lástima, lástima... Qué pena haberlo hecho... Oh, Dios me ampare si Abuelo se entera... Oh, esos malditos Pugh. ¿Por qué les habré hecho caso? Lástima, lástima... Pobrecito de mí, tan bueno... Nunca hice mal a nadie, y miradme ahora.

"Y Saunk, ese chico agrandado... A él sí que le di una buena lección, ja ja. Oh, lástima, lástima... No importa. No te acobardes ahora, viejo, que al final todo saldrá bien. Te mereces lo mejor, Lemuel. Bendito seas. Abuelo nunca sabrá nada...

Bien, vi correr los pantalones a cuadros poco después entre los árboles, pero no le alcancé hasta que llegó al pie de la colina. Había cruzado los prados del linde de la aldea y golpeaba la ventanita de la taquilla de la estación de ferrocarril con un doblón español que había birlado del baúl del Abuelo.

No me sorprendió oírle pedir un billete para la ciudad. Le dejé creer que no lo había alcanzado. Tuvo una discusión feroz con el hombre de la taquilla, pero finalmente se hurgó en los bolsillos y sacó un dólar de plata, y el hombre se calmó.

El tren ya resoplaba detrás de la estación cuando Tío Lem giró la esquina corriendo. No me quedaba mucho tiempo, pero lo alcancé...justo. Tuve que volar los últimos metros, pero creo que nadie se dio cuenta.

Una vez, cuando yo era pequeño, hubo una Gran Peste en Londres, donde vivíamos entonces, y los Hogben nos tuvimos que largar. Recuerdo el bullicio de la ciudad, pero ahora no parece nada comparado con el bullicio de la estación de la ciudad cuando llegó el tren. Supongo que ¡os tiempos han cambiado.

Silbatos que soplaban, cornetas que roncaban, radios que aullaban a más no poder... Parece que todos los inventos de los últimos doscientos años son más ruidosos que todo ¡o inventado hasta entonces. Me hizo doler la cabeza hasta que pude sintonizar lo que Pa, de puro pedante, una vez llamó 'un elevado nivel de decibeles'.

Tío Lem no sabía que yo le estaba siguiendo. Tuve el cuidado de pensar silenciosamente, aunque de todos modos él iba tan absorto en sus preocupaciones, que no le prestaba atención a nada. Le seguí entre la muchedumbre de la estación hasta una calle ancha llena de tráfico. Fue un alivio alejarse de los trenes.

Siempre detesto imaginar qué pasa adentro de ¡a caldera, con todas esas criaturitas tan pequeñas que apenas se las puede ver, pobrecitas, revoloteando acaloradas y excitadas y chocándose las cabezas. Me dan lástima, de veras.

Claro, más vale ni pensar lo que pasa dentro de los automóviles.

Tío Lem sabía adonde iba. Cruzó la calle tan rápido que tuve que acordarme de no volar para darme prisa. Pensé que tenía que llamar a casa por si la situación se ponía difícil de controlar, pero con todos se me presentaban problemas; esa tarde Ma estaba en una reunión de la iglesia y la última vez que mi voz salió de la nada frente al reverendo Jones, ella me dio una tunda. El reverendo todavía no se acostumbra a nosotros.

Pa estaba durmiendo la mona, y no hubo modo de despertarlo. A Abuelo no quise llamarlo por miedo a despertar al Bebé.

Tío Lem seguía escurriéndose a toda velocidad, contoneando los pantalones a cuadros. Además estaba preocupadísimo. Había visto una multitud reunida en una calle

lateral alrededor de un gran camión, mirando a un hombre que agitaba botellas con las dos manos.

Parecía pronunciar un discurso sobre los dolores de cabeza. Se le oía desde la esquina. Había grandes carteles pegados sobre los flancos del camión, que decían:

JARABE PUGH PARA EL DOLOR DE CABEZA

—¡Ay, lástima, lástima! —pensaba Tío Lem—. ¡Olí, cielo santo, que haré...! Nunca soñé que nadie se casaría con Lily Lou Mutz. ¡Ay, lástima!

Bien, supongo que todos fuimos sorprendidos cuando Lily Lou Mutz consiguió un marido, calculo que hace como diez años. Pero qué tenía que ver eso con Tío Lem, no se me ocurría. Lily Lou Mutz era la mujer más fea jamás vista. Y decir fea es poco, pobre muchacha.

Abuelo dijo una vez que ella le hacía recordar a una familia que él había conocido, llamada Gorgona. No porque fuera una criatura de mal corazón. Siendo tan fea tenía que soportar muchas groserías de los jóvenes de la aldea... Me irefiero a los de peor calaña.

Vivía sola en una pequeña choza de la montaña y tendría como cuarenta cuando un fulano del otro lado del río apareció un día y provocó una conmoción en el valle al pedirla en matrimonio. A! fulano nunca lo conocí, pero por lo que oí, tampoco él era un premio de belleza.

Ahora que lo pienso me dije en ese momento, mirando el camión—, ahora que lo piense el fulano se llamaba Pugh.

Capitulo 2. Una buena persona

Después noté que Tío Lem había visto a alguien bajo un poste de luz, en la acera, en el borde de la multitud. Se le acercó. Le pareció un gorila grande con un gorila pequeño que miraban al que agitaba las dos manos para vender las botellas, de pie junto al camión.

¡Venid y llevadla! —aullaba—. ¡Venid y llevad una botella del viejo e infalible Jarabe Púgil, porque se acaban!

—Bien, Pugh, aquí estoy —dijo Tío Lem al saludar al gorila grande—. Hola, Júnior —dijo después para saludar al gorila pequeño. Noté que se estremecía un poco.

No era para menos. No he visto en mi vida especímenes tan feos de la raza humana. Si no hubieran tenido la cara tan pastosa o hubieran sido más delgados, quizá no me habrían recordado tanto a dos babosas bien alimentadas, una adulta y otra pequeña. El padre estaba trajeado de domingo con una gran cadena de oro sobre el vientre, y por los aires que se daba, cualquiera habría dicho que jamás se había mirado en el espejo.

—Qué tal, Lem —dijo con indiferencia—. Puntual, por lo que veo. Júnior, dile qué tal al señor Lem Hogben. Le debes mucho al señor Hogben, hijito —y soltó una carcajada ruidosa y desagradable.

Júnior no le hizo caso. Tenía los ojillos acuosos fijos en la muchedumbre. Habrá tenido entonces unos siete años, y por la cara parecía un mal bicho.

—¿Lo hago ahora, pa? —preguntó con voz chillona—. ¿Se las doy ahora, pa? ¿Eh, pa? —por el tono en que hablaba, me fijaba si tendría alguna ametralladora a mano, pero no, aunque creo que si las miradas mataran, Júnior Pugh habría barrido con toda la multitud.

—Todo un hombre, ¿no, Lem? —dijo papá Pugh, realmente satisfecho—. Le aseguro que estoy orgulloso del crío. Ojalá el abuelo viviera para verlo. Una gran familia, los Pugh. No hay ninguna que se le parezca. Lástima que Júnior es el último de la raza. Por eso me he puesto en contacto con usted. Lem.

Tío Lem se estremeció de nuevo.

—Sí —dijo—. Entiendo, claro... Pero pierde el tiempo, Pugh. No lo haré.

El pequeño Pugh giró sobre los talones.

—¿Se la doy, pa? —chilló, muerto de ganas—. ¿Sí, pa? ¿Ahora, pa? ¿Eh?

—Cállate, hijito —dijo el grandote, descargando un mamporro sobre la cabeza del pequeñín. Las manos de Pugh eran como jamones. Un gorila, si señor.

Por el modo en que esos brazos enormes colgaban de los hombros enormes y encorvados, cualquiera habría dicho que el chico saldría volando por la calle con el golpe de papá Pugh. Pero el chico era resistente. Se tambaleó apenas.

Se aclaró la garganta y sacó pecho para darse importancia. Me di cuenta de que le gustaba hablar de ese asunto. No cabía en la ropa de puro hinchado.

—No sé si conociste a mi querida esposa, la que en vida fuera Lily Lou Mutz —dijo—. Este es nuestro hijito, Júnior. Un muchachito brillante. Lástima que no tuvimos ocho o diez más como él —suspiró bien hondo—. Bueno, así es la vida. Había esperado casarme joven y ser bendecido con muchísimos hijos, siendo como soy el último de una gran familia. Pero no me propongo dejar que se extinga —aquí clavó en Tío Lem una mirada maligna.

Tío Lem casi sollozó.

—No lo haré —dijo—. No puede obligarme.

—Veremos —dijo Ed Pugh, amenazante—. Quizás este jovencito sea más razonable que tú. Te informo que soy un personaje poderoso en este estado, y lo que digo se hace.

—Pa —chilló en eso el pequeño Júnior—. Pa, parece que se les está pasando. ¿Puedo darles de nuevo? ¿Con más fuerza, pa? Apuesto a que mataría a unos pocos, si me suelto, ¿eh, pa?

Ed Pugh estuvo a punto de aporrear de nuevo a la pequeña sabandija, pero supongo que lo habrá pensado dos veces.

—No interrumpas a tus mayores, hijito —le dijo—. Pa está ocupado. Atiende tus asuntos y cierra el pico —echó una ojeada a la quejumbrosa multitud—. Mejórales el tratamiento a los que están más allá del camión —dijo—. No compran con la rapidez necesaria. Pero sin mucha fuerza, Júnior... Tienes que ahorrar energías. Estás en la edad del crecimiento —se volvió hacia mí—. Júnior es un niño talentoso —dijo con orgullo—, como puedes apreciar. Lo heredó de su difunta madre, Lily Lou. Te estaba contando de Lily Lou. Mi esperanza, como te decía, era casarme joven. Pero las cosas resultaron de otro modo y no pude contraer matrimonio hasta bien entrada la madurez.

Se hinchó el pecho como un sapo. Se contemplaba con admiración. Jamás he visto hombre más pagado de sí.

—Nunca encontré la mujer capaz de... Es decir, no había encontrado la mujer adecuada —continuó—, hasta el día en que conocí a Lily Lou Mutz.

Entiendo a qué se refiere —dije educadamente. Y claro que lo entendía... Seguro que habrá buscado y rebuscado hasta encontrar una mujer tan fea para que fuera capaz de mirarle por segunda vez. Hasta la pobre Lily Lou debió pensarlo mucho antes de darle el sí.

—Y allí es donde entra tu Tío Lem —continuó Ed Pugh—. Parece que hace un tiempo él había hechizado a Lily Lou...

—¡Jamás! —chilló Tío Lem—. Y además, ¿cómo iba a imaginar que se casaría y se lo pasaría al hijo? ¿En qué cabeza cabía que Lily...

—La hechizó —prosiguió Ed Pugh—. Sólo que ella no me lo dijo sino hace un año, cuando yacía en su lecho de muerte. ¡Por Dios que la habría aporreado hasta matarla si hubiera sabido que durante tantos años había guardado ese secreto! Lemuel le dio un poder a ella, y el niño lo heredó.

—Lo hice sólo para protegerla —dijo enseguida Tío Lem—. Sabes que digo la verdad, muchacho. La pobre Lily Lou era tan fea que la gente la veía y ya le estaba tirando barro sin poder contenerse. Era algo automático. No se podía culpar a nadie. Yo mismo tuve que reprimirme a menudo... Pero la pobre Lily Lou me daba mucha lástima. Nunca sabrás cuánto tiempo luché contra mis impulsos bondadosos, Saunk. Pero mi corazón de oro me

embrolla siempre. Un día sentí tanta compasión por esa pobre y horrible criatura que le di cierto poder... Cualquiera habría hecho lo mismo, Saunk.

—¿Cómo lo hiciste? —pregunté realmente interesado, pensando que algún día podría ser útil saberlo. Todavía soy joven y tengo mucho que aprender.

Bien, me lo contó, pero su relato era un poco confuso. Al principio le entendí que un sujeto llamado Gene Cromosoma lo había hecho por él y cuando tenía clara esa parte se puso a divagar diciendo cosas raras sobre las ondas alfa del cerebro.

Caray, eso hasta yo lo había notado. Cualquiera ha visto esas pequeñas ondas que revolotean sobre las cabezas de la gente cuando están pensando. A veces he observado a Abuelo, cuando tenía como seiscientos pensamientos diferentes que subían y bajaban los pequeños senderos donde tiene el cerebro. Cuando Abuelo piensa, mirar muy de cerca me lastima los ojos.

—Y así son las cosas, Saunk —terminó Tío Lem—. Y esta pequeña víbora ha heredado el poder de su madre.

—Bueno, ¿por qué no llamas al tal Gene Cromosoma para que arregle a Júnior y lo vuelva igual a los demás? —pregunté—. No sería muy difícil. Mira aquí, Tío Lem —enfiqué intensamente a Júnior y puse los ojos como cuando quieres mirar dentro de alguien.

Claro, vi a qué se refería Tío Lem. Había unas cadenas muy pequeñitas de criaturas que se apretujaban unas a las otras, y unas varas delgaduchas que daban vueltas dentro de esas terriblemente pequeñitas células de que está hecha la gente, salvo quizá Pequeño Sam, nuestro Bebé.

—Mira, Tío Lem —dije—. Todo lo que has hecho al hechizar a Lily Lou fue doblar esas varillas para que miraran hacia el otro lado, y pegarlas a esas cadenas que zigzaguean tan rápido. ¿No podrías dejarlas como antes, para que Júnior aprenda a comportarse? No debe ser difícil.

—Claro que no es difícil —Tío Lem suspiró—. Saunk, eres un mentecato. No has escuchado nada de lo que dije. No puedo cambiarlas sin matar a Júnior.

—El mundo sería mejor —dije.

—Ya lo sé. ¿Pero tú sabes lo que le hemos prometido a Abuelo? Basta de muertes.

—¡Pero Tío Lem! —estallé—. ¡Esto es terrible! ¿O sea que vas a dejar que esta pequeña víbora se pase la vida embrujando a la gente?

—Peor todavía, Saunk —dijo el pobre Tío Lem, casi llorando—. Le pasará el poder a sus descendientes, tal como Lily Lou se lo pasó a él.

Por un minuto creí de veras que a la raza humana le esperaba un futuro negro. Después reí.

—Anímate, Tío Lem —dije—. No hay de qué preocuparse. Mira a ese batracio. Ninguna mujer se le acercaría más de un kilómetro. Ya es tan repulsivo como el padre. Y recuerda, además es hijo de Lily Lou. Quizá se ponga más horrible cuando crezca. Una cosa es segura... Nunca se casará.

—Allí es donde te equivocas —intervino Ed Pugh, en voz muy alta; tenía la cara roja, parecía enfadado—. No pienses que no estaba escuchando. Ni que olvidaré lo que has dicho de mi hijo. Te dije que yo era un personaje importante en esta ciudad. Júnior y yo podemos ir muy lejos, valiéndonos de su talento.

"Ya estoy en la junta de concejales de aquí, y la semana que viene habrá una vacante en el senado estatal...,?.

menos que el fulano que tengo en mente sea mucho más duro de lo que pinta. Así que te advierto, joven Hogben: tú y tu familia pagarán los insultos.

—Nadie tendría que ofenderse cuando le dicen la verdad —dije—. Júnior es un espécimen repulsivo.

—Cuestión de acostumbrarse a él, es todo —dijo papá Pugh—. Los Pugh somos difíciles de entender. Gente profunda, supongo. Pero tenemos nuestro orgullo. Y me voy a asegurar de que la familia no se extinga nunca. Nunca, ¿has oído, Lemuel?

Tío Lem simplemente cerró los ojos con fuerza y sacudió la cabeza rápidamente.

—Nosseñorrr —dijo—. Nunca lo haré. Nunca, nunca, nunca, nunca...

—Lemuel, Lemuel... ¿Quieres que te deje a merced de Júnior? —dijo Ed Pugh, realmente siniestro.

—Oh, no le serviría de nada —dije yo—. ¿Ha visto cómo trataba de embrujarme con toda la multitud, no? Es inútil, señor Pugh. No podrá embrujar a un Hogben.

—Bien... —miró alrededor, rebuscando en la mente—. Aja. Ya pensaré algo. Yo... ¿Así que eres blando de corazón, no? ¿Le prometiste a tu abuelito que no matarías a nadie, eh? Lemuel, abre los ojos y mira enfrente. ¿Ves esa ancianita que camina con el bastón? ¿Qué te parece si le digo a Júnior que la deje seca allí mismo?

Tío Lemuel cerró los ojos con más fuerza.

—No miraré. No conozco a la viejecita. Si es tan vieja, igual no le queda mucho tiempo. Quizás esté mejor muerta. Seguro que tiene un reumatismo galopante.

—De acuerdo. ¿Qué te parece entonces aquella bonita muchachita con el niño en brazos? Mira. Lemuel, qué criatura tan dulce. Una cinta roja en el gorro, ¿ves? Mírale los hoyuelos. Júnior, prepárate para infectarlos. Empezaríamos con la peste bubónica. Y después...

—Tío Lem —dije, incómodo—. No sé qué opinaría Abuelo de todo esto. Quizá...

Tío Lem abrió los ojos apenas un segundo. Me clavó una mirada frenética.

—No puedo evitarlo si tengo un corazón de oro —dijo—. Soy una buena persona y todos se la toman conmigo. Bien, al cuerno con todos. Mi paciencia tiene un límite. Me importa un bledo si Ed Pugh liquida a toda la raza humana.

Me importa un bledo si Abuelo descubre lo que hice. Me importa un rábano todo —soltó una especie de carcajada feroz—. Me largo de una vez. No sé nada de nada. Voy a descabezar un sueñito, Saunk.

Y de pronto se puso rígido y cayó de bruces en la acera, duro como una estaca.

Capítulo 3. Entre la espada y la pared

Bien. Preocupado como estaba, tuve que sonreír. Tío Lem a veces tiene salidas graciosas. Yo sabía que se iba a echar a dormir, como hace siempre que se arma un lío. Pa dice que es gatalepsia, pero las gatas no tienen el sueño tan pesado.

Tío Lem cayó chato en la acera y casi rebotó un poco. Júnior soltó un aullido de alegría. Supongo que se habrá imaginado que él tuvo algo que ver con la caída de Tío Lem. En cualquier caso, viendo a alguien tumbado e indefenso, Júnior naturalmente tomó impulso, echó el pie hacia atrás y pateó a Tío Lem en el costado de la cabeza.

Bueno, como digo, los Hogben tenemos la cabeza bastante dura. Júnior lanzó un alarido. Se puso a bailotear mientras se acariciaba el pie con las dos manos.

—¡Te embrujaré! —le aullaba a Tío Lem—. ¡Te dejaré bien embrujado, pedazo de...de Hogben! —respiró hondo y se puso púrpura y...

Y entonces sucedió.

Fue como un rayo. Yo no creo en los hechizos y tenía una idea de lo que estaba sucediendo, pero me tomó por sorpresa. Después, Pa trató de explicarme cómo funcionaba y dijo que se estimulaban las toxinas latentes que hay en el organismo. Júnior se convirtió en un agente catalizador de los tóxicos, porque la nueva combinación de ácido desoxirribonucleico que le formaba los genes le afectaron las ondas kappa del maligno cerebro hasta subirlas como treinta microvoltios. Pero caray, ya conocéis a Pa. Es demasiado haragán para explicar el asunto en nuestra lengua. Roba esas palabras sin sentido de los cerebros de otros cuando las necesita.

Lo que realmente pasó fue que todo el veneno que ese sabandija había acumulado dentro para descargarlo en la multitud, de algún modo retrocedió y le dio a Tío Lem justo en la cara. Nunca había visto un hechizo como ese. Y lo peor de todo fue que dio resultado.

Porque allí, dormido, Tío Lem no tenía resistencia. Ni con hierros candentes habría despertado, aunque...bueno, yo no habría puesto hierros candentes al alcance de Júnior Pugh. Y tampoco los necesitó. El hechizo sacudió a Tío Lem como una descarga eléctrica.

Se puso verde pálido bajo nuestras narices.

Sentí como un silencio terrible cuando Tío Lem se puso verde. Levanté la vista, sorprendido. Y entonces me di cuenta de lo que sucedía. Todos los gemidos y lamentos de la multitud habían cesado.

La gente empujaba las botellas de jarabe, se frotaba la frente, casi reía de alivio. Todo el embrujo de Júnior se había concentrado en Tío Lem y las jaquecas de la multitud, naturalmente, se calmaron de golpe.

—¿Qué sucede? —gritó alguien con una voz amable y familiar—. Ese hombre, se ha desmayado... ¿Por qué no le ayudáis? Con permiso, a ver... Soy médico.

Era el hombre flacucho de la cara bondadosa. Todavía seguía bebiendo de la botella mientras se abría paso entre la multitud, pero había guardado la libreta. Cuando vio a Ed Pugh se le encendieron las mejillas de irritación.

—¿Así que es usted, consejal Pugh? —dijo—. ¿Cómo se explica que siempre esté presente cuando empiezan estos problemas? ¿Qué le ha hecho a este pobre hombre? Quizás ha ido demasiado lejos esta vez.

—Yo no he hecho nada —dijo Ed Pugh—. Ni siquiera lo he tocado. Tenga cuidado con lo que dice, doctor Brown, o lo lamentará. Soy un hombre poderoso en esta ciudad.

—¡Miren esto! ¡Este hombre está agonizando! —aulló el doctor Brown; la voz le tembló un poco al ver a Tío Lem—. ¡Que alguien llame una ambulancia, rápido!

Tío Lem volvía a cambiar de color. Tuve que reír un poco, para mis adentros. Yo sabía lo que estaba pasando y me causaba gracia. Todos tenemos un buen rebaño de gérmenes y virus y criaturas así hormigueando constantemente en el cuerpo, supongo.

Cuando el hechizo de Júnior atacó a Tío Lem estimuló terriblemente a todo el rebaño, y un grupo de criaturitas pequeñas que Pa llama anticuerpos tuvo que ponerse a trabajar enseguida. En realidad, no son tan debiluchas como parece, pues son blancas por naturaleza. Cuando un veneno te empieza a carcomer, estos bichitos pálidos empuñan las armas y corren como locos al campo de batalla de tus entrañas. Nunca se había visto una trifulca con tantos aullidos y juramentos. Si era como una corrida de toros...

Eso pasaba dentro de Tío Lem. Sólo que nosotros los Hogben tenemos una milicia especial en el cuerpo. Y fue llamada de inmediato.

Insultaban y pateaban y aporreaban al enemigo tan duro que Tío Lem pasó del verde pálido a una especie de tono purpúreo, y grandes manchas amarillas y azules empezaron a brotarle en la piel. Se le veía bastante descompuesto. Claro que en realidad no sufría ningún daño. La milicia de los Hogben puede liquidar a cualquier germen que se insubordine.

Pero sin duda el aspecto de Tío impresionaba.

El doctor flacucho se agachó junto a Tío Lem y le tomó el pulso.

—Buena la ha hecho —dijo, encarando a Ed Pugh—. No sé cómo se las arregló, pero esta vez ha llegado demasiado lejos. Este hombre parece tener peste bubónica. Esta vez me cercioraré de que le pongan bajo vigilancia, a usted y también a ese pequeño Kallikak.

Ed Pugh soltó una risita, pero comprendí que estaba furioso de veras.

—No se preocupe por mí, doctor Brown —dijo con malicia—. Cuando llegue a gobernador, y ya he trazado todos mis planes, ese hospital del que usted está tan orgulloso no funcionará más con fondos estatales. ¡Una buena medida!

"¡Toda esa gente tirada en los hospitales y quejándose! Que vayan a arar el campo, eso es lo que yo digo. Los Pugh nunca nos enfermamos. Tengo mejores planes para el dinero del estado que pagarle a la gente para que esté en la cama, cuando sea gobernador.

—¿Dónde está esa ambulancia? —fue todo lo que dijo el médico.

—Si se refiere a ese coche grande y largo que mete tanto ruido —dijo yo—, está a unos cinco kilómetros, pero llegará pronto. Pero Tío Lem no necesita ayuda. Sólo tiene un ataque pasajero. En mi familia pasa a menudo.

—¡Cielo santo! —exclamó el doctor mirando a Tío Lem—. ¿Quieres decir que esto ya le sucedió antes, y sobrevivió? —después se volvió a mí, y sonrió de golpe—. Oh, entiendo —dijo—. ¿Tenéis miedo de los hospitales, verdad? Bien, no te preocupes. No le haremos daño.

Eso me sorprendió un poco. Era un hombre listo. Yo había mentido un poco, sólo por ese motivo. Los hospitales no son lugar para los Hogben. La gente de los hospitales es endemoniadamente entrometida. Así que llamé a Tío Lem muy alto, dentro de mi cabeza.

—Tío Lem —grité, pero COR el pensamiento, sin decirlo—. ¡Tío Lem, despierta! Abuelo colgará tu piel de la puerta del establo si dejas que te lleven a un hospital. ¿O quieres que se den cuenta de que tienes dos corazones en el pecho..., y de cómo se articulan tus huesos y de la forma de tu estómago... ¡Tío Lem! ¡Despierta!

Era inútil. Ni se inmutó;

Entonces empecé a asustarme de veras. Tío Lem me había metido en un embrollo de padre y señor mío. Allí estaba yo, con toda esa responsabilidad sobre los hombros y sin la menor idea de cómo manejarla. Al fin y al cabo soy un chico. Apenas me acuerdo de lo que pasó antes del gran incendio de Londres, cuando Carlos II era rey, con la gente que llevaba los rizos colgando sobre los hombros. A él, sin embargo, le quedaban bien.

—Señor Pugh —dije—, tranquilice a Júnior. No puedo dejar que lleven a Tío Lem al hospital. Usted sabe que no puedo.

—Júnior, basta —dijo el señor Pugh, con una sonrisa de veras maligna—. Quiero charlar un poco con nuestro joven amigo —el doctor alzó los ojos, asombrado, y Ed Pugh dijo—: Ven conmigo, Hogben. Quiero hablar contigo en privado. ¡Júnior, calma!

Las manchas azules y amarillas de Tío Lem se pusieron verdes en los bordes. El doctor jadeó y Ed Pugh me tomó del brazo y me llevó aparte. Cuando estuvimos lejos de los demás me dijo en tono confidencial, clavándome los ojillos:

—Supongo que tu sabes lo que quiero, Hogben. Lem nunca dijo que no puede, sólo dijo que no lo haría, así que sé que podéis hacer lo que quiero.

—¿Qué es exactamente lo que quiere, señor Pugh? —le pregunté.

—Tú lo sabes. Quiero asegurarme de que nuestra vieja familia continuará. Quiero que sigan existiendo los Pugh. Yo tuve bastantes problemas para casarme, y sé que Júnior no va a conseguir fácilmente una candidata. Las mujeres de hoy no tienen gusto.

"Desde que el Señor se llevara a Lily no ha habido en la Tierra una mujer lo bastante fea para casarse con un Pugh, y temo que Júnior sea el último de una gran familia. Con su talento, la idea me resulta intolerable. Encárgate de que nuestra familia no se extinga y le diré a Júnior que deje en paz a Lemuel.

—Si yo contribuyera a que no muera la familia suya —dije—, contribuiría entonces a que mueran todas las otras familias, en tanto haya algún Pugh en la vecindad.

—¿Qué tiene de malo? —preguntó Ed Pugh con una sonrisa—. Somos una raza buena y fuerte, ¿no? —sus músculos de gorila hicieron una flexión; era aún más alto que yo—. No tiene nada de malo poblar el mundo con una raza fuerte, ¿no? Creo que con el tiempo los Pugh podríamos conquistar todo el maldito mundo. Y tú nos ayudarás, joven Hogben.

—Oh, no —dije—. ¡Oh, no! Aun si supiera cómo...

Hubo un alboroto terrible en el extremo de la calle y la muchedumbre se dispersó para abrirle paso a la ambulancia, que frenó junto a la calzada al lado de Tío Lem. Un par de fulanos de chaqueta blanca saltó fuera con una especie de jergón con palos. El doctor Brown se levantó con cara de alivio.

—Creí que no llegarían nunca —dijo—. Este hombre es un caso de cuarentena, creo. Dios sabe qué descubriremos cuando empecemos con los análisis. Alcánceme el maletín, ¿quiere? Necesito el estetoscopio. Hay algo raro en el corazón de este hombre.

Bueno, fue mí corazón el que se me hundió hasta las botas. Estábamos perdidos, todos los Hogben. Una vez que los médicos y científicos se enteraran de nuestra existencia no tendríamos un momento de paz en la vida. Tendríamos tanta vida privada como una bellota.

Ed Pugh me observaba con una sonrisa maligna en la cara pastosa.

—¿Preocupado, eh? —dijo—. Es lógico que estés preocupado. Sé quiénes sois los Hogben. Todos brujos. Una vez que internen a Lem erí el hospital, quién sabe con qué se encontrarán. Ser brujos va contra la ley, posiblemente. Tienes medio minuto para decidirte, jovencito. ¿Qué dices?

Bien, ¿qué podía decirle? No podría prometerle lo que él me pedía, ¿verdad? No iba a dejar que los Pugh aplastaran a todo el mundo. Los Hogben vivimos mucho tiempo. Tenemos planes muy importantes para el futuro, cuando el resto del mundo nos siga el paso. Pero si para esa época el resto de mundo es todo de los Pugh, no valdrá la pena, creo. No podía decirle que sí.

Pero si decía que no, Tío Lem estaba perdido. Me pareció que los Hogben, de un modo u otro, estábamos perdidos...

Creí que había sólo una salida. Respiré hondo, cerré los ojos, y solté un aullido desesperado dentro de la cabeza.

—¡Abuelo! —grité.

—¿Sí, muchacho? —dijo una voz profunda en medio de mi cerebro. Cualquiera habría dicho que había estado a mi lado todo el tiempo, esperando que le llamaran. Estaba a más de cien kilómetros, y profundamente dormido. Pero cuando un Hogben llama en el tono de voz en que yo llamé tiene derecho a esperar una respuesta rápida. La recibí.

Normalmente Abuelo habría vacilado quince minutos, haciendo preguntas sin escuchar las respuestas y farfullando en toda clase de dialectos raros y anticuados, como el sánscrito, que aprendiera a lo largo de los años. Pero esta vez notó que era urgente.

—¿Sí, muchacho? —fue todo lo que dijo.

Le abrí mí mente como un libro. No había tiempo para preguntas y respuestas. El doctor estaba sacando su aparato y escucharía las palpitations discordantes de los dos corazones de Tío Lem, y en cuanto oyera eso, ¡ay de los Hogben!

—A menos que me permitas matarlos, Abuelo —añadí. Porque para entonces ya sabía que él había leído la situación entera de cabo a rabo en una rápida ojeada.

Me pareció que guardaba silencio un rato espantosamente largo. El doctor ya había sacado el aparato y se estaba acomodando los pequeños brazos negros en los oídos. Ed Pugh me miraba como un halcón. Júnior rondaba por allí, hinchado de veneno, buscando con los ojillos alguien a quien inyectárselo. Yo casi deseaba que me eligiera a mí. Me las ingeniaría para devolverle el golpe y hasta matarle, si fuera posible.

Oí que Abuelo me soltaba una especie de suspiro en la mente.

—Nos tienen entre la espada y la pared, Saunk —dijo; recuerdo que me sorprendió que pudiera hablar tan claro si se lo proponía—. Dile a Pugh que lo haremos.

—Pero Abuelo... —dije yo.

—¡Haz lo que te digo! —fue tan enérgico que me hizo doler la cabeza—. ¡Rápido, Saunk! Di a Pugh que le daremos lo que quiere.

Bien, no me atreví a desobedecer. Pero esta vez estuve realmente a punto de desafiar al Abuelo.

Es razonable pensar que hasta un Hogben tiene que chochar algún día. Quizá la senilidad haya vencido finalmente al Abuelo, pensé.

Lo que le comuniqué a él fue:

—De acuerdo si tú lo dices, pero detesto hacerlo. Me parece que si nos ganan la partida, lo menos que podemos hacer es aguantarnos como buenos Hogben y dejar todo ese veneno taponado dentro de Júnior en vez de desparramarlo por el mundo.

Al señor Pugh le dije en voz alta, humildemente: —De acuerdo, señor Pugh. Usted gana. Pero tranquilice a ese brujito. Pronto, antes que sea tarde.

Capítulo 4. Ahí vienen los Pugh

El señor Pugh tenía un gran automóvil amarillo, largo y bajo y sin capota. Iba muy veloz. También era muy ruidoso. Estoy casi seguro de que una vez atropellamos a un chico en la carretera, pero el señor Pugh no le dio importancia y yo no me atreví a comentarlo. Como decía Abuelo, los Pugh nos tenían entre la espada y la pared.

Me costó bastante convencerles de que tenían que acompañarme hasta casa. Eso era parte de las órdenes de Abuelo.

—¿Y cómo sabré que no nos asesinaréis a sangre fría cuando estemos allá en las montañas? —preguntó el señor Pugh.

—Podría matarle ya mismo si quisiera —le dije—. Y lo haría, sólo que Abuelo dice que no. Estará a salvo si Abuelo lo ordena, señor Pugh. Los Hogben jamás han faltado a su palabra.

Así accedió, sobre todo porque yo insistí en que no podíamos obrar los hechizos fuera de nuestro territorio. Cargamos a Tío Lem en la parte trasera del coche y partimos hacia las montañas. Tuvimos una gran discusión con el médico, naturalmente. Tío Lem era testarudo de veras...

No había modo de despertarle, pero una vez que Júnior anuló el hechizo, Tío Lem pudo recuperar un color saludable. El doctor no podía creer lo que estaba viendo. El señor Pugh tuvo que amenazarlo una y otra vez hasta que nos fuimos. Dejamos al doctor sentado en la vereda, hablando solo y rascándose la cabeza con cara de asombro.

Durante el viaje sentí cómo Abuelo estudiaba a los Pugh a través de mi cabeza. Parecía suspirar y como menear la cabeza —si así puede llamarse—, y plantearse problemas que para mí no tenían ningún sentido.

Cuando frenamos frente a la casa no había un alma a la vista. Oí a Abuelo moverse y murmurar en un saco de arpillera, en el altillo. Pa se había vuelto invisible, al parecer, y estaba demasiado borracho para decirme dónde estaba cuando le llamé. El Bebé estaba dormido. Ma todavía estaba en la reunión de la iglesia, Abuelo dijo que la dejara en paz.

—Podemos solucionar esto juntos, Saunk —me dijo en cuanto bajé del coche—. He estado pensando... ¿Te acuerdas del trineo que esta mañana arreglaste para fermentarle la crema a Ma? Tráelo, hijo. Tráelo.

En un santiamén adiviné lo que tenía en mente.

—¡Oh no, Abuelo! —dije en voz alta.

—¿Con quién estás hablando? —preguntó Ed Pugh, bajando del coche—. No veo a nadie. ¿Esta es tu casa? Una pocilga destartalada, ¿eh? No te alejes de mí, Júnior. No confío en esta gente si no la tengo delante.

—Consigue el trineo, Saunk —dijo Abuelo con firmeza—. Ya tengo la solución. Mandaremos a estos gorilas atrás en el tiempo, a un lugar donde encajarán perfectamente.

—¡Pero Abuelo...! —grité, pero esta vez dentro de mi cabeza—. Discutámoslo un poco. Al menos déjeme consultar a Ma. Pa es bastante listo cuando está sobrio. ¿Por qué no esperamos a que despierte? Creo que también tendríamos que decirle al Bebé. No creo que mandarlos atrás en el tiempo sea una buena idea, Abuelo.

—El Bebé está dormido —dijo Abuelo—. Déjalo en paz. Se durmió leyendo a Einstein, pobre ángel.

Creo que lo que me tenía más preocupado era que Abuelo estuviera hablando en un lenguaje llano. Nunca lo hace cuando se siente normal. Pensé que tal vez la vejez se le había venido encima de golpe y le había quitado todo el seso de —por así decir— la cabeza.

—Abuelo —dije, tratando de conservar la calma—, ¿No te das cuenta? Si los mandamos atrás en el tiempo y les damos lo que les prometimos, será un millón de veces peor que antes. ¿Los dejarás varados en el año uno y romperás la promesa que les hiciste?

—¿Saunk? —dijo Abuelo.

—Ya sé. Si hemos prometido que la familia Pugh no se extinguirá, tendremos que asegurarnos. Pero si los mandamos al año uno significará que todo el tiempo entre entonces y ahora se propagarán cada vez más. Más Pugh cada generación. Abuelo, cinco minutos después que lleguen al año uno, tendré la sensación de que los dos ojos se me juntan en la frente y que la cara se me pone gorda y pastosa como la de Júnior. ¡Abuelo, todos en el mundo tendríamos algo de Pugh si les diéramos tanto tiempo para multiplicarse!

—¡Basta de clamoreos, so necio! —rezongó Abuelo—. ¡Haz lo que te digo, bellaco!

Esa vuelta a la normalidad me tranquilizó, pero no demasiado. Y fui a traer el trineo. El señor Pugh se puso a protestar.

—No subo a un trineo desde que era así de alto —dijo—. ¿Por qué habré de hacerlo ahora? Esto es un truco. No lo haré.

Júnior intentó morderme.

—Oiga señor Pugh —dije—, tiene que cooperar o no llegaremos a nada. Yo sé lo que hago. Súbase aquí y siéntese. Júnior, tú tienes lugar adelante. Así me gusta.

Si no me hubiera visto la cara de preocupación que llevabas creo que no lo habría hecho. Pero yo no podía ocultar mis sentimientos.

—¿Dónde está tu Abuelo? —preguntó, intranquilo—. No irás a encargarte tú solo del asunto, ¿verdad? ¿Un jovencito ignorante como tú? ¿Y si te equivocas?

—Hemos dado nuestra palabra —le recordé—. Ahora, haga el favor de callarse y dejarme que me concentre. ¿O no quiere que la familia Pugh dure para siempre?

—Esa fue la promesa —dijo él, acomodándose.

—Tiene que hacerlo usted. Hágame saber cuando empiece.

—Bien, Saunk —dijo Abuelo desde el altillo, muy animado—. Ahora observa. Quizás aprendas un par de cosas. Mira fijo. Concentra los ojos y elige un gene. Cualquier gene.

Aunque me sentía muy mal no podía evitar interesarme. Cuando Abuelo hace algo, lo hace como corresponde. Los genes son criaturas resbalosas y ahusadas, muy pequeñas. Son amigotes de unos fulanos flacuchos llamados cromosomas, y —los dos aparecen por todas partes dondequiera que mires, si enfocas bien los ojos.

—Una buena dosis de ultravioleta tiene que ser suficiente —murmuró Abuelo—. Saunk, estás más cerca.

—De acuerdo, Abuelo —dije, torciendo un poco la luz que se filtraba entre los pinos por encima de los Pugh. El ultravioleta es el color del otro extremo de la línea, donde los colores dejan de tener nombre para la mayoría de la gente.

—Gracias, hijo —dijo Abuelo—. Mantenlo así un minuto, ¿quieres?

Los genes empezaron a contonearse al ritmo de las ondas de luz.

—Pa, siento un cosquilleo —dijo Júnior.

—Cállate —dijo Ed Pugh.

Abuelo murmuraba para sí mismo. Estoy seguro de que le robaba las palabras al profesor que tenemos guardado en el frasco, pero con Abuelo nunca se sabe. Quizá fuera él quien en realidad las inventó antes.

—La eucromatina —murmuraba—. Eso tendría que funcionar. El ultravioleta nos da mutación hereditaria y la eucromatina contiene los genes que transmiten la herencia.

Después está esa otra cosa, la heterocromatina, y eso produce cambios evolutivos cataclísmicos. Muy bien, muy bien. Una nueva especie nunca viene mal. Aja. Unos seis estallidos de actividad heterocromatínica tendrían que ser suficientes —se calló un minuto, luego dijo—: ¡Soy viejo, y además sabio! Bien, Saunk. Ya está.

Dejé que el ultravioleta volviera al lugar de antes.

—¿El año uno, Abuelo? —pregunté dubitativo.

—No está mal —dijo—. ¿Conoces el camino?

—Oh sí, Abuelo —dije, y me agaché para darles el impulso necesario.

Lo último que oí fue el aullido del señor Pugh.

—¿Qué estás haciendo? —bramó—. ¿Qué te propones? Mira, jovencito: o... ¿Qué es esto? ¿Adonde vamos? ¡Jovencito, te advierto..., si esto es un truco ya te las verás con Júnior! Te lanzará tal hechizo que hasta túúúúú...

Luego el aullido se agudizó y empequeñeció y alejó hasta no ser más que un zumbido de mosquito. Después se hizo un gran silencio en la puerta de casa.

Me quedé muy tenso, listo para evitar transformarme en un Pugh, si podía. Esos genes son unas criaturas traicioneras.

Sabía que Abuelo había cometido un tremendo error.

En cuanto los Pugh llegaron al año uno y empezaron a multiplicarse en el tiempo, sabía lo que pasaría.

No sé bien cuánto hace que fue el año uno, pero hubo tiempo de sobra para que los Pugh poblaran todo el planeta. Me puse dos dedos contra la nariz para impedir que los ojos se me corrieran al medio cuando empezaran a juntarse, como los ojos de todos los Pugh...

—Todavía no eres un Pugh, hijo —dijo Abuelo riendo—. ¿No puedes verlos?

—No —dije yo—. ¿Qué ocurre?

—El trineo ya se está deteniendo —dijo—. Ahora paró. Sí, es el año uno, muy bien. ¡Mira todos esos hombres y mujeres que salen de las cavernas para saludar a sus nuevos compañeros! ¡Caramba, qué hombros robustos tienen esos hombres! Aun mayores que los de papá Pugh. Y...uf, ¡mira esas mujeres! ¡Te aseguro que el pequeño Júnior es una belleza al lado de esa gente! No le costará nada encontrar esposa cuando llegue el momento.

—¡Pero Abuelo, eso es terrible! —dije.

—Respetar a tus mayores, Saunk —rió Abuelo—. Mira ahora. Júnior acaba de obrar un hechizo. Otro chico cayó redondo... Y ahora su madre le sacude la retaguardia a Júnior. Ahora el padre se abalanza sobre papá Pugh. ¡Mira qué pelea! ¡Sólo mírala! Oh, creo que ya no tendremos que preocuparnos más por la familia Pugh, Saunk.

—Pero..., ¿y nuestra familia? —dije, casi llorando.

—No temas —dijo Abuelo—. El tiempo se encargará de eso. Espera un minuto, déjame observar. Aja. Una generación pasa pronto si sabes mirar bien. ¡Caramba, qué criaturas feúchas eran los diez hijitos de Júnior! Igualitas al papá y al abuelo. Ojalá Lily LOU pudiera ver a sus nietos, me gustaría de veras. Bien, ¿no es magnífico? Cada uno de los bebés ha crecido en un santiamén, es lo que parece... Y cada cual ha tenido diez hijos propios. Me gusta ver cómo se cumplen mis promesas, Saunk. Dije que haría esto, y lo hice...

Yo simplemente gemí.

—Bien —dijo Abuelo—, saltemos un par de siglos. Sí, allí están, y se reproducen como locos... Las semejanzas familiares todavía se conservan. Aja. Otros mil años y... ¡Vaya, la antigua Grecia! No han cambiado un ápice, además. ¿Qué sabes, Saunk? —cloqueó excitado—. ¿Recuerdas que una vez mencioné que Lily Lou me recordaba una vieja amiga mía llamada Gorgorsa? ¡Lógico! Perfectamente natural. Tendrías que ver a los tataratataratataranietos de Lily Lou. No, en realidad es mejor que no puedas verlos. Bien, bien. Esto sí que pinta interesante.

Siguió así unos tres minutos. Luego le oí reír.

—Bang —dijo—. Primer estallido de heterocromatismo. Ahora empiezan los cambios.

—¿Qué cambios, Abuelo? —pregunté, bastante abatido.

—Los cambios —dijo él— que demuestran que tu viejo Abuelo no es tan tonto como creías. Sé lo que hago. Una vez que empiezan, son acelerados. Mira, el segundo cambio. ¡Mira cómo mutan los pequeños genes!

—¿Quieres decir que no me transformaré en un Pugh después de todo? Pero Abuelo, creí que habíamos prometido a los Pugh que su descendencia no se extinguiría.

—Estoy cumpliendo mi promesa —dijo Abuelo con dignidad—. Los genes harán persistir los rasgos de los Pugh hasta el ronquido de la trompeta del juicio, tal como dije. Y su poder persistirá con ellos —quedó pensativo un instante, y luego rió—. Mejor que te prepares, Saunk. Cuando papá Pugh salió disparado hacia el año uno, creo que amenazó con hechizarte, ¿verdad? Bien, no bromeaba. Ahí vienen hacia ti.

—¡Señor! —exclamé—. ¡Habrá un millón de ellos que llegarán aquí! ¡Abuelo! ¿Qué hago?

—Prepárate y basta —dijo Abuelo, realmente odioso—, ¿Un millón, dices? Oh no, mucho más de un millón.

—¿Cuántos? —pregunté.

Empezó a decirme. Podéis no creerme, pero todavía me lo está diciendo. Tanto tarda en decirlo... Imaginaos qué cantidad.

Veréis, fue como esa familia Jukes, que vivía al sur de aquí. Los malos eran siempre un poco peores que los hijos, y lo mismo ocurrió con Gene Cromosoma y sus parientes, por así decirlo. Los Pugh siguieron siendo Pugh y conservaron el don, y hasta se podría decir que los Pugh conquistaron el mundo entero, al fin y al cabo, como papá Pugh lo había soñado.

Pero pudo ser peor. Los Pugh pudieron conservar el mismo tamaño a través de las generaciones. En cambio se volvieron más pequeños... Mucho más pequeños. Cuando yo les conocí, eran mucho más grande que el resto de la gente, al menos papá Pugh... Pero cuando terminaron de infiltrarse de generación en generación desde el año uno, se habían encogido tanto que esas criaturitas pálidas de la sangre tenían el mismo tamaño. Y además se trenzaban con ellas en más de una trifulca.

Los genes de los Pugh se alteraron tanto con los estallidos heterocromatínicos de que me habló Abuelo que perdieron por completo la forma original. Ahora se les podría llamar virus...y por supuesto un virus es exactamente igual a un gene, sólo que los virus son más traviosos, ¡Pero cielo santo, eso es como decir que los Jukes son exactamente iguales a George Washington!

El hechizo cayó sobre mí...con fuerza.

Solté un estornudo terrible. Después oí que tío Lem estornudaba en sueños, en la parte trasera del coche amarillo. Abuelo todavía seguía recitando cuántos Pugh me atacaban en ese momento, así que no servía de nada hacerle preguntas. Alteré mi visión y miré en medio de ese estornudo para ver qué que había afectado....

¡Bien, nunca en la vida llegaréis a ver tantos Júnior Pugh juntos! Claro que era el hechizo. Como cierto es, también, que los Pugh siguen ocupados hechizando a todo el mundo a diestra y siniestra. Seguirán haciéndolo durante mucho tiempo, pues la

descendencia de los Pugh tiene que prolongarse para siempre, según la promesa de Abuelo.

Me dice que ni siquiera los microscopios han podido echarle un buen vistazo a ciertos virus. Sin duda los científicos se llevarán una buena sorpresa cuando miren bien de cerca y vean a esos diablillos de cara pastosa, feos como el pecado, con los ojillos tan juntos, zigzagueando y hechizando a quien se les ponga en el camino.

Ha llevado mucho tiempo —desde el año uno, para ser exacto—, pero Gene Cromosoma arregló el asunto, con la ayuda de Abuelo. Así que Júnior Pugh ya no nos traerá más dolores de cabeza, por así decirlo...

Pero tengo que admitir que trae unos constipados terribles.

DE LO CONTRARIO

Miguel y Fernández se estaban tiroteando por todo el valle cuando aterrizó el platillo volador. Malgastaron unas pocas balas en la extraña nave. El piloto salió y atravesó el valle y subió la cuesta donde estaba Miguel, que yacía a la sombra incierta de una cholla maldiciendo y manipulando el cargador del rifle lo más rápido que podía. El brazo, que siempre le temblaba, le tembló aún más cuando se acercó el desconocido. A último momento soltó el rifle, empuñó el machete y se levantó de un brinco.

—Muere —dijo, y arrojó el arma. El acero centelleó bajo el caliente sol mexicano. El machete rebotó con elasticidad en el cuello del desconocido y voló por el aire, mientras un cosquilleo eléctrico recorría el brazo de Miguel.

Una bala cruzó el valle y chocó haciendo el ruido que tal vez haría el agujijón de una avispa si en vez de sentirse se oyera. Miguel se echó al suelo y rodó hasta una gran roca para ponerse a cubierto. Otra bala chilló estridente, y un breve relampagueo azul chisporroteó en el hombro izquierdo del desconocido.

—Estoy perdido —dijo Miguel, dándose por muerto; tendido sobre el vientre, irguió la cabeza y le mostró los dientes al enemigo.

Sin embargo, el desconocido no demostraba hostilidad. Más aún, parecía desarmado. Los ojos de Miguel lo registraron. El hombre vestía extrañamente. Llevaba una gorra hecha de plumas azules cortas y diminutas. El rostro era severo, ascético y ceñudo. Era muy delgado. Eso alentó a Miguel. Se preguntó dónde habría caído el machete. No lo vio, pero el rifle estaba a pocos metros.

El desconocido se detuvo ante Miguel. Y con toda serenidad le dijo:

—Levántate. Hablemos.

Hablaba un excelente español, sólo que la voz parecía surgir dentro de la cabeza de Miguel.

—No me levantaré —dijo Miguel—. Si me levanto, Fernández me matará. Es muy mal tirador, pero no cometeré la idiotez de arriesgarme. Además, esto es muy injusto. ¿Cuánto le paga Fernández?

El desconocido echó una mirada austera sobre Miguel.

—¿Sabes de dónde vengo? —preguntó.

—Me importa un bledo de donde viene —dijo Miguel, secándose el sudor de la frente. Miró de reojo una roca cercana donde había guardado una bota de vino—. De los Estados Unidos, sin duda. Usted...y la máquina de volar. El gobierno mexicano se enterará de esto.

—¿El gobierno mexicano aprueba el asesinato?

—Este es un asunto privado —dijo Miguel—. Se trata de los derechos sobre el agua, algo muy importante. Además, es defensa propia. Ese cabrón que está del otro lado del

valle trata de matarme. Y usted es un matón a sueldo. Dios los castigará a los dos —se le ocurrió una idea—. ¿Cuánto quiere por matar a Fernández? —preguntó—. Le daré tres pesos y una bonita cabra.

—No habrá más peleas —dijo el desconocido—, ¿me oyes?

—Vaya a decírselo a Fernández —dijo Miguel—. Infórmele que el agua es mía. Con todo gusto le dejaré en paz —le dolía el cuello de mirar al hombre alto; se movió un poco, y una bala surcó el aire quieto y caliente y chapoteó al incrustarse en un cacto.

El desconocido se alisó las plumas azules de la cabeza.

—Primero terminaré de hablar contigo. Escúchame, Miguel.

—¿Cómo sabe mi nombre? —preguntó Miguel, rodando y sentándose cautelosamente detrás de la roca—. Es como pensé. Fernández le contrató para asesinarme.

—Sé tu nombre porque puedo leer un poco en tu mente. No mucho, porque es muy turbia.

—Y su madre era una cualquiera —dijo Miguel. El desconocido frunció levemente las fosas nasales, pero ignoró la observación.

—Vengo de otro mundo —dijo—. Mi nombre es... —en la mente de Miguel sonó como Quetzalcóatl.

—¿Quetzalcóatl? —repitió Miguel con ironía—. Oh, sin duda. Y el mío es San Pedro, el que tiene las llaves del cielo.

El rostro pálido y enjuto de Quetzalcóatl enrojeció levemente, pero su voz era calma y resuelta.

—Escucha, Miguel. Mírame los labios. No los muevo. Te hablo dentro de la cabeza, por telepatía, y tú traduces mis pensamientos a palabras que tienen sentido para ti. Por cierto que mi nombre te resulta demasiado difícil. Es tu propia mente que lo ha traducido como Quetzalcóatl. En realidad no es ése mi verdadero nombre.

—Claro que no —dijo Miguel—. Ni es su verdadero nombre ni viene usted de otro mundo. No le creería a un gringo aunque me jurara por todo el santoral.

El rostro largo y austero de Quetzalcóatl enrojeció de nuevo.

—Estoy aquí para impartir órdenes —dijo—. No para discutir sandeces con... Mira, Miguel. ¿Por qué crees que no pudiste matarme con el machete? ¿Por qué las balas no me tocan?

—¿Por qué vuela esa máquina de volar? —replicó Miguel sacando una bolsa de tabaco para liar un cigarrillo; se asomó cautelosamente por la roca—. Seguro que Fernández quiere tomarme por sorpresa. Mejor voy a buscar el rifle.

—Déjalo —dijo Quetzalcóatl—. Fernández no te hará daño.

Miguel rió con aspereza.

—Y tú no debes hacerle daño a él —añadió el extraño con firmeza.

—Entonces pondré la otra mejilla —dijo Miguel—, para que él pueda atravesarme la cabeza de un balazo. Voy a creer que Fernández desea la paz, señor Quetzalcóatl, cuando le vea cruzar el valle con las manos en alto. Y aun así no dejaré que se acerque demasiado, porque lleva un cuchillo en la espalda.

Quetzalcóatl se volvió a alisar las plumas azul acero. Frunció el rostro huesudo.

—Debéis dejar de pelear para siempre, ambos —dijo—. Mi raza administra el universo y nuestra responsabilidad es llevar la paz a todos los planetas que visitamos.

—Es lo que pensaba —dijo Miguel con satisfacción—.

Usted viene de los Estados Unidos. ¿Por qué no impone la paz en su propio país? He visto a los señores Humphrey Bogart y Edward Robinson en las películas. Vaya, si en toda Nueva York los gánsteres se tirotean de un rascacielos a otro... ¿Y usted, qué hace? Se lo pasa bailando con la señora Betty Grable. Ah, sí. Entiendo muy bien. Primero nos trae la paz, y después se lleva nuestro petróleo y nuestros minerales preciosos.

Quetzalcóatl pateó airadamente un guijarro con su zapato de acero reluciente.

—Tengo que hacer que lo —entiendas —dijo; miró un cigarrillo sin encender que colgaba de los labios de Miguel, de pronto alzó la mano y un rayo blanco brotó del anillo que llevaba en el dedo, y encendió la punta del cigarrillo.

Miguel se sobresaltó. Después inhaló el humo y cabeceó. El rayo blanco desapareció.

—Muchas gracias, señor —dijo Miguel. Quetzalcóatlé apretó con fuerza los labios pálidos.

—Miguel —dijo—, ¿crees que un norteamericano puede hacer eso?

—Quién sabe.

—Nadie de tu planeta podría hacerlo, y tú lo sabes. Miguel se encogió de hombros.

—¿Ves aquel cacto? —preguntó Quetzalcóatlé—. Yo podría destruirlo en dos segundos.

—No me cabe la menor duda, señor.

—También podría destruir el planeta entero.

—Sí, ya he oído hablar de las bombas atómicas —dijo cortésmente Miguel—. Vaya, ¿entonces por qué se molesta en interferir en una tranquila reyerta privada entre Fernández y yo? Se trata de un mísero pozo de agua que no le importa a nadie salvo...

Una bala pasó silbando.

Quetzalcóatlé se frotó el anillo con un ademán furioso.

—Porque el mundo ha de dejar de luchar —dijo ominosamente—. De lo contrario, lo destruiremos. No hay razones para que los hombres no convivan pacífica y fraternalmente.

—Hay una razón, señor.

—¿Cuál es?

—Fernández, señor —dijo Miguel.

—Os destruiré a ambos si no dejáis de pelear.

—El señor es un gran amante de la paz —dijo cortésmente Miguel—. Con gusto dejaré de pelear si usted me dice cómo,,.

—Fernández también dejará de pelear.

Miguel se quitó el vapuleado sombrero, tomó una vara y levantó el sombrero con cuidado por encima de la roca. Se oyó un estampido en el aire, el sombrero voló y Miguel lo manoteó en el aire.

—Muy bien —dijo—. Ya que insiste, señor, dejaré de pelear. Pero no me alejaré de esta roca. Estoy totalmente dispuesto a dejar de pelear. Pero creo que usted me exige algo sin decirme cómo debo hacerlo. Sería como pedirme que volara por el aire como su máquina de volar.

Quetzalcóatlé frunció aún más el ceño.

—Miguel —dijo por fin—, cuéntame cómo empezó la pelea.

—Fernández quiere matarme y esclavizar a mi familia.

—¿Por qué motivo?

—Porque es un malvado —dijo Miguel.

—¿En qué te basas para decir que es un malvado?

—Bueno —concluyó con toda lógica Miguel—, porque quiere matarme y esclavizar a mi familia.

Hubo una pausa. Un correcaminos pasó a los brincos y se detuvo para mordisquear el cañón reluciente del rifle de Miguel. Miguel suspiró.

—Hay una bota de buen vino a menos de seis metros —empezó, pero Quetzalcóatlé le contuvo.

—¿Qué decías sobre el problema del agua?

—Oh, eso —dijo Miguel—. Esta es una comarca pobre, señor. El agua es preciosa aquí. Hemos tenido un año de sequía y ya no hay agua suficiente para dos familias. El pozo de agua es mío. Fernández quiere matarme y esclavizar a...

—¿Y no hay tribunales en tu país?

—¿Para gente como nosotros? —preguntó Miguel y sonrió cortésmente.

—¿Fernández tiene familiares, también? —preguntó Quetzalcóatl.

—Sí, pobres —dijo Miguel—. Los aporrea cuando se niegan a trabajar hasta deslomarse.

—Y tú..., ¿aporreas a los tuyos?

—Sólo cuando les hace falta —dijo Miguel, sorprendido—. Mi mujer es muy gorda y holgazana. Y mi hijo mayor, Chico, es muy contestador. Es mi deber aporrearlos cuando les hace falta, por el bien de ellos. También es mi deber proteger nuestra agua, pues el malvado de Fernández está decidido a matarme y...

—Esto es perder el tiempo —dijo Quetzalcóatl con impaciencia—. Déjame pensar —volvió a frotar el anillo, miró alrededor. El corre caminos había encontrado un bocado más apetecible que el rifle. Ahora se alejaba trotando, con la cola cimbreante de un lagarto colgada del pico.

Arriba el sol ardía en el cielo azul claro. El aire seco olía a mezquite. Abajo, en el valle, la perfección de forma y textura del platillo volador lucía incongruente e irreal.

—Espera aquí —dijo por fin Quetzalcóatl—. Hablaré con Fernández. Cuando te llame, ven a mi máquina de volar. Fernández y yo no tardaremos en reunirnos contigo.

—Como usted diga, señor —convino Miguel. Miró a lo lejos.

—Y no toques el rifle —añadió Quetzalcóatl muy firmemente.

—Claro que no, señor —dijo Miguel. Esperó a que el extraño se alejara. Luego se arrastró sigilosamente por el suelo seco hasta que recobró el rifle. Después rebuscó un poco hasta encontrar el machete. Sólo entonces tomó la bota de vino. Estaba sediento de veras. Pero no bebió demasiado. Puso una carga nueva en el rifle, se recostó contra la roca y esperó. De vez en cuando sorbía un trago de vino.

Entretanto el desconocido, ignorando las nuevas balas que ocasionalmente le arrancaban destellos azules de la silueta acerada, se acercó al escondrijo de Fernández. Los disparos cesaron. Pasó un largo rato, y al final la forma alta reapareció y le hizo señas a Miguel.

—Ya voy, señor —gritó Miguel. Depositó el rifle sobre la roca y se levantó muy cautelosamente, listo para agacharse ante el primer movimiento hostil. No hubo ningún movimiento hostil.

Fernández apareció detrás del desconocido. Inmediatamente Miguel se agazapó, tomó el rifle y lo levantó para tirar a bulto.

Un haz delgado y siseante relampagueó a través del valle. El rifle de Miguel se puso al rojo. Miguel chilló y lo soltó, y después se le obnubiló la mente.

—Muero honrosamente —pensó, y no pensó más.

Cuando despertó, estaba de pie bajo la sombra del gran platillo volador. Quetzalcóatl apartaba la mano de la cara de Miguel. El sol centelleaba en el anillo del hombre alto. Miguel sacudió la cabeza, aturdido.

—¿Estoy vivo? —preguntó.

Pero Quetzalcóatl no le prestó atención. Se había vuelto hacia Fernández, que estaba detrás de él y gesticulaba ante la cara rígida. Del anillo de Quetzalcóatl brotó una luz que penetró los ojos vidriosos de Fernández. Fernández sacudió la cabeza y farfulló. Miguel buscó el rifle o el machete pero no estaban. Se metió la mano dentro de la camisa, pero el cuchillo tampoco estaba.

Miró a Fernández a los ojos.

—Estamos condenados, Fernández —dijo—. Este Quetzalcóatl nos matará a los dos. Lamento por ti, en cierto modo, que vayas al infierno mientras yo voy al cielo, pues no volveremos a encontrarnos.

—Te equivocas —repuso Fernández, buscando en vano su cuchillo—. Tú nunca verás el cielo. Y este norteamericano alto no se llama Quetzalcóatl. Para toda esta farsa ha asumido el nombre de Cortés.

—Le mentiría al mismo diablo —dijo Miguel.

—Callaos —ordenó Quetzalcóatl (o Cortés)—. Habéis visto una pequeña muestra de mi poder. Ahora escuchadme. Mi raza ha asumido el alto deberle encargarse de que todo el sistema solar viva en paz. Somos una raza muy avanzada, con poderes con los que ni siquiera soñáis. Hemos resuelto problemas para los que vuestra gente no tiene respuestas, y es nuestro deber consagrar nuestros poderes al bien de todos. Si deseáis seguir viviendo, dejaréis de luchar ya mismo y para siempre, y a partir de ahora viviréis pacífica y fraternalmente. ¿Me habéis comprendido?

—Es lo que yo quise siempre —dijo Fernández, sorprendido—. Pero ese cabrón quiere matarme.

—No habrá más muertes —dijo Quetzalcóatl-Cortés—. Viviréis como hermanos, o moriréis.

Miguel y Fernández se miraron uno al otro y se volvieron a Quetzalcóatl.

—El señor es un gran amante de la paz —murmuró Miguel—. Ya lo dije antes. Lo que usted dice es lo mejor, sin duda, para garantizar la paz. Pero para nosotros no es tan sencillo. Vivir en paz es bueno... Muy bien, señor. Díganos cómo lo conseguiremos.

—Simplemente dejad de pelear —dijo Quetzalcóatl con impaciencia.

—Eso se dice fácil —observó Fernández—. Pero la vida aquí en Sonora no es sencilla. Tal vez lo sea en el Jugar de donde viene usted...

—Naturalmente —interrumpió Miguel—. En los Estados Unidos todos son ricachones...

—Pero para nosotros no es sencillo. Tal vez en su país, señor, la víbora no come a la rata, ni el pájaro a la víbora. Tal vez en su país hay comida y agua para todos, y los hombres no tienen que pelear para cuidar de sus familias. Aquí no es tan sencillo.

Miguel asintió.

—Ciertamente —acordó—, todos seremos hermanos algún día. Tratamos de hacer lo que el buen Dios nos manda. No es fácil, pero poco a poco aprendemos a ser mejores. Sería muy bonito que todos fuéramos hermanos al conjuro de una palabra mágica, como quiere usted —se encogió de hombros—. Lamentablemente...

—No debéis solucionar vuestras diferencias por la fuerza —dijo con firmeza Quetzalcóatl—. La fuerza es un mal. Debéis concertar la paz ahora mismo.

—De lo contrario nos destruirá —dijo Miguel; se encogió nuevamente de hombros y cambió una mirada con Fernández—. Muy bien, señor. Presenta usted un argumento al que no puedo oponerme. En fin, acepto. ¿Qué debemos hacer?

Quetzalcóatl se volvió a Fernández.

—Yo también, señor —suspiró el último—. Sin duda que usted tiene razón. Haremos las paces.

—Os estrecharéis las manos —dijo Quetzalcóatl con ojos centelleantes—. Os juraréis lealtad.

Miguel tendió la mano. Fernández se la estrechó con firmeza y los dos hombres intercambiaron una sonrisa.

—¿Veis? —dijo Quetzalcóatl con una sonrisa austera—. No es nada difícil. Ahora sois amigos. Seguid siendo amigos.

Giró sobre los talones y caminó hacia el platillo volador. Una puerta se abrió de modo terso en el casco lustroso. En el umbral, Quetzalcóatl se volvió.

—Recordad —dijo—: estaré observando.

—Por cierto —dijo Fernández—. Adiós, señor.

—Vaya con Dios —añadió Miguel.

La superficie tersa del casco se cerró detrás de Quetzalcóatl. Un momento después el platillo volador se elevó suavemente y se detuvo a treinta metros del suelo. Después salió disparado hacia el norte y desapareció como un relámpago.

—Lo que pensaba —dijo Miguel—. Era de los Estados Unidos...

Fernández se encogió de hombros.

—En un momento llegué a creer que nos diría algo sensato —dijo—. Tenía una gran sabiduría, sin duda. La vida no es fácil, por cierto.

—Oh, para él es bastante fácil —dijo Miguel—. Pero él no vive en Sonora. Nosotros en cambio sí. Afortunadamente, yo y mi familia contamos con un buen pozo de agua. Para los que no tienen agua, la vida es dura de veras.

—Es un pozo miserable —dijo Fernández—. Pero así y todo es mío —mientras hablaba, liaba un cigarrillo; se lo dio a Miguel y se lió otro para él. Los dos hombres fumaron un rato en silencio. Luego se marcharon, también en silencio.

Miguel regresó a la bota de vino de la colina. Bebió un largo sorbo, gruñó de placer y miró alrededor. El cuchillo, el machete y el rifle estaban tirados a poca distancia. Los recuperó y se aseguró de que el rifle estuviera cargado.

Luego se asomó cautelosamente desde la roca. Una bala astilló la piedra. Devolvió el disparo.

Después hubo un rato de silencio. Miguel se recostó y bebió otro sorbo. En eso vio un correcaminos que se escurría velozmente con la cola de un lagarto colgada del pico. Quizás era el mismo correcaminos de antes, y tal vez el mismo lagarto, que sufría una digestión lenta.

—¡Señor Pájaro! —llamó Miguel en voz baja—. Está mal comer lagartos. Está muy mal.

El correcaminos le miró con un ojo acuoso y siguió corriendo. Miguel levantó el rifle y apuntó.

—Deje de comer lagartos, señor Pájaro. Basta, o tendré que matarlo.

El correcaminos pasó delante de la mira del rifle.

—¿No entiende lo que le digo? —dijo gentilmente Miguel—. ¿Tengo que explicarle cómo?

El correcaminos se detuvo. La cola del lagarto desapareció por completo.

—Oh, muy bien —dijo Miguel—. Cuando descubra cómo un correcaminos puede dejar de comer lagartos y seguir viviendo, entonces se lo diré amigo. Hasta entonces.

Se volvió y apuntó nuevamente el rifle hacia el otro extremo del valle.

CESIÓN DE BENEFICIOS

Cuando Denny Holt llamó desde la cabina telefónica, había un viaje pendiente para él. A Denny no le entusiasmaba. En una noche lluviosa como ésa era fácil levantar pasajeros, y ahora tendría que cruzar la ciudad hasta Columbus Circle.

—Demonios —le dijo al auricular—. ¿Por qué yo? Envía a cualquiera de los muchachos... Para el cliente será igual. Estoy en el Village.

—Te quiere a ti, Holt. Dio tu nombre y tu teléfono. Tal vez sea un amigo tuyo. Estará frente al monumento; abrigo negro y bastón...

—¿Quién es?

—¿Qué sé yo? No me lo dijo. Andando.

Holt colgó desconsoladamente y regresó al taxi. El agua le goteaba en la visera de la gorra; la lluvia estriaba el parabrisas. En medio del oscurecimiento veía portales tenuemente iluminados y oía música de los tocadiscos automáticos. Era una buena noche para estar dentro. Holt consideró la posibilidad de meterse en el Cellar a beber un whisky. Oh, bien. Puso el coche en marcha y enfiló por la avenida Greenwich, deprimido.

Era difícil esquivar a los peatones en días así; los neoyorquinos jamás prestaban atención a los semáforos, de todos modos, y el oscurecimiento transformaba las calles en cañadas oscuras y sombrías, Holt se dirigió al otro extremo de la ciudad ignorando los

gritos de 'taxi'. La calle estaba húmeda y resbaladiza. Los neumáticos, para colmo, no estaban en buenas condiciones.

El frío húmedo le calaba los huesos. El traqueteo del motor no era reconfortante. Alguna vez ese carricoche reventaría del todo. Después de eso...bueno, no era difícil conseguir empleo. Pero Holt sentía aversión por el trabajo duro. Las fábricas de material de guerra... Hm-m-m.

Rodeó caviloso la plaza Columbus, tratando de ver al cliente. Allí estaba, la única figura inmóvil en la lluvia. Otros peatones cruzaban la calle deprisa esquivando tranvías y automóviles.

Holt se le acercó y abrió la portezuela. El hombre se adelantó. Tenía bastón pero no paraguas, y el agua relucía en el abrigo oscuro. Un maltrecho sombrero de alas anchas le cubría la cabeza, y los ojos oscuros y penetrantes estaban clavados en Holt.

El hombre era viejo, casi asombrosamente viejo. Arrugas y pliegues de piel floja y grasosa le desdibujaban los rasgos.

—¿Dennis Holt? —preguntó con tono áspero.

—Ese soy yo, amigo. Métase adentro.

El viejo obedeció.

—¿Adonde?—dijo Holt.

—¿Eh? Atraviese el parque.

—¿Hasta Harlem?

—Eh...sí, sí.

Después de encogerse de hombros Holt entró en el Central Park. Un excéntrico. Y nunca le había visto antes. Echó una ojeada al pasajero por el espejo retrovisor. El hombre examinaba atentamente la foto y el número de Holt en la matrícula. Satisfecho, al parecer, se recostó y sacó del bolsillo un ejemplar del New York Times.

—¿Quiere la luz? —preguntó Holt.

—¿La luz? Sí, gracias —pero no la usó mucho tiempo; un vistazo al diario lo satisfizo. Después se reclinó, apagó la lámpara y estudió su reloj-pulsera.

—¿Qué hora es? —preguntó.

—Alrededor de las siete.

—Las siete. Y hoy es 10 de enero de 1943...

Holt no contestó. El pasajero se volvió y atisbo por la ventanilla trasera. Se mantuvo en esa posición. Al rato se volvió e inclinó hacia adelante, y le habló de nuevo a Holt.

—¿Le gustaría ganar mil dólares?

—¿Está bromeando?

—No es broma —dijo el hombre, y de pronto Holt se dio cuenta de que el acento era extraño. Un ligero arrullo de consonantes, como en castellano—. Tengo el dinero...en la moneda de ustedes. Hay ciertos riesgos, así que no le estoy regalando nada.

Holt mantuvo la vista fija adelante.

—¿Ah, sí?

—Necesito un guardaespaldas, eso es todo. Hay unos hombres que intentan secuestrarme, o aun asesinarme.

—No cuente conmigo —dijo Holt—. Lo llevaré a la policía... Eso es lo que necesita, amigo.

Algo cayó blandamente en el asiento delantero. Holt miró y sintió que la espalda se le ponía tensa. Conduciendo con una mano, recogió el fajo de billetes y los contó. Mil dólares... Ni uno menos. Olían a moho.

—Créame, Denny —dijo el viejo—, necesito su ayuda. No puedo contarle la historia porque me tomaría por loco, pero le pagaré esa suma por los servicios de esta noche.

—¿Incluyen el asesinato? —aventuró Holt—. ¿Por qué diablos me llama Denny? No le he visto en mi vida.

—Lo he investigado... Sé mucho sobre usted. Por eso le elegí para esta tarea. Y no hay nada ilegal. Si tiene razones para pensar lo contrario será libre de retirarse en cualquier momento, conservando el dinero.

Holt reflexionó. Sonaba turbio pero incitante. En todo caso, podía echarse atrás. Y mil dólares...

—Bien, diga. ¿Qué tengo que hacer?

—Estoy tratando de sortear a ciertos enemigos míos —dijo el viejo—. Para eso necesito la ayuda de usted. Usted es joven y fuerte.

—¿Alguien trata de liquidarlo?

—¿Liqui...? Oh, no. No creo que se llegue a eso. El asesinato no es bien contemplado, salvo como último recurso. Pero me han seguido hasta aquí; los he visto. Creo que logré despistarlos. Ningún taxi nos está siguiendo...

—Se equivoca —dijo Holt.

Hubo un silencio. El viejo miró de nuevo por la ventanilla trasera.

Holt sonrió taimadamente.

—Si trata de despistar a alguien Central Park no es lo más indicado. Me será más fácil perder a sus amigos en medio del tráfico. Bien, acepto el trabajo. Pero me reservo el derecho de retirarme si algo huele mal.

—Muy bien, Denny.

Holt dobló a la izquierda a la altura de la Setenta y Dos.

—Usted me conoce a mí, pero en cambio, yo a usted, no. ¿A qué viene que me haya investigado? ¿Es detective?

—No, me llamo Smith.

—Naturalmente.

—Y usted, Denny, tiene veinte años y no puede prestar servicio militar en esta guerra porque tiene problemas cardíacos.

—¿Y qué? —gruñó Holt.

—No quiero que se muera.

—No me moriré. Mi corazón está bien en general. Sólo que el examinador médico no pensó lo mismo... Smith asintió.

—Ya lo sé. Ahora, Denny...

—¿Sí?.....

—Tenemos que asegurarnos de que no nos sigan.

—Suponga que paro en los cuarteles del FBI —dijo lentamente Holt—. No simpatizan con los espías.

—Como prefiera. Puedo probarle que no soy agente enemigo. No tengo nada que ver con esta guerra, Denny. Simplemente deseo evitar un crimen. A menos que pueda impedirlo, esta noche se incendiará una casa y se destruirá una fórmula valiosa.

—Eso es trabajo para los bomberos.

—Usted y yo somos los únicos que podemos hacerlo. No puedo decirle porqué. Mil dólares, téngalo presente.

Holt lo tenía presente. Mil dólares significaban mucho para él en ese momento. Nunca en la vida había visto tanto dinero. Le abría posibilidades, tendría capital para iniciarse. No había recibido buena educación. Hasta ahora había pensado que seguiría siempre sometido a un trabajo aburrido y monótono. Pero con un capital... Bien, no le faltaban ideas. Estos eran tiempos propicios. Podría meterse en algún negocio. Así se hacía plata. Mil dólares. Podía significar todo un futuro, claro que sí.

Salió del parque en la calle Setenta y Dos y en Central Park West dobló al sur. Por el raballo del ojo vio otro taxi que se le echaba encima. Estaba tratando de encerrarlo. Holt oyó que el viejo jadeaba y gritaba algo. Apretó los frenos, vio que el otro taxi seguía de largo e hizo girar bruscamente el volante mientras hundía el acelerador a fondo.

—Tómelo con calma —le dijo a Smith, dio inedia vuelta y se dirigió al norte.

En el otro taxi había visto cuatro hombres; apenas les había echado una ojeada. Iban pulcramente afeitados y vestían ropas oscuras. Tal vez portaban armas, pero no podía asegurarlo. Ahora también habían virado. El tráfico les creaba dificultades, pero seguían persiguiéndoles.

En la primera calle conveniente Holt dobló a la izquierda, cruzó Broadway, tomó el cruce de autopistas del Henry Hudson Parkway y después, en vez de seguir hacia el sur, viró en redondo y siguió derecho hasta la avenida West End. Continuó hacia el sur por West End, y enseguida tomó hacia la Octava Avenida. Ahora había más tráfico. El taxi que los seguía no estaba a la vista.

—¿Y ahora? —le preguntó a Smith.

—No... No sé. Debemos asegurarnos de que no nos siguen.

Bien —dijo Holt—. Estarán dando vueltas para encontrarnos. Mejor dejemos la calle. Le mostraré —entró en un garaje, sacó un ticket y urgió a Smith a apearse del taxi—. Ahora mataremos el tiempo, hasta que convenga empezar de nuevo.

—¿Dónde..r?

—¿Qué le parece un bar tranquilo? Un trago no me vendría mal. Es una noche de perros.

Smith parecía haberse puesto totalmente en manos de Holt. Doblaron por la calle Cuarenta y Dos, con sus clubes baratos y penumbrosos, sus vodeviles, sus marquesinas sombrías y sus casas de entretenimientos. Holt se abrió paso a empujones entre la muchedumbre, llevando a Smith a la rastra. Atravesaron las puertas vaivén de un bar, pero el lugar no era especialmente tranquilo. Un tocadiscos automático sonaba estrepitoso en un rincón.

Un lugar desocupado cerca del fondo atrajo a Holt. Cuando se sentaron, llamó y pidió un whisky. Smith pidió lo mismo después de titubear.

—Conozco este lugar —dijo Holt—. Hay una puerta trasera. Si nos pescan, nos escabulliremos enseguida. Smith tiritó.

—Tranquilo le animó Holt. Le mostró una manivela de bronce—. Traigo esto conmigo, por si acaso. Así que relájese. Ahí vienen los tragos —bajó el whisky de un sorbo y pidió otro. Viendo que Smith no se llevaba la mano al bolsillo para pagar, lo hizo él. Podía darse ese lujo, ahora. Con mil dólares encima...

Entonces, tapando los billetes con el cuerpo, los sacó para examinarlos más de cerca. Todo estaba en orden. No eran falsos; los números de serie estaban bien, y tenían el mismo olor mohoso que Holt había notado antes.

—Parece que estuvieron...bien guardados —aventuró.

—Estuvieron en exhibición durante sesenta años —dijo distraídamente Smith. De golpe se contuvo y bebió whisky.

Holt arrugó el entrecejo. Estos no eran de esos billetes viejos y enormes. ¡Sesenta años, caray! Claro que Smith representaba esa edad y más. Esa cara rugosa y asexuada podría ser la de un nonagenario. Holt se preguntó cómo sería el hombre en su juventud. ¿Cuándo habrá sido eso? Durante la Guerra Civil, probablemente...

Guardó el dinero, consciente de un aura de placer que no se debía solamente al licor. Este era el comienzo para Denny Holt. Con mil dólares compraría alguna propiedad y se mudaría al centro. Basta de taxi, eso era seguro.

En el suelo pegajoso se hamacaban y zarandeaban unos bailarines. El bullicio era constante, y el ruido de las voces se confundía con el de la música. Holt limpió ociosamente una mancha de cerveza de la mesa con una servilleta de papel.

—No me contará de qué se trata, ¿verdad? —dijo. La cara increíblemente vieja de Smith tal vez gesticuló. Pero era difícil asegurarlo.

—No puedo, Denny. No me creería. ¿Qué hora es?

—Casi las ocho.

—Hora standard del este, según la medición antigua... Y diez de enero. Tenemos que llegar a destino antes de las once.

—¿Dónde queda?

Smith sacó un mapa, lo desplegó y le dio una dirección de Brooklyn. Holt la localizó.

—Cerca de la playa... Es un lugar bastante solitario, ¿verdad?

—No sé. No he estado nunca.

—¿Qué pasará a las once?

Smith meneó la cabeza pero no respondió directamente. Desplegó una servilleta de papel.

—¿Tiene una estilográfica?

Holt titubeó, luego le alcanzó un paquete de cigarrillos.

—No, un...lápiz. Gracias. Quiero que estudie este plano, Denny. Es la planta baja de la casa de Brooklyn a la que iremos. El laboratorio de Keaton está en el sótano.

—¿Keaton?

—Sí —dijo Smith tras una pausa—. Es un físico. Está trabajando en un invento bastante importante. Se supone que es secreto.

—Bien. ¿Y después?

Smith garabateó rápidamente.

—Debería haber un terreno amplio alrededor de la casa, que tiene tres pisos. Aquí está la biblioteca. Se puede entrar por estas ventanas, y la caja fuerte tendría que estar bajo una cortina...aquí —señaló con la punta del lápiz.

Holt arrugó el entrecejo.

—Empiezo a oler raro.

—¿Eh? —Smith cerró crispadamente la mano—. Espere a que haya terminado. Esa caja fuerte estará abierta. Adentro encontrará una libreta parda. Quiero que saque esa libreta y...

—...y se la mande a Hitler, vía aérea —terminó Holt, torciendo burlescamente la boca.

—Y la entregue al Departamento de Guerra —dijo imperturbable Smith—. ¿Satisfecho?

—Bien... Así me gusta más. ¿Pero por qué no lo hace usted mismo?

—No puedo —dijo Smith—. No me pregunte por qué. Simplemente no puedo. Tengo las manos atadas —los ojos penetrantes relucían—. Esa libreta, Denny, contiene un secreto tremendamente importante.

—¿Militar?

—No está escrito en código, es fácil de leer. Y aplicar. Ese es el problema. Cualquiera podría...

—Usted ha dicho que un fulano llamado Keaton era el propietario de la casa. ¿Qué ha pasado con él?

—Nada —dijo Smith—, todavía —se apresuró a cambiar de tema—. La fórmula no debe perderse, por eso tenemos que llegar allí antes de las once.

—Si es tan importante, ¿por qué no vamos ahora y retiramos la libreta?

—La fórmula no será completada hasta pocos minutos antes de las once. Ahora Keaton está terminando las etapas finales.

—Es una locura —se quejó Holt, y pidió otro whisky—. Ese Keaton..., ¿es nazi?

—No.

—Bien, ¿no será él quien necesita el guardaespaldas, en vez de usted?

Smith meneó la cabeza.

—Las cosas no son así, Denny. Créame, sé lo que estoy haciendo. Es vital, absolutamente importante que usted consiga esa fórmula.

—Hm-m-m.

—Hay peligro. Mis...enemigos...podrían estar esperándonos allí. Pero los distraeré para darle a usted la oportunidad de entrar en la casa.

—Usted ha dicho que podrían matarle...

—Sí, pero lo dudo. El asesinato es el último recurso, aunque podría apelarse a la eutanasia. Pero no soy candidato para eso.

Holt no trató de entender el comentario de Smith sobre la eutanasia. Dedujo que sería el nombre de un lugar y que implicaba tomar un polvo.

—Por mil dólares —dijo—, arriesgo el pellejo.

—¿Cuánto tardaremos en llegar a Brooklyn?

—Digamos una hora, con el oscurecimiento —Holt se levantó de golpe—. Venga. Sus amigos están aquí.

El pánico destelló en los ojos oscuros de Smith. Pareció encogerse dentro del enorme abrigo.

—¿Qué hacemos?

—La salida trasera. No nos han visto, todavía. Si llegamos a separarnos, vaya al garaje donde dejé el coche.

—S-sí. De acuerdo.

Se abrieron paso entre los bailarines, entraron en la cocina y luego en un corredor desnudo. Al abrirla puerta, Smith salió a un callejón. Una figura alta se le interpuso, brumosa en la oscuridad. Smith soltó un chillido estridente y temeroso.

—No se detenga —ordenó Holt, empujó al viejo a un lado; la figura oscura se movió y Holt trató de golpearle la mandíbula borrosa. No le acertó. El oponente se había escurrido con rapidez.

Smith ya corría entre las sombras. El sonido de sus pasos acelerados se apagó. Holt avanzó un paso. El corazón le palpitaba desbocado.

—Quítese de en medio —dijo con una voz tan ahogada que las palabras sonaron como un ronroneo.

—Lo siento. No debe ir a Brooklyn esta noche —dijo su antagonista.

—¿Por qué no? —Holt prestaba atención por si oía llegar más enemigos. Pero todavía no oía nada, sólo bocinazos lejanos de los coches y el tumulto sordo y confuso de Times Square, a cincuenta metros.

—Supongo que no me creerá si se lo digo.

Tenía el mismo acento, el mismo arrullo de consonantes que Holt le había notado a Smith. Trató de distinguir la cara del otro, pero estaba demasiado oscuro.

Subrepticamente, Holt se deslizó la mano en el bolsillo y palpó la reconfortante frialdad de la manivela de bronce.

—Si me amenaza con un arma... —dijo.

—No usamos armas. Escuche, Dennis Holt. La fórmula de Keaton debe ser destruida con él.

—Toma esto...

Holt atacó sin previo aviso. Esta vez no erró. Sintió que la manivela de bronce chocaba con algo sólido y luego resbalaba en la carne desgarrada y sanguinolenta. La figura borrosa cayó al suelo con un grito sofocado. Holt miró a ambos lados, no vio a nadie y echó a correr por el callejón. Todo perfecto, hasta entonces.

Cinco minutos después estaba en el garaje. Smith le esperaba, un cuervo mustio en un abrigo enorme. Los dedos del viejo tamborileaban nerviosamente en el bastón.

—Vamos —dijo Holt—. Mejor nos damos prisa.

—¿Le...?

—Le di un buen golpe. No tenía armas... O bien no quiso usarlas. Mejor para mí.

Smith torció la boca. Holt recuperó el taxi y bajó por la rampa. Conducía con cautela, manteniéndose alerta. Un taxi era muy fácil de distinguir. El oscurecimiento ayudaba.

Siguió hacia el sur y el este, pero en la calle Essex, junto a la estación del metro, los perseguidores les dieron alcance. Holt se desvió por una calle lateral. El codo izquierdo, que descansaba en el marco de la ventanilla, se le entumeció y congeló.

Condujo con la mano derecha hasta que se le pasó esa sensación. El puente de Williamsburg lo llevó a Kings, y allí dio vueltas y aceleró y retrocedió hasta perderse de nuevo en las sombras. Eso llevaba tiempo. Y todavía les quedaba un buen trecho, por esta ruta sinuosa.

Holt viró a la derecha y siguió hacia el sur hasta Prospect Park. Allí dobló al este, hacia las playas solitarias entre Brighton Beach y Canarsie. Smith, acurrucado atrás, guardaba un silencio absoluto.

—Hasta ahora, muy bien —dijo Holt por encima del hombro—. Al menos vuelvo a tener el brazo en forma.

—¿Qué le pasó?

—Tal vez un golpe en el hueso.

—No, un paralizador dijo Smith, y agregó mostrándole el bastón—. Como éste.

Holt no le entendió. Siguió conduciendo hasta que estuvieron muy cerca de su destino. Frenó en una esquina, frente a una licorería.

—Compraré una botella —dijo—. No soporto la lluvia y el frío sin un trago para reanimarme.

—No tenemos tiempo.

—Claro que sí.

Smith se mordió el labio pero no puso más objeciones. Holt compró un whisky y cuando entró en el coche bebió un sorbo y convidó a su pasajero, que se negó con un movimiento de cabeza.

El whisky ayudaba, sin duda. La noche era muy fría y lúgubre, Los ramalazos de la lluvia barrían la calle y azotaban el parabrisas. Los limpiaparabrisas gastados no servían de mucho. ES viento chillaba como un alma en pena.

—Ya estamos cerca. Mejor pare aquí —sugirió Smith—. Busque un lugar donde ocultar el taxi.

—¿Dónde? Todo esto es propiedad privada.

—Una calzada... tal vez.

—De acuerdo —dijo Holt, y encontró un refugio junto a unos árboles tupidos y unos arbustos raquíticos. Apagó las luces y el motor, y se apeó. Se subió el cuello del impermeable y hundió la barbilla. La lluvia lo empapó inmediatamente. El agua caía a torrentes, repiqueteaba ruidosa en los charcos. Un barro arenoso resbalaba bajo los pies.

—Un segundo —dijo Holt, y regresó al coche en busca de la linterna—. Muy bien, ahora ¿qué?

—A casa de Keaton. Habrá que espejar, aún no son las once —dijo Smith, que tiritaba convulsivamente, nervioso y entumecido.

Esperaron, escondidos en los arbustos de la propiedad de Keaton. La casa era una sombra acechante contra el telón cimbreado de la oscuridad lluviosa. Una ventana iluminada de la planta baja mostraba parte de lo que parecía una biblioteca. A la izquierda se oía el palpar jadeante del oleaje.

El agua goteaba por el cuello del impermeable de Holt, que maldecía en silencio. Se estaba ganando los mil dólares, sin duda. Pero Smith sufría las mismas incomodidades sin una sola queja.

—¿No es...

—¡Shh! —advirtió Smith—. Los otros...pueden estar aquí.

Holt bajó la voz, obediente.

—Entonces, también estarán empapados. ¿Les interesa la libreta? ¿Por qué no entran y se apoderan de ella? Smith se mordió las uñas.

—Quieren destruirla.

—Eso es lo que dijo el hombre del callejón, ahora que recuerdo —Holt se interrumpió, sobresaltado—. Pero..., ¿quiénes son ellos?

—No importa. No son de aquí. ¿Recuerda lo que le dije, Denny?

—¿Sobre la libreta? ¿Qué hago si la caja fuerte no está abierta?

—Estará abierta —aseguró Smith—, Pronto, ahora. Keaton está en su laboratorio del sótano, terminando su experimento.

A través de la ventana iluminada parpadeó una sombra. Holt se inclinó hacia adelante. Sintió que Smith se ponía tenso como un cable. Un jadeo ahogado brotaba de la garganta del viejo.

Un hombre entró en la biblioteca. Fue hasta la pared, corrió una cortina y se quedó allí, la espalda hacia Holt. Enseguida retrocedió y abrió la puerta de una caja fuerte.

—¡Prepárese! —dijo Smith—. ¡Allí está! Está escribiendo el último paso de la fórmula. La explosión será de un momento a otro. Cuando la oiga, Denny, deme un minuto para alejarme y provocar algún disturbio si los oídos están aquí.

—No creo que estén. Smith meneó la cabeza.

—Haga como le digo. Corra hasta la casa y consiga la libreta.

—¿Luego, qué...

—Luego salga de aquí lo más rápido que pueda. No se deje alcanzar, cueste lo que cueste.

—¿Y usted?

Los ojos de Smith, intensos y violentos, relampaguearon autoritarios, brillantes en la oscuridad ventosa.

—¡Olvídese de mí, Denny! Yo estaré a salvo.

—Me contrató como guardaespaldas...

—Su contrato ha terminado. Esto es de vital importancia, más que mi vida. Esa libreta debe estar en sus manos...

—¿Para el Departamento de Guerra?

—Para.. Oh, sí. ¿Lo hará, Denny? Holt titubeó.

—Si es tan importante.

—Lo es. ¡Lo es!

—De acuerdo, entonces.

El hombre de la casa estaba ante un escritorio, escribiendo. De pronto la ventana voló. El ruido de la explosión era sofocado, como si el estallido fuera bajo tierra, pero Holt sintió que el suelo le temblaba bajo los pies. Vio que Keaton se incorporaba, se alejaba un paso y regresaba para recoger la libreta. El físico corrió a la caja fuerte, arrojó la libreta adentro, cerró la portezuela y se demoró un instante, de espaldas a Holt. Luego se escabulló apresuradamente y desapareció.

—No tuvo tiempo de cerrarla —dijo Smith, con voz entrecortada y espasmódica—. Espere a oír mi voz, Denny, y luego consiga esa libreta.

—De acuerdo —dijo Holt, pero Smith ya se había ido y correteaba entre los arbustos. Un alarido en la casa preanunció unas llamas rojas que barrieron una ventana distante de la planta baja. Algo cayó pesadamente. Revoque, pensó Holt.

Oyó la voz de Smith. No podía ver al hombre en la lluvia, pero había ruidos de pelea. Holt titubeó un instante. Haces de luz azul hendieron la lluvia, pálidos y borrosos en la distancia.

Tendría que ayudar a Smith...

Pero había hecho una promesa, y tenía que conseguir ía libreta. Los perseguidores querían destruirla. Y ahora, obviamente, la casa sería devorada por las llamas. De Keaton no había rastros.

Corrió hacia la ventana iluminada. Había tiempo de sobra para sacar la libreta antes que el fuego le pusiera en apuros.

Por el rabillo del ojo vio una figura oscura que corría hacia él. Holt se calzó la manivela de bronce. Si el hombre estaba armado él se las vería mal; de lo contrario, se las arreglaría.

El hombre —el mismo que Holt había encontrado en el callejón de la Cuarenta y Dos — alzó un bastón y apuntó. El pálido haz de luz azul brotó. Holt sintió que las piernas se le aflojaban, y cayó pesadamente.

El otro siguió corriendo. Holt, forcejeando para levantarse, se arrojó hacia adelante con desesperación. Fue inútil.

Las llamas ahora iluminaban la noche. La figura alta y oscura se perfiló un instante contra la ventana de la biblioteca; después el hombre se encaramó al antepecho. Holt, las piernas tíasas, consiguió mantener el equilibrio y avanzar. Era espantoso, como un hormigero intensificado mil veces.

Logró alcanzar la ventana, y aferrándose al antepecho miró dentro de la sala. Su oponente estaba de pie ante la caja fuerte. Holt se introdujo por la ventana y se lanzó hacia el hombre..

Tenía la manivela de bronce preparada.

El desconocido se apartó de un brinco, agitando el bastón. Un coágulo de sangre le ennegrecía la barbilla.

—He cerrado la caja —dijo—. Mejor lárguese de aquí antes que lo alcance el fuego, Denny.

Holt soltó una maldición. Quiso alcanzar al hombre, pero no pudo. Antes que él hubiera dado dos pasos vacilantes la figura alta se había marchado, saltando ágilmente por la ventana y alejándose en la lluvia.

Holt se volvió hacia la caja fuerte. Oía el crepitar de las llamas. El humo se filtraba por un pasadizo a la izquierda.

Tironeó de la portezuela. Estaba cerrada. No conocía la combinación..., así que no podría abrirla.

Pero Holt no se rindió. Revisó el escritorio con la esperanza de que Keaton hubiera garabateado la clave en algún papel. Bajó penosamente los escalones del laboratorio y se quedó observando el infierno del sótano, donde yacía el cuerpo abrasado e inerte de Keaton. Holt no se rindió, pero fracasó.

Finalmente el calor le obligó a huir. En las cercanías se oía el ulular de las autobombas. No había rastros de Smith ni de nadie.

Holt se puso a buscar entre la muchedumbre, pero Smith y sus perseguidores habían desaparecido como por arte de magia.

—Lo hemos capturado, administrador —dijo el hombre alto con la barbilla ensangrentada—. Inmediatamente después de regresar vine para informarle a usted.

El administrador soltó un suspiro de alivio.

—¿Algún contratiempo, Jorus?

—Nada digno de mención.

—Bien, tráigalo —dijo el administrador—. Supongo que lo mejor es terminar con esto.

Smith entró en la oficina. Su pesado abrigo lucía incongruente con las indumentarias de celoflex de los otros.

Mantén la cabeza gacha.

El administrador recogió un memorándum y leyó:

—Proceso 21, en el año del Señor de 2016. Tema: interferencia con factores de probabilidad. El acusado ha sido sorprendido en el intento de distorsión del actual presente-probable mediante la alteración del pasado, con lo cual crearía un presente alternativo variable. La utilización de máquinas del tiempo está prohibida, salvo a funcionarios autorizados. El acusado responderá.

—Yo no trataba de cambiar nada, administrador —musitó Smith.

Jorus levantó los ojos y dijo:

—Me opongo. Ciertos períodos clave espacio temporales están prohibidos. Brooklyn, especialmente la zona de la casa de Keaton, alrededor de las once de la noche del 10 de

enero de 1943, está absolutamente vedado a los viajeros del tiempo. El prisionero sabe porqué.

—No sabía nada al respecto, ser Jorus. Debe creerme.

—Administrador —prosiguió implacablemente Jorus—, aquí están los hechos. El acusado, tras robar una máquina del tiempo, la dirigió manualmente hacia un sector prohibido del espacio-tiempo. Esos sectores son restringidos, como sabe usted, porque son claves del futuro; cualquier interferencia en esos sitios-clave alteraría el futuro al producirse una línea probabilística diferente. Keaton, en 1943, logró deducir en su laboratorio la fórmula de lo que hoy conocemos como Fuerza M. Corrió a la planta baja, abrió la caja fuerte y apuntó la fórmula en su libreta, de tal modo que habría podido ser fácilmente descifrada y aún aplicada incluso por un lego. En ese momento hubo una explosión en el laboratorio de Keaton y él regresó la libreta a la caja fuerte para bajar al laboratorio, olvidándose de cerrar la caja. Keaton murió; ignoraba la necesidad de aislar la Fuerza M del radio, y la síntesis atómica provocó la explosión. El incendio subsiguiente destruyó la libreta de Keaton, que estaba dentro de la caja fuerte. Se chamuscó hasta volverse ilegible, y ni siquiera se sospechó de su valor. La Fuerza M sólo fue redescubierta el año primero del siglo veintiuno.

—Yo no sabía todo eso, ser Jorus.

—Miente. Nuestra organización no comete errores. Usted descubrió un lugar clave del pasado y decidió alterarlo para cambiar el presente. Si hubiese tenido éxito, Dennis Holt de 1943 habría sacado la libreta de Keaton de la casa en llamas y la habría leído. Su curiosidad le habría hecho leer la libreta. Habría descubierto la clave de la Fuerza M. Y dada la naturaleza de la Fuerza M, Dennis Holt se habría transformado en el hombre más poderoso de su tiempo-mundo. De acuerdo con la variante probabilística que usted se proponía lograr, Dennis Holt, si hubiera conseguido la libreta, sería ahora dictador del mundo. Este mundo tal como lo conocemos no existiría, aunque sí su equivalente: una civilización brutal e implacable gobernada por el autócrata Dennis Holt, único poseedor de la Fuerza M. Al procurar ese fin el acusado ha incurrido en un delito gravísimo.

Smith irguió la cabeza.

—Solicito la eutanasia —dijo—. Si queréis culparme por querer romper con esta maldita rutina, muy bien. Nunca tuve una oportunidad, eso es todo.

El administrador arqueó las cejas.

—El historial suyo muestra que ha tenido muchas oportunidades. Usted es incapaz de explotar sus propias capacidades; está ejerciendo la única tarea que puede hacer bien.

Pero su delito es, como dice Jorus, gravísimo. Ha intentado crear un nuevo presente destruyendo el actual mediante la alteración de un lugar clave del pasado. Y si hubiese tenido éxito, Dennis Holt sería hoy el dictador de una raza de esclavos. Ya no cuenta con el privilegio de la eutanasia; su delito es demasiado serio. Tendrá que seguir viviendo y ejerciendo la tarea asignada hasta el día de su muerte natural.

—Fue culpa de él —gimió Smith—. Si hubiese conseguido esa libreta a tiempo...

Jorus pareció confundido.

—¿De él? Dennis Holt, a los veinte años, en 1943... ¿Culpa de él? No, es de usted, creo... Por intentar cambiar el pasado y el presente.

—La sentencia ha sido pronunciada —dijo el administrador—. No hay más que decir.

Y Dennis Holt, a la edad de noventa y tres años, en el año del Señor de 2016, se volvió dócilmente y regresó con lentitud a su tarea, la misma que seguiría ejerciendo hasta morir.

Y Dennis Holt, a la edad de veinte años, en el año del Señor de 1943, regresó a Brooklyn en el taxi. Se preguntaba qué había ocurrido. Los velos de la lluvia barrían oblicuamente el parabrisas. Dennis bebió otro sorbo de la botella y sintió que el alcohol se le filtraba con tibieza en el cuerpo.

¿Qué habría ocurrido?

Los billetes le acariciaban el bolsillo con un susurro. Denny sonrió. ¡Mil dólares! Un principio. Un capital. Con eso haría muchas cosas, claro que sí. Todo lo que uno necesitaba era un poco de dinero. Ya nada le detendría.

—¡Por supuesto que sí! —dijo Dennis Holt enfáticamente—. No voy a seguir condenado al mismo trabajo rutinario toda la vida. No, con mil dólares... ¡Yo no!

PROBLEMA DE ALQUILER

Jacqueline decía que era un canario, y yo sostenía que en la jaula tapada había una pareja de periquitos. Un canario no causaría tanto alboroto. Además, me gustaba la idea de que el señor Henchard, ese viejo huraño, cuidara periquitos. Era deliciosamente ridículo... Pero guardara lo que guardase en esa jaula junto a la ventana, nuestro inquilino lo ocultaba celosamente a los ojos de los curiosos. Sólo podíamos hacer deducciones a partir de los ruidos.

Y no eran fáciles de distinguir. De abajo del paño de cretona salían rasguídos,—susurros, detonaciones tenues e inexplicables de vez en cuando, y ocasionalmente un estrépito diminuto que sacudía la jaula entera en el pedestal de pino. El señor Henchard debía de saber que sentíamos curiosidad. Pero cuando Jackie le comentó que era bonito tener pájaros, todo lo que dijo fue:

—¡Pamplinas! Olvídense de esa jaula, ¿quiere?

Eso nos enfureció un poco. No somos entrometidos, y después de ese comentario nos rehusamos fríamente a mirar siquiera la silueta amortajada en cretona. Tampoco queríamos que el señor Henchard se fuera. Era sorprendentemente difícil conseguir inquilinos. Nuestra casita estaba en la carretera de la costa; el pueblo consistía en poco más que una veintena de casas, una tienda, una licorería, la oficina de correos y Terry's, el restaurante. Eso era casi todo. Cada mañana Jackie y yo tomábamos el autobús y viajábamos a la fábrica, a una hora de marcha. Al regresar a casa estábamos bastante cansados. No podíamos conseguir servicio doméstico —cualquier fábrica de armamento pagaba mejor—, así que nos arremangábamos y nos poníamos a limpiar. En cuanto a la comida, éramos los mejores clientes del Terry's.

Los salarios eran buenos, pero antes de la guerra habíamos contraído demasiadas deudas, y necesitábamos dinero extra. Por eso era que le alquilábamos la habitación al señor Henchard. Lejos de las zonas más frecuentadas, con dificultades de transporte y oscurecimientos todas las noches, no era fácil conseguir inquilinos. El señor Henchard parecía adecuado. Pensábamos que era demasiado viejo como para causar problemas.

Un día llegó, pagó un depósito; poco después apareció con un enorme bolso de viaje y una valija cuadrada, de lona, con manijas de cuero. Era un viejito achacoso con un agresivo mechón de pelo rígido y una cara como la del papá de Popeye, aunque más humana. No era odioso, simplemente huraño. Tuve el presentimiento de que había pasado casi toda la vida en habitaciones alquiladas sin meterse en la vida de los demás y fumando innumerables cigarrillos con su boquilla larga y negra. Pero no era uno de esos viejos solitarios que despiertan en uno cierta compasión tranquilizadora. ¡Al contrario! No era pobre y se las arreglaba perfectamente solo. Le tomamos cariño. Una vez, en una muestra de efusividad, le llamé 'abuelo'. Prefiero no recordar los comentarios que recibí.

Hay gente que nace con buena estrella... Y el señor Henchard era así. Siempre encontraba dinero en la calle. Las pocas veces que jugábamos a los dados o al póquer, sacaba puntajes altos y escaleras sin siquiera intentarlo. Nunca hacía trampa. Tenía suerte, eso es todo.

Recuerdo la vez que todos bajábamos por la larga escalera de madera que va de las rocas a la playa. El señor Henchard pateó una piedra bastante grande que había en uno de los escalones. La piedra bajó un trecho a los saltos y luego perforó un escalón. La madera estaba totalmente podrida. Estuvimos seguros de que si el señor Henchard, que iba delante, hubiera pisado ese tramo podrido, toda la estructura se habría desmoronado.

En otra ocasión yo viajaba con él en el autobús. El motor se paró pocos minutos después que abordáramos el vehículo; e) conductor frenó al costado. Un coche venía hacia nosotros por la carretera, y cuando nos detuvimos se le reventó uno de los neumáticos delanteros. Patinó y cayó en ¡a fosa.

Si no hubiéramos frenado, habríamos chocado de frente. No hubo un solo herido.

El señor Henchard no era un solitario; salía de día, creo, y se pasaba casi toda la noche sentado frente a la ventana. Antes de entrar a limpiar, nosotros llamábamos, por supuesto, y a veces nos decía "Un minuto". Se oía un susurro apresurado y el sonido de ese paño de cretona que cubría la jaula. Nos preguntábamos qué clase de pájaro sería, y teorizábamos sobre la posibilidad de un fénix. La criatura nunca cantaba. Emitía ruidos. Ruidos suaves, extraños, no muy típicos de un ave. Cuando llegábamos del trabajo a casa, el señor Henchard estaba siempre en su habitación. Se quedaba allí mientras limpiábamos. Nunca salía los fines de semana.

En cuanto a la caja...

Una vez el señor Henchard tuvo que viajar. El día anterior, por la noche, nos buscó.

—Hm —dijo, con un cigarrillo inserto en la boquilla—. Oídme, tengo que atender ciertas propiedades en el norte y no estaré durante una semana, aproximadamente. Dejaré pagado el alquiler, de todos modos...

—Oh, bueno —dijo Jackie—. Podemos...

—Pamplinas —gruñó él—. Es mi habitación y quiero conservarla. ¿Qué le parece?

Accedimos, y él se fumó medio cigarrillo de una sola chupada.

—Hm, bien. Ahora escuchen. Antes yo tenía coche propio, así que me llevaba la jaula conmigo. Esta vez tengo que viajar en autobús y no podré llevarla. Ustedes han sido buena gente... No son fisgones ni comedidos. Se comportan discretos. Dejaré mi jaula aquí, pero no quiero que toquen ese paño.

—El canario... Se morirá de hambre —jadeó Jackie.

—¿Canario, eh? —dijo el señor Henchard, clavándole unos ojos acuosos y malignos—. No se preocupe. Le dejaré suficiente comida y agua. Ustedes no metan las manos. Limpie la habitación cuando sea necesario, si quieren, pero no se atrevan a tocar esa jaula. ¿De acuerdo?

—De acuerdo —respondí.

—Bien, a no olvidarlo —recalcó.

La noche siguiente, cuando llegamos a casa, el señor Henchard,;...; había ido. Entramos en su habitación y vimos una nota clavada en el paño de cretona: "¡Cuidado!" De la jaula llegaba como un arrullo áspero, y luego oímos una especie de detonación débil.

—Al cuerno —dije—. ¿Quieres bañarte primero?

—Sí —dijo Jackie.

Dentro de la jaula siguieron los susurros. Pero no eran alas. Y los golpes.

A la noche siguiente comenté:

—Quizá le ha dejado suficiente comida, pero apuesto a que el agua no alcanzará.

—¡Eddie! —exclamó Jackie.

—De acuerdo, soy curioso. Pero tampoco me gusta que un pájaro se ¡nuera de sed.

—El señor Henchard dijo que...

—Está bien, de acuerdo. Vamos a! Terry's y estudiemos la situación de las chuletas de cordero.

La noche siguiente... Oh, bien. Levantamos la cretona. Todavía creo que fue más por preocupación que por curiosidad, Jackie decía que una vez conoció a alguien que maltrataba al canario.

—Encontraremos al pobre bicho en cadenas —comentó, arrojando el paño al antepecho de la ventana, detrás de la jaula.

Apagué la aspiradora. Uuuusshh... Trot-trot-trot, se oía bajo la cretona.

—Sí —dije—. Escucha, Jackie... El señor Henchard es buen tipo, pero es medio raro. Puede que ese pájaro o pájaros tengan sed. Echaré un vistazo.

—No. Eh... Sí. Miraremos los dos, Eddie. Compartiremos la responsabilidad.

Extendí el brazo. Jackie pasó por debajo y apoyó la mano en la mía.

Luego levantamos un extremo del paño. Adentro se oía un susurro, pero en cuanto tocamos la cretona el sonido se interrumpió. Mi propósito era echar apenas una ojeada. Pero seguí alzando la cubierta. Veía el movimiento de mi brazo y no podía detenerlo. Estaba muy ocupado en mirar.

Dentro de la jaula había... bueno, una casita. Parecía completa en todos los detalles. Una casa disminuía pintada de blanco, con postigos verdes —ornamentales, pues no cerraban—, ya que el chalet era muy moderno. Era de ese tipo de casas confortables y sólidas que se ve en los barrios residenciales. Las ventanas diminutas tenían cortinas de zaraza. Todas estaban iluminadas, en la planta baja. En cuanto levantamos el paño, cada ventana se oscureció de repente. Las luces no se apagaron, pero las cortinas bajaron con un furioso chasquido. Fue rápido. Ninguno de los dos alcanzó a ver quién o qué había bajado las cortinas.

Solté el paño y retrocedí arrastrando a Jackie conmigo.

—¡Una casa de muñecas, Eddie!

—¿Con muñecas dentro? Miré fijo la jaula tapada.

—¿Te parece... tal vez... crees... quizá... que se podría entrenar a un canario... para que baje cortinas?

—¡Santo cielo! Eddie, escucha.

Sonidos tenues salían de la jaula. Susurros, y un pop casi inaudible. Luego un rasgido.

Me acerqué y arranqué la cretona de golpe. Esta vez estaba preparado y observé las ventanas. Pero las cortinas bajaron haciéndome parpadear.

Jackie me tocó el brazo y señaló. En el techo inclinado había una chimenea de ladrillo en miniatura; de allí salían volutas de humo pálido. El humo se elevaba, era tan tenue que yo no podía olerlo.

—Los c-canarios están c-cocinando —balbuceó Jackie.

Nos quedamos un rato esperando casi cualquier cosa. Si un hombrecito verde hubiera asomado por la puerta del frente para ofrecernos que le dijéramos tres deseos, no nos habría sorprendido mucho. Pero no pasó nada.

Ni un sonido brotó de la pequeña casa de la jaula. Y las cortinas estaban bajas. Observé que toda la construcción era una obra maestra de la miniatura y el detalle. El pequeño porche tenía un felpudo diminuto. También había un timbre.

La mayoría de las jaulas tiene el fondo móvil. Esta no. Había manchas de resina y metal plumizo, rastros de soldaduras. La puerta también estaba soldada. Yo podía poner el índice entre los barrotes, pero no el pulgar: demasiado grueso.

—Es un bonito chalet..., ¿no crees? —dijo Jackie con voz temblorosa—. Debe de ser gente tan pequeñita..., ¿no?

—¿Gente?

—Pájaros... Eddie, ¿quién vivirá en esa casa?

—Bien —dije, disponiéndome a una inspección. Inserté suavemente mi lápiz automático entre los barrotes de la jaula y presioné una ventana abierta. Subí la cortina.

Desde dentro de la casa algo parecido al haz de una linterna diminuta me dio en el ojo, el resplandor me encandiló. Retrocedí con un gruñido y oí que cerraban una ventana y bajaban la cortina.

—¿Has visto?

—No, tenías la cabeza delante. Pero...

Mientras mirábamos, las luces se apagaron. Sólo la voluta de humo que salía de la chimenea indicaba que había algo dentro.

—El señor Henchard es un científico loco —musitó Jackie—. Reduce a la gente.

—No sin un acelerador de partículas —dije—. Todo científico loco tiene que tener un acelerador para formar rayos artificiales.

De nuevo puse el lápiz entre los barrotes. Apunté con mucho cuidado. Apreté la punta contra el timbre y llamé. Se oyó un campanillazo agudo.

La cortina de una de las ventanas al lado de la puerta se descorrió veloz, y probablemente algo me miró. No lo sé. La rapidez no me alcanzó para verlo. La cortina volvió a su lugar y no hubo más movimientos. Toqué el timbre hasta cansarme. Luego desistí.

—Podría destrozar la jaula —dije.

—¡Oh, no! El señor Henchard...

—Bien —dije—. Cuando regrese le preguntaré qué diablos se cree. No puede tener dientes. No figura en el contrato.

—No hay contrato —replicó Jackie.

Examiné la casita de la jaula. Ni un sonido, ni un movimiento. Humo en la chimenea.

Al fin y al cabo no teníamos derecho a meternos en la jaula. ¿Violación de propiedad? Imaginé a un hombrecito verde con alas blandiendo una porra, arrestándome por intento de hurto. ¿Los duendes tendrían polizontes? ¿Qué clase de delitos...?

Tapé nuevamente la jaula. Al rato volvieron los ruidos vagos; rasguídos, golpes, susurros. Y un gorjeo que no era de pájaro, que se interrumpió enseguida.

—Oh, cielos —dijo Jackie—. Vayámonos de aquí.

Fuimos derecho a la cama. Yo soñé con una horda de hombrecitos verdes con uniformes de policía estilo Mack Sennett, bailando en un arcoiris bilioso y cantando alegremente.

La alarma del reloj me despertó. Me duché, afeité y vestí, pensando lo mismo que pensaba Jackie. Mientras nos poníamos los abrigos, la miré a los ojos y le dije:

—¿Lo hacemos?

—Sí. ¡Oh, Eddie, por Dios! ¿Crees que también ellos saldrán a trabajar?

—¿A trabajar...en qué? —pregunté ofuscado—. ¿Pintar flores?

No se oía nada bajo la cretona cuando entramos de puntillas en la habitación del señor Henchard. La luz del sol penetraba por la ventana. Quité la cubierta. Allí estaba la casa. Una de las persianas estaba levantada; las demás estaban cerradas con firmeza. Acerqué la cabeza a la jaula y miré a través de los barrotes la ventana abierta, donde cortinados de seda ondeaban en la brisa.

Vi un ojo enorme que me miraba.

Esta vez Jackie estuvo segura de que yo me moría de susto. Jadeó sin aliento mientras yo trastabillaba hacia atrás aullando algo sobre un ojo inyectado en sangre que no era humano. Nos abrazamos fuertemente y luego miramos de nuevo.

—Oh —dije en voz muy queda—. Es un espejo.

—¿Un espejo?

—Sí, un espejo grande, en la pared de enfrente. Es todo lo que puedo ver. No puedo acercarme más.

—Mira el porche —dijo Jackie.

Miré. Había una botella de leche al lado de la puerta. Os imaginaréis el tamaño. Era púrpura. Al lado había un sello plegado.

—¿Leche púrpura? —dije.

—De una vaca púrpura. A menos que sea una botella de color. Eddie, ¿eso es un diario?

En efecto. Agucé la vista para leer los titulares. A toda página se leía en enormes caracteres rojos de casi medio milímetro de alto:

EXTRA ¡FOTZPA AVANZA SOBRE TUR!

Fue todo lo que pudimos descifrar.

Tapé suavemente la jaula. Fuimos a desayunar al restaurante mientras llegaba el autobús.

Cuando esa noche volvimos a casa sabíamos cuál sería nuestra primera tarea. Entramos, nos cercioramos de que el señor Henschard no hubiera regresado aún, encendimos la luz de su habitación y escuchamos los ruidos de la jaula.

—Música —dijo Jackie.

Era tan suave que apenas podía oírla, y de cualquier modo no era música verdadera. Sería incapaz de describirla. Y no tardó en apagarse. Golpes, rasguídos, detonaciones, zumbidos. Luego silencio. Y quité la cubierta.

La casa estaba a oscuras, las ventanas estaban cerradas, las persianas estaban bajas. El diario y la botella de leche no estaban en el porche. En la puerta del frente había un letrero que sólo pude leer con una lupa. Decía: ¡CUARENTENA! ¡FIEBRE BARDICA!

—Caramba los muy mentirosos —dije—. Apuesto a que no tienen fiebre bárdica. Jackie echó a reír.

—¿Sólo en abril te atrapa la fiebre bárdica, verdad?

—Abril y Navidad. Es cuando la propagan las meriendiposas*. ¿Dónde está mi lápiz?

Toqué el timbre. Una cortina se descorrió y se volvió a cerrar; ninguno de los dos alcanzó a ver la...mano? que la movió. Silencio. De la chimenea salía humo.

—¿Asustada? —pregunté.

—No. Es curioso, pero no. Son unas criaturitas tan hurañas... Como esas familias que sólo hablan...

—Los duendes sólo hablan con trasgos, quieres decir... No pueden despreciarnos de ese modo. Al fin y al cabo, la casa de ellos está en nuestra casa.

—¿Qué podemos hacer?

Empuñé el lápiz y con bastante dificultad escribí: DEJADNOS ENTRAR en el panel blanco de la puerta. No había más lugar que para eso. Jackie meneó la cabeza.

—Quizá no debiste escribir eso. No queremos entrar. Sólo queremos verles.

—Demasiado tarde. Además, ellos entenderán qué es lo que queremos.

Nos quedamos mirando la casa de la jaula, y la casa nos miraba a nosotros con hosquedad y fastidio. ¡FIEBRE BARDICA, realmente!

Eso fue todo lo que ocurrió esa noche.

A la mañana siguiente descubrimos que habían borrado los trazos de lápiz de la puerta, que el letrero de cuarentena seguía allí, y que había una botella verde de leche y otro diario en el porche. Esta vez los titulares decían:

EXTRA ¡FOTZPA VENCE A TUR!

De la chimenea salía humo. Toqué el timbre otra vez. Nada. Reparé en un diminuto buzón junto a la puerta, sobre todo porque a través de la ranura me di cuenta de que adentro había cartas. Pero estaba cerrado con llave.

—Si pudiéramos ver a quién están dirigidas... —sugirió Jackie.

—O quién las remite. Eso es lo que me interesa.

Finalmente nos fuimos a trabajar. Estuve preocupado todo el día, y casi me rebano el pulgar con una máquina. Y cuando esa noche me encontré con Jackie, también la noté desmejorada.

—Ignorémoslos —dijo mientras traqueteábamos rumbo a casa en el autobús—. Sabemos cuando somos mal recibidos, ¿verdad?

—No me voy a dejar vencer por una... Por una criatura. Además, los dos nos volveremos locos si no descubrimos qué hay dentro de esa casa. ¿Crees que el señor Henchard es un hechicero?

—Es un canalla —dijo amargamente Jackie—. ¡Irse y dejar esos duendes ambiguos en nuestras manos!

Cuando llegamos a casa, la casita de la jaula se puso alerta como de costumbre, y cuando arrancamos la cubierta los ruidos tenues y distantes se disiparon. Brillaban luces a través de las persianas bajas. En el porche sólo se veía el felpudo. En el buzón pudimos ver el sobre amarillo de un telegrama.

Jackie palideció.

—¡Es el colmo! —insistió—. ¡Un telegrama!

—Tal vez no.

—Lo es, lo es, sé que lo es. Murió la tía Campanilla, o lolanthe viene de visita.

—Han quitado el letrero de cuarentena —dije—. Pero hay uno nuevo: 'pintura fresca'.

—Bien... Entonces, les llenarás esa bonita puerta de garabatos.

Tapé de nuevo la jaula, apagué la luz y tomé la mano de Jackie. Nos quedamos esperando. Al rato se oyó bump-bump-bump y luego hubo un silbido como de tetera. Oí unos chasquidos diminutos.

A la mañana siguiente había en el porche veintiséis botellas amarillas —un amarillo brillante— de leche, y el titular liliputiense anunciaba:

EXTRA ¡TUR AVANZA SOBRE FOTZPA!

También había correo en el buzón, pero el telegrama había desaparecido.

Esa noche las cosas siguieron como siempre. Cuando quité el paño hubo un silencio repentino y furibundo. Sentimos que éramos observados desde los costados de las diminutas cortinas. Al fin nos acostamos, pero en medio de la noche me levanté y eché otra ojeada a nuestros misteriosos inquilinos. Claro que en realidad no los veía, pero debían estar de fiesta pues apenas me asomé, una música extraña y suave y unos feroces golpeteos se acallaron.

A la mañana había una botella roja y un diario en el porche. El titular decía:

EXTRA ¡VICTORIA DE FOTZPA!

—Mi trabajo se va al demonio —dije—. No puedo concentrarme... Estoy intrigado, me paso todo el santo día pensando en este asunto.

—Yo también. Tenemos que averiguar algo de algún modo.

Atisé dentro de la jaula. Una cortina bajó tan bruscamente que casi se desprendió del rollo.

—¿Crees que están enojados? —pregunté.

—Sí —dijo Jackie—. Creo que sí. Debemos estar fastidiándoles muchísimo. Mira..., apuesto a que están sentados dentro, junto a las ventanas, hirviendo de furia y esperando a que nos larguemos... Mejor nos vamos, quizá. De todos modos es la hora del autobús.

Miré la casa y sentí que la casa también me miraba con un aire de irritación y rencor. En fin, fuimos a trabajar.

Esa noche volvimos cansados y hambrientos, pero aun antes de quitarnos los abrigos entramos en el cuarto del señor Henchard. Silencio. Encendí la luz mientras Jackie quitaba la cretona de cubierta de la jaula.

La oí jadear. De inmediato me acerqué de un brinco, esperando ver un hombrecito verde en ese porche absurdo, o cualquier otra cosa insólita., No vi nada fuera de lo común. De la chimenea no salía humo.

Pero Jackie señalaba la puerta del frente. Había un prolijo letrero pintado pegado al panel. Decía, de modo muy calmo y sencillo, pero definitivo: SE ALQUILA.

—¡Oh, oh, oh! —dijo Jackie.

Tragué saliva. Todas las persianas estaban levantadas y las cortinas de zaraza habían desaparecido. Por primera vez pudimos ver dentro de la casa. Estaba total y espantosamente vacía.

No había muebles. Nada, salvo unos pocos rasguños y arañazos en el suelo de madera pulida. El empapelado estaba escrupulosamente limpio; los diseños, en los diversos ambientes, eran sobrios y de buen gusto. Los inquilinos habían dejado la casa en orden.

—Se han mudado —dije.

—Sí —murmuró Jackie—. Se fueron.

De pronto me sentí muy mal. La casa —no la de la jaula sino la nuestra— estaba espantosamente vacía. ¿Sabéis lo que se siente cuando se ha estado de visita y se vuelve a una casa donde no hay nada ni nadie?

Abracé a Jackie y la estreché con fuerza. Ella también estaba muy deprimida. Quién habría dicho que un diminuto letrero de “Se alquila” podía abatirnos tanto.

—¿Qué dirá el señor Henchard? —preguntó Jackie, observándome con los ojos desencajados.

El señor Henchard regresó dos noches después. Estábamos sentados junto al fuego cuando entró, meciendo el bolso de viaje, la boquilla negra colgada de los labios.

—Mmh —saludó.

—Hola —dije tímidamente—. Celebro que haya vuelto.

—¡Pamplinas! —dijo con firmeza el señor Henchard, dirigiéndose a su habitación. Jackie y yo nos miramos.

El señor Henchard soltó un berrido de furia. Su cara crispada asomó por la puerta.

—¡Entrometidos! —refunfuñó—. Les advertí que...

—Espere un minuto —dije.

—¡Me mudo! ¡Ya mismo! —ladró el señor Henchard; metió la cabeza adentro, cerró la puerta y le echó llave.

Jackie y yo nos quedamos tiesos como niños que esperan una tunda.

El señor Henchard salió de la habitación, el bolso colgando de una mano. Siguió de largo rumbo a la puerta.

Traté de detenerle.

—Señor Henchard...

—¡Pamplinas!

Jackie le tomó de un brazo, yo del otro. Entre los dos conseguimos detenerle.

—Espere —dije—. Olvida usted su,..eh, su jaula.

—Eso es lo que usted cree —rugió—. Puede quedarse con ella. ¡Comedidos! Meses me tomó construir esa casita, y más meses persuadirles de que vivieran allí. Ahora ustedes arruinaron todo. No regresarán.

—¿Quiénes? —balbuceó Jackie.

Nos clavó malignamente los ojos acuosos.

—Mis inquilinos. Ahora tendré que construir una casa nueva... ¡Ja! Pero esta vez no la dejaré al alcance de ningún comedido.

—Espere —dije—. ¿Es usted...m-mago?

El señor Henchard bufó.

—Soy un buen artesano. Es todo lo que hace falta, usted les trata bien, y ellos le tratan bien a usted. No obstante... —y los ojos le brillaron de orgullo—. No todos saben construir una casa adecuada para ellos.

Parecía estar aplacándose, pero mi siguiente pregunta sobre la identidad de ellos lo exasperó de nuevo.

—¿Quiénes son ellos? —vociferó—. La Gente Pequeña, naturalmente. Llámela como usted quiera: duendes, tragos, gnomos, geniecillos, tienen muchísimos nombres. Pero lo que quieren es un barrio tranquilo y respetable donde vivir, no fisgonas y mirones; le da mala fama a la propiedad. ¡Con razón se mudaron! Y además, pagaban el alquiler puntualmente. Aunque la Gente Pequeña siempre es así —añadió.

—¿Alquiler? —dijo tímidamente Jackie.

—Suerte —dijo el señor Henchard—. Buena suerte. ¿Con qué cree que iban a pagar? ¿Con dinero? Ahora tendré que construir otra casa para recuperar mi buena suerte.

Nos clavó una fulminante mirada de despedida, abrió la puerta con brusquedad y se marchó. Nos quedamos mirándole. El autobús se acercaba a la gasolinera al pie de la loma y el señor Henchard echó a correr.

Alcanzó el autobús, sí. Pero sólo después de haber caído de bruces.

Rodeé con el brazo a Jackie.

—Cielos —dijo ella—. Ya le volvió la mala suerte...

—No mala —señalé—. Sólo normal. Cuando alquilas una casita a los duendes consigues mucha buena suerte extra.

Nos quedamos en silencio mirándonos el uno al otro. Finalmente, sin decir una palabra, entramos en la habitación vacía del señor Henchard. La jaula seguía allí. La casa también. El letrero de alquiler también.

—Vayamos al Terry's —dije.

Nos quedamos hasta más tarde que de costumbre. Cualquiera habría dicho que no queríamos regresar porque vivíamos en una casa encantada. Y en nuestro caso era exactamente lo contrario. Nuestra casa ya no estaba encantada. Estaba horrible, desolada, fríamente vacía.

Regresamos pensativos y en silencio. Cruzamos la carretera, subimos la loma y abrimos la puerta del frente. No sé por qué, pero fuimos a echarle un último vistazo a la casa vacía. La cubierta estaba de vuelta sobre la jaula, donde yo la había dejado. Pero... ¡Tum, rrr, pop! ¡La casa estaba nuevamente habitada!

Retrocedimos y cerramos la puerta en un santiamén.

—No —dijo Jackie—. No debemos mirar. Nunca, jamás debemos mirar bajo la cubierta.

—Nunca —dije—. ¿Quién crees...?

Oímos el muy tenue murmullo de lo que parecían canciones jocundas. Estaba bien. Cuanto más felices fueran, más tiempo se quedarían. Cuando nos acostamos, soñé que bebía cerveza con Rip Van Winkle y los enanos. Siempre bebía bajo la mesa.

A la mañana siguiente llovía, pero no le dimos importancia. Estábamos convencidos de que un sol amarillo y brillante penetraba las ventanas. Canté bajo la ducha, Jackie tarareaba feliz. No abrimos la puerta del señor Henchard.

—Quizá quieran dormir hasta tarde —dije.

En el taller siempre hay ruido, pero el estrépito no aumenta demasiado aunque pase un transporte con una carga de cilindros.

A las tres de la tarde uno de los muchachos llevaba cilindros al depósito. Yo no vi ni oí nada hasta bajarme de mi acepilladora. Estaba viéndola de reojo cómo funcionaba.

Esas acepilladoras son formidables. Se asientan sobre cemento, en recipientes altos y pesados donde un portentoso monstruo metálico —la acepilladora en sí— se desliza hacia adelante y hacia atrás.

Me eché hacia atrás, vi que se acercaba el transporte y me aparté del camino con un elegante paso de vals. El conductor viró, los cilindros cayeron, y yo di esta vez un paso no tan elegante que terminó cuando me choqué los muslos contra el borde del recipiente y di un salto mortal pulcro y casi suicida. Cuando aterricé, estaba atascado en el recipiente metálico, mirando el cepillo mecánico que se me venía encima. Nunca en la vida había visto nada que se moviera tan rápido.

Todo terminó antes que me diera cuenta. Yo forcejeaba para salir de allí, los hombres aullaban, el cepillo bramaba sediento de sangre, y las cabezas de los cilindros rodaban por todo el lugar. Luego se oyó el penoso chirrido de engranajes y levas destrozados. El cepillo se detuvo. El corazón me dio un brinco.

Después de cambiarme fui a buscar a Jackie para salir. Mientras viajábamos en el autobús le conté lo ocurrido.

—Una suerte increíble. O un milagro. Uno de esos cilindros chocó la acepilladora justo en el lugar apropiado. La acepilladora quedó destrozada, pero yo no. Creo que tendríamos que escribir una nota de agradecimiento a nuestros inquilinos...

Jackie asintió, profundamente convencida.

—Es la suerte con que nos pagan, Eddie. ¡Además, celebro que nos pagaran por adelantado!

—Salvo que en la fábrica no estaré en la lista de pagos hasta que se arregle el cilindro —dije.

Llegamos a casa con tormenta. Oímos un estrépito en el cuarto del señor Henchard, más potente que cualquier ruido que jamás haya salido de la jaula. Corrimos arriba y descubrimos que la ventana estaba abierta. La cerré. El paño de cretona casi había volado de la jaula, y yo empecé a colocarlo en su sitio. Jackie estaba a mi lado. Observamos la casa diminuta; mi mano no terminó el gesto.

El letrero había desaparecido de la puerta. La chimenea humeaba. Las persianas estaban cerradas como de costumbre, pero además había otros cambios.

Había un tenue olor a comida, parece que era carne rancia con hierbajos... Venía inequívocamente de la casita. En el porche antes immaculado había un bote de basura abollado, y un minúsculo canasto naranja con minúsculas latas sucias y lo que indudablemente eran botellas de licor vacías. Había una botella de leche al lado de la puerta, llena de un líquido lavanda y bilioso. Aún no la habían entrado, y tampoco el diario de la mañana. Por cierto que no era el mismo periódico. El carácter alarmista de los titulares indicaba que era un diarucho sensacionalista.

Una cuerda para tender ropa había sido instalada entre una columna del porche y una esquina de la casa. Todavía no había ropa colgada.

Tapé bruscamente la jaula y seguí a Jackie hasta la cocina.

—¡Dios mío! —exclamé.

—Tendríamos que haber pedido referencias —jadeó ella—. ¡Esos no son nuestros inquilinos!

—No son los que teníamos antes —convine—. Es decir, los que tenía el señor Henchard. ¿Has visto ese bote de basura en el porche?

—¿Y la cuerda para tender ropa... Qué... Qué vulgar.

—Jukes, Kallikaks y Jeeter Lesters. Este no es El Camino del Tabaco*.

Jackie tragó saliva.

—El señor Henchard dijo que no regresarían, ¿recuerdas?

—Sí, pero, bien...

Ella asintió lentamente, como si empezara a comprender.

—Dime —le dije.

—No sé. Sólo que el señor Henchard dijo que la Gente Pequeña quería un barrio tranquilo y respetable. Y la ahuyentamos. Apuesto a que le han dado a la jaula —a la zona— una mala reputación. Los duendes más refinados no vivirán allí. Es... Caramba, quizá sea un barrio bajo.

—Estás loca de remate.

—No. Tiene que ser así. Es lo que decía el señor Henchard. Dijo que tendría que construir una casa nueva. La gente respetable no se muda a un barrio malo. Tenemos duendes vulgares, es todo.

La miré boquiabierto.

—Aja. Como los que viven en inquilinatos. Apuesto a que tienen una cabra chiflada en la cocina —balbuceó Jackie.

—Bien —dije—, no estoy dispuesto a tolerarlo. Los desalojaré. Les... Les echaré agua por la chimenea. ¿Dónde está la tetera?

Jackie me contuvo.

—¡No, no lo hagas! No podemos desalojarlos, Eddie. No debemos. Pagan el alquiler —dijo. Y entonces recordé.

—El cepillo mecánico...

—Exacto —enfaticó Jackie, hundiéndome los dedos en los bíceps—. Hoy habrías muerto si no hubieras tenido un poco de suerte extra. Tal vez sean ordinarios, pero pagan el alquiler.

Comprendí.

—Pero sin embargo la suerte del señor Henchard era diferente... ¿Recuerdas cuando pateó esa roca en la escalera, y los escalones cedieron? Para mí es más duro. Me caigo en la acepilladora y un cilindro rebota y detiene la máquina, pero estaré sin trabajar hasta que la reparen. Al señor Henchard nunca le ocurrió nada semejante.

—Tenía mejores inquilinos —explicó Jackie con un destello en los ojos—. Si el señor Henchard se hubiera caído en la acepilladora, estoy segura de que habría saltado un fusible. Nuestros inquilinos son duendes chapuceros, así que nos toca una buena suerte chapucera.

—Se quedan —dije—. Somos dueños de una zona mal reputada. Larguémonos de aquí y vamos al Terry's a tomar un trago.

Nos abotonamos los abrigos y partimos, respirando el aire fresco y húmedo. La tormenta arreciaba aún más, yo había olvidado la linterna, pero no quería regresar a buscarla. Bajamos la loma hacia las luces apenas visibles del restaurante.

Estaba oscuro. No podíamos ver mucho en la tormenta. Probablemente por eso no reparamos en el autobús hasta que se nos vino encima, los faros casi invisibles en medio del oscurecimiento.

Empujé a Jackie a un lado, pero patiné en el cemento húmedo y los dos caímos de bruces. Sentí el choque del cuerpo de Jackie, y poco después braceábamos en la fosa barrosa al lado de la carretera mientras el autobús seguía de largo, rugiendo.

Nos arrastramos fuera y caminamos hasta el restaurante. El mozo nos miró sorprendido, soltó una exclamación y nos preparó un trago sin que lo pidiéramos.

—Incuestionablemente nos salvaron la vida —dije.

—Sí —convino Jackie, sacándose lodo de las orejas—. Pero al señor Henchard no le habría ocurrido así. El mozo meneó la cabeza.

—¿Te caíste en la fosa, Eddie? ¿Y tú, también? ¡Mala suerte!

—Mala no —murmuró Jackie—. Buena. Pero chapucera —alzó la copa y me observó con la cara tristonada y enlodada. Hice tintinear mi copa contra la suya.

—Bien —dije—. Por nuestra suerte...

LO QUE NECESITA

Eso decía el letrado. Tim Carmichael, que trabajaba para un periódico comercial especializado en economía y ganaba un magro salario vendiendo artículos exagerados y falsos a diarios sensacionalistas, no detectaba ninguna 'historia' en las letras invertidas. Le pareció un truco publicitario barato, algo infrecuente en Park Avenue, donde los frentes de las tiendas se distinguen por su dignidad clásica. Y se irritó.

Refunfuñó en silencio, siguió caminando, de pronto se volvió y regresó. No tuvo fuerzas para resistir la tentación de descifrar la frase, a pesar de que su fastidio aumentaba. Se detuvo ante el escaparate, miró hacia arriba y masculló:

—"Tenemos lo que necesita". ¿De veras?

Era una frase en letras prolijas y pequeñas sobre una cinta pintada de negro que se extendía a través de un panel de vidrio angosto. Abajo había uno de esos escaparates de vidrio curvo e invisible. A través del vidrio Carmichael pudo ver una profusión de terciopelo blanco, con unos pocos objetos dispuestos cuidadosamente. Un clavo oxidado, un zapato para nieve y una tiara de diamantes. Parecía un decorado de Dalí para Cartier o Tiffany.

—¿Joyeros? —preguntó Carmichael en silencio—. ¿Pero por qué 'lo que necesita'? —imaginó millonarias angustiadas por falta de un collar de perlas adecuado, herederas sollozando desconsoladamente por carecer de unos cuantos zafiros. El principio de la venta de artículos de lujo era manejar hábilmente la oferta y la demanda; poca gente necesitaba diamantes. Simplemente los querían y no podían costárselos.

—O quizá vendan lámparas de Aladino —concluyó Carmichael—. O varitas mágicas. Pero es el mismo principio de una feria de diversiones. Una trampa para incautos. Anuncia Lo-que-Sea y la gente pagará para entrar. Por dos centavos...

Esa mañana estaba deprimido y disgustado con el mundo en general. La perspectiva de un chivo emisario era atractiva, y la credencial de periodista le daba ciertas ventajas. Abrió la puerta y entró.

Sí, era típicamente Park Avenue. No había exhibidores ni mostradores. Bien podía tratarse de una galería de arte, pues había una serie de óleos interesantes expuestos en las paredes. Carmichael tuvo la sensación de encontrarse en medio de un lujo abrumador, con la lóbreguez de un palacio deshabitado.

Por unos cortinados del fondo salió un hombre muy alto de pelo blanco cuidadosamente peinado, cara rojiza y saludable y ojos azules y penetrantes. Tendría unos sesenta años. Vestía ropa de tweed cara pero descuidada, lo cual de algún modo contrastaba con el decorado.

—Buenos días —dijo el hombre, echando una rápida ojeada a las ropas de Carmichael, y al parecer se sorprendió levemente—. ¿En qué puedo servirle? ¿Puedo serle útil?

—Tal vez —Carmichael se presentó y mostró su credencial.

—Oh. mi nombre es Talley. Peter Talley.

—He visto el letrado.

—¿Oh?

—Nuestro diario siempre está a la pesca de posibles artículos. No había visto antes esta tienda...

—Hace años que estoy aquí —dijo Talley.

—¿Es una galería de arte?

—Bien... No.

La puerta se abrió. Un hombre rubicundo entró y saludó cordialmente a Talley. Carmichael, reconociendo al cliente, sintió que su opinión de la tienda mejoraba rápidamente. El hombre rubicundo era un Nombre, todo un personaje.

—Tal vez me apresuré, señor Talley —dijo—, pero estaba impaciente. ¿Ha tenido tiempo de conseguir...lo que yo necesitaba?

—Oh, sí, Lo tengo. Un momento —Talley atravesó los cortinados y regresó con un envoltorio pequeño y prolijo que entregó al hombre rubicundo. Este último le entregó un cheque y se marchó. Carmichael tragó saliva cuando logró atisbar la cantidad. El coche del hombre estaba frente a la puerta.

Carmichael se acercó para observar afuera. El hombre rubicundo parecía ansioso. El chofer esperó con estolidez mientras el hombre abría el envoltorio con dedos apresurados.

—No estoy seguro de que me interese la publicidad, señor Carmichael —dijo Talley—: Tengo una clientela selecta, cuidadosamente escogida...

—Quizá nuestros boletines económicos semanales le interesen a usted.

Talley trató de no reír.

—Oh, no lo creo. Realmente no está en mi línea.

El hombre rubicundo terminó de abrir el envoltorio y sacó un huevo. Por lo que Carmichael podía ver desde la puerta, no era más que un huevo ordinario. Pero su poseedor lo contemplaba casi con respeto, con tanta satisfacción como si la última gallina de la Tierra hubiera muerto diez años atrás. Una especie de alivio profundo afloró a la cara bronceada.

Le dijo algo al chofer, y el coche arrancó suavemente y desapareció.

—¿Tiene algo que ver con granjas? —preguntó Carmichael a boca de jarro.

—No.

—¿Le importaría decirme cuál es su especialidad?

—Más bien temo decírselo —dijo Talley. Carmichael empezó a oler una historia.

—Desde luego, podría averiguarlo a través de la Oficina de Negocios Exclusivos... ^No podría.

—¿No? Quizás a ellos les interese saber por qué un huevo vale cinco mil dólares para un cliente.

—Mi clientela es tan exigua —dijo Talley— que debo cobrar tarifas elevadas. Usted sabrá que hubo un mandarín chino que pagaba miles de tael por huevos de antigüedad incuestionable.

—Ese fulano no era un mandarín chino —dijo Carmichael.

—Oh, bien. Como le digo, no me interesa la publicidad.

—Yo creo que sí. Estuve un tiempo en ese oficio. Escribir el letrero al revés tiene el obvio propósito de atraer clientes.

—Entonces es usted mal psicólogo —dijo Talley—. Simplemente puedo costearme los caprichos. Durante cinco años miré ese escaparate todos los días y leía el letrero al revés, desde dentro de la tienda. Me fastidiaba. Usted sabe que una palabra empieza a parecerle rara si la mira detenidamente mucho tiempo. Cualquier palabra. Se transforma en algo inhumano. Bueno, yo descubrí que ese letrero me estaba poniendo neurótico. Al revés no tiene sentido, pero yo me obstinaba en encontrarle alguno. Cuando empecé a repetir 'atisecen euq oí somenet' y buscarle derivaciones filosóficas, llamé a un pintor de letreros. Los interesados siguen viniendo.

—No muchos —dijo taimadamente Carmichael—. Esto es Park Avenue. Y el decorado es lujoso. Nadie con bajos ingresos, ni aun medianos, entraría aquí. Así que usted posee una tienda exclusiva.

—Bien —dijo Talley—. Así es.

—¿Y no me dirá qué vende?

—Prefiero no hacerlo.

—Tendré que averiguarlo, entonces. Podría haber pornografía, drogas, artículos de lujo robados...

—Muy probable —concedió el señor Talley—. Compró joyas robadas, las oculto en huevos y las vendo a mis clientes. O tal vez ese huevo estaba lleno de tarjetas postales francesas microscópicas. Buenos días, señor Carmichael.

—Buenos días —dijo Carmichael, y salió. Se le había hecho tarde para llegar a la oficina y sentía mucho fastidio. Había jugado un rato al detective investigando el movimiento de la tienda de Talley, y los resultados fueron más que satisfactorios...hasta cierto punto. Llegó a saber todo, menos el porqué.

A la tarde visitó nuevamente al señor Talley.

—Un momento —dijo al ver la cara de poca amistad del propietario—. ¿Qué sabe usted? Yo podría ser un cliente. Talley rió.

—Bien, ¿por qué no? —Carmichael frunció los labios—. ¿Sabe acaso el monto de mi cuenta bancaria? ¿O quizá tiene una clientela restringida?

—No. Pero...

—Estuve investigando un poco —se apresuró a decir Carmichael—. Me he fijado en los clientes suyos. En realidad los he seguido. Y he averiguado lo que compran.

Talley cambió de expresión.

—¿De veras?

—De veras. Todos tienen prisa por abrir los envoltorios. Eso me hizo interesar de un modo especial. Hice más averiguaciones. Algunos se me escaparon, pero...vi lo suficiente como para aplicar un par de reglas lógicas, señor Talley. Veamos: sus clientes no saben lo que compran. Es una especie de caja de sorpresas. Un par de ellos se asombró bastante. El hombre que abrió el envoltorio y encontró un viejo recorte periodístico, por ejemplo. ¿Y las gafas de sol? ¿Y el revólver? Probablemente ilegal, de paso..., sin licencia. Y el diamante... Debía de ser artificial, por el tamaño.

—Aja —dijo el señor Talley.

—No me creo muy listo, pero tengo olfato para las cosas raras. Casi todos sus clientes son personajes importantes, de un modo u otro. ¿Y por qué algunos de ellos no le pagaron, como el primero, el que entró esta mañana, cuando yo estaba aquí?

—Me manejo ante todo con créditos —dijo Talley—. Es una cuestión de ética profesional, de responsabilidad. Verá usted, vendo mis...mercaderías...con cierta garantía. Sólo se pagan si el producto es satisfactorio.

—Bien. Un huevo. Gafas de sol. Un par de guantes de amianto, creo. Un recorte de diario. Un revólver. Y un diamante. ¿Cómo lleva el inventario?

Talley no dijo nada. Carmichael sonrió.

—Tiene usted un mandadero —continuó—. Lo envía afuera y él vuelve con paquetes. Tal vez va a un almacén de Madison y compra un huevo. O a una casa de empeños de la Sexta y compra un revólver. O...en fin, le dije que averiguaría cuál es su negocio.

—¿Y lo averiguó? —preguntó Talley:

—'Tenemos lo que necesita' —dijo Carmichael—. ¿Pero cómo lo sabe?

—Sus conclusiones son apresuradas.

—Me duele la cabeza (¡no llevaba gafas de sol!) y no creo en la magia. Escuche, señor Talley. Estoy hasta la coronilla de las tiendas raras que venden cosas insólitas. Sé demasiado sobre ellas... He escrito sobre ellas. Un fulano va por la calle y ve una tienda curiosa y el propietario no le atiende porque sólo trabaja con chiflados o bien le vende un hechizo ambiguo. ¡Bah...

—Nimh —dijo Talley.

—Todo el 'nimh' que usted quiera. Pero no puede escapar a la lógica. O bien tiene aquí algo provechoso y sensato, o bien es una de esas tiendas mágicas para embaucar incautos...y no lo creo. Porque no es lógico.

—¿Por qué no?

—Por razones económicas —dijo Carmichael sin rodeos—. Aceptemos la idea de que usted tenga poderes misteriosos... Digamos que fabrica artefactos telepáticos. Muy bien. ¿Para qué diablos iba a instalar una tienda para vender los artefactos y hacer dinero y ganarse la vida? Simplemente se colocaría uno, leería la mente de un corredor de bolsa y compraría las acciones adecuadas. Esa es la falacia intrínseca de esos negocios

exóticos... Si tiene el dinero suficiente para proveer, equipar y dirigir semejante tienda, ante todo no necesita dedicarse a eso. ¿Para qué tantas vueltas?

Talley calló. Carmichael sonrió astutamente.

—"A menudo me pregunto qué compran los vinateros que valga siquiera la mitad de lo que venden" —citó—. Bien, ¿qué compra usted? Sé lo que vende: huevos y gafas...

—Es usted un hombre inquisitivo, señor Carmichael —murmuró Talley—. ¿Ha pensado que puede estar metiendo las narices donde no debe?

—Tal vez sea un cliente —insistió Carmichael—. ¿Qué le parece?

Los ojos azules de Talley relampaguearon. Una luz nueva los iluminó. Talley frunció los labios y arrugó el entrecejo.

—No lo había pensado —admitió—. Es posible. Dadas las circunstancias. ¿Me perdona un momento?

—Por supuesto —dijo Carmichael—. Adelante.

Talley atravesó los cortinados.

Afuera el tráfico se deslizaba perezosamente por Park Avenue. Mientras el sol se hundía más allá del Hudson, la calle yacía en una penumbra azul que trepaba imperceptiblemente por las barricadas de los edificios. Carmichael miró el letrero —TENEMOS LO QUE NECESITA— y sonrió.

En una trastienda, Talley aplicó el ojo a una placa binocular y movió una perilla calibrada. Lo hizo varias veces. Luego, mordiéndose los labios —pues era un hombre sensible— llamó al mandadero y le dio instrucciones. Después se reunió nuevamente con Carmichael.

—Usted es cliente, en efecto —dijo—. Bajo ciertas condiciones.

—¿Se refiere a las condiciones de mi cuenta bancaria?

—No —dijo Talley—. Le ofreceré tarifas reducidas; comprenda una cosa: tengo de veras lo que usted necesita. Usted no sabe lo que necesita, pero yo sí sé, Y bien..., se lo venderé por...digamos cinco dólares.

Carmichael buscó la billetera. Talley le contuvo con un gesto.

—Págueme después, si queda satisfecho. Y el dinero es sólo la parte nominal de la tarifa. Hay otra parte. Si queda satisfecho, quiero que me prometa que no se acercará otra vez a esta tienda y nunca se la mencionará a nadie.

—Entiendo —dijo lentamente Carmichael; sus teorías habían cambiado ligeramente.

—No tardará mucho... Ah, ahí está.

Un timbrado en la trastienda indicó el regreso del mandadero. Talley pidió excusas y desapareció. Pronto volvió con un envoltorio muy prolijo que puso en las manos de Carmichael.

—Llévelo siempre con usted —dijo Talley—. Buenas tardes.

Carmichael asintió. Guardó el paquete y salió. Llamó un taxi —pues se sentía con dinero— y fue a un bar que conocía. Allí, en la penumbra de un rincón, abrió el paquete.

Un soborno, dedujo. Talley le pagaba para que se calle la boca, fuera cual fuese su negocio. Bien, vivir y dejar vivir. ¿Cuánto sería...? ¿Diez mil? ¿Cincuenta mil? ¿Será muy grande la organización?

Abrió una caja de cartón oblonga. Adentro, envueltas en papel de seda, había un par de tijeras, el filo protegido por una funda de cartón plegado y engomado.

Carmichael refunfuñó. Bebió el whisky con soda y pidió otro, pero no llegó a probarlo. Miró la hora y pensó que la tienda de Park Avenue habría cerrado y el señor Peter Talley se habría ido.

—"...que valga siquiera la mitad de lo que venden" —dijo Carmichael—. Tal vez son las tijeras de Átropos. Bah —desenfundó las tijeras e hizo un par de cortes en el aire. No ocurrió nada. Las mejillas levemente carmesíes, Carmichael envolvió de nuevo las tijeras y se las guardó en el bolsillo del abrigo. ¡Lo habían engatusado!

Decidió visitar al señor Peter Talley al día siguiente.

Entretanto, ¿qué? Recordó que había invitado a cenar a una chica de la oficina, se apresuró a pagar y salió. Las calles ya estaban oscuras, y un viento frío soplaba hacia el sur desde el Park. Carmichael se ciñó la bufanda alrededor del cuello y le hizo señas a un taxi.

Estaba bastante fastidiado.

Media hora más tarde, un hombre delgado de ojos tristes —Jerry Worth, uno de los dactilógrafos de la oficina— le saludó en el bar donde Carmichael estaba matando el tiempo.

—¿Esperas a Betsy? —preguntó Worth, cabeceando hacia el restaurante anexo—. Me pidió que viniera a avisarte que no podía venir. Un trabajo urgente de última hora. Disculpas y demás. ¿Dónde estuviste hoy? Las cosas se embarullaron un poco. Bebe un trago conmigo.

Pidieron whisky. Carmichael ya estaba ligeramente rígido. El carmesí opaco de las mejillas se le había vuelto encendido, y tenía una expresión decididamente hostil.

—Lo que necesita —comentó—. Estafador...

—¿Eh? —dijo Worth.

—Nada. Bebe. He decidido crearle problemas a un fulano, si puedo.

—Hoy casi te creas problemas tú mismo. Ese análisis de los depósitos mineros...

—Huevos. ¡Gafas!

Te he sacado de un brete...

—Cállate —dijo Carmichael y pidió otra ronda. Cada vez que sentía el peso de las tijeras en los bolsillos se ponía a murmurar.

Cinco whiskies más tarde Worth dijo, quejumbroso:

—No me molesta hacer buenas acciones, pero me gusta mencionarlas. Y tú no me dejas. Sólo pido un poco de gratitud.

—De acuerdo, menciónalas —dijo Carmichael—. Despáchate a gusto. ¿A quién le importa? Worth pareció satisfecho.

—Ese análisis de minerales... Fue por eso. Hoy no estuviste en la oficina, pero lo pesqué a tiempo. Cotejé nuestras listas y habías cometido un error con Trans-Acero. Si yo no hubiese corregido las cifras, todo habría ido a imprenta...

—¿Qué?

—Trans-Acero. Ellos...

—Imbécil —rezongó Carmichael—. Ya sé que no coincidía con las cifras de la oficina. Me proponía añadir una nota para hacerlas cambiar. Recibí mi información de buena fuente. ¿Por qué no te ocupas de tus asuntos?

Worth parpadeó.

—Trataba de ayudar.

—Me habría venido bien para un aumento de cinco dólares —dijo Carmichael—. Después de todas las investigaciones que hice para obtener los datos auténticos... Escucha, ¿lo habrán mandado ya a imprenta?

—No sé. Tal vez no. Croft todavía estaba cotejando la copia...

—¡Bien! —dijo Carmichael, manoteando la bufanda—. La próxima vez...

Saltó del taburete y se dirigió a la puerta seguido por el confundido Worth. Diez minutos más tarde estaba en la oficina escuchando a Croft, que le explicaba que la copia ya había sido enviada a imprimir.

—¿Tiene importancia? ¿Había... De paso, ¿dónde has estado?

—Bailando en el Arcoiris —rugió Carmichael, y se marchó. Había pasado del whisky de cebada a cócteles de whisky, y naturalmente el aire fresco no bastó para despejarlo. Tambaleando y observando cómo ondulaba la acera cuando él parpadeaba, se detuvo y reflexionó.

—Lo siento, Tim —dijo Worth—. Pero ya es demasiado tarde. No habrá problemas. Tienes derecho a guiarte por los datos de la oficina.

—Detenme ahora —protestó Carmichael—. Entrometido —estaba furioso y borracho. Impulsivamente tomó otro taxi y se dirigió a la imprenta, siempre con el desconcertado Jerry Worth a la rastra.

Un golpeteo rítmico atronaba el edificio. El movimiento acelerado del taxi había mareado a Carmichael; le dolía la cabeza, el alcohol se le estaba filtrando en la sangre. La atmósfera caliente, con olor a tinta, era desagradable. Las grandes linotipos pistoneaban y gruñían. Los hombres se movían de un lado a otro. Todo era ligeramente pesadillesco, y Carmichael encogió tozudamente los hombros y siguió adelante hasta que algo lo tiró hacia atrás y empezó a estrangularlo.

Worth se puso a chillar. Gesticulaba en vano, blanco de terror.

Pero eso era parte de la pesadilla. Carmichael alcanzó a ver lo que había ocurrido. Los extremos de la bufanda se habían atascado en algún engranaje y él era inexorablemente arrastrado hacia dientes metálicos que lo triturarían. Los hombres corrían. Los clamores, golpeteos y zumbidos se apagaban. Carmichael tiró de la bufanda.

—¡...cuchillo! —gritaba Worth—. ¡Córtenla!

La alteración de valores relativos provocada por la embriaguez salvó a Carmichael. Sobrio, habría sido paralizado por el pánico. En su aturdimiento, cada pensamiento era difícil de apresar, pero claro y lúcido cuando atinaba a identificarlo. Recordó las tijeras y se puso la mano en el bolsillo. Las hojas se deslizaron fuera del cartón y Carmichael cortajeó la tela con movimientos apresurados y vacilantes.

La seda blanca desapareció. Carmichael se palpó el borde deshilachado que le ceñía la garganta y sonrió con cierta rigidez.

El señor Peter Talley tenía esperanzas de que Carmichael no regresara. Las probabilidades habían indicado dos variantes posibles: en una, todo salía bien; en la otra...

La mañana siguiente Carmichael entró en la tienda y extendió un billete de cinco dólares. Talley lo aceptó.

—Gracias, pero no era necesario que se molestara. Podría haber enviado un cheque por correo.

—Podría. Sólo que eso no me habría aclarado lo que querría saber.

—No —dijo Talley, y suspiró resignado—. Está...decidido, ¿verdad?

—¿Qué haría usted? —preguntó Carmichael—. Anoche... ¿Sabe lo que ocurrió?

—Sí.

—¿Cómo?

—Nada pierdo con decírselo —dijo Talley—. Lo averiguaría de un modo u otro. Es indudable.

Carmichael se sentó, encendió un cigarrillo y asintió.

—Lógica. Usted pudo haber preparado ese pequeño accidente, por cualquier medio. Betsy Hoag decidió cancelar nuestra cita de ayer a la mañana. Antes que yo lo viera a usted. Ese fue el primer eslabón de la cadena de incidentes que condujo al accidente. Ergo, usted sabía de algún modo lo que ocurriría.

—Lo sabía.

—¿Precognición?

—Mecánica. Vi que la máquina lo trituraría...

—Lo cual implica un futuro alterable.

—Por cierto —dijo Talley, aflojando los hombros—. Hay innumerables variantes posibles del futuro. Diferentes líneas de probabilidad. Todas dependen de los resultados de diversas crisis que van surgiendo. Soy experto en varias ramas de electrónica. Hace algunos años, casi por accidente, tropecé con la fórmula para ver el futuro.

—¿Qué...?

—Ante todo, implica una focalización personal del individuo. En cuanto usted entra en este lugar —hizo un gesto—, entra en el haz de mi cámara. En mi trastienda tengo la máquina. Haciendo girar una perilla calibrada, entreveo los futuros posibles. A veces hay muchos. Como si por momentos ciertas emisoras no transmitieran. Miro mi pantalla, veo lo que usted necesita...y se lo proveo.

Carmichael soltó humo por la nariz. Observó las volutas azules con los ojos entornados.

—¿Sigue usted toda la vida de un hombre..., en triplicado o cuadruplicado o lo que fuere?

—No —dijo Talley—. Tengo ajustado el aparato de modo que es sensible a las curvas críticas. Cuando sobrevienen, las sigo más allá y veo qué líneas probabilísticas se relacionan con la supervivencia y felicidad del sujeto.

—Las gafas, el huevo y los guantes...

—El señor...eh, Smith —dijo Talley— es uno de mis clientes regulares. Cuando supera exitosamente una crisis, con mi ayuda, regresa para un nuevo examen. Localizo su próxima crisis y le proveo de lo que necesitará para afrontarla. Le di los guantes de amianto. Dentro de un mes se le presentará una situación en la que tendrá que manipular una barra de metal al rojo vivo. Es artista. Sus manos...

—Entiendo. Así que no siempre se trata de la vida...

—Claro que no —dijo Talley—. La vida no es el único factor decisivo. Una crisis aparentemente menor puede desembocar en...bueno, divorcio, neurosis, acciones erróneas y pérdida de cientos de vidas, indirectamente. Aseguro la vida, la salud y la felicidad.

—Es usted altruista. ¿Pero por qué el mundo entero no llama a sus puertas? ¿Por qué limita su trabajo a unos pocos?

—No tengo tiempo ni equipo.

—Se podrían construir más máquinas.

—Bueno —dijo Talley—, casi todos mis clientes son ricos. Tengo que vivir.

—Podría leer las cotizaciones de bolsa de mañana si quisiera plata —dijo Carmichael—. Volvemos a la vieja cuestión. Si alguien tiene poderes milagrosos, ¿por qué se contenta con ser dueño de una tienda?

—Razones económicas. Yo...eh, no soy amante del juego.

—No sería jugar —recalcó Carmichael—. "A menudo me pregunto qué compran los vinateros..." ¿Qué gana usted con todo esto?

—Satisfacción —dijo Talley—. Llámelo así.

Pero Carmichael no estaba satisfecho. Barajó mentalmente las posibilidades. ¿Conque asegurar, —eh? La vida, la salud y la felicidad.

—¿Y qué dice de mí? ¿Habrá otra crisis en mi vida?

—Probablemente. Bueno, no es forzoso que se relacione con peligros personales.

—Entonces soy un cliente permanente.

—Yo...No...

—Escuche —dijo Carmichael—. No trato de aprovecharme. Le pagaré. Le pagaré bien. No soy rico, pero sé exactamente hasta qué punto me sería útil un servicio como éste. Basta de preocupaciones...

—No podría ser...

—Oh, vamos. No soy un chantajista ni nada por el estilo. No le estoy amenazando con publicidad, si eso teme. Soy un hombre común, no un villano de melodrama. ¿Le parezco peligroso? ¿De qué tiene miedo?

—Usted es un hombre común, sí —admitió Talley—. Sólo que...

—¿Por qué no? —insistió Carmichael—. No le molestaré.

Pude superar una crisis, con la ayuda de usted. En algún momento se presentará otra. Deme lo que necesito para afrontarla. Cóbreme lo que quiera. De un modo u otro

conseguiré el dinero. Prestado, si es necesario. No le molestaré en absoluto. Todo lo que le pido es que me deje visitarle cada vez que supere una crisis, para pertrecharme para la próxima. ¿Qué tiene de malo?

—Nada —dijo discretamente Talley.

—Bien, pues. Soy un hombre común. Hay una chica; se llama Betsy Hoag. Quiero casarme con ella. Irme a vivir al campo, criar niños y tener tranquilidad. Tampoco eso tiene nada de malo, ¿verdad?

—Ya era demasiado tarde cuando usted entró hoy en la tienda —dijo Talley.

Carmichael lo miró fijo.

—¿Por qué? —vociferó.

Una chicharra zumbó en la trastienda. Talley atravesó el cortinado y regresó casi inmediatamente con un paquete. Se lo dio a Carmichael.

Carmichael sonrió.

—Gracias —dijo—. Muchísimas gracias. ¿Tiene idea de cuándo se presentará la próxima crisis?

—En una semana.

—¿Le importa si...? —Carmichael estaba abriendo el envoltorio; sacó un par de zapatos con suela de plástico y miró a Talley desconcertado.

—¿Conque necesitaré...zapatos, eh?

—Sí.

—Supongo... —Carmichael titubeó—. Supongo que usted no me dirá por qué.

—No, no se lo diré. Pero asegúrese de usarlos cada vez que salga.

—No se preocupe por eso. Y...le enviaré un cheque. Tal vez tarde un poco en juntar el dinero, pero se lo enviaré. ¿Cuánto?

—Quinientos dólares.

—Le enviaré el cheque hoy mismo.

—Prefiero no aceptar el pago hasta que el cliente esté satisfecho —dijo Talley; tenía un aire más reservado, los ojos azules lucían fríos y distantes.

—Como prefiera —dijo Carmichael—. Saldré a celebrar. ¿Usted...bebe?

—No puedo abandonar la tienda.

—Bien, adiós. Y gracias de nuevo. No seré un estorbo para usted. ¡Se lo prometo! —se volvió.

Talley se quedó mirándole con una sonrisa amarga y sombría. No respondió al adiós de Carmichael. No, entonces.

Cuando Carmichael salió, Talley fue a la trastienda y entró por la puerta donde estaba la pantalla.

Un período de diez años puede abarcar una multitud de cambios. Un hombre con un poder tremendo a su alcance se puede transformar, en ese lapso, de alguien que no se atrevía en alguien a quien le importan un comino los valores morales.

La transformación de Carmichael no fue acelerada. Habla en favor de su integridad el hecho de que tardara diez años en olvidar cuanto se le había inculcado. El día que visitó por primera vez a Talley había poca maldad en él. Pero la tentación se intensificó semana tras semana, visita tras visita. Talley, por razones personales, se contentaba con aguardar ociosamente a su clientela ocultando las potencialidades inconcebibles de su máquina bajo un manto de funciones triviales. Pero Carmichael no estaba satisfecho.

El día tardó diez años en llegar, pero al fin llegó.

Talley estaba sentado en la trastienda, de espaldas a la puerta. Echado en una vieja mecedora, enfrentaba la máquina. Había cambiado poco en el espacio de una década. Aún cubría casi dos paredes enteras, y el ocular de la cámara relucía bajo los tubos fluorescentes.

Carmichael miró codiciosamente el ocular. Era la puerta abierta a un poder jamás soñado por hombre alguno. Una fortuna inimaginable esperaba dentro de esa abertura diminuta. Los derechos sobre la vida y la muerte de cada hombre. Y nada se interponía entre ese futuro fabuloso y él mismo, salvo el hombre que estaba sentado frente a la máquina.

Talley no pareció oír los pasos sigilosos ni el rechinar de la puerta a sus espaldas. No se movió cuando Carmichael levantó el arma lentamente. Cualquiera habría dicho que jamás había sospechado lo que ocurriría, o por qué, o por causa de quién, cuando Carmichael le perforó la cabeza.

Talley suspiró y tiritó e hizo girar la perilla. No era la primera vez que el ocular le mostraba su cuerpo inerte al vislumbrar un panorama de probabilidades, pero jamás podía ver cómo se desplomaba esa figura familiar sin sentir una ráfaga indescriptiblemente fría que lo rozaba desde el futuro.

Se levantó, y luego se recostó en la mecedora. Miraba pensativamente un par de zapatos de suela áspera que yacían en la mesa. Se quedó un rato sentado, observando los zapatos, siguiendo con la mente a Carmichael, que caminaba calle abajo hacia la noche, y hacia el día siguiente, y hacia esa crisis inminente que dependería de que él pisara con firmeza el andén del metro cuando un tren pasara al lado de Carmichael un día de la semana siguiente.

Esta vez Talley había enviado al mensajero en busca de dos pares de zapatos. Había titubeado mucho una hora antes, para decidirse entre el par de suela áspera y el de suela lisa. Pues Talley era humano, y muchas veces su trabajo le resultaba desagradable. Pero esta vez había terminado por entregarle a Carmichael el par de suela lisa.

Suspiró y se inclinó nuevamente ante el ocular. Hizo girar la perilla para enfocar otra vez la escena que ya había observado antes.

Carmichael, de pie en un andén de la estación atestada que relucía como aceitoso, humedecido tal vez por alguna filtración. Carmichael, con los zapatos resbalosos que Talley le había elegido. Una conmoción en la multitud, un tumulto en el borde del andén. Los pies de Carmichael que patinaban frenéticos cuando el tren pasaba rugiendo.

—Adiós, señor Carmichael —murmuró Talley; era la despedida que había callado cuando Carmichael se marchó de la tienda. Fue una despedida triste, pues le daba tristeza el Carmichael de hoy, que no merecía ese fin. Ahora no era un villano de melodrama cuya muerte se pudiera presenciar con frialdad. Pero el Tim Carmichael de hoy tenía que saldar la deuda del Carmichael de diez años después, y había que arreglar cuentas.

No es bueno tener poder de vida y muerte sobre el prójimo. Peter Talley sabía que no era bueno... Pero ese poder le había caído en las manos. No lo había buscado. Le parecía que la máquina había evolucionado casi por accidente mientras cobraba forma gracias a sus dedos expertos y su mente experta.

Al principio lo había desconcertado. ¿Cómo utilizar semejante artefacto? ¿Qué peligros, que terribles potencialidades yacían en ese Ojo que podía ver a través del velo del futuro? La responsabilidad era suya, y lo preocupó bastante hasta que la respuesta se hizo presente. Y después de saber la respuesta...bien, la preocupación se ahondó más aún. Pues Talley era un hombre recto.

No podía haberle dicho a nadie por qué razón era dueño de una tienda. Satisfacción, se lo había dicho a Carmichael. Y a veces había realmente una profunda satisfacción. Pero otras veces, como ésta, solamente había consternación y humildad. Especialmente humildad.

Tenemos lo que necesita. Sólo Talley sabía que el mensaje no estaba dirigido a los individuos que entraban a la tienda. En realidad era un mensaje impersonal, un mensaje

referido al mundo; el mundo cuyo futuro estaba siendo cuidadosa y afectuosamente remodelado bajo la guía de Peter Talley.

El alineamiento principal del futuro no era fácil de alterar. El futuro es una pirámide que se construye lentamente, ladrillo por ladrillo. Y ladrillo por ladrillo Talley tenía que alterarlo. Habían ciertos hombres que eran necesarios, hombres que podían crear y construir, hombres que tenían que ser salvados.

Talley les daba lo que necesitaban.

Pero inevitablemente había otros cuyos fines eran malignos. A esos Talley les daba lo que el mundo necesitaba: la muerte.

Peter Talley no había solicitado ese poder terrible, pero le habían puesto las llaves en las manos y no se atrevía a delegar semejante autoridad en cualquier otro hombre. A veces se equivocaba.

Se sentía un poco más seguro desde que se le había ocurrido el símil de la llave. La llave del futuro. Una llave que había sido puesta en sus manos.

Se reclinó en la mecedora al recordarlo y buscó un libro viejo y gastado, que se abrió dócilmente en un pasaje familiar.

Una vez más los labios de Peter Talley se movieron en una nueva lectura del pasaje, en el fondo de la tienda de Park Avenue:

Y en verdad te digo que eres Pedro...

Y te daré las llaves del Reino de los Cielos...

ABSALON

Joel Locke regresó al atardecer de la universidad donde daba cátedra de psiconámica. Entró silenciosamente en la casa por una puerta lateral y se quedó escuchando. Era un cuarentón alto, de labios delgados, con una sonrisa ligeramente sardónica y ojos grises y distantes. Oí'a el zumbido del precipitrón. Eso significaba que Abigail Schuler, el ama de llaves, se ocupaba de sus tareas. Locke sonrió ligeramente y se volvió hacia un panel de la pared, que se abrió cuando él se acercó.

El pequeño ascensor lo llevó calladamente arriba. Allí se movió con extraño sigilo. Fue directamente hacia una puerta en el fondo del vestíbulo y se detuvo, la cabeza gacha, los ojos extraviados. No oía nada. Luego abrió la puerta y entró en la habitación.

Instantáneamente la sensación de inseguridad le asaltó de nuevo. Le paralizó. No hizo ningún gesto, aunque la boca se le frunció. Se obligó a quedarse quieto mientras miraba en tomo.

Podía haber sido la habitación de cualquier muchacho de veinte años, no de un niño de ocho. Había raquetas de tenis arrumbadas contra una pila desordenada de libros grabados. El taminizador estaba encendido, y Locke empleó el modo mecánico de encender la luz. Se volvió abruptamente. El televisor estaba apagado, pero él habría jurado que unos ojos le estaban observado desde la pantalla.

No era la primera vez que le ocurría.

Al rato Locke se volvió de nuevo y se acuclilló para examinar los carretes. Eligió uno con la etiqueta LA LÓGICA ENTROPICA SEGÚN BRIAFF y frunció el ceño mientras jugueteaba con el cilindro. Después lo guardó y salió del cuarto, pero no antes de haberle echado una última y pensativa mirada al televisor.

Abajo, Abigail Schuler tecleaba el panel de la Limpiadora Maestra. Tenía la boca menuda tan rígida como el severo mechón de cabello entrecano que le tapaba la nuca.

—Buenas noches —dijo Locke—. ¿Dónde está Absalón?

—Afuera, hermano Locke. Está jugando —dijo el ama de llaves con tono formal—. Llega usted temprano. Aún no he limpiado la sala.

—Bien, conecte los iones y ellos se encargarán —dijo Locke—. No tardará mucho. De todos modos, tengo que corregir algunos exámenes.

Se iba a marchar, pero Abigail carraspeó de un modo significativo.

—¿Bien?

—Se le ve bastante desmejorado.

—Entonces lo que necesita es jugar al aire libre —dijo Locke concisamente—. Lo enviaré a un campamento de verano.

—Hermano Locke —dijo Abigail—, no entiendo por qué no lo deja ir a Baja California. Se muere por ir. Usted le dejó estudiar antes todas las materias difíciles que él quería. Ahora se lo prohíbe. Sé que no me concierne, pero le noto ansiedad.

—La ansiedad sería peor si yo le dijera que sí. Tengo mis razones para no permitirle estudiar lógica entrópica. ¿Sabe usted lo que implica eso?

—No sé... Usted sabe que no sé. No soy una mujer instruida, hermano Locke. Pero Absalón es brillante como un botón.

Locke gesticuló con impaciencia.

—Tiene usted ocurrencias geniales —dijo—. ¡Brillante como un botón!

Encogiéndose de hombros, se dirigió a la ventana y observó el patio de abajo, donde su hijo de ocho años jugaba al handbaü. Absalón no levantó los ojos. Parecía absorto en el juego. Pero Locke no pudo evitar que una sensación de terror frío y sigiloso le invadiera la mente, y se apretó las manos con fuerza detrás de la espalda.

Un niño que aparentaba diez años, con un nivel de madurez de veinte, pero que seguía siendo un niño de ocho.

No era fácil de gobernar. Había muchos padres con el mismo problema. La curva del diagrama que registraba el porcentaje de niños prodigio nacidos en tiempos recientes se estaba alterando. Algo había empezado a agitarse perezosamente en los cerebros de las últimas generaciones y una nueva especie, por así decirlo, estaba naciendo lentamente. Locke lo sabía bien. En su época él también había sido un niño prodigio.

Quizás otros padres encararan el problema de otro modo, pensaba tercamente. No él. El sabía qué era lo mejor para Absalón. Otros padres quizás enviaran a sus hijos-prodigio a esos institutos donde podían desarrollarse entre los de su misma especie. No Locke.

—El lugar de Absalón es éste —dijo en voz alta—. Aquí. Donde yo puedo... —notó que el ama de llaves lo estaba mirando y se encogió nuevamente de hombros, irritado, retomando la conversación que antes había interrumpido—. Claro que es brillante. Pero todavía no lo suficiente para ir a Baja California y estudiar lógica entrópica. ¡Lógica entrópica! Es demasiado para el chico. Hasta usted tendría que darse cuenta. No es como darle una golosina tras asegurarse de que hay aceite de castor en el botiquín de la sala de baño. Absalón es inmaduro. Podría ser realmente peligroso enviarlo a la Universidad de Baja California con hombres tres veces mayores. Lo sometería a esfuerzos mentales para los que aún no está preparado. No quiero que se transforme en psicópata.

Abigail frunció hurañamente la boca menuda.

—Usted le permitió aprender álgebra.

—Oh, déjeme en paz —Locke observó de nuevo al niño que jugaba en el patio, y agregó lentamente—. Creo que es hora de un nuevo contacto con Absalón.

El ama de llaves lo miró con severidad, entreabrió los labios finos y luego los cerró con un chasquido reprobatorio casi audible. Claro que ella no comprendía del todo cómo funcionaba un contacto o para qué servía. Pero sabía que en estos días había maneras de imponer la hipnosis, de forzar una mente para hurgar los pensamientos ocultos. Meneó la cabeza y apretó los labios.

—No trate de interferir en cosas que no entiende —dijo Locke—. Le digo que yo sé qué es mejor para Absalón. Está en la misma situación que yo hace treinta y tantos años.

¿Quién puede comprenderlo mejor? Llámelo adentro, por favor. Estaré en mi estudio.

Abigail lo observó alejarse y arrugó el entrecejo. Era difícil saber qué era mejor. Las costumbres actuales exigían una conducta rígida, pero a veces costaba decidir qué era lo correcto. En los viejos tiempos, después de las guerras atómicas, cuando se vivía licenciosamente y cualquiera podía actuar a su antojo, la vida debía de haber sido más fácil. Ahora, en esta vuelta brusca a una cultura puritana, había que pensar dos veces y escudriñarse el alma antes de cometer un acto dudoso.

Bien, Abigail no tenía elección esta vez. Abrió el micrófono de la pared y habló.

—¿Absalón?

—Sí, hermana Schuler.

—Entra, tu padre quiere verte.

En su estudio, Locke permaneció callado un instante, reflexionando. Luego tomó el micrófono de la casa.

—Hermana Schuler, estoy usando el televisor. Dígale a Absalón que espere.

Se sentó ante el visor privado. Movi6 las manos diestramente.

—Deme con el doctor Ryan, del Instituto de Niños An6malos de Wyoming. Le habla Joel Locke.

Mientras esperaba tendió la mano para sacar un viejo volumen encuadernado en tela de un anaquel de libros curiosos y antiguos. Leyó:

Mas Absalón envi6 espías a todas las tribus de Israel, y les advirti6: "Cuando oigáis el sonido de la trompeta, entonces diréis: Absalón reina en Hebrón..."

—¿Hermano Locke? —pregunt6 el televisor.

En la pantalla apareci6 el rostro de un hombre de cabellos blancos y facciones agradables. Locke guard6 el libro y levant6 la mano para saludar.

—Doctor Ryan, lamento seguir importunándole.

—No tiene importancia —dijo Ryan—. Me sobra tiempo. Se supone que soy supervisor del Instituto, pero los chicos lo dirigen a gusto de ellos —ri6—, ¿C6mo est6 Absalón?

—Hay un límite —dijo amargamente Locke—. Le he dado todos los gustos a! chico. Le permití hacer carrera y ahora quiere estudiar l6gica entr6pica. Hay solamente dos universidades con esa especialidad, la m6s cercana est6 en Baja California...

—Podría viajar en helic6ptero, ¿verdad? —pregunt6 Ryan, pero Locke gruñ6 reprobatoriamente.

—Demasiado tiempo. Adem6s, uno de los requisitos es alojarse en la universidad bajo un r6gimen estricto. Se supone que la disciplina, mental y f6sica, es necesaria para dominar la l6gica entr6pica. Que es dura de pelar. Tengo los rudimentos en casa, pero tuve que usar el tri-disney para llegar a visualizarlos.

Ryan ri6.

Los chicos de aqu6 se interesan en ella. Ejem..., ¿est6 usted seguro de que la ha comprendido?

Lo suficiente, s6. Lo suficiente para entender que no es algo que un chico pueda estudiar mientras no se le hayan ampliado los horizontes.

—Los de aqu6 no tienen problemas —dijo el doctor—. No olvide que Absalón es un genio, no es un ni6o com6n.

—No lo olvido. Tampoco olvido mi responsabilidad. Absalón necesita un medio dom6stico normal para no perder la seguridad en s6 mismo... Y por ese motivo no quiero que se mude ahora a Baja California. Quiero estar cerca para protegerlo.

—Hemos diferido en ese aspecto anteriormente. Todos los an6malos saben arreglárselas por cuenta propia, Locke.

—Absalón es un genio, y un ni6o. Por lo tanto, carece del sentido de la proporci6n. Tiene m6s peligros que sortear. Creo que es un grave error darles todos los gustos a los an6malos. Rehus6 enviar a Absalón a un instituto por una raz6n excelente. Juntan a todos

los niños prodigio en un montón y los dejan actuar a sus anchas. Un medio ambiente totalmente artificial.

—No discutiré. Es cosa de usted —dijo Ryan—. Apparently no quiere admitir que hay una sinusoide de genios actualmente. Un aumento constante. En otra generación...

—Yo mismo he sido un niño prodigio, pero logré sobreponerme —graznó Locke—. Ya tuve bastantes problemas con mi padre. Era un déspota, y si yo no hubiese tenido suerte él habría hecho lo posible para deformarme psicológicamente. Lo he superado, pero tuve problemas. No quiero que Absalón pase por lo mismo. Por eso estoy empleando psiconámica... Es una valiosa catarsis mental, como usted sabrá.

—¿Narcosíntesis? ¿Hipnotismo forzado?

—No es forzado —replicó Locke—. Bajo hipnosis, él me cuenta todo lo que tiene en la mente, y yo puedo ayudarlo.

—No sabía que estaba empleando eso —dijo lentamente Ryan—. No estoy seguro de que sea un procedimiento atinado.

—Yo no le indico a usted cómo dirigir el Instituto.

—Oh, no. Lo hacen los propios chicos. Muchos de ellos son más listos que yo.

—La inteligencia inmadura es peligrosa. Un chico se larga a patinar sin probar primero el espesor de la capa de hielo. No piense que quiero retener a Absalón. Simplemente hago las pruebas de antemano, para asegurarme de que la capa de hielo es firme. Yo puedo entender la lógica entrópica, pero él todavía no. Así que tendrá que esperar.

—¿Bien? Locke titubeó.

—Eh... ¿Sabe usted si sus muchachos se han estado comunicando con Absalón?

—No sé —dijo Ryan—. No interfiero en sus vidas.

—De acuerdo, yo no quiero que ellos interfieran en la mía ni en la de Absalón. Quisiera que me informe si están en contacto con él.

Hubo una pausa prolongada.

—Lo intentaré —dijo por fin Ryan—. Pero si yo fuera usted, hermano Locke, dejaría que Absalón vaya a Baja California, si lo desea.

—Sé lo que hago —dijo Locke, y cortó la comunicación. Se volvió nuevamente hacia la Biblia.

¡Lógica entrópica!

Una vez que el muchacho haya llegado a la madurez sus síntomas somáticos y fisiológicos se orientarían a la normalidad, pero entretanto el péndulo seguía oscilando peligrosamente. Absalón necesitaba un control estricto, por su propio bien.

Y últimamente el muchacho por alguna razón estaba eludiendo los contactos hipnóticos. Algo pasaba.

Pensamientos caóticos se arremolinaban en la mente de Locke. Olvidó que Absalón le esperaba. Sólo se acordó al oír la voz de Abigail anunciar que la cena estaba, servida.

Durante la cena Abigail Schuler se sentó entre padre e hijo como Átropos, dispuesta a cortar la conversación si no le gustaba. Locke sintió que su largamente reprimida irritación contra Abigail, que se creía obligada a proteger a Absalón del padre, empezaba a aflorar. Tal vez por eso sacó finalmente el tema de Baja California.

—Parece que has estado estudiando la tesis de la lógica entrópica... ¿Aún no te has convencido de que es demasiado para ti?

—No, papá —dijo Absalón, sin demostrar ninguna sorpresa—. No me he convencido.

—Los rudimentos del álgebra pueden ser fáciles para un niño. Pero una vez internado en la especialidad... He leído algo sobre lógica entrópica, hijo. Leí el libro entero, y a mí me costó bastante. Y tengo una mente madura.

—Sé que la tienes. Y sé que yo todavía no la tengo. Pero sigo pensando que podría estudiar esa materia.

—El problema es el siguiente —dijo Locke—; podrías desarrollar síntomas psicóticos si estudiaras esa cosa, y quizá no los reconocerías a tiempo. Si pudiéramos tener un contacto todas las noches, o noche de por medio, mientras estudias...

—¡Pero es en Baja California!

—Ese es el inconveniente. Si esperas mi licencia, podré acompañarte. O quizás alguna universidad más cercana inicie cursos. No quisiera parecer poco razonable. La lógica debería indicarte mis motivos.

—En efecto —dijo Absalón—. Esa parte la entiendo. La única dificultad es un imponderable, ¿verdad? Es decir, tú crees que mi mente no podría asimilar la lógica entrópica sin alteraciones, y yo estoy convencido de lo contrario.

—Exacto —dijo Locke—. Tú tienes la ventaja de conocerte a ti mismo mejor de lo que podría conocerte yo. Tu desventaja es la inmadurez, la falta de un sentido de la proporción. Y yo cuento con la ventaja de una mayor experiencia.

—Pero es la tuya, papá. ¿Puedes aplicarme los mismos valores?

—Deja que sea yo quien lo juzgue, hijo.

—Tal vez —dijo Absalón—. Pero preferiría haber ido a un instituto de anómalos.

—¿Acaso no eres feliz aquí? —preguntó Abigail, lastimada, ante lo cual el niño le dirigió una cálida mirada de afecto.

—Claro que sí, Abbie. Tú sabes que sí.

—Sería mucho menos feliz con demencia praecox —dijo sardónicamente Locke—. La lógica entrópica, por ejemplo, presupone una captación de las variaciones temporales que se encaran en problemas relacionados con la relatividad.

—Oh, eso me da dolor de cabeza —dijo Abigail—. Y si a usted le preocupa tanto que Absalón exagere su actividad mental, no tendría que hablarle de esa manera —apretó botones y deslizó los platos metálicos esmaltados en el compartimiento—. Café, hermano Locke... Leche, Absalón... Y yo tomaré té.

Locke le guiñó el ojo a su hijo, que conservó una actitud solemne. Abigail se levantó con la taza de té y se dirigió al hogar. Tomó la escobilla, barrió unas pocas cenizas, se acomodó entre los almohadones y se entibió los tobillos huesudos al fuego. Locke emitió un bostezo.

—Hasta que llegemos a una decisión, hijo, las cosas quedarán como están. No vuelvas a tocar ese libro de lógica entrópica ni nada más relacionado con el tema. ¿Correcto?

No hubo respuesta.

—¿Correcto? —insistió Locke.

—No estoy seguro —dijo Absalón tras una pausa—. En realidad, ese libro ya me ha sugerido ciertas ideas...

Mirando por encima de la mesa, Locke se sorprendió ante la incongruencia de esa mente increíblemente desarrollada en el cuerpo infantil.

—Todavía eres joven —dijo—. Unos días de diferencia no importarán. No olvides que legalmente ejerzo control sobre ti, aunque nunca lo haré sin que tú apruebes mis decisiones como justas.

—Lo que es justo para ti puede no serlo para mí —dijo Absalón, trazando dibujos con la uña en el mantel.

Locke se levantó y apoyó la mano en el hombro del muchacho.

—Lo volveremos a discutir, hasta llegar a un acuerdo. Ahora tengo que corregir exámenes. Salió.

—Lo hace por tu bien, Absalón —dijo Abigail.

—Claro que sí, Abbie —convino el niño, pero siguió pensativo.

Al día siguiente Locke dio sus clases con aire distraído y a mediodía llamó por televisor al doctor Ryan del Instituto de Wyoming. Ryan le atendió con cierta indiferencia. Dijo que

había preguntado a los chicos si se habían comunicado con Absalón, y le habían dicho que no.

—Claro que mentirían por cualquier insignificancia, si lo creen conveniente —añadió Ryan, inexplicablemente divertido.

—¿Qué le causa gracia? —preguntó Locke.

—No sé —dijo Ryan—. El modo en que ellos me toleran. A veces les soy útil, pero... Originalmente se suponía que el supervisor era yo. Ahora ellos me supervisan a mí.

—¿Lo dice de veras? Ryan se puso serio.

—Siento un tremendo respeto por los niños anómalos. Y creo que usted comete un gravísimo error con su hijo. He estado en casa de usted, hace un año. Es la casa de usted. Sólo una habitación le pertenece a Absalón. No puede dejar ninguna de sus cosas en ninguna otra parte. Usted lo domina espantosamente.

—Trato de ayudarle.

—¿Está seguro de que es el modo correcto?

—Claro que sí —estalló Locke—. Aunque me equivoque, eso no significa que esté cometiendo fil..., filio...

—Ese detalle es interesante —dijo Ryan casualmente—. No le habría costado mucho nombrar el matricidio, el parricidio o el fratricidio. Pero matar al hijo es menos frecuente. La palabra no sale con la misma facilidad.

Locke clavó los ojos en la pantalla.

—¿Qué demonios está insinuando?

—Que tenga cuidado —dijo Ryan—. Creo en la teoría de los mutantes, después de dirigir este Instituto durante quince años.

—Yo mismo he sido un niño prodigio —repitió Locke.

—Aja —dijo Locke, mirándole con intensidad—. Y usted habrá de saber que se supone que la mutación es acumulativa..., ¿verdad? Tres generaciones atrás, los niños prodigio constituían el dos por ciento de la población. Y hace dos generaciones, el cinco por ciento. Hace una generación..., una sinusoide, hermano Locke. El CI aumenta proporcionalmente. ¿El padre de usted no fue también un niño prodigio?

—Lo fue —admitió Locke—. Pero inadaptado.

—Lo suponía. Las mutaciones llevan tiempo. La teoría es que en este momento estamos viviendo la transición del homo sapiens al homo superior.

—Lo sé. Es bastante lógico. Cada generación de mutaciones, al menos de esta mutación dominante, avanza un paso hacia el homo superior. ¿Cómo será...

—No creo que lo sepamos nunca —dijo serenamente Ryan—. Creo que no entenderíamos. Quién sabe cuánto tardará. ¿La próxima generación? Lo dudo. ¿Cinco generaciones más, o diez, o veinte? Y cada una avanzando un paso, explotando otra potencialidad sepultada en el hombre hasta llegar a la cúspide. El superhombre, Joel.

—Absalón no es un superhombre —dijo pragmáticamente Locke—. O un superniño, en este caso.

—¿Está seguro?

—¡Dios santo! ¿No le parece que conozco a mi propio hijo?

—No responderé a eso —dijo Ryan—. Estoy seguro de que no sabe todo lo que se puede saber sobre los chicos anómalos de mi Instituto. Beltram, el supervisor del Instituto de Denver, me dice lo mismo. Estos chicos son el próximo paso de la mutación. Usted y yo formamos parte de una especie moribunda, hermano Locke.

La cara de Locke cambió. Apagó el televisor sin una palabra.

La campanilla anunció la próxima clase. Pero Locke permaneció inmóvil, las mejillas y la frente ligeramente húmedas. Luego la boca se le curvó en una sonrisa curiosamente desagradable. Cabeceó y se alejó del televisor.

Llegó a casa a las cinco. Entró silenciosamente por la puerta lateral y tomó el ascensor. La puerta de Absalón estaba cerrada, pero se oían voces. Locke escuchó un rato. Luego golpeó violentamente el panel.

—Baja, Absalón. Quiero hablar contigo. En la sala le dijo a Abigail que saliera un momento. De espaldas a la chimenea, esperó a que llegara Absalón.

Los enemigos de mi señor el rey, y todos los que se alzan contra ti para tu daño, son como ese joven...

El niño entró sin demostrar embarazo. Avanzó y encaró al padre con una expresión calma y despreocupada. Era equilibrado, pensó Locke. De eso no cabía duda.

—Oí parte de esa conversación, Absalón —dijo Locke.

—De acuerdo —dijo fríamente Absalón—. Igual te lo habría contado esta noche. Tengo que hacer ese curso de lógica entrópica.

Locke ignoró la frase.

—¿Con quién te comunicabas?

—Un chico que conozco, Malcolm Roberts, del Instituto de Den ver.

—¿Discutiendo lógica entrópica con él, eh? ¿Después de lo que te dije?

—Recordarás que no estábamos de acuerdo... Locke se llevó las manos a la espalda y entrelazó los dedos.

—Entonces también recordarás que mencioné que ejercía control legal sobre ti.

—Legal —dijo Absalón—. No moral.

—Esto no tiene nada que ver con la moral.

—Sin embargo, sí. Y con la ética. Muchos niños menores que yo están estudiando lógica entrópica en los institutos. No les causa daño. Tengo que ir a un instituto, o a Baja California. Es necesario.

Locke agachó la cabeza, pensativo.

—Espera un minuto —dijo—. Lo siento, hijo. Por un momento caí en la trampa de mis propias emociones. Volvamos al plano de la lógica pura.

—De acuerdo —dijo Absalón, con una distancia serena e imperceptible.

—Estoy convencido de que ese estudio en particular te podría resultar peligroso. No quiero que sufras ningún daño. Quiero que tengas todas las oportunidades posibles, especialmente las que yo no tuve nunca.

—No —dijo Absalón, con una curiosa nota de madurez en la voz atiplada—. No fue falta de oportunidad. Fue incapacidad.

—¿Qué?

—Nunca dejarías que te convenzan de que yo podría estudiar lógica entrópica sin peligro. Me he dado cuenta. He hablado con otros chicos anómalos.

—¿De problemas privados?

—Ellos son de mi raza —dijo Absalón—. Tú no. Y por favor, no hables de amor filial. Tú mismo quebraste esa ley hace mucho tiempo.

—Sigue hablando —dijo serenamente Locke, apretando los labios—. Pero cerciérate de ser lógico.

—Bien. Pensaba que no tendría necesidad de hacer esto durante mucho tiempo, pero ahora es necesario. Me estás impidiendo hacer lo que debo.

—La mutación gradual. Acumulativa. Entiendo.

El fuego daba demasiado calor. Locke se alejó un paso del hogar. Absalón pareció a punto de escabullirse. Locke le clavó los ojos.

—Es una mutación —dijo el niño—. No una mutación completa, pero abuelo fue uno de los primeros pasos. Tú también... Fuiste más lejos que él. Y yo iré más lejos que tú. Mis hijos estarán más cerca del paso definitivo. Los únicos expertos en psiconámica que valen la pena son los niños prodigio de tu generación.

—Gracias.

—Me tienes miedo —dijo Absalón—. Me tienes miedo y me tienes envidia.

Locke se echó a reír.

—¿Adonde has dejado la lógica? El niño tragó saliva.

—El lógico. Una vez convencido de que la mutación era acumulativa no puedes tolerar la idea de que yo llegaría a desplazarte. Es una distorsión psicológica básica en ti. Te pasó lo mismo con abuelo, en un sentido diferente. Por eso te dedicaste a la psiconámica, donde eras un pequeño dios que arrancaba secretos a las mentes de los alumnos y moldeaba los cerebros tal como se moldeó a Adán. Tienes miedo de que te supere, Y lo haré.

—Supongo que por esa razón te he dejado estudiar todo lo que has querido —dijo Locke—. Con excepción de esto.

—Sí, por eso. Muchos niños prodigio trabajan tan duro que se consumen y pierden totalmente su capacidad mental. No habrías mencionado tanto el peligro si dadas las circunstancias, no hubiera sido lo que más te interesaba. Claro que me has dado los gustos. Y subconscientemente deseabas que me consumiera, así eliminarías a tu posible rival.

—Entiendo.

—Me dejaste estudiar matemáticas, geometría plana, álgebra, geometría no-euclidiana... Pero me seguías los pasos.

Cuando no conocías el tema, ponías cuidado de actualizarte para estar seguro de que era algo que tú podías dominar. Te cercioraste de que yo no pudiera superarte, de que no obtuviera ningún conocimiento que tú no pudieras obtener. Y por eso no me dejaste aprender lógica entrópica.

En!a cara de Locke no había ninguna expresión.

—¿Por qué? —preguntó fríamente.

—Porque tú no podías comprenderla —dijo Absalón—. Lo intentaste, y no estaba a tu alcance. No eres flexible. Tu lógica no es flexible. Se fundamenta en el hecho de que un segundero registra sesenta segundos. Has perdido la capacidad de asombro. Has traducido demasiado de lo abstracto a lo concreto. Yo sí puedo entender esa lógica. ¡Puedo entenderla!

—Estas ideas se te han ocurrido la semana pasada —dijo Locke.

—No. Te refieres a la hipnosis. Hace mucho tiempo que aprendí a proteger una zona de mi mente de tus sondeos.

—¡Eso es imposible! —dijo Locke, perplejo.

—Lo es para ti. Soy un paso posterior de la mutación. Tengo muchísimos talentos de los que no sabes nada. Y algo más: no soy lo suficientemente avanzado para mi edad. Los niños de los institutos me llevan la delantera. Sus padres obedecieron leyes naturales pues la función de cualquier padre es proteger al hijo. Sólo los padres inmaduros actúan de otro modo...como tú.

Locke aún conservaba la impasibilidad.

—¿Yo soy inmaduro? ¿Y te odio? ¿Te envidio? ¿Estás muy seguro?

—¿Es verdad o no? Locke no respondió.

—Todavía eres mentalmente inferior a mí —dijo—, y lo seguirás siendo durante varios años. Digamos, si lo prefieres, que tu superioridad reside en tu...flexibilidad, y en tus talentos de homo superior, sean cuales fueren. En el otro platillo de la balanza pon el hecho de que soy un adulto físicamente maduro y tú pesas menos de la mitad que yo. Legalmente soy tu tutor. Y soy más fuerte que tú.

Absalón tragó saliva nuevamente, pero no dijo nada. Locke se irguió un poco más, y miró despectivamente al niño. Se llevó la mano a la cintura, pero sólo encontró una ligera cremallera. Caminó hacia la puerta. Se volvió.

—Te voy a demostrar que eres inferior a mí —dijo serena y fríamente—. Tendrás que admitirlo.

Absalón no respondió.

Locke fue arriba. Tocó el interruptor del escritorio, metió la mano en el cajón y saco un cinturón elástico de lucita. Palpó con los dedos la superficie fría y tersa. Luego bajó nuevamente.

Ahora tenía los labios pálidos y exangües.

En la nuera de la sala se detuvo, empuñando el cinturón. Absalón no se había movido, pero Abigail Schuler estaba de pie al lado del niño.

—Salga de aquí, hermana Schuler —dijo Locke.

—No azotará al niño —dijo Abigail, la cabeza erguida y los labios muy tensos.

—Váyase.

—No me iré. He oído cada palabra. Y todo es cierto.

—¡Largo de aquí, he dicho! —aulló Locke.

Se precipitó hacia adelante desplegando el cinturón. Los nervios de Absalón cedieron al fin. Jadeó de pánico y se escabulló, buscando a ciegas una salida inexistente.

Locke lo persiguió.

Abigail manoteó la escobilla y la arrojó a las piernas de Locke. El hombre soltó una exclamación y perdió el equilibrio. Cayó pesadamente, braceando con los brazos rígidos.

La cabeza chocó contra el borde de un sillón. Quedó inmóvil. Abigail y Absalón cambiaron una mirada. De pronto la mujer cayó de rodillas y rompió a llorar.

—Lo he matado —sollozó—. ¡Lo he matado! ¡Pero no podía dejar que u azotara, Absalón! ¡No podía!

El niño se mordisqueó el labio inferior. Se acercó lentamente al padre.

—No está muerto.

Abigail soltó un suspiro largo y convulsivo.

—Sube, Abbie —dijo Absalón, con aire preocupado—. Yo lo atenderé. Sé cómo hacerlo.

—No puedo dejarte...

—Por favor, Abbie —insistió él—. Tal vez te desmayes. Descansa un rato. Todo irá bien, de veras.

Finalmente ella subió en el ascensor, Absalón, mirando de soslayo al padre, fue hasta el televisor.

Llamó al Instituto de Denver. Expuso concisamente la situación.

—¿Qué conviene hacer, Malcolm?

—Espera un minuto.

Hubo una pausa, hasta que apareció en la pantalla la cara de otro niño.

—Haz como te digo —sugirió una voz firme y aguda que le dio una serie de instrucciones intrincadas—. ¿Has comprendido, Absalón?

—Sí. ¿No le causará daño?

—Vivirá. Ya tiene rasgos psicóticos irreversibles. Esto le dará una orientación diferente, más segura para ti. Es proyección. Externalizará todos sus deseos, sentimientos, etcétera. En ti. Obtendrá placer sólo con lo que tú hagas, pero no podrá controlarte. Tú conoces la clave psiconámica de su cerebro. Trabaja entonces principalmente con el lóbulo frontal. Ten cuidado con el área de Broca. No debes provocarle afasia. Bastará con que sea inofensivo para ti. Una muerte sería difícil de manejar. Además, supongo que no es lo que deseas...

—No —dijo Absalón—. E-es mi padre.

—De acuerdo —dijo la voz infantil—. Deja la pantalla encendida. Observaré y te ayudaré.

Absalón se volvió hacia la figura que yacía inconsciente.

Durante mucho tiempo el mundo había sido borroso. Locke estaba acostumbrado. Aún podía cumplir con sus funciones ordinarias, de modo que no estaba loco en ningún sentido de la palabra.

Tampoco podía revelar la verdad a nadie. Le habían creado un bloqueo psíquico. Día tras día asistía a la universidad y enseñaba psiconámica y volvía a casa y comía y esperaba ansiosamente las llamadas televisivas de Absalón.

Y cuando Absalón llamaba, a veces condescendía a hablarle de lo que hacía en Baja California. De sus logros. De sus triunfos. Pues esas cosas importaban ahora. Era lo único que importaba. La proyección era total.

Absalón rara vez se olvidaba de él. Era un buen hijo. Llamaba todos los días, aunque a veces, si el trabajo apremiaba, tenía que apresurarse. Pero Joel Locke siempre hallaba ocupación en las inmensas carpetas dedicadas a Absalón, atiborradas de recortes y fotografías.

Además, estaba escribiendo la biografía de Absalón.

El resto de su vida transcurría en un mundo de sombras y sólo existía de veras, realmente feliz, cuando el rostro de Absalón aparecía en la pantalla del televisor. Pero no había olvidado nada. Odiaba a Absalón y odiaba el vínculo espantoso e inquebrantable que lo encadenaría para siempre a su propia carne, una carne que en realidad no le pertenecía y que ascendería otro peldaño en la escalera de la nueva mutación.

Sentado en el crepúsculo de su irrealidad, rodeado de carpetas, con un televisor que sólo funcionaba para las llamadas de Absalón pero que él vigilaba incesantemente, Joel Locke alimentaba su odio y una satisfacción serena y secreta.

Algún día Absalón tendría un hijo... Algún día. Algún día...

FIN

